

Lev Tolstói

EL REINO DE DIOS ESTÁ EN VOSOTROS

Traducción del ruso y Prefacio
de Joaquín Fernández-Valdés Roig-Gironella



*Incluye
la correspondencia
entre Tolstói y Gandhi*

K_{airós}

Lev Tolstói

EL REINO DE DIOS ESTÁ EN VOSOTROS

Traducción del ruso de
Joaquín Fernández-Valdés Roig-Gironella

editorial **K**airós

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



Título original: *Tsarstvo Bozhie Vnutrí Vas*

© de la traducción: Joaquín Fernández-Valdés Roig-Gironella

© de la edición en castellano:

2010 by Editorial Kairós, S. A.

www.editorialkairos.com

Primera edición: Enero 2010

Primera edición digital: Enero 2011

ISBN: 978-84-7245-708-9

ISBN epub: 978-84-7245-917-5

Composición: Replika Press Ltd. Std. India

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SUMARIO

Prefacio del traductor

El reino de Dios está en vosotros

- I. Desde que se fundó el cristianismo sólo una minoría de personas ha profesado y profesa la doctrina de la no resistencia al mal con la violencia
- II. Consideraciones de creyentes y ateos sobre la cuestión de la no resistencia al mal con la violencia
- III. La comprensión errónea del cristianismo por parte de los creyentes
- IV. La comprensión errónea del cristianismo por parte de los hombres de ciencia
- V. La contradicción entre nuestra vida y nuestra conciencia cristiana
- VI. La actitud de la gente de nuestro tiempo hacia la guerra
- VII. El sentido del servicio militar obligatorio
- VIII. La gente de nuestro tiempo debe aceptar inevitablemente la doctrina cristiana de la no resistencia al mal
- IX. La aceptación de la concepción cristiana de la vida libera a los hombres de las desgracias de nuestra vida pagana
- X. La inutilidad de la violencia estatal como instrumento para suprimir el mal. El avance moral de la humanidad se logra no sólo mediante el conocimiento de la Verdad, sino también mediante el surgimiento de una opinión pública
- XI. En nuestra sociedad ya ha surgido una opinión pública cristiana que inevitablemente pondrá fin al orden establecido basado en la violencia. ¿Cuándo llegará ese día?
- XII. Conclusión: Arrepentíos porque el reino de Dios está cerca, a las puertas

Apéndice: correspondencia entre Tolstói y Gandhi

PREFACIO DEL TRADUCTOR

A pesar de que las novelas de Lev Tolstói (1828-1910) se sitúan entre las mejores obras de la literatura universal, su prosa religiosa y filosófica es poco conocida en nuestro país, si bien, en los últimos años, se han traducido al castellano algunos de sus ensayos que muestran el creciente interés que suscita el escritor no sólo como novelista, sino también como pensador religioso.

Al finalizar su magistral novela *Anna Karénina*, Tolstói sufre una terrible crisis existencial y espiritual que lo sume en una profunda depresión, y que lo lleva al borde del suicidio. Tolstói se siente en un abismo, y necesita encontrar un sentido a su vida. Busca frenéticamente respuestas a su atormentador vacío existencial en la ciencia y en la filosofía primero, y en la Iglesia ortodoxa después. Muy decepcionado por lo que halla en todas ellas, investiga entonces en la fuente original del cristianismo –las Sagradas Escrituras–, y con el fin de leerlas en el original, estudia griego y hebreo.

Poco a poco, Tolstói va llegando a la conclusión de que las doctrinas eclesiásticas poco tienen que ver con las enseñanzas de Cristo, que para el escritor se resumen en el Sermón de la Montaña. Por ello, elabora un nuevo modo de concebir la religión alejada de los dogmas, despojada de todos los elementos irracionales que contenga (milagros, divinidad de Jesús, Santísima Trinidad, etcétera), y que sirva a los hombres como un modelo de perfección moral a seguir en la vida.

Abandona entonces la literatura de ficción que tanta fama y dinero le había procurado, y se dedica en cuerpo y alma a la creación de prosa religiosa, didáctica y moralizante, entre la que encontramos títulos como *Confesión*, *¿En qué consiste mi fe?*, *Crítica a la teología dogmática*, *El Evangelio abreviado*, y el tratado que nos ocupa.

El reino de Dios está en vosotros (1890-1893) es una obra fundamental para comprender el pensamiento religioso de Tolstói. Inicialmente, su idea era escribir una pequeña introducción a la traducción de *Catecismo de la no resistencia* del americano Adin Ballou, férreo defensor de la doctrina de la no resistencia al mal con la violencia. Sin embargo, Tolstói se fue enfrascando cada vez más en este trabajo, que se acabó convirtiendo en un extenso tratado sobre cuestiones religiosas, históricas y antropológicas. Esta obra fue censurada en Rusia por los poderes laicos y religiosos, aunque corrió de mano en mano clandestinamente y fue muy discutida por la crítica rusa, y rápidamente traducida y publicada en el extranjero (Alemania, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos).

Tolstói carga contra dos instituciones que a lo largo de la historia, en su opinión, han perjudicado enormemente a la humanidad y a la comprensión cristiana de la vida, porque se fundamentan en el empleo de la violencia: la Iglesia y el Estado.

Tras repasar la historia de la doctrina de la no violencia llevada a la práctica por sectas cristianas y exponer su visión sobre esta cuestión, el escritor, para el que la no resistencia constituye la esencia del cristianismo (Mateo 5, 39), muestra cómo la Iglesia ha pervertido las

enseñanzas de Jesús y ha hecho posible conciliar dos conceptos totalmente incompatibles: violencia y religión. Según Tolstói, la tarea de la Iglesia ha consistido tan sólo en mantener a los hombres engañados, en ocultar el verdadero mensaje de Cristo, en hipnotizar al pueblo e idiotizarlo, y en alentar el paganismo más burdo en forma de adoración de los ídolos. El autor de *Guerra y paz* recha za todos los episodios relacionados con los milagros que encontramos en el Nuevo Testamento, porque considera que estos milagros no son más que añadidos posteriores, reflejo de que los hombres no comprendieron la fuerza de la doctrina de Cristo y recurrieron a toda clase de milagros mágicos para justificar su divinidad.

Tolstói sitúa el inicio de la perversión y corrupción de la Iglesia en el momento en que ésta se unió al poder estatal (siglo IV), ya que a partir de entonces, la Iglesia se movió por unos intereses puramente terrenales que nada tenían que ver con las enseñanzas de Jesús. En este tratado encontramos la siguiente afirmación:

«Por muy extraño que pueda parecer, las Iglesias –como Iglesias que son– han sido siempre y no pueden dejar de ser instituciones no sólo ajenas a las enseñanzas de Cristo, sino incluso hostiles a ellas. No en vano Voltaire calificó a la Iglesia como *l'infame* (la infame); no en vano todas o casi todas las llamadas sectas cristianas han considerado que la Iglesia es la “Gran Ramera” profetizada en el Apocalipsis; no en vano la historia de la Iglesia es una historia de terribles crueldades y atrocidades».

Tolstói considera que nuestra vida es una pura contradicción, porque nos hacemos llamar cristianos pero obligamos a la juventud a servir en el ejército, a luchar en unas guerras que sólo responden a unos intereses de ciertas personas que se encuentran en el poder. El servicio militar es anticristiano y antinatural, y los cristianos tendrían que revelarse pacíficamente y negarse a ser cómplices de toda esta maquinaria bélica.

Para el autor, el Estado, aun si admitimos que en un tiempo fue necesario para agrupar a los individuos en comunidades y así defenderlos de enemigos externos, actualmente ha dejado de tener sentido. Hoy en día tan sólo sirve para, mediante la violencia, oprimir a la población y mantener un orden social que beneficia a unos pocos en detrimento de una inmensa mayoría. Tolstói afirma sobre el Estado: «Ni la banda de malhechores más despiadada y aterradora es tan terrible como una organización estatal así». Cree firmemente que hay que abolir este orden social, pero nunca mediante la violencia, tal y como pretenden los revolucionarios y los anarquistas, sino mediante la resistencia pasiva y un modo de vida basado en los auténticos principios cristianos, que conducirán al establecimiento del reino de Dios en la Tierra.

Tolstói, siguiendo la estela de su admirado Henry David Thoreau, llama a la desobediencia civil, a la insumisión ante un Estado que nos exige con sus leyes modos de actuar contrarios a la ley de Dios. Porque existen, por un lado, las leyes estatales, hechas por los hombres, que son temporales, cambiantes y arbitrarias; y existe, por otro lado, la ley divina del amor, que es eterna e inmutable. El cristiano sólo debe someterse a esta ley divina, y no debe infringirla en ninguna circunstancia, aunque con ello desobedezca –siempre pacífica-mente– las leyes estatales.

Para el escritor, la doctrina de Cristo representa movimiento: un cristiano no puede dejar de caminar, de avanzar hacia la perfección. La inmovilidad es lo más abominable, y el bien está en el movimiento, en avanzar, equivocarse, caer, ponerse en pie y seguir caminando hacia la perfección inalcanzable mostrada por Jesús.

Las concepciones religiosas de Tolstói, su crítica al Estado y a la Iglesia –en 1901 fue excomulgado por el Santo Sínodo–, tuvieron amplia resonancia en su tiempo, y aunque contó con el apoyo de apasionados defensores –como el de los llamados «tolstoístas», que vivían según los principios por él propugnados–, el autor tuvo también numerosos detractores que no tomaban muy en serio su vertiente religiosa. Como ejemplo interesante citaremos al escritor Iván Turguénev, que aunque se maravillaba de la genialidad literaria de Tolstói –en su lecho de muerte le escribió una carta donde le rogaba que regresara a la literatura–, lamentaba su faceta de profeta y moralizador: «Cuando Tolstói se pone a filosofar, no hace más que dar palos de ciego».

EL ESTILO Y LA TRADUCCIÓN

El reino de Dios está en vosotros es un tratado prácticamente inédito en España, ya que la única traducción que existe, que data de 1902, es extremadamente resumida y a todas luces no directa del ruso.

En la prosa religiosa de Tolstói se percibe con claridad que al escritor no le preocupa demasiado el valor literario, sino única y exclusivamente la plasmación y exposición de sus ideas. Es decir, el Tolstói artista queda relegado a un segundo plano y cede todo el protagonismo al Tolstói profeta.

A menudo, el autor repite con obstinación una misma idea o palabra, probablemente por el afán de que su contenido quede claro al lector. Las repeticiones, pues, tienen una intencionalidad muy concreta, y por ello se han tratado de respetar al máximo en la traducción. Hay que destacar también la compleja construcción sintáctica de las frases, muy extensas y con numerosas subordinadas, lo que dificulta su comprensión. Este rasgo estilístico, característico del autor, se ha intentado asimismo conservar siempre que ha sido posible.

La presente traducción se ha realizado a partir del volumen 28 de las *Obras completas en noventa volúmenes*. Lev Nikoláyevich Tolstói (Goslitzdat, Moscú, 1928-1958).

Hemos creído oportuno incluir en esta edición la breve correspondencia que mantuvieron Tolstói y Mahatma Ghandi. Este último, profundamente impresionado por el contenido de este tratado y, especialmente, por la exposición de la cuestión de la no resistencia al mal con la violencia, que más tarde aplicaría con éxito en su lucha contra la ocupación inglesa de la India, escribe en su autobiografía:

«*El reino de Dios está en vosotros* me abrumó. Me marcó para siempre. Comprender su pensamiento independiente, su profunda moralidad y la veracidad de este testimonio, hizo que todos los libros que antes me había dado Mr. Coates me resultaran insignificantes».*

Y bien, al cumplirse el centenario de la muerte de Lev Tolstói, esperamos que el lector reconozca al escritor ruso no sólo como a un genio de la literatura, sino también como a un pensador importantísimo de nuestro tiempo, que tanto influyó con sus ideas en los movimientos pacifistas de todo el mundo.

JOAQUÍN FERNÁNDEZ-VALDÉS ROIG-GIRONELLA

* *Autobiography. The story of my experiments with Truth*, Mohandas K. Gandhi. Dover Publications, Inc., Nueva York, 1983.

Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

(Juan 8, 32)

Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar. Temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.

(Mateo 10, 28)

Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres.

(1 Corintios 7, 23)

**EL REINO DE DIOS
ESTÁ EN VOSOTROS,
O
EL CRISTIANISMO NO COMO
UNA DOCTRINA MÍSTICA, SINO
COMO UNA NUEVA CONCEPCIÓN
DE LA VIDA**

En 1884 escribí un libro titulado *¿En qué consiste mi fe?*, en el cual expuse verdaderamente mis creencias.

Al exponer mis creencias en las enseñanzas de Cristo no pude dejar de expresar los motivos por los que no creo en la doctrina de la Iglesia –habitualmente llamada cristianismo–, y por qué razón considero que esta doctrina es errónea.

Entre las muchas desviaciones de esta doctrina respecto a las enseñanzas de Cristo señale cuál es la principal, esto es, el no reconocer el mandamiento sobre la no resistencia al mal con la violencia, que es la desviación más evidente que muestra la tergiversación que la doctrina de la Iglesia ha hecho de las enseñanzas de Cristo.

Sabía muy poco, como todos nosotros, acerca de lo que se había hecho, preconizado y escrito en el pasado respecto a la cuestión de la no resistencia al mal. Conocía lo que han manifestado sobre esta materia los Padres de la Iglesia –Orígenes, Tertuliano y otros–, así como la existencia de las llamadas sectas menonitas, la Comunidad de Herrnhuter y los cuáqueros, que no aceptan que los cristianos recurran a las armas y que se niegan a servir en el ejército. Pero lo que estas llamadas sectas habían hecho para dilucidar esta cuestión me era poco conocido.

Mi libro, como era de esperar, fue prohibido por la censura rusa, pero en parte por mi reputación como escritor y, en parte, porque el tema suscitaba interés entre la gente, fue difundido en Rusia en forma de manuscritos y litografías, y fue traducido en el extranjero. Esto originó que los que comulgan con mis ideas me hicieran llegar una serie de informaciones acerca de ensayos escritos sobre esta misma materia y, por otro lado, generó una serie de críticas a las ideas que yo había expuesto en mi libro.

Tanto lo uno como lo otro, más los sucesos históricos de los últimos tiempos, me han ayudado a comprender muchas cosas, y me han llevado a nuevas conclusiones que quiero formular a continuación.

En primer lugar hablaré sobre las informaciones que he recibido acerca de la historia de la cuestión de la no resistencia al mal; después, sobre las opiniones respecto a esta materia por parte de los críticos, tanto religiosos (es decir, que profesan la religión cristiana) como laicos

(es decir, que no profesan la religión cristiana). Finalmente hablaré sobre las conclusiones a las que he llegado gracias a los unos, a los otros y a los sucesos históricos que se han producido en los últimos tiempos.

L. TOLSTÓI

I. DESDE QUE SE FUNDÓ EL CRISTIANISMO SÓLO UNA MINORÍA DE PERSONAS HA PROFESADO Y PROFESA LA DOCTRINA DE LA NO RESISTENCIA AL MAL CON LA VIOLENCIA

Las primeras cartas que recibí tras la aparición de mi libro fueron las de los cuáqueros americanos. En estas cartas, los cuáqueros, que expresaban su interés por mis opiniones acerca de la ilegitimidad para todo cristiano de cualquier tipo de guerra y violencia, me proporcionaron detalles sobre su así llamada “secta,” que lleva más de doscientos años predicando las enseñanzas de Cristo acerca de la no resistencia al mal con la violencia, y cuyos miembros nunca han recurrido, ni recurren a día de hoy, a las armas para defenderse. Junto con las cartas, los cuáqueros me mandaron folletos, revistas y libros a través de los cuales comprendí hasta qué punto, desde hacía muchos años, se había demostrado de un modo irrefutable el deber de todo cristiano de cumplir el mandamiento de la no resistencia al mal con la violencia, y cómo había sido ya denunciada la falsedad de la doctrina de la Iglesia, que admite las ejecuciones y las guerras.

Con toda una serie de razonamientos y textos que demuestran que la religión, fundada sobre el espíritu de paz y la benevolencia con las personas, es incompatible con la guerra –es decir, con la mutilación y el asesinato de seres humanos–, los cuáqueros afirman que nada ha contribuido tanto al oscurecimiento del mensaje y la verdad de Cristo a los ojos de los paganos, ni nada ha perjudicado tanto a la expansión del cristianismo por el mundo, como el hecho de que personas que dicen llamarse cristianas no reconozcan este mandamiento y admitan para los cristianos la guerra y la violencia.

«Las enseñanzas de Cristo –dicen los cuáqueros–, que han penetrado en las conciencias de las personas no a través de la espada y la violencia, sino a través de la no resistencia al mal, la mansedumbre, la resignación y el espíritu de paz, sólo pueden expandirse por el mundo con el ejemplo de la paz, la armonía y el amor entre sus discípulos.»

«El cristiano, según las enseñanzas de Dios, puede obrar únicamente con espíritu de paz con respecto a sus semejantes, y por ello no hay autoridad alguna que pueda obligarle a actuar en contra de las enseñanzas de Dios ni en contra de la naturaleza de todo cristiano.»

«Las leyes de un Estado pueden hacer que aquellos que por sentido práctico intentan conciliar lo inconciliable traicionen la ley de Dios, pero para un cristiano, que cree sinceramente que seguir las enseñanzas de Cristo le llevará a la salvación, estas leyes no pueden tener ningún valor.»

Al conocer la labor de los cuáqueros y sus obras (Fox, Penn y especialmente un

libro escrito por Dymond en 1827) comprendí que no solamente hace mucho que hay conciencia de la incompatibilidad entre el cristianismo, la violencia y la guerra, sino que esta incompatibilidad hace tiempo que fue demostrada de manera clara e inequívoca, y sólo cabe sorprenderse de que la Iglesia haya propugnado y siga propugnando esta conjunción imposible entre doctrina cristiana y violencia.

Además de estas informaciones que obtuve de los cuáqueros, me llegaron sobre la misma época otras similares también procedentes de América, pero de fuentes distintas, totalmente desconocidas para mí hasta entonces.

El hijo de William Lloyd Garrison, un famoso luchador por la libertad de los negros, me escribió que al leer mi libro y encontrar en él ideas parecidas a las que había formulado su padre en 1838, supuso que me resultaría interesante conocer este hecho, y por ello me envió la «Declaración o Proclamación de la No Resistencia,» la *non-resistance*, redactada por su padre cincuenta años antes.

Esta proclamación apareció en las siguientes circunstancias: William Lloyd Garrison, que en 1838 formaba parte de una sociedad que tenía como fin la consecución de la paz entre los hombres y el cese de las guerras, llegó a la conclusión de que el establecimiento de la paz mundial podía basarse únicamente en un claro reconocimiento del mandamiento de la no resistencia al mal con la violencia (Mateo 5, 39), con todo lo que ello conllevara, del mismo modo que lo entienden los cuáqueros, con los que le unían lazos de amistad. Cuando Garrison llegó a esta conclusión, redactó y propuso a su sociedad la siguiente declaración, que fue suscrita por muchos de sus miembros.

DECLARACIÓN DE LOS PRINCIPIOS ADOPTADOS POR LOS MIEMBROS DE LA SOCIEDAD FUNDADA PARA LA CONSECUCCIÓN DE LA PAZ EN EL MUNDO (Boston, 1838)

Nosotros, los abajo firmantes, creemos que es nuestro deber con relación a nosotros mismos, a esta causa que tanto estimamos, al país en el que vivimos y al resto del mundo proclamar nuestro credo, establecer sus bases, los objetivos que perseguimos y los medios a los que estamos dispuestos a recurrir para alcanzar una revolución mundial pacífica. He aquí nuestro credo.

No reconocemos a ningún gobierno. Reconocemos a un solo rey, una autoridad, un juez y gobernador sobre la Tierra. Nuestra patria es el mundo y nuestros compatriotas, la humanidad entera. Amamos a nuestra patria tanto como amamos al resto de países. Los intereses y derechos de nuestros conciudadanos no son más importantes que los intereses y derechos del resto de la humanidad. Por este motivo, no aceptamos que ningún sentimiento patriótico justifique la venganza por las ofensas y daños inflingidos a nuestro pueblo...

Creemos que una nación no tiene derecho a defenderse ni a atacar a sus enemigos, así como tampoco ningún individuo tiene derecho a hacerlo. Una unidad no puede ser más importante que el conjunto de todas ellas. Si un Estado no tiene derecho a ofrecer resistencia contra los agresores foráneos, cuyo objetivo es devastar nuestra patria y fustigar a nuestros ciudadanos, tampoco debe ofrecer resistencia con la fuerza contra los individuos que alteren el orden público y amenacen la seguridad privada. La doctrina que propugna la Iglesia acerca de que todos los Estados de la Tierra han sido establecidos con la aprobación Dios, y que los Gobiernos de los Estados Unidos, Rusia y Turquía están constituidos de acuerdo con la voluntad de Dios es tan absurda como blasfema. Esta doctrina presenta a nuestro Creador como a un ser parcial, que instituye y alienta el mal. Nadie puede afirmar que los gobiernos de ningún Estado actúen frente a sus enemigos de acuerdo con las enseñanzas y según el ejemplo de Cristo. En consecuencia, la actividad de estos gobiernos no puede ser aceptada por Dios, ni éstos pueden estar constituidos conforme a Su voluntad. Por ello, los gobiernos deben ser derrocados, pero no con la violencia, sino mediante un renacimiento espiritual en las personas.

Reconocemos como anticristianas e ilegales no sólo la guerras –tanto las ofensivas como las defensivas–, sino todos sus preparativos: constitución de arsenales, fortificaciones, navíos de guerra; reconocemos como anticristianas e ilegales la existencia de cualquier ejército regular, cualquier mando militar, cualquier monumento erigido para conmemorar las victorias o las derrotas del enemigo, cualquier trofeo conseguido en un campo de batalla, cualquier celebración de las hazañas bélicas, cualquier usurpación mediante las armas; reconocemos como anticristiano e ilegal cualquier decreto del gobierno que exija a

sus súbditos servir en el ejército.

En consecuencia, consideramos que para nosotros no sólo es imposible servir en el ejército, sino también ocupar cualquier cargo que nos obligue a forzar a otros a comportarse bien bajo amenazas de cárcel o pena de muerte. Por tanto, nos excluimos de manera voluntaria de cualquier institución gubernamental, renunciamos a la política, a honores terrenales y a cargos de poder.

Así como no nos reconocemos con el derecho de ocupar ningún cargo en instituciones gubernamentales, tampoco nos reconocemos con derecho a participar en la elección de otras personas. Del mismo modo, no tenemos derecho a pleitear con nadie para hacer que nos devuelva lo que nos haya usurpado. Consideramos que debemos entregar el caftán a quien nos haya arrebatado la camisa, y en ningún caso podremos someterle al castigo. (Mateo 5, 40).

Creemos que la ley del talión del Antiguo Testamento, «Ojo por ojo, diente por diente», fue abolida por Jesucristo. Conforme al Nuevo Testamento, todos sus discípulos han predicado el perdón al enemigo en vez de la venganza, en todos los casos y sin excepción alguna. Es evidente que exigir dinero mediante la violencia, encarcelar, deportar o ejecutar no constituye un perdón a las ofensas, sino una venganza.

La historia de la humanidad está llena de evidencias que demuestran que la violencia física no es compatible con el renacimiento moral, que la inclinación a pecar de las personas puede ser vencida únicamente con el amor, que el mal puede ser destruido solamente con el bien, que no debemos confiar en la fuerza de las manos para defendernos del mal, que la verdadera seguridad se encuentra en la bondad, en la paciencia infinita y en la misericordia, que sólo los dóciles heredarán la tierra, y que los que alcen la espada, a espada morirán.

Y para salvaguardar la vida, la propiedad, la libertad, el orden público, el bien individual de las personas, y para cumplir la voluntad del que es Rey de reyes y Señor de señores, tomamos de todo corazón la «no resistencia al mal con el mal» como dogma fundamental porque creemos firmemente que este dogma, que da respuesta a todos los azares posibles y que expresa la voluntad de Dios, acabará triunfando sobre las fuerzas malignas. No propugnamos una doctrina de la revolución, pues el espíritu de la revolución es el espíritu de la venganza, de la violencia y el asesinato, y éste no teme a Dios, ni respeta al individuo. Y lo que deseamos nosotros es estar llenos del espíritu de Dios. Fieles a nuestra doctrina de la no resistencia al mal con el mal, no conspiraremos, ni urdiremos revueltas, ni generaremos violencia. Nos someteremos a toda ley y a toda imposición del gobierno, exceptuando aquellas exigencias que sean contrarias al Evangelio. Mostraremos una total sumisión si nos es impuesto un castigo por insubordinación. Así como nuestra intención es soportar todos los ataques que recibamos sin ofrecer resistencia alguna, también lo es combatir sin tregua el mal que reina en el mundo, allá donde estuviere, en las altas o bajas esferas, en los ámbitos político, administrativo y religioso, haciendo todos los esfuerzos posibles para conseguir que el reino de la Tierra se funda con el reino de nuestro Señor Jesucristo.

Consideramos como una verdad incuestionable que todo aquello que es contrario al Evangelio y a su espíritu está destinado a la destrucción y, en efecto, debe ser destruido inmediatamente. Por tanto, creemos en la profecía de que llegará un tiempo en el que de las espadas se hagan arados y de las lanzas, hoces, y debemos contribuir a esta causa con todas nuestras fuerzas, sin demora alguna. Todo aquel que fabrica, vende, hace uso de armas, o el que contribuye a su difusión, se está armando contra el dominio de la paz del hijo de Dios en la Tierra.

Una vez establecidos nuestros principios exponemos a continuación el modo con el confiamos alcanzar nuestro objetivo. Esperamos vencer mediante la «locura de la predicación».

Trataremos de difundir nuestras ideas entre todas las personas, sea cual sea su nacionalidad, religión, o estrato social. Para ello organizaremos lecturas públicas, repartiremos folletos, crearemos una sociedad y presentaremos peticiones en todas las instituciones gubernamentales. Perseguiremos con todos los medios que estén en nuestra mano un cambio radical en las opiniones, sentimientos y acciones de nuestra sociedad con relación a la pecaminosidad que supone el uso de la violencia contra el enemigo, ya sea interno o foráneo. Al embarcarnos en esta gran empresa comprendemos perfectamente que nuestra sinceridad se verá sometida a pruebas muy duras. Nuestra misión nos acarreará injurias, ofensas, sufrimiento e incluso la muerte. Nos aguardan la incompreensión, las tergiversaciones y las calumnias. Una tempestad se cernirá sobre nosotros y todo puede unirse en contra de nosotros: el orgullo y fariseísmo del gobierno y el poder, su ambición y crueldad; todos se unirán para destruirnos. Así es como actuaron frente al Mesías, al cual intentamos emular en la medida de lo posible. Pero ninguno de estos horrores nos atemoriza. No confiamos en las personas, sino en Dios todopoderoso. Y si hemos renunciado a la protección de los hombres, ¿en qué nos vamos a sostener, sino es en la fe que triunfará en el mundo? No nos harán vacilar las pruebas a las que seamos expuestos y nos hará dichosos ser dignos de compartir los sufrimientos de Cristo.

Por todo esto entregamos nuestras almas a Dios, porque creemos que quien abandona su hogar, sus tierras, a sus hermanos, hermanas, padre, madre, mujer e hijos por la voluntad de Cristo, recibirá cien veces más y obtendrá la vida eterna.

Así pues, y a pesar de todo lo que contra nosotros se pueda cernir, creemos firmemente que los fundamentos que hemos expresado en esta declaración triunfarán en todo el mundo; declaración que firmamos, confiando en la inteligencia y la conciencia de la humanidad, pero sobre todo en la fuerza de Dios, al cual nos encomendamos.

A esta declaración le seguía una revista titulada *Non-resistant*, en la cual se propugnaba la doctrina de la no resistencia al mal con todo su significado y consecuencias, del mismo modo que se había expresado en la proclamación. Conocí el destino que tuvo la sociedad y la revista gracias a una excelente biografía sobre W.L. Garrison, escrita por sus hijos.

Tanto la sociedad como la revista tuvieron una corta existencia: la mayoría de

los colaboradores de Garrison en la lucha contra el esclavismo, temiendo que las exigencias demasiado radicales expresadas en la revista *Non-resistant* apartaran a la gente de la causa de la liberación de los negros, renunciaron a la doctrina de la no resistencia, tal como había sido expuesta en la proclamación.

Esta declaración de Garrison, que había expresado de un modo tan firme y elocuente una profunda profesión de fe, parecía que tenía que sorprender a la gente, darse a conocer en todo el mundo y convertirse en objeto de profundas discusiones. Pero nada de esto ocurrió. No sólo pasó inadvertida en Europa, sino también entre los americanos, a pesar de tener en tan alta estima la memoria de Garrison.

La misma suerte corrió otro defensor de la no resistencia, el americano Adin Ballou, fallecido recientemente, y que durante cincuenta años propugnó esta doctrina. Algo que nos demuestra hasta qué punto ha pasado inadvertido todo lo relacionado con esta doctrina lo vemos en el hecho de que el hijo de Garrison, que ha escrito una maravillosa biografía sobre su padre en cuatro grandes tomos, a mi respuesta sobre si existe en la actualidad esta «Sociedad de la no Resistencia» y si tiene seguidores, me contestó que, por lo él que sabe, esta sociedad se disolvió y ya no quedan seguidores de esta doctrina. Y eso a pesar de que por aquel entonces yo había recibido cartas de Adin Ballou, que vivía en Hopedale (Massachusetts), y que había participado en los trabajos de Garrison y dedicado cincuenta años de su vida a la prédica, tanto oral como escrita, de la doctrina de la no resistencia.

Más tarde recibí una carta de Wilson, un discípulo y ayudante de Ballou, con el cual finalmente entablé conocimiento. Escribí a Ballou, y éste me respondió enviándome algunas de sus obras. He aquí un extracto de ellas:

«Jesucristo es mi señor y maestro –escribe Ballou en uno de sus artículos, en el que denuncia la contradicción entre ser cristiano y reconocer al mismo tiempo el derecho a la autodefensa y a la guerra–. Prometí abandonarlo todo para seguirle a él, en lo bueno y en lo malo, hasta la hora de mi muerte. Pero soy ciudadano de la república democrática de los Estados Unidos, a la que juré fidelidad, y también juré que defendería la Constitución de mi país con mi vida si era necesario. Cristo me exige que haga a los otros lo que querría para mí mismo. La Constitución me exige que haga con dos millones de esclavos [antes se trataba propiamente de esclavos, en la actualidad, sin duda alguna, su lugar ha sido ocupado por los obreros] lo contrario de lo que me gustaría que hicieran conmigo, es decir, contribuir a la perpetuación de la esclavitud. A pesar de ello sigo participando en elecciones para elegir o para ser elegido, ayudo a gobernar, y estoy dispuesto incluso a ser escogido para cualquier puesto gubernamental. Pero esto no me impide ser cristiano. Continúo profesando la fe, y no encuentro dificultades en cumplir al mismo tiempo con los preceptos de Cristo y con los de mi gobierno.

»Jesucristo me prohíbe resistirme a los que hagan el mal mediante el “ojo por ojo,

diente por diente, sangre por sangre, o vida por vida”.

»Mi gobierno me exige justamente lo contrario, y basa su autodefensa en la horca, el fusil y la espada, que utilizaré contra el enemigo interno y contra el foráneo. Por consiguiente, mi país se pertrecha de horcas, prisiones, arsenales, buques de guerra y soldados.

»A la vez que mantenemos y empleamos estos carísimos y mortíferos dispositivos podemos, con suma facilidad, practicar la virtud de “perdonar a nuestros ofensores, amar al enemigo, bendecir a quien nos maldiga y hacer el bien a quien nos odie”. Para este fin contamos con los sacerdotes cristianos: para que recen por nosotros y reconozcan como una bendición de Dios nuestros asesinatos sagrados. Soy consciente de todo esto (es decir, de la contradicción que existe entre la profesión de fe y la vida), pero sigo profesando la fe y formando parte del gobierno, y me enorgullezco de ser al mismo tiempo un cristiano devoto y un entregado servidor a mi gobierno. No quiero convenir con ese disparatado concepto de la “no resistencia”. No puedo renunciar a mi influencia y con ello permitir que gente inmoral esté al mando de mi gobierno. La Constitución establece que el gobierno tiene derecho a declarar la guerra, y estoy de acuerdo con este principio y lo respaldo, y juro que lo apoyaré. Pero no por eso dejo de ser cristiano, porque la guerra es también una demanda cristiana. ¿O acaso no es cristiano matar a cientos de miles de hermanos, violar a mujeres, destruir y quemar ciudades y cometer toda clase de atrocidades? Es hora de abandonar estos falsos sentimentalismos, porque éste es el medio más auténtico de perdonar las ofensas y de amar al enemigo: no existe nada más cristiano que el asesinato indiscriminado si está basado en el sentimiento del amor».

En otro folleto titulado *¿Cuántos hombres son necesarios para que un crimen se convierta en virtud?* escribe:

«Un individuo no debe matar. Si mata, es un criminal, un asesino. Si esto mismo lo hacen dos, diez o cien personas, también son asesinos. Sin embargo, un Estado o una nación puede matar todo lo que le venga en gana, y esto ya no será considerado como un asesinato, sino como algo grande y noble. Basta con reunir a muchos hombres para que la masacre de decenas de miles de personas se convierta en algo inocente. ¿Pero exactamente cuántos hombres son necesarios para que esto ocurra? He aquí la cuestión. Uno solo no puede robar, saquear, pero una nación entera sí que puede. ¿Pero cuántos individuos son necesarios? ¿Por qué uno, diez o cien hombres no deben violar la ley de Dios, y en cambio muchos de ellos juntos sí pueden hacerlo?».

He aquí el catecismo de Ballou que escribió para sus parroquianos:

CATECISMO DE LA NO RESISTENCIA*

Pregunta: ¿De dónde procede la expresión de la «no resistencia»?

Respuesta: Del versículo «no resistáis al mal» (Mateo 5, 39).

P: ¿Qué significa esta expresión?

R: Expresa la máxima virtud cristiana dispuesta por Cristo.

P: ¿Hay que entender la expresión «no resistencia» en un sentido amplio? Es decir, ¿nos indica que no hay que oponer ningún tipo de resistencia al mal?

R: No, hay que comprenderla en el sentido estricto de las enseñanzas del Salvador, es decir, no se debe pagar el mal con el mal. El mal se ha de combatir con acciones virtuosas, pero nunca con el mal.

P: ¿En qué vemos que Cristo le otorgue este sentido a la «no resistencia»?

R: En las palabras que dijo al respecto: «Oísteis que fue dicho: *ojo por ojo y diente por diente*. Pero yo os digo: no resistáis al que es malo. Al contrario, si alguno te abofetea en una mejilla, preséntale también la otra. Y al que quiera pleitear contigo para robarte la túnica, cédele también el manto».

P: ¿A quién se refería cuando decía «oísteis que fue dicho»?

R: A los patriarcas y a los profetas, y a lo que éstos anunciaron en el Antiguo Testamento, al que los judíos suelen denominar *Ley y profetas*.

P: ¿A qué precepto entendía Cristo que concernían las palabras «os fue dicho»?

R: A los preceptos conforme a los cuales Noé, Moisés y otros profetas admiten el derecho a causar el mal a quien lo haya inflingido, para así castigarlo y acabar con las acciones malignas.

P: Denos algún ejemplo de tales preceptos.

R: «El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada» (Génesis 9, 6).

«El que hiriere a alguno, haciéndole así morir, él morirá.» «Mas si hubiere muerte, entonces pagarás vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe» (Éxodo 21, 12, 23-25).

«Asimismo el hombre que hiere de muerte a cualquier persona, que sufra la muerte.» «Y el que causare lesión en su prójimo, según hizo, así le sea hecho: rotura por rotura, ojo por ojo, diente por diente» (Levítico 24, 17, 19-20).

«Y los jueces inquirirán bien; y si aquel testigo resultare falso, y hubiere acusado falsamente a su hermano, entonces haréis a él como él pensó hacer a su hermano.» «Y no le compadecerás; vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por

pie» (Deuteronomio 19, 18, 21).

Estos son los preceptos a los que se refiere Jesús.

Noé, Moisés y los profetas nos enseñaron que aquel que mate, mutile o atormente a sus semejantes, hace el mal. Para resistirse a este mal y destruirlo, hay que castigar a quien lo haga con la muerte, la mutilación o con cualquier tormento. La ofensa debe ser respondida con otra ofensa, el asesinato con el asesinato, la tortura con la tortura y el mal con el mal. Así es como nos lo enseñaron Noé, Moisés y los profetas. Pero Jesucristo rechaza todos estos preceptos y nos dice en el Evangelio: «Yo os digo que no resistáis al que es malo, no respondáis a la ofensa con otra ofensa, mas soportad las ofensas del que haga el mal». Lo que se había permitido, se prohíbe. Cuando comprendemos el tipo de resistencia que los profetas predicaban entendemos perfectamente qué tipo de resistencia nos enseña Jesús.

P: ¿Permitían los profetas resistir a la ofensa con otra ofensa?

R: Sí, pero Jesús nos los prohibió. Un cristiano no tiene ningún derecho a quitar una vida o a infringir una ofensa a un semejante que haya hecho el mal.

P: ¿Puede un cristiano matar o mutilar a otro para defenderse?

R: No.

P: ¿Puede acudir a un tribunal con el fin de que el ofensor sea castigado?

R: No, pues lo que se hace a través de otros, lo está haciendo en realidad uno mismo.

P: ¿Puede luchar en un ejército contra el enemigo extranjero, o contra motines dentro de su país?

R: En absoluto. No puede tener ningún tipo de participación en la guerra o en preparativos bélicos. No puede hacer uso de armas mortíferas, no puede resistir a las ofensas con otra ofensa, independientemente de si lo hace en solitario o junto con otros, e independientemente de si lo hace él mismo o a través de otros.

P: ¿Puede ayudar de forma voluntaria al gobierno en el reclutamiento de soldados y en la formación de tropas?

R: No puede hacer nada de esto si quiere ser fiel a la ley de Cristo.

P: ¿Puede aportar dinero de manera voluntaria a un gobierno que se fundamenta en la fuerza militar, en la pena de muerte y la violencia?

R: Sólo en el caso de que este dinero vaya a ser destinado a alguna causa justa, cuyos objetivos y medios sean para hacer el bien.

P: ¿Puede un cristiano pagar impuestos a un gobierno así?

R: No, no debe pagarlos voluntariamente, pero tampoco debe resistirse a su recaudación. El gobierno exige a sus súbditos pagar impuestos, ya sea a favor o en contra de su voluntad, por lo que es imposible negarse a ello sin recurrir a la violencia. Dado que el cristiano no puede recurrir a la violencia, no debe oponerse a la pérdida de *sus propiedades*, exigidas por las autoridades.

P: ¿Puede un cristiano votar en unas elecciones, formar parte de un tribunal o de algún

órgano gubernamental?

R: No, porque al hacerlo toma parte en la violencia que genera el gobierno.

P: ¿Cuál es el auténtico sentido de la doctrina de la no resistencia?

R: Su sentido es que sólo ella permite arrancar el mal de raíz, tanto del corazón de uno mismo, como del corazón de un semejante. Esta doctrina prohíbe hacer aquello que perpetúa y multiplica el mal en el mundo. Aquel que ataca a otra persona o que le causa alguna ofensa está encendiendo su odio, raíz de todo mal. Ofender a un semejante porque éste nos ha ofendido –como si vencer al mal consistiera en repetir esa misma mala acción sobre tu semejante o sobre ti mismo– significaría *engendrar* (o por lo menos *liberar* y *alentar*) al mismo demonio al que intentamos desterrar. Satán no puede ser desterrado por Satán, la mentira no puede ser limpiada con la mentira, y el mal no puede ser vencido con el mal.

La auténtica *no resistencia* es la única resistencia real al mal, porque destroza la cabeza de la serpiente, y mata y extirpa definitivamente el sentimiento maligno.

P: Pero si éste es el auténtico sentido de esta doctrina, ¿puede ser ésta llevada a la práctica?

R: Sí, del mismo modo que las otras acciones de bien que nos dicta la ley de Dios. El bien no puede ser practicado en todas las circunstancias sin abnegación, privaciones, sufrimiento y, en último extremo, sin la pérdida de la propia vida. Pero aquel que valora más su propia vida que el cumplimiento de la voluntad de Dios ya está muerto para la única vida auténtica. Una persona así, al tratar de salvar su vida, está perdiéndola. Además, allí donde la no resistencia se cobra el sacrificio de una vida o de un bien material, la resistencia se cobra miles de sacrificios.

La no resistencia salva; la resistencia destruye.

Es incomparablemente más seguro actuar de manera justa que hacerlo de manera injusta, y soportar una ofensa que resistirse a ella con la violencia. Es incluso más seguro para la vida del individuo. Si nadie resistiera al mal con el mal, nuestro mundo sería dichoso.

P: Pero si sólo unos pocos obran de este modo, ¿qué será de ellos?

R: Si así obrara un hombre, aunque fuera uno solo y los demás decidieran crucificarlo, ¿no sería más noble morir en el triunfo del amor de la no resistencia, perdonando al enemigo, que vivir portando la corona de un César, salpicado de la sangre de los adversarios? Pero si una o mil personas deciden firmemente no resistir al mal con el mal, ya sea entre gente ilustrada o entre salvajes, estarán mucho más a salvo de la violencia que aquellos que confían en ella. El bandido, el asesino y el embustero les dejarían tranquilos a ellos antes que a aquellos que resisten con las armas. Los que alzan las espadas mueren bajo éstas, pero los que buscan la paz, y actúan de manera fraternal e inofensiva, olvidando y perdonando las ofensas, en su mayor parte disfrutan de la paz, y si mueren, lo hacen bendecidos por Dios.

De este modo, si todos los hombres siguieran el mandamiento de la no resistencia, no

habría ni ofensas ni crímenes. Si fueran mayoría, establecerían el mandato del amor y la benevolencia incluso entre los ofensores, sin resistir al mal con el mal, y sin recurrir a la violencia. Si estos hombres formaran una minoría suficientemente numerosa, producirían una influencia moral tan reeducativa en la sociedad que todos los castigos serían abolidos, y la violencia y la discordia serían reemplazadas por la paz y el amor. Si formaran una minoría poco numerosa, rara vez sufrirían algo peor que ofensas del mundo; sin embargo, el mundo, sin ser consciente ni mostrar agradecimiento, se volvería poco a poco más sabio y bueno gracias a esta influencia secreta. Y si en el peor de los casos, algunos de los miembros de esta minoría fueran perseguidos hasta la muerte, estos mártires de la verdad dejarían tras de sí sus enseñanzas, iluminadas por su sangre santificada.

Que la paz esté con quien la busque, y que el amor triunfal sea la herencia imperecedera de toda alma que voluntariamente se someta a la ley de Cristo: «No resistáis al mal con la violencia».

Durante cincuenta años, Ballou escribió y editó libros principalmente sobre la cuestión de la no resistencia al mal con la violencia. En estas obras, magníficas por la claridad de sus ideas y la belleza con la que están formuladas, la cuestión está analizada desde todos los ángulos posibles. En ellas Ballou establece como exigencia el mandamiento de la no resistencia para todo cristiano que crea en la Biblia como en una revelación divina. Cita las principales objeciones que se hacen en el Antiguo y en el Nuevo Testamento a este mandamiento –como, por ejemplo, la expulsión del templo, etcétera–. Muestra que, con independencia de las Escrituras, es muy sensato llevar esta conducta a la práctica, expone las objeciones que se le suelen hacer y, finalmente, las rebate.

Así, en un capítulo de una de sus obras aplica la no resistencia al mal a situaciones excepcionales, y afirma que si hubiera casos en los que fuera imposible aplicar esta norma, se evidenciaría su inconsistencia. Pero Ballou demuestra que es precisamente en estas situaciones excepcionales cuando recurrir a la no resistencia es lo más útil y razonable. No hay ni un solo aspecto de esta cuestión, tanto desde el punto de vista de sus defensores como del de sus detractores, que no haya sido examinado en estas obras. Digo todo esto para mostrar el indudable interés que estos escritos tendrían que haber despertado entre la gente que profesa el cristianismo, que la labor de Ballou tendría que haber tenido una gran resonancia, y sus ideas tendrían que haber sido aceptadas o refutadas. Sin embargo, nada de esto sucedió.

La labor de Garrison padre, con la fundación de la «Sociedad de la no Resistencia» y su Declaración, me convenció –aún más que mi correspondencia con los cuáqueros– de que el divorcio entre el cristianismo oficial y las enseñanzas de Cristo es algo que se viene denunciando desde hace mucho, y que muchas personas trabajan y siguen trabajando para denunciar este hecho. La labor de Ballou me confirmó aún más todo esto. Pero los destinos de Garrison y, especialmente, de Ballou, desconocido a pesar de haber dedicado cincuenta

años de trabajo obstinado y continuado a esta cuestión, me confirmaron que existe un acuerdo tácito pero muy firme de acallar todas estas ideas sobre la no resistencia al mal con la violencia.

Ballou murió en 1890, y su necrológica salió publicada en una revista americana de tendencia cristiana (*Religio-Philosophical Journal*, August 23). En esta elogiosa necrológica se alude a su labor como pastor de una parroquia, se menciona que pronunció entre ocho y nueve mil sermones, que casó a mil parejas y que escribió alrededor de quinientos artículos, pero no se dice ni una sola palabra sobre la labor a la que Ballou dedicó toda su vida, ni siquiera se menciona la expresión “no resistencia”.

Es como si todo lo que los cuáqueros llevan doscientos años proclamando, la labor de Garrison (la fundación de la sociedad y de la revista, la Declaración) y la obra de Ballou no existieran y nunca hubieran existido.

Un asombroso ejemplo de la falta absoluta de difusión que han sufrido las obras dedicadas a difundir la no resistencia al mal con la violencia y a acusar a aquellos que no reconocen este mandamiento, lo tenemos en la suerte que ha corrido un libro del checo Chelcicky, que recientemente ha salido a la luz y que aún hoy en día sigue sin publicarse.

Poco después de que mi libro apareciera traducido al alemán recibí una carta de un profesor de la Universidad de Praga en la que me hablaba de la existencia de una obra que nunca había sido publicada, titulada *La red de la verdadera fe*, escrita por un teólogo checo del siglo xv llamado Chelcicky. En esta obra –me escribía el profesor–, Chelcicky había expuesto cuatro siglos antes las mismas ideas que yo había defendido en mi libro *¿En qué consiste mi fe?*, acerca del auténtico y el falso cristianismo. Esta obra iba a salir publicada en checo por primera vez en la revista de la Academia de las Ciencias de San Petersburgo. Puesto que no logré encontrarla, me interesé en conocer lo que se había escrito sobre Chelcicky, información que obtuve gracias a un libro alemán que me envió un profesor de París, y también al historiador literario Pypin que, en su *Historia de la literatura checa*, dice:

«*La red de la verdadera fe* es la doctrina de Cristo, que debería arrancar al hombre de las oscuras profundidades de lo mundano y de sus mentiras. La auténtica fe consiste en creer en la palabra de Dios, pero en estos tiempos los hombres toman la auténtica fe por una herejía, y por este motivo corresponde al raciocinio mostrarnos en qué consiste esta fe cuando alguien la ignora. La gente ya no reconoce la auténtica ley de Dios porque las tinieblas nos la han ocultado.

»Para explicar esta ley Chelcicky se fija en la estructura del cristianismo primitivo, estructura, afirma el autor, que actualmente es considerada por la Iglesia romana como una herejía abominable.

»Para Chelcicky, la estructura social ideal se basa precisamente en esta Iglesia primitiva,

formada sobre los principios de igualdad, libertad y fraternidad. Según el autor, el cristianismo contiene aún estos tres elementos, y sólo es necesario que la sociedad retome esta doctrina primigenia. Cuando esto ocurra, cualquier estructura social que necesite de reyes y de papas resultará inútil, porque nos bastará con la ley única del amor...

»Desde un punto de vista histórico, Chelcicky relaciona la decadencia del cristianismo con los tiempos de Constantino el Grande, al que el papa Silvestre introdujo en el cristianismo junto con todas sus costumbres paganas y su estilo de vida. A su vez, Constantino colmó al Papa de riquezas mundanas y de poder. A partir de ese momento, no dejaron de ayudarse mutuamente, con el único objetivo de lograr la gloria. Los doctores, los magistrados y el clero empezaron entonces a preocuparse únicamente en someter al mundo bajo su imperio, armaron a las personas para que se mataran y robaran entre sí, y acabaron aniquilando por completo la esencia del cristianismo, tanto en la fe como en la vida. Chelcicky repudia el derecho a la guerra y a la pena de muerte, porque cualquier guerrero, incluso si se trata de un “caballero” no es más que un violador, un canalla y un asesino».

Estas mismas ideas las encontramos en el libro alemán sobre Chelcicky, que aporta además detalles biográficos y citas extraídas de su correspondencia.

Después de haber conocido la esencia de la doctrina de Chelcicky esperé con gran impaciencia la publicación de *La red de la verdadera fe* en la revista de la Academia, pero pasaron uno, dos y tres años, y el libro seguía sin aparecer. En 1888 me enteré de que habían empezado a imprimir esta obra, pero que finalmente habían decidido no concluirla. Pude conseguir las galeras de lo que sí habían impreso, y así fue cómo logré leer el libro. Se trata de una obra magnífica desde todos los puntos de vista, y Pypin había transmitido su contenido de un modo absolutamente fiel.

La idea fundamental de Chelcicky consiste en que el cristianismo, al unirse con el poder en tiempos de Constantino y evolucionar bajo estas condiciones, acabó por corromperse y dejó de ser cristianismo. Chelcicky toma el título de *La red de la verdadera fe* de un versículo del Evangelio acerca del llamamiento que se hace a los discípulos a convertirse en «pescadores de hombres» y, continuando con esta metáfora, afirma:

«Gracias a los discípulos, Cristo atrapó en su “red de la fe” al mundo entero, pero los peces grandes perforaron la red, saltaron fuera de ella, y, a través de los agujeros que habían hecho, escaparon los demás peces, con lo que la red quedó casi vacía».

Los peces grandes que perforan la red son los soberanos, emperadores, papas y reyes que, al no haber renunciado al poder, no abrazaron el cristianismo, sino solamente su disfraz.

Chelcicky predica lo mismo que predicaban y predicán hoy en día los menonitas, cuáqueros y, antes que ellos, los bogomilitas, paulicianos, y otros.

Afirma que el cristianismo –que exige a sus fieles docilidad, resignación, misericordia, perdón por las ofensas recibidas, poner la otra mejilla al recibir un golpe y amar al enemigo– es incompatible con la violencia, condición esencial de todo poder o autoridad.

Según la interpretación que hace Chelcicky, los cristianos no sólo deben renunciar a ser jefes o soldados, sino que tampoco pueden formar parte en ningún modo de los órganos de gobierno, ni ser comerciantes ni terratenientes; únicamente pueden ser artesanos o agricultores.

Ésta es una de las escasas obras que han logrado sobrevivir a las quemaduras de libros que cuestionaban el cristianismo oficial. Los libros como éste, considerados heréticos, ardieron en la hoguera junto a sus autores, de modo que han llegado hasta nosotros poquísimas obras que denuncien la aberración del cristianismo oficial. Este hecho le confiere a esta obra un interés muy especial.

Además de tratarse de un libro interesante desde todos los puntos de vista, también es una de las obras más admirables del pensamiento humano por la profundidad de sus ideas, por la increíble fuerza y belleza del lenguaje popular con el que está escrito, y por su antigüedad. Sin embargo, tras más de cuatro siglos sigue sin ser publicado ni ser conocido por el público, con la excepción de los estudiosos y eruditos en la materia.

Parecería que trabajos como los de los cuáqueros, Garrison, Ballou y Chelcicky, que afirman y demuestran mediante el Evangelio que nuestro mundo interpreta de un modo erróneo la doctrina de Cristo, tendrían que suscitar interés, generar revuelo, polémica y discusión tanto entre los pastores de la Iglesia como entre sus feligreses. Obras como éstas, que tratan de la esencia misma de la doctrina cristiana, tendrían que ser estudiadas y reconocidas como justas, o bien ser repudiadas y rebatidas. Pero nada de esto ha ocurrido, y con todas ellas se repite lo mismo: todo el mundo, sea cual sea su forma de pensar, tanto creyentes como ateos liberales –y esto último es sorprendente–, guarda absoluto silencio sobre el tema, como si se tratara de una conspiración, y todos los esfuerzos que se han hecho para explicar el auténtico sentido de las enseñanzas de Cristo han pasado desapercibidos o han sido olvidados.

Pero aún más sorprendente es el desconocimiento que hay acerca de dos obras que leí tras la aparición de *¿En qué consiste mi fe?*; se trata de un libro titulado *On war* («Sobre la guerra»), escrito por Dymond y editado por primera vez en Londres en 1824, y de otro titulado *Sobre la no resistencia*, escrito por Daniel Musser en 1864. Este desconocimiento es sorprendente porque, aparte de las cualidades innegables de estos libros, ambos tratan de la actitud que debe adoptar el cristianismo frente al servicio militar, y no sólo desde un punto de vista teórico, sino llevando la teoría a la vida real, algo especialmente importante e interesante ante el sistema del servicio militar obligatorio que

impera en el mundo.

Tomemos la siguiente pregunta: ¿cómo debe actuar un ciudadano que cree que la guerra es incompatible con su religión, pero cuyo gobierno le exige que sirva en el ejército?

Ésta es una cuestión candente, que necesita ser respondida en vista del sistema actual que obliga a realizar el servicio militar. Todos los hombres –o al menos la mayoría– son cristianos, y todos ellos son llamados a filas. ¿Cómo debe responder entonces un cristiano ante este deber?

He aquí la respuesta de Dymond:

«Su deber es negarse de forma pacífica pero firme a servir en el ejército».

Hay gente que, por algún motivo y sin haber reflexionado al respecto, llega a la conclusión de que la responsabilidad de las medidas que adopta un Estado recae únicamente en quien da las órdenes, que el gobierno y los soberanos deciden lo que es bueno o malo para sus súbditos, y éstos están obligados a acatar las órdenes. Creo que un razonamiento como éste ofusca la conciencia de las personas: «No puedo negarme a obedecer las órdenes de mi gobierno, por con siguiente no soy responsable de sus crímenes». Esto es cierto, no somos responsables de los crímenes de los gobernantes, pero sí los somos de nuestros crímenes. Y los de ellos se convierten en los nuestros si, a pesar de saber que se trata de crímenes, colaboramos en su perpetración... Aquellos que consideran que están obligados a obedecer a su gobierno y que la responsabilidad de los crímenes que cometen se transfiere a sus gobernantes, se están engañando a sí mismos.

Afirman: «Sometemos nuestros actos a la voluntad de otras personas, y por tanto estos actos no pueden ser ni malos ni buenos; en nuestras acciones no hay ni méritos por lo bueno, ni responsabilidades por lo malo, ya que no las realizamos por propia voluntad».

Es remarcable el hecho de que esto mismo esté presente en la instrucción militar que se da a los soldados, y que éstos deben aprender de memoria: el superior es el único responsable ante las consecuencias que acarreen sus órdenes.

Pero esto es injusto. Una persona no puede librarse de las consecuencias de sus actos. Esto lo vemos en lo siguiente: si un superior os ordenara matar al hijo de vuestro vecino, a vuestro padre o a vuestra madre, ¿le obedeceríais? Si la respuesta es que no, vuestro razonamiento queda invalidado, porque si podéis desobedecer a vuestros gobernantes en un caso concreto, ¿dónde vais a situar el límite hasta el que estáis dispuestos a acatar las órdenes? No existe otro límite que aquel que ha establecido el cristianismo, y este límite es razonable y factible.

Por eso creemos que es un deber de todo hombre que considere que la guerra es incompatible con el cristianismo, negarse de forma pacífica pero firme a realizar el servicio militar.

A todos aquellos que tengan que actuar de este modo, que recuerden que tienen sobre

sus espaldas un gran deber: el destino de la humanidad depende de su fidelidad a la religión, en la medida en que ésta depende de los hombres. Que profesen sus convicciones y que las defiendan, y no sólo con palabras, sino con sufrimientos si es necesario. Si creéis que Cristo prohibió el asesinato, no hagáis caso de las opiniones, ni de las órdenes de aquellos que os inciten a colaborar en los crímenes. Con esta firme negativa a ser cómplices de la violencia obtendréis la bendición que se otorga a aquellos que escuchan estas palabras y las cumplen, y llegará un día en que el mundo os honrará por haber sido partícipes en el renacimiento de la humanidad.

El libro de Musser, publicado en 1864, se titula *Afirmación de la no resistencia o División entre el reino de Cristo y el reino de este mundo* (*Non-resistance asserted o Kingdom of Christ and Kingdom of this World Separated*). Está dedicado a esta misma cuestión y fue escrito cuando el Gobierno americano impuso a sus ciudadanos servir en el ejército durante la Guerra Civil. Aporta a esta materia un sentido plenamente actual al dilucidar las condiciones en las que la gente debe y puede negarse a servir en el ejército. En la introducción, dice el autor:

«Es bien sabido que en los Estados Unidos hay mucha gente que rechaza de manera consciente la guerra. Suelen ser calificados como cristianos “no resistentes” [*non-resistant*] o “indefensos” [*defendeless*]. Estos cristianos se niegan a defender su país, a empuñar un arma y a luchar contra el enemigo por exigencia de su gobierno. Hasta ahora, estas convicciones religiosas eran respetadas por el gobierno, y aquellos que las manifestaban quedaban exentos del servicio militar. Pero desde el inicio de la Guerra Civil este hecho ha indignado a la opinión pública. Es natural que aquellas personas que consideran como un deber soportar el peso y los peligros de la guerra para defender su patria sientan hostilidad hacia aquellos que durante largo tiempo han disfrutado del amparo y beneficios del gobierno, y en tiempos de necesidades y amenazas no quieren cumplir con las tareas, ni exponerse a los peligros que conllevan defender la patria.

Es natural incluso que consideren esta actitud como algo insensato, monstruoso y sospechoso».

Fueron muchos los oradores y escritores –dice el autor– que alzaron la voz contra actitudes como éstas e intentaron demostrar, a través del sentido común y de las Escrituras, que la “no resistencia” era una injusticia. Esto es completamente natural, y en muchos casos estos escritores tenían razón. La tienen cuando se refieren a aquellas personas que si bien se niegan a realizar el servicio militar, no rechazan los beneficios que les procura su gobierno; pero no la tienen cuando se refieren al principio mismo de la “no resistencia”. Ante todo, el autor demuestra el deber que todo cristiano tiene ante el precepto de la no resistencia, aduciendo que éste es sumamente claro, y que nos fue transmitido por Cristo sin posibilidad de tergiversaciones.

«Juzgad vosotros mismos si es justo obedecer al hombre antes que a Dios», dijeron los apóstoles Pedro y Juan. De este mismo modo debe posicionarse

cualquier hombre que desee ser cristiano ante la exigencia de luchar en una guerra, ya que Cristo nos dijo: «No resistáis al mal con la violencia».

Con esto, el autor considera que la cuestión misma de la “no violencia” queda resuelta. En cuanto a la segunda cuestión, sobre si un individuo que ha disfrutado de los beneficios que su gobierno le ha proporcionado mediante el uso de la fuerza tiene derecho a negarse a servir en el ejército, el autor, tras analizarla con detalle, concluye que un cristiano que sea fiel a la ley de Cristo, y que por ese motivo se niegue ir a luchar a la guerra, tampoco puede participar en ningún tipo de institución gubernamental: ni en los tribunales ni en las elecciones, y tampoco puede recurrir a las autoridades, a la policía o a la justicia para solventar un asunto privado.

El libro analiza también la relación entre el Antiguo y Nuevo Testamento, el sentido de un gobierno para alguien que no sea cristiano, y asimismo expone las principales objeciones que se le hacen a la doctrina de la no resistencia, y las refuta. El autor concluye el libro afirmando:

«Los cristianos no necesitan ningún gobierno, y por ello no pueden ni obedecerlo en aquello que sea contrario a las enseñanzas de Cristo, ni tampoco ser su cómplice.

Cristo arrancó a los discípulos de la vida terrenal, pero éstos no esperaban ni bienes terrenales ni felicidad terrenal, sino todo lo contrario: la vida eterna. El espíritu en el que vivían hacía que se sintieran satisfechos y felices cualquiera que fuera su situación. Si en la vida terrenal eran aceptados, se sentían satisfechos. Pero si por el contrario eran rechazados, se marchaban a otro lugar, ya que eran peregrinos en la Tierra y no tenían un hogar determinado. Pensaban: “que los muertos entierren a sus muertos,” pero ellos lo único que necesitaban era “seguir al Maestro”».

Sin entrar a valorar si es correcta o no la determinación que en ambos libros se hace sobre la posición que un cristiano debe adoptar ante una guerra, no se puede dejar de reconocer la importancia práctica y la necesidad de resolver esta cuestión.

Hay personas –cientos de miles de cuáqueros, menonitas, nuestros *dujabori* y *molokanes*,^{**} y otras personas que no pertenecen a ninguna secta determinada– que consideran que la violencia (y por tanto el servicio militar) es incompatible con el cristianismo, y por ello cada año en Rusia hay hombres que son llamados a filas que se niegan a realizar el servicio militar debido a sus convicciones religiosas. ¿Y cómo actúa el Gobierno? ¿Los deja en paz? No. ¿Los obliga a servir y en caso de negarse los castiga? Tampoco. En 1818 el Gobierno obró del siguiente modo. He aquí un extracto casi desconocido en Rusia del diario de Nikolái Nikoláyevich Muraviov-Karski, prohibido por la censura:

«2 de octubre de 1818, Tiflis

Esta mañana, el comandante me ha dicho que no hace mucho enviaron a Georgia a

cinco campesinos que habían pertenecido a un terrateniente de la provincia de Tambov, y que habían sido entregados para servir en el ejército, pero que se habían negado a hacerlo. Los azotaron con látigos y los apalearon en repetidas ocasiones, pero con tal de no servir, se entregaron sin resistirse a las más crueles torturas, diciendo: “Déjennos marchar, no nos hagan daño, nosotros no se lo hacemos a nadie. Somos todos iguales, y el zar es un hombre igual a nosotros; ¿por qué tenemos que pagarle tributos, por qué tenemos que arriesgar nuestras vidas para matar a otras personas que no nos han hecho ningún mal? Nos podéis cortar a pedazos, pero no cambiaremos nuestras convicciones: nunca vestiremos capote militar ni comeremos rancho. Aquel que se apiade de nosotros, que nos dé una limosna, porque del Estado nunca hemos querido nada, ni lo queremos”. Así son las palabras de estos *mu-jiks*,^{***} que además aseguraban que en Rusia hay muchos que piensan como ellos.

Fueron llevados en cuatro ocasiones ante el Comité de Ministros, que finalmente decidió informar al zar sobre el asunto. Éste ordenó que fueran enviados a Georgia para ser corregidos, y mandó al comandante en jefe que le informara mensualmente sobre los éxitos que fueran obteniendo en la labor de reconducir su modo de pensar».

Desconozco cómo acabó esta “corrección,” porque de hecho todo este episodio es del todo desconocido y ha sido guardado en el más absoluto secreto.

Así es como actuó el Gobierno hace setenta y cinco años, y así es como lo ha hecho en numerosas ocasiones, siempre ocultándoselo celosamente al pueblo. Y así es como lo hace hoy en día, con la excepción de los menonitas alemanes de la provincia de Jersón, a quien se respeta su negativa a realizar el servicio militar, que conmutan por trabajos en distritos forestales.

En los casos recientes de menonitas que se han negado a realizar el servicio militar debido a sus convicciones religiosas, las autoridades gubernamentales han obrado del siguiente modo. Primero recurren a todas las medidas violentas imaginables para “corregir” a los rebeldes y reconducirlos hacia el “modo de pensar correcto,” manteniendo todo esto en el más absoluto secreto. Conozco el caso de un hombre que se negó a realizar el servicio militar en Moscú en 1884, y, a los dos meses de su negativa, se abrió un expediente voluminosísimo que fue guardado en el Ministerio bajo un estricto silencio.

Normalmente envían al rebelde a que visite a un sacerdote, el cual, siempre – y para su vergüenza–, trata de hacerle cambiar de parecer. Pero ya que casi siempre resulta inútil intentar convencer a alguien de que en nombre de Cristo reniegue del propio Cristo, tras el intento infructuoso del sacerdote, envían al rebelde a los gendarmes. Habitualmente, éstos, al no encontrar motivaciones políticas en sus actos, devuelven al rebelde, que es mandado a algún médico y, finalmente, a un manicomio. En todas estas idas y venidas, el rebelde, privado de su libertad, soporta toda clase de humillaciones y padecimientos, como si fuera un criminal convicto. Cuando los médicos lo dejan ir, empiezan a tomarse

toda una serie de medidas secretas y subterfugios para no dejarlo en libertad (con el fin de no alentar a los que, como él, se niegan a servir en el ejército), y para evitar que esté entre soldados (que se enterarían de que el servicio militar no es ni mucho menos una ley de Dios, como les aseguran, sino una ley contraria a Dios). Lo más cómodo para el Gobierno sería castigar a los que se negaran a servir: azotarlos con varas o con cualquier otro sistema, como se hacía en el pasado. Pero no pueden castigar abiertamente a un hombre por ser fiel a la doctrina que todos profesamos. Y tampoco pueden dejar a un hombre en paz si éste desobedece las órdenes. Por este motivo, el Gobierno intenta que abjuren de Cristo con toda clase de sufrimientos, o tratan de librarse de estos hombres discretamente, sin castigarlos abiertamente, pero silenciando todos sus actos y aislándolos del resto de la gente. Entonces empiezan todo tipo de subterfugios, artimañas y suplicios: los deportan a algún lugar recóndito, o los provocan para que se insubordinen, los condenan por violación disciplinar y los encierran en una cárcel, donde, en un batallón disciplinario, a escondidas del mundo, los torturan con toda libertad; o los declaran locos y los recluyen en un manicomio. Todo esto ocurrió en cuatro casos distintos: a un hombre lo mandaron a Tashkent –es decir, hicieron que pareciera que era trasladado al ejército de esa ciudad–; a otro, a Omsk; a un tercero lo condenaron por insubordinación y lo encerraron en la cárcel, y a un cuarto lo metieron en un manicomio.

En todas partes ocurre lo mismo. Como si se tratara de una conspiración, no solamente el Gobierno, sino la mayoría de los liberales –gente de libre pensamiento–, dan la espalda a todo lo que se ha dicho, se ha escrito, se ha hecho y se hace para denunciar la incompatibilidad que existe entre la violencia en su forma más horrible, burda y evidente (me refiero al ejército, es decir, la disposición de un hombre a matar a quien sea) y las enseñanzas de Cristo (y no sólo es incompatible con éstas, también lo es con el humanitarismo que, en principio, profesa nuestra sociedad).

En definitiva, las informaciones que he obtenido acerca de hasta qué punto el auténtico significado de las enseñanzas de Cristo ha sido dilucidado hace ya mucho tiempo, y acerca de qué actitud han adoptado las clases altas y las dirigentes hacia esta cuestión –no solamente en Rusia, sino también en Europa y América– me han convencido de que existe entre estas clases dirigentes una actitud abiertamente hostil respecto al auténtico cristianismo, cuyo reflejo vemos principalmente en el silenciamiento que padece cualquiera de sus manifestaciones.

* Traducción libre, con algunas omisiones. (N. del A.)

** Sectas cristianas rusas, cercanas al pensamiento religioso de Tolstói. Los *dujobori* eran pacifistas, antimilitaristas, y la única autoridad que reconocían era la de Dios, por tanto no reconocían a ningún

Estado ni a ninguna Iglesia. Fueron perseguidos y castigados. Tolstói los ayudó a huir a Canadá. *(N. del T.)*

*** *Mujik*: en la Rusia zarista, campesino. *(N. del T.)*

II. CONSIDERACIONES DE CREYENTES Y ATEOS SOBRE LA CUESTIÓN DE LA NO RESISTENCIA AL MAL CON LA VIOLENCIA

Las opiniones que se emitieron sobre mi libro me produjeron el mismo efecto que los intentos que se habían hecho por ocultar y acallar lo que había expuesto en él.

Como era de esperar, mi libro fue prohibido y condenado por ley a ser quemado; sin embargo corrió de mano en mano entre los funcionarios y acabó circulando clandestinamente en numerosas copias manuscritas y en litografías de las galeradas. Además se tradujo y publicó en el extranjero.

Muy pronto aparecieron críticas hacia esta obra, tanto desde la Iglesia como desde sectores laicos, y el Gobierno no sólo toleró estas críticas, sino que las alentó. Y así fue cómo una obra que en teoría nadie debía conocer se convirtió en tema de refutación y discusiones teológicas en las academias.

Los críticos de mi libro, tanto rusos como extranjeros, se pueden dividir en dos grandes grupos: los religiosos (aquellos que se consideran creyentes) y los laicos (los librepensadores).

Empezaré por los primeros.

En mi libro acuso a la jerarquía eclesiástica de profesar una doctrina contraria a los mandamientos de Cristo –expresados con suma claridad y determinación en el Sermón de la Montaña–, y especialmente contraria al mandamiento de la no resistencia al mal, con lo que despojan de todo su sentido las enseñanzas de Cristo. La jerarquía eclesiástica reconoce el Sermón de la Montaña y el mandamiento de la no resistencia al mal con la violencia como una revelación divina, y ya que ha creído necesario pronunciarse sobre mi libro, tendría que haber empezado por dar respuesta a mi principal acusación, y decir claramente si reconoce o no reconoce como un deber de todo cristiano el cumplimiento del mandamiento de la no resistencia con la violencia; en vez de esto contesta con evasivas, arguyendo que aunque por un lado no se puede negar, tampoco se puede afirmar, etcétera. Tendrían que haber contestado a la cuestión tal y como la formulé: ¿realmente Cristo exigía a sus discípulos que cumplieran con lo que les reveló en el Sermón de la Montaña? ¿Puede un cristiano que quiera considerarse como tal acudir a un tribunal, formar parte de él, condenar a otras personas o buscar en él ser defendido mediante la fuerza? ¿Puede un cristiano que se quiera considerar como tal formar parte de la Administración y emplear la violencia contra sus semejantes? Y lo más importante y relacionado con la cuestión del servicio militar obligatorio: ¿Puede un cristiano que se quiera considerar como tal, en contra de las indicaciones expresas de Cristo,

comprometerse a futuras acciones que serán contrarias a la doctrina cristiana, y entrenarse para perpetrar el asesinato de seres humanos?

Estas preguntas las formulé de un modo claro y conciso, y tendrían que haber obtenido una respuesta igualmente clara y concisa. Pero no encontré nada de esto en ninguna de las críticas que se vertieron sobre mi libro; del mismo modo que nunca se ha dado respuesta a ninguna de las denuncias formuladas contra la jerarquía eclesiástica por sus tergiversaciones de la ley de Dios, de las cuales la historia, desde los tiempos de Constantino, está llena.

Se habló mucho de lo mal que interpreto tal o cual pasaje de la Biblia, de lo equivocado que estoy al no creer en la Santísima Trinidad, en la redención, ni en la inmortalidad del alma; se habló de muchas cosas, pero no se dijo ni una palabra sobre la cuestión fundamental y sustancial para todo cristiano: ¿cómo hacer compatible aquello que fue formulado de un modo tan claro por el Maestro y que sentimos en el interior de nuestros corazones sobre la doctrina del perdón, la resignación, la renuncia, el amor hacia nuestros semejantes y enemigos, con la obligación de ejercer la violencia militar sobre nuestro pueblo u otros pueblos?

He dividido en cinco categorías todos los argumentos que ofrecen a esta cuestión algo parecido a una respuesta; he tratado de reunir no sólo las críticas hacia mi libro, sino todo aquello que se escribió en el pasado sobre esta materia.

El primer tipo de respuesta, y el más burdo de todos, consiste en la osada afirmación de que la violencia no contraviene la doctrina de Cristo, que ésta es admitida e incluso impuesta por el Antiguo y el Nuevo Testamento. Esta clase de respuesta suele proceder principalmente de personas que ocupan una elevada posición en la jerarquía gubernamental o eclesiástica y, en consecuencia, están convencidas de que nadie se atreverá a cuestionar sus afirmaciones; y si alguien lo hace, no le prestan ninguna atención. Estas personas, a causa del atontamiento que les ha producido el poder, han perdido hasta tal punto la noción de lo que es realmente el cristianismo –en cuyo nombre ocupan su puesto–, que todo lo que hay de cristiano en el cristianismo lo consideran sectario; asimismo, todo aquello que en el Antiguo y Nuevo Testamento se puede tergiversar hacia un sentido anticristiano y pagano, lo consideran como la base del cristianismo. Con el fin de justificar su afirmación de que el cristianismo no es incompatible con la violencia suelen recurrir con absoluto atrevimiento a algunos de los episodios que se prestan a más confusión del Antiguo y Nuevo Testamento, y los interpretan del modo más anticristiano posible: me refiero al castigo de Ananías y Safira (Hechos 5, 1-11), y al castigo de Simón el mago (Hechos 8, 9-25). Y para justificar la crueldad suelen destacar todas aquellas palabras de Cristo que pueden ser malinterpretadas: la expulsión del templo y el pasaje de «Os digo que, en el día del juicio, los habitantes de Sodoma serán tratados con más clemencia que los de ese pueblo» (Lucas 10,

12), etcétera.

Según estas personas, un gobierno cristiano no tiene ninguna obligación de ejercer su poder conforme al espíritu de la resignación, del perdón a las ofensas, ni del amor al enemigo.

Es inútil rebatir tales argumentos porque las personas que los sostienen se rebaten a sí mismas o, mejor dicho, reniegan de Cristo ya que han inventado su propio Cristo y su propio cristianismo, en cuyo nombre existe la Iglesia y el cargo que ellos ocupan en ella. Si todo el mundo supiera que la Iglesia defiende la idea de un Cristo que castiga, que es rencoroso y beligerante, nadie creería en esta Iglesia y ya no habría a quien demostrar lo que ésta intenta demostrar.

El segundo tipo de respuesta, un poco menos burdo que el anterior, se basa en la afirmación de que aunque efectivamente Cristo nos enseñó a poner la otra mejilla y a entregar el caftán, y esto es un alto deber moral, hay en el mundo gente malvada, y si no reprimimos con la fuerza a esta gente, perecerá el mundo y la gente buena. Este argumento lo encontré por primera vez en la obra de Juan Crisóstomo, argumento que refuto en mi libro *¿En qué consiste mi fe?*

Este argumento carece de fundamento porque si nos permitiéramos determinar que una persona es pérfida y malvada, en primer lugar estaríamos destruyendo todo el sentido de la doctrina cristiana, según la cual todos somos iguales –hermanos, hijos de un mismo Padre–; en segundo lugar, si Dios permitiera usar la violencia contra los malvados, dado que es imposible encontrar una definición justa e inequívoca para distinguir al malvado del no malvado, las personas empezarían a acusarse mutuamente de serlo, cosa que sucede en la actualidad; en tercer lugar, si realmente pudiéramos distinguir con claridad a los malvados de los que no lo son, la sociedad cristiana no los podría ejecutar, mutilar ni encarcelar, ya que en una sociedad cristiana no habría quien llevara a cabo estas acciones, porque un cristiano que quiera ser considerado como tal tiene prohibido ejercer la violencia sobre los malvados.

El tercer tipo de respuesta, más sutil que el anterior, se basa en la afirmación de que aunque si bien es cierto que el mandamiento de la no resistencia al mal con la violencia es un deber para todo cristiano, cuando el mal está dirigido personalmente hacia él, este mandamiento deja de ser exigible, y cuando este mal está dirigido hacia los suyos, no sólo no está obligado a obedecerlo, sino que debe defenderlos recurriendo a la violencia contra sus agresores.

Esta afirmación es del todo arbitraria y no encontraremos ni un solo lugar en la doctrina de Cristo que justifique tal interpretación, ya que no únicamente limita el mandamiento de la no resistencia, sino que de manera directa lo niega y lo aniquila. Si todo el mundo tiene derecho a recurrir a la violencia en caso de que otra persona esté un peligro, entonces la cuestión del uso de la violencia se reduce a determinar cuándo debemos considerar que nos acecha el peligro. Y si

mi juicio es el que decide cuándo está en peligro una persona, no habrá ningún caso de violencia que no pueda justificarse como una simple respuesta a un peligro. Cuando se ejecutaba y quemaba a brujos, aristócratas y girondinos se estaba ejecutando al enemigo, porque aquellos que estaban en el poder los consideraban como un peligro para la población.

Si esta importante limitación, que mina de una forma radical el significado del mandamiento de la no resistencia, formara parte del pensamiento de Jesucristo, habría quedado constancia de ella en alguna parte. Sin embargo, el Maestro ni en su prédica ni en toda su vida estableció limitación alguna, y no sólo eso, además, fuimos advertidos del peligro que conllevaba esta limitación falsa, tentadora y destructiva al mandamiento de la no resistencia. El Evangelio nos muestra con especial brillantez el error y la imposibilidad de esta limitación en el relato sobre Caifás, que hizo precisamente esta distinción; reconocía que no estaba bien ejecutar a Jesús porque era inocente, pero veía en ello un peligro no para sí mismo, sino para todo el pueblo, por lo que afirmó: «Es preferible la muerte de una sola persona que la de todo un pueblo». Un ejemplo aún más brillante del rechazo a esta limitación lo encontramos en las palabras pronunciadas por Pedro en su intento de resistir el mal con la violencia para defender a Jesús (Mateo 26, 52). Pedro no se defendía a sí mismo, sino a su querido y divino Maestro. Y Jesús directamente le prohibió hacerlo, diciéndole que «todos los que empuñan espada, a espada morirán».

Además, es erróneo tratar de justificar la violencia ejercida sobre un semejante para defender a otro semejante de una violencia aún peor, porque al ejercer la violencia sobre alguien que todavía no ha hecho el mal nunca sabremos cuál de los dos males resultará ser peor: si el que generaré yo con mi violencia, o si el de aquel de quien me quiero defender. Cuando ejecutamos a un criminal libramos a la sociedad de su presencia, pero nunca podremos saber si este criminal habría cambiado el día de mañana, y si nuestra ejecución no ha resultado ser una crueldad inútil. Encerramos a un miembro de la sociedad porque lo consideramos peligroso, pero al día siguiente esta persona podría dejar de ser peligrosa, y su reclusión resultará injusta. Si yo veo a un bandido persiguiendo a una muchacha y tengo una escopeta en las manos, lo mato y salvo a la muchacha, pero entonces nunca sabré si esa muerte o esas heridas se habrían producido de no haber actuado. Qué enorme cantidad de mal puede generar, y de hecho genera, el que la gente se reconozca con el derecho de prevenir el mal que pudiera acaecer. El 99% del mal que hay en el mundo – desde la inquisición, las bombas de dinamita, hasta la ejecución y tormento de decenas de miles de presuntos presos políticos– se fundamenta precisamente sobre este razonamiento.

El cuarto tipo de respuesta, aún más refinado, a la pregunta de qué actitud debe adoptar un cristiano frente al mandamiento de Jesucristo de la no

resistencia al mal con la violencia, afirma que no se puede rechazar este mandamiento, como ningún otro, pero que tampoco hay que atribuirle un especial significado, como hacen los sectarios: considerar este mandamiento a modo de una condición indispensable para toda vida cristiana, igual que hacen Garrison, Ballou, Dymond, los cuáqueros, menonitas, *shakers*, y como hacían los Hermanos Moravos, los valdenses, albigenses, bogomilitas y paulicianos, es un sectarismo unilateral. Este mandamiento no tiene ni más ni menos valor que los otros, y una persona que por debilidad incumpla cualquiera de ellos, incluido el de la no resistencia, no deja por ello de ser cristiana, siempre que profese la fe correcta.

Éste es un giro muy hábil, y muchas personas que desean ser engañadas, efectivamente se engañan a sí mismas con él. El giro consiste en reducir la negación directa y consciente del mandamiento a un incumplimiento esporádico de éste. Sin embargo, basta con comparar la actitud de la jerarquía eclesiástica frente a éste y frente a otros mandamientos para darse cuenta de que su actitud hacia los mandamientos que sí reconoce es radicalmente distinta de la que adopta frente al de la no resistencia.

Como verdaderamente reconoce el mandamiento contra la lujuria, no contempla ningún caso en el que ésta no constituya un mal: los predicadores de la Iglesia no admiten ninguna situación en la que este mandamiento pueda ser incumplido, y siempre sermonean acerca de la necesidad de evitar aquellas tentaciones que nos hagan caer en la lujuria. No obstante, no ocurre lo mismo con el mandamiento de la no resistencia: para éste sí que encuentran casos en los que puede ser incumplido. Y así es como lo enseñan a la gente; y no sólo no enseñan a no evitar estas tentaciones, cuyo principal exponente es el juramento militar, sino que participan en este juramento. No admiten ninguna circunstancia en la que se pueda contravenir alguno de los otros mandamientos, pero cuando atañe al mandamiento de la no resistencia, nos enseñan sin ningún tipo de reparo que no hay que interpretar literalmente esta prohibición de no resistir el mal con el mal, no siempre debemos cumplir con este mandamiento, y hay casos y situaciones en las que tenemos que hacer justo lo contrario, es decir, juzgar, luchar y ejecutar. De modo que en la mayoría de los casos nos enseñan que este mandamiento no hay que cumplirlo: afirman que hacerlo sería muy complicado y que pertenecería únicamente al ámbito de la perfección. Sin embargo, ¿cómo no va a ser complicado cumplir con él cuando es la misma Iglesia la que alienta directamente a que sea incumplido al dar su bendición a tribunales, cárceles, cañones, fusiles, tropas y batallas?

Así pues, queda demostrado que es mentira que la jerarquía eclesiástica le otorgue al mandamiento de la no resistencia el mismo valor que a los otros. Estos predicadores simplemente no reconocen este mandamiento, pero temen admitirlo y tratan de ocultarlo. Hasta aquí el cuarto tipo de respuesta.

El quinto tipo –el más sutil, el más empleado y poderoso de todos– consiste en evadir la pregunta; es decir, en hacer ver que esta cuestión ya fue resuelta hace mucho tiempo de un modo absolutamente claro y satisfactorio, y que ya no vale la pena ni siquiera hablar sobre ello.

Esta respuesta es propia de críticos religiosos más o menos cultos, es decir, aquellos que sienten como un deber las leyes de la lógica. Conscientes de la contradicción (que no pueden esclarecer con palabras) que existe entre la doctrina de Cristo –que predicamos de palabra– y nuestra forma de vida, y conscientes también de que al tratar esta cuestión evidencian aún más la contradicción en la que vivimos, esquivan este tema con mayor o menor habilidad, haciendo ver que la cuestión de conciliar el cristianismo con violencia ha sido resuelta hace mucho tiempo o, simplemente, que esta cuestión nunca ha existido.*

La mayoría de teólogos recurre a este tipo de respuesta para rebatir mi libro. Podría aportar decenas de ejemplos de tales críticas, en las que, sin excepción, se repite lo mismo: se habla de todo menos de lo esencial, de lo que constituye el objeto principal de mi libro. Aportaré a modo de ejemplo característico de tales críticas un artículo de un famoso y refinado escritor y predicador inglés, Farrar, gran maestro en el arte de dar rodeos y guardar silencios, como hacen muchos otros críticos religiosos. Este artículo apareció en la revista americana *Forum* en octubre de 1888. Farrar, tras un breve y concienzudo resumen del contenido de mi libro, dice:

«Tolstói está convencido de que el mundo entero ha sido burdamente engañado, porque se ha hecho creer a la gente que la doctrina de Cristo de “no resistáis el mal ni a aquel que lo haga” es perfectamente compatible con la guerra, con los tribunales, con la pena de muerte, con los divorcios, con los juramentos, las pasiones y, en general, con la mayoría de instituciones de la vida civil y pública. Tolstói ahora cree que el reino de Dios llegará cuando la gente cumpla con los cinco mandamientos de Cristo, esto es: 1) Vivir en paz con todo el mundo; 2) Llevar una vida pura; 3) No hacer juramentos; 4) No resistir nunca el mal, y 5) No hacer distinciones entre pueblos.

Tolstói rechaza la inspiración divina del Antiguo Testamento, las Epístolas y todos los dogmas de la Iglesia, como por ejemplo la Santísima Trinidad, la redención, el descenso del Espíritu Santo, el sacerdocio; únicamente reconoce las palabras y los mandamientos de Cristo. Pero... ¿es correcto interpretar así la doctrina de Jesucristo? ¿Debe todo el mundo obrar como enseña Tolstói, es decir, cumpliendo los cinco mandamientos de Cristo?».

Ante una pregunta tan sustancial, que ha movido a este hombre a escribir un artículo sobre mi libro, uno espera que afirme que esta interpretación de la doctrina de Cristo es correcta, y que por ello hay que seguirla, o que, por el contrario, afirme que es errónea, demuestre el motivo, y dé una interpretación justa a las palabras que supuestamente yo he interpretado de manera errónea.

Pero Farrar no hace nada de esto: tan sólo expresa su «convencimiento de que Tolstói, a pesar de mostrar una nobilísima sinceridad, ha caído en un error al interpretar subjetiva y unilateralmente el sentido del Evangelio, el pensamiento (*mind*) y la voluntad de Cristo».

En ningún momento ofrece una explicación acerca de cuál es este supuesto error, simplemente afirma: «No voy entrar a demostrar todo esto que sostengo en este artículo, pues ya he superado la cantidad de hojas que tengo asignadas».

Y, tranquilamente, concluye:

«Entretanto, si el lector se siente turbado por la idea de que como cristiano está obligado, al igual que Tolstói, a abandonar el modo de vida que siempre ha llevado para vivir como un simple trabajador, que se tranquilice y se sostenga sobre el siguiente principio: *Securus judicat orbis terrarum*.** Exceptuando contadas excepciones, todo el cristianismo desde los tiempos de los Apóstoles hasta nuestros días ha llegado al convencimiento de que la misión de Cristo consistió en transmitir a los hombres unos principios eternos, pero nunca pretendió destruir las bases de las instituciones de la sociedad humana, que descansa en la sanción divina (*sanction*) y en lo inevitable. Si mi tarea fuera demostrar la imposibilidad de la doctrina comunista –basada según Tolstói en las paradojas divinas [*sic*], que pueden ser interpretadas únicamente a partir de unos principios históricos de acuerdo con todos los métodos de la doctrina de Cristo–, necesitaría mucho más espacio del que dispongo».

¡Vaya una lástima, no dispone de más espacio! ¿Y no es extraño que en quince siglos nadie haya tenido nunca espacio suficiente para demostrar que Cristo, al que tanto profesan, quiso decir algo completamente distinto de lo que en realidad dijo? Podrían demostrarlo si quisieran, aunque, pensándolo bien, para qué se van a esforzar en demostrar aquello que por todos es sabido, cuando les basta con sentenciar: *Securus judicat orbis terrarum*.

Y así son, sin excepción, todas las críticas de hombres instruidos y creyentes, que comprenden el peligro de su posicionamiento. Su única salida reside en la esperanza de que, aprovechando la autoridad, antigüedad y santidad de la Iglesia, se pueda atemorizar al lector, persuadirlo de que lea por sí mismo el Evangelio y de que reflexione por sí mismo sobre esta cuestión. Y efectivamente consiguen su objetivo, porque ¿a quién se le va a pasar por la cabeza que todo aquello que con tanta convicción y solemnidad han repetido sin cesar siglo tras siglo todos estos archidiáconos, obispos, arzobispos, santísimos sínodos y papas, no es más que una vil mentira, una calumnia infame, levantada por ellos en el nombre de Cristo para obtener el dinero necesario con tal de asegurarse una buena vida a costa del sufrimiento ajeno? Una mentira y una calumnia tan evidentes, sobre todo ahora, que el único modo de mantenerlas es atemorizar a la gente con su vehemencia y su desvergüenza.

Precisamente esto es lo que ha venido ocurriendo en los últimos años en las comisiones de reclutamiento: viejos y altivos funcionarios, cargados de condecoraciones, se sientan en una mesa sobre la que yace un libro de leyes y moralidad, bajo un retrato del emperador de cuerpo entero; conversan con desenvoltura y desenfado, toman notas, dan órdenes y hacen llamar a los reclutas. Y allí mismo, con una cruz al pecho y en sotana, vemos a un venerable sacerdote, ante un atril sobre el que descansa una cruz de oro y un Evangelio bañado también en oro.

Hacen llamar a un tal Iván Petrov. Sale un joven mal vestido, con la ropa sucia; está asustado, le tiemblan los músculos de la cara, tiene los ojos brillantes y la mirada nerviosa. Con voz entrecortada y casi en un susurro, dice:

–Yo... según la ley de Dios... como cristiano... no puedo...

–¿Qué es lo que balbucea éste? –pregunta con impaciencia el presidente alzando la cabeza del libro, entornando los ojos y aguzando el oído.

–¡Hable más alto! –le grita un coronel con brillantes hombreras.

–Yo... yo... como cristiano...

Finalmente resulta que el joven rehúsa servir en el ejército porque es cristiano.

–No digas disparates y ponte en posición para ser examinado. Doctor, haga el favor de medirlo. ¿Es apto?

–Sí, es apto.

–Reverendo padre, proceda con el juramento militar.

Nadie se altera ante esta escena, ni presta ninguna atención a lo que este muchacho asustado y lastimoso barbotea. «Siempre barbotean algo, pero no tenemos tiempo que perder, aún quedan muchos por reclutar,» se dicen los funcionarios.

El recluta quiere decir algo.

–Esto va en contra de la ley de Cristo.

–Vamos, andando, que no le necesitamos a usted para saber qué va a favor o en contra de la ley. Y usted, reverendo, hágaselo comprender. Que pase el siguiente: Vasili Nikitin.

Entonces se llevan al muchacho, que no deja de temblar. ¿Y van siquiera a pensar los guardas, Vasili Nikitin –al que acaban de hacer pasar–, o aquellos que han presenciado esta escena, que las breves y confusas palabras de ese muchacho, reprimidas de inmediato por los funcionarios, contienen la verdadera esencia de Cristo y, en cambio, los discursos solemnes y altisonantes de estos funcionarios y de este sacerdote, tan desenvueltos y seguros de sí mismos, no constituyen más que una mentira y un engaño?

Ésta es la impresión que producen los artículos de Farrar, y no sólo los suyos, sino todas las prédicas solemnes, los artículos y libros que aparecen por todos lados en cuanto se vislumbra en algún lugar la auténtica verdad, una verdad que desenmascara la mentira que impera en el mundo. Comienzan entonces largas, lúcidas y elegantes disquisiciones acerca de esta cuestión, y si bien la tocan de cerca, contienen hábiles silencios sobre su misma esencia.

En esto consiste el quinto tipo de respuesta, el método más efectivo de ocultar la contradicción sobre la que se ha construido el cristianismo eclesiástico, que profesa las palabras de Cristo, pero que en la práctica rechaza su doctrina, y así lo enseña a la gente.

Aquellos que se justifican con el primer tipo de respuesta y afirman de un modo burdo y directo que Cristo permitió la violencia (guerras, asesinatos) están renegando de la doctrina de Cristo; aquellos que defienden su postura mediante el segundo, tercer y cuarto tipo de respuesta se contradicen a sí mismos y es sencillo demostrar que mienten; sin embargo, el quinto y último grupo, el de los que no razonan (o no se dignan a hacerlo), los que se esconden tras su magnificencia, que hacen como si esta cuestión hubiera sido resuelta por ellos o por otros hace mucho tiempo, y que por tanto no debe suscitar ya ninguna clase de dudas, parecen imposibles de convencer. Y lo seguirán siendo mientras la gente siga bajo el efecto hipnótico de los distintos gobiernos e Iglesias, y mientras no se libere de esta sugestión.

Así es como reaccionaron ante mi libro los escritores religiosos, es decir, aquellos que profesan el cristianismo. No pudieron reaccionar de otro modo, porque a todos ellos les une una misma contradicción –la de creer en la divinidad de Jesús, pero no creer en sus palabras más claras– de la que necesitan librarse de algún modo. En consecuencia, no cabía esperar que emitieran juicios libres acerca de la esencia misma de la cuestión, ni acerca de los cambios que se producirían en la vida de las personas si aplicáramos al orden existente la doctrina de Cristo. Un razonamiento en este sentido lo esperaba, en cambio, de los críticos laicos y librepensadores, que no están ligados a la doctrina de Cristo y que por tanto pueden examinarla de un modo totalmente libre. Esperaba que los escritores librepensadores verían a Cristo no solamente como al instaurador de una religión basada en la adoración y en la salvación de uno mismo (tal y como entiende la religión la Iglesia), sino también –haciendo uso de su lenguaje– como a un reformador que desmoronó los antiguos fundamentos de la vida y nos proporcionó unos nuevos, y cuya reforma aún no se ha llevado a cabo y todavía sigue vigente.

Así es precisamente como muestro en mi libro mi forma de comprender a Cristo y su doctrina. Sin embargo, para mi sorpresa, de las muy numerosas críticas que aparecieron a raíz de mi libro, *ni una sola* (ni entre las rusas, ni entre las extranjeras) aborda esta materia desde mi mismo punto de vista; es

decir, ni una sola contempla la doctrina de Cristo como una enseñanza filosófica, moral y social (hago uso de nuevo de su lenguaje científico).

Los críticos laicos rusos, considerando que mi libro se reduce a una simple exposición de la doctrina de la no resistencia al mal y, seguramente para facilitar su refutación, comprendiendo esta doctrina como una prohibición de cualquier intento de lucha contra el mal, la atacaron con furia y durante muchos años sostuvieron con bastante éxito que la doctrina de Cristo es errónea, ya que prohíbe resistirse al mal. Esta refutación de esta *aparente* doctrina pudo ser exitosa porque sabían de antemano que sus juicios no iban a ser rebatidos ni corregidos por nadie, ya que la censura, que había prohibido la publicación de mi libro, no dejaría pasar ningún artículo que lo defendiera.

Es increíble que en nuestro país, donde no se puede decir ni una palabra sobre las Sagradas Escrituras sin que sea prohibida por la censura, durante años se haya tergiversado, criticado, condenado y ridiculizado este mandamiento, expresado por Cristo de un modo tan claro y preciso (Mateo 5, 39).

Los críticos laicos rusos, que era evidente que desconocían todo lo que se ha hecho y se ha escrito sobre la cuestión de la no resistencia al mal, y que en algunos casos incluso presuponían que yo mismo había inventado el principio de la no resistencia al mal con la violencia, atacaron el sentido de este mandamiento, lo refutaron, tergiversaron y, con gran ímpetu, expusieron unos argumentos ya desmontados y rebatidos hace mucho tiempo desde todos los ángulos; y sostuvieron la idea de que el hombre debe defender sin falta y mediante la violencia a todos los ofendidos y oprimidos, y que por tanto la doctrina de la no resistencia al mal con la violencia es inmoral.

Para todos los críticos rusos, el sentido de este mandamiento de Cristo representaba un obstáculo a la labor que se estaba realizando contra lo que consideraban el mal. De ello resultó que el principio de la no resistencia al mal con la violencia fue atacado por dos grupos sociales diametralmente opuestos: por los conservadores, porque era un obstáculo tanto para combatir el mal provocado por los revolucionarios, como para perseguirlos y ejecutarlos, y por los revolucionarios, porque este principio era un obstáculo para combatir el mal provocado por los conservadores y para lograr su derrocamiento.

A los conservadores les indignaba el hecho de que la doctrina de la no resistencia al mal suponía un impedimento a la enérgica represión de los elementos revolucionarios, capaces de destruir el bienestar del pueblo. En cambio, a los revolucionarios les indignaba esta doctrina porque suponía un impedimento para derrocar a los conservadores, responsables de la destrucción del bienestar del pueblo. Es remarcable que los revolucionarios atacaran el principio de la no resistencia al mal con la violencia si tenemos en cuenta que este principio pone en gran peligro cualquier régimen despótico, y que desde

que el mundo se ha basado en el principio opuesto –es decir, en la necesidad de resistir el mal con el mal–, toda la violencia se ha justificado y se sigue justificando conforme a éste, desde la Inquisición hasta la Fortaleza de Schlüsselburg.****

Además de todo esto, los críticos rusos consideraron que si se aplicara en la vida práctica el mandamiento de la no resistencia al mal con la violencia, nuestra sociedad se desviaría del camino por el que avanza la civilización; según ellos, la humanidad entera debe seguir el camino trazado por la sociedad europea.

Hasta aquí la naturaleza de las críticas rusas. En cuanto a los críticos extranjeros, éstos partían de las mismas premisas que los rusos, pero sus juicios sobre mi libro diferían un poco de aquéllos, no sólo en su reacción menos áspera y en su mayor cultura, sino también en la esencia propia de la cuestión.

Los críticos extranjeros al emitir sus juicios sobre mi libro acerca de la doctrina del Evangelio en general, y su expresión en el Sermón de la Montaña, sostenían que tal doctrina no es propiamente cristiana (según ellos, la doctrina cristiana está constituida por el catolicismo y el protestantismo). La doctrina del Sermón de la Montaña es simplemente una serie de bellas e impracticables ensoñaciones *du charmant docteur*, como dice Ernest Renan, válida para los habitantes inocentes y medio salvajes de la Galilea de hace mil ochocientos años, o para *mujiks* rusos medio salvajes como Siutáyev, Bóndarev,***** o ese místico llamado Tolstói, pero inaplicables para el nivel supremo de la cultura europea.

Los críticos laicos europeos daban a entender, de forma delicada y sin pretender ofenderme, que mis ideas acerca de que la humanidad puede regirse conforme a una doctrina tan pueril como la del Sermón de la Montaña, son en parte fruto de mi ignorancia, de mi desconocimiento tanto de la historia como de los vanos intentos que se han hecho a lo largo de ésta para poner en práctica los principios del Sermón de la Montaña, y que no han conducido a nada; también se deben a que no comprendo el sentido de la tan elevada cultura europea, con sus cañones Krupp, su pólvora sin humo, su colonización de África, el Gobierno de Irlanda, el Parlamento, el periodismo, las huelgas, las Constituciones y la Torre Eiffel.

Esto es lo que escribieron hombres como Vogué, Leroy Beaulieu o Matthew Arnold, o escritores americanos como Savage; también el famoso predicador y librepensador Ingersoll, y tantos otros.

«La doctrina de Cristo no sirve porque no se ajusta a nuestra era industrial,» afirma puerilmente Ingersoll, que con esta idea muestra de un modo absolutamente claro e ingenuo lo que en la actualidad piensa mucha gente de refinada educación sobre la doctrina de Cristo. La doctrina no es válida para

nuestra era industrial, como si ésta era fuera sagrada y no pudiera ser alterada. Es como si a un borracho le aconsejáramos cómo lograr estar sobrio y nos respondiera que, debido a su estado de ebriedad, nuestros consejos son inútiles.

Los juicios de los escritores laicos –tanto los de los rusos como los de los extranjeros, e independientemente de cuán diferente sea su tono y su manera de argumentar– llegan en esencia a una misma, extraña y errónea conclusión: que la doctrina de Cristo, que tiene como uno de sus preceptos la no resistencia al mal con la violencia, no es válida para nosotros porque nos exige un cambio en nuestras vidas.

La doctrina de Cristo no es válida porque si cumpliéramos con ella, nuestro modo de vida no podría prolongarse. En otras palabras: si empezáramos a vivir de modo correcto, tal como nos enseñó Cristo, no podríamos continuar con nuestro modo incorrecto de vivir, que es al que estamos acostumbrados. La cuestión de la no resistencia al mal no sólo no se debate, sino que la sola mención del hecho de que la doctrina cristiana contiene la exigencia de no resistir al mal con la violencia se considera ya como una prueba suficiente de su inaplicabilidad.

Sin embargo, parece imprescindible dar algún tipo de solución a esta cuestión, ya que ésta se encuentra en la raíz de la mayoría de los asuntos que nos preocupan.

La pregunta que cabe hacerse es: ¿cómo resolver los conflictos que surgen entre los hombres, cuando unos consideran que el mal es aquello que otros consideran el bien, y al revés? No sirve como respuesta la afirmación de que el mal es aquello que yo considero como tal, a pesar de que mi enemigo lo considere el bien. Existen, pues, dos posibles soluciones a esta cuestión: o encontramos un criterio fiable e irrefutable de lo que es el mal, o no resistimos a éste con la violencia.

La primera solución se ha intentado aplicar desde el principio de los tiempos y, como es sabido, nunca ha dado resultados favorables.

La segunda solución –no resistir con la violencia a aquello que consideramos como el mal hasta que encontremos un criterio único que lo determine– es la que nos propuso Jesucristo.

Se puede pensar que la solución que Cristo nos ofreció es errónea; se puede buscar otra mejor, encontrar un criterio indiscutible y común para todos que determine qué es el mal; se puede simplemente no reconocer la esencia de la cuestión, cosa que les ocurre a los pueblos salvajes; sin embargo no se puede, tal y como hacen los estudiosos de la doctrina cristiana, hacer ver que esta cuestión simplemente no existe, o conceder a un grupo de hombres eminentes y a sus asambleas el derecho a determinar qué es el mal, y pensar que resistirse a este mal resuelve la cuestión. Todos sabemos que esto no resuelve en absoluto la

cuestión, ya que siempre habrá gente que no conceda este derecho a estos hombres eminentes ni a sus asambleas.

Y es precisamente esta creencia de que el mal es aquello que *nosotros* consideramos como tal, y la absoluta incomprensión de la cuestión, lo que constituyen la esencia de la visión que los críticos laicos tienen sobre la doctrina cristiana. Así pues, las consideraciones que tanto los críticos religiosos como los laicos hicieron sobre mi libro me mostraron que la mayoría de los hombres no entiende la doctrina de Cristo, ni tampoco las cuestiones a las que ésta ofrece una respuesta.

* Conozco un solo artículo –no se puede considerar una crítica en el sentido estricto de la palabra– que se refiere a mi libro y difiere algo de la opinión general que hay sobre esta materia. Se trata de un folleto de Troitski (Kazán) titulado *La conversación de la montaña*, donde el autor reconoce la doctrina de Jesucristo en su auténtico sentido. Afirma que el mandamiento sobre la no resistencia al mal con la violencia significa exactamente lo que significa, igual que el mandamiento sobre el juramento; no rechaza, como hacen otros, el sentido auténtico de la doctrina de Cristo, pero por desgracia tampoco llega a las inevitables conclusiones que surgen por sí solas cuando comprendemos auténticamente la doctrina de Cristo. Si no debemos resistir el mal con la violencia, ni tampoco jurar, nos surge de manera natural la siguiente pregunta: ¿y qué pasa con el servicio militar? ¿Y con el juramento militar? El autor deja estas preguntas sin respuesta, pero *debería* responderlas. Y si no puede hacerlo, entonces mejor que no hable, porque su silenciamiento induce a error (N. del A.)

** Juzgar al mundo entero es una frivolidad. (N. del A.)***

*** Máxima de san Agustín traducida libremente por Tolstói. (N. del T.)

**** Fortaleza próxima a San Petersburgo, donde se encarcelaba a presos políticos, a revolucionarios y a terroristas. En 1887, el hermano mayor de Lenin fue ejecutado en ella. (N. del T.)

***** Siutáyev: campesino fundador de una doctrina basada en el amor al prójimo como enseñanza fundamental del Nuevo Testamento. Bóndarev: campesino cuya doctrina se basaba en la idea de que el trabajo físico es una ley divina, la más importante de todas. Ambos fueron contemporáneos de Tolstói, que escribió sobre ellos: «Les debo más a estos dos campesinos medio analfabetos que a todos los hombres de ciencia y escritores juntos». (N. del T.)

III. LA COMPRENSIÓN ERRÓNEA DEL CRISTIANISMO POR PARTE DE LOS CREYENTES

Así fue cómo las informaciones que obtuve al aparecer mi libro acerca de que sólo una minoría de hombres ha comprendido y comprende la doctrina cristiana en su sentido literal y auténtico, y de que los críticos, tanto religiosos como laicos, rechazan el sentido auténtico de las enseñanzas de Cristo, me convencieron de que, mientras que una minoría ha comprendido siempre la auténtica doctrina cristiana –que se ha vuelto cada vez más evidente–, para una mayoría ese sentido se ha tornado cada vez más oscuro y se ha llegado a tal grado de confusión, que la gente ha dejado de entender los preceptos más sencillos del Evangelio, que fueron expresados con las palabras más simples.

El hecho de que hoy en día no se comprenda la doctrina de Cristo en su sentido auténtico, simple y literal, cuando la luz de esta doctrina ha penetrado ya en los rincones más oscuros de la conciencia humana, cuando, como dijo Cristo, «ahora gritan desde los tejados aquello que yo susurré al oído», cuando esta doctrina ha penetrado en todas las esferas de nuestra vida, en la familiar, económica, civil, estatal e internacional, parecería algo inexplicable si no fuera porque existen unas razones muy concretas.

Una de estas razones es que tanto creyentes como laicos están firmemente convencidos de que entienden la doctrina cristiana de un modo completo, seguro y definitivo, y que es imposible que ésta contenga cualquier otro sentido que ellos no le hayan otorgado. La razón de esta convicción reside en el hecho de que desde hace mucho se ha ido transmitiendo una interpretación equivocada de la doctrina, cosa que ha provocado que ésta ya no sea comprendida.

Ni el chorro más grande de agua puede añadir una sola gota a un vaso que ya está lleno: a un hombre de pocas luces se le pueden explicar las cosas más complejas si aún no tiene una idea preconcebida sobre ellas; sin embargo, es imposible explicar a un hombre inteligente las cosas más sencillas si éste está convencido de que conoce a la perfección aquello que le están intentando transmitir. La doctrina cristiana es percibida por la gente de nuestro tiempo como algo completamente sabido desde hace muchísimo tiempo, hasta en sus más pequeños detalles, de manera que esta doctrina no puede ser interpretada de ningún otro modo.

Hoy en día, aquellos que profesan la doctrina de la Iglesia perciben el cristianismo como una revelación sobrenatural y milagrosa que se ha convertido en un dogma de fe, y los laicos lo perciben como una manifestación de la

necesidad humana de creer en lo sobrenatural, como un fenómeno histórico que ha encontrado su expresión en el catolicismo, en la ortodoxia y en el protestantismo, pero que ya no tiene ningún sentido en nuestras vidas. En cuanto a los creyentes, el sentido de la doctrina ha sido desvirtuado por la Iglesia; en cuanto a los laicos, por la ciencia.

Hablaré sobre los primeros.

Hace mil ochocientos años apareció en un mundo romano y pagano una nueva y extraña doctrina que no se asemejaba a ninguna anterior, y que era atribuida a un hombre llamado Jesús.

Esta doctrina era absolutamente novedosa tanto en su forma como en su contenido para el mundo hebreo donde surgió, pero aún lo era más para el mundo romano donde se predicó y difundió.

En medio de unas leyes religiosas tan elaboradas como las de los judíos –según palabras de Isaías, una ley surgía encima de otra–, y de una legislación romana elaborada hasta un grado máximo de perfección, apareció una doctrina que no sólo rechazaba cualquier divinidad, cualquier temor y cualquier culto, sino también cualquier institución humana, al ser su existencia innecesaria.

En vez de dar un cúmulo de normas, tal y como habían hecho las confesiones anteriores, esta doctrina únicamente expuso un modelo basado en la perfección interior, en la verdad y en el amor encarnados por Cristo; el resultado de esta perfección alcanzada por los hombres –la perfección exterior augurada por los profetas– sería el reino de Dios en la Tierra: los hombres dejarían de matarse, estarían inspirados por Dios y unidos por el amor, y el león no atacaría más al cordero.

En vez de amenazar a los hombres que no cumplieran estas normas –amenazas que sí aparecían en las leyes religiosas anteriores y en las leyes estatales–, y en vez de tentar con recompensar a quien sí cumpliera con ellas, esta nueva doctrina invocó a los hombres únicamente por ser una verdad divina. «El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta» (Juan 7, 17). «Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? ¿Por qué queréis matar a un hombre que os dice la verdad? Sólo la verdad os hará libres. Sólo se puede profesar a Dios en la verdad. La doctrina se abrirá y será comprendida mediante el espíritu de la verdad. Haced lo que os digo, y sabréis si es la verdad» (Juan 8, 46).

Esta doctrina no presentaba ninguna prueba: su única prueba era que constituía la Verdad y que ambas se correspondían. Toda la doctrina se basaba en conocer la Verdad y observarla, en alcanzar esta Verdad y acercarla cada vez más a nuestra vida diaria.

Según esta doctrina no hay ningún acto que pueda justificar a un hombre, ni hacer que sea bendito, hay únicamente un modelo de verdad que llama a su

corazón para que trate de alcanzar la perfección interior encarnada por Cristo, y lleve a su exterior el reino de Dios.

Cumplir con esta doctrina significa simplemente avanzar por el camino que ésta nos ha trazado, aproximarnos hacia la perfección interior como hiciera Cristo, y a la perfección exterior para establecer el reino de Dios en la Tierra. Según esta doctrina, la dicha de una persona no depende del grado de perfección al que ha llegado, sino de la cantidad de camino que ha recorrido para alcanzarla.

El camino hacia la perfección del publicano Zaqueo, de la prostituta o del ladrón en la cruz es mil veces mejor que la inmóvil rectitud del fariseo. La oveja descarriada tiene más valor que noventa y nueve no descarriadas. El hijo pródigo y la moneda perdida y vuelta a encontrar son más queridos por Dios que aquellos que nunca se han extraviado.

Según esta doctrina, cualquier estadio en el que se encuentre un hombre es un simple escalón en el camino hacia la inalcanzable perfección interior y exterior, y por tanto permanecer inmóvil en este escalón no tiene ningún valor. La dicha consiste en caminar hacia la perfección, y quedarse anclado en un estadio significa destruir esta misma dicha.

«Que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha.» «Es dudoso para el reino de Dios aquel hombre que coge un arado y mira hacia atrás.» «No os alegréis por someter a los demonios; más bien procurad que vuestros nombres sean escritos en los cielos.» «Sed perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial.» «Buscad el reino de Dios y su verdad.»

Cumpliremos con esta doctrina únicamente si avanzamos sin detenernos hacia una Verdad cada vez más elevada, si la llevamos hacia nuestro interior mediante un amor cada vez mayor, y si difundimos en el exterior el reino de Dios.

Es evidente que una doctrina como ésta no pudo ser aceptada, ni dentro de la sociedad pagana ni de la judía, porque la mayoría de sus miembros llevaba un modo de vida radicalmente distinto del que esta doctrina exigía; en realidad, ni siquiera todos los que la abrazaron pudieron entenderla en su significado más profundo, ya que ésta era totalmente opuesta a todas las concepciones que habían imperado hasta entonces.

Sólo tras una sucesión de interpretaciones equivocadas, de errores y explicaciones parciales corregidas y enmendadas por las siguientes generaciones, se logró que las personas fueran comprendiendo el sentido de la enseñanza cristiana. Se produjo una influencia mutua entre la visión cristiana del mundo, por un lado, y la pagana y judía, por el otro. Sin embargo, la visión cristiana del mundo fue penetrando cada vez con mayor intensidad en la caduca visión judía y pagana, y su sentido surgió con una claridad cada vez mayor, con

lo que acabó liberándose de falsos añadidos que le eran completamente ajenos. Los hombres empezaron entonces a comprender cada vez más el sentido del cristianismo y a aplicarlo en sus vidas.

Cuanto más avanzaba la humanidad, más entendía ésta el sentido del cristianismo, cosa que no podía, ni puede ocurrir, de otro modo cuando estamos ante una auténtica doctrina de la vida. Las generaciones posteriores enmendaban los errores de las anteriores y se aproximaban cada vez más a la comprensión de su auténtico sentido.

Así sucedió en los primeros tiempos del cristianismo. Sin embargo, ocurrió que, también desde los primeros tiempos, surgieron hombres que afirmaron que el sentido que ellos atribuían a la doctrina cristiana era el único válido, algo que demostraban con una serie de fenómenos sobrenaturales que confirmaban que su manera de comprender esta doctrina era la correcta.

He aquí la causa principal de que la doctrina cristiana empezara a entenderse de un modo erróneo y acabara tergiversándose por completo.

Se partió del supuesto que la doctrina de Cristo no era transmitida a los hombres como cualquier otra verdad, sino mediante un procedimiento especial, sobrenatural; de modo que su correcta comprensión no podía basarse en el intelecto ni en la naturaleza humana: esta comprensión obraba únicamente mediante un milagro, que era utilizado como prueba irrefutable de su interpretación correcta. Esta suposición nació de una comprensión equivocada de la doctrina, y tuvo como consecuencia justamente la imposibilidad de poder llegar a comprenderla.

Todo empezó en los inicios del cristianismo, cuando se entendía la doctrina de un modo incompleto y fragmentario, cosa que vemos en los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles. Cuanto menos se comprendía la doctrina cristiana, más oscura parecía ésta y más se necesitaba una serie de pruebas externas que demostraran su veracidad. El precepto de «no hacer al otro lo que no quieras para ti» no era necesario demostrarlo con milagros, ni tampoco era necesario tener fe para comprenderlo, porque este precepto es por sí mismo muy convincente, ya que va acorde con el intelecto y con la naturaleza humana; pero el precepto de que Cristo es Dios había que demostrarlo mediante milagros absolutamente incomprensibles.

Cuanto más oscura era la comprensión de la doctrina de Cristo, más se mezclaba ésta con todo tipo de milagros; cuanto más se mezclaba con los milagros, más se apartaba de su auténtico sentido y se convertía en algo más oscuro; y cuanto más se apartaba de su auténtico sentido y se convertía en algo más oscuro, con más fuerza había que insistir en su infalibilidad, y ésta se hacía menos comprensible.

A través de los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas vemos

que desde los primeros tiempos, la comprensión errónea de la doctrina generó la necesidad de demostrar su veracidad mediante milagros y mediante lo inexplicable.

Todo empezó –si nos remitimos a los Hechos de los Apóstoles– con la reunión de los discípulos en Jerusalén para decidir si bautizar o no a hombres incircuncisos y a los que comían alimentos sacrificados en honor a los ídolos. Ya el mismo planteamiento de la cuestión nos muestra que los que la discutían no entendían la doctrina de Cristo, que rechaza cualquier tipo de rito externo: la ablución, la purificación, el ayuno y el shabat.

Nos fue dicho de un modo claro: «Lo que hace impuro a un hombre no es lo que entra por la boca. Lo que verdaderamente le hace impuro es lo que sale del corazón»,^{*} y por ello la cuestión del bautizo de los incircuncisos pudo surgir tan sólo entre hombres que, aunque amaban al Maestro y sentían vagamente la grandeza de sus enseñanzas, aún no las comprendían de un modo claro. Así es como sucedió.

En la medida en que los participantes de aquella reunión no comprendían la doctrina, necesitaban algo externo que confirmara aquello que no alcanzaban a comprender. Y tal y como describen los Hechos de los Apóstoles, para resolver esta cuestión –cuya simple formulación nos muestra su comprensión errónea de la doctrina– los discípulos pronunciaron unas palabras, necesarias por vez primera, que ofrecieran una confirmación externa a la decisión que acababan de tomar. Estas terribles palabras, que tanto daño han hecho, «por voluntad del Espíritu Santo y por la nuestra,» venían a confirmar que lo que ellos habían decidido era lo justo, dado que venía respaldado por la milagrosa presencia del Espíritu Santo –es decir, de Dios–. Sin embargo, había que demostrar ahora que esta afirmación de que los apóstoles hablaban a través del Espíritu Santo era cierta, por lo que fue necesario decir que durante el Pentecostés el Espíritu Santo se había posado sobre cada uno de ellos en forma de lenguas de fuego (la descripción del descenso del Espíritu Santo precede a la de la reunión, pero los Hechos de los Apóstoles están escritos mucho después de estos episodios). También había que demostrar a aquellos que no veían las lenguas de fuego que el descenso del Espíritu Santo era cierto (aunque no se entiende por qué razón una lengua de fuego que arde sobre la cabeza de un hombre signifique que lo que éste dice sea una verdad incontestable), y fueron necesarios otros milagros, curaciones y resucitaciones; todos estos sugestivos milagros que tanto abundan en los Hechos de los Apóstoles no sólo no podrán convencernos nunca de la autenticidad de la doctrina cristiana, sino que incluso harán que la rechacemos.

La consecuencia de querer demostrar la autenticidad de la doctrina mediante estos relatos sobre milagros fue que cuanto más se recurría a ellos y más se acumulaban uno tras otro, más se desviaba la doctrina de su sentido primigenio y más incomprensible acababa resultando.

Esto ocurrió en los inicios del cristianismo y se fue intensificando a medida que pasaba el tiempo hasta llegar, como era lógico, a los dogmas de hoy en día acerca de la transustanciación y de la infalibilidad de papas, obispos y de las Escrituras; es decir, se ha llegado a una fe absolutamente incomprensible, llevada hasta tal absurdo que exige creer a ciegas no en Dios, ni en Cristo, ni incluso en la doctrina, sino en cierto individuo (como ocurre en el catolicismo), en varios individuos (como ocurre en la ortodoxia), o en un libro (como ocurre en el protestantismo). Cuanto más se difundía el cristianismo y más atraía a hombres no preparados, menos comprendían éstos su sentido, con más fuerza afirmaban que su interpretación de la doctrina era infalible y más difícil se hacía que comprendieran su auténtico sentido. Ya en tiempos de Constantino todo este sentido se había reducido a un compendio ratificado por los poderes laicos, un compendio de las discusiones acaecidas en torno al Concilio;^{**} un dogma de fe en el que se establecía: «se debe creer en esto, en eso y en aquello otro, y por encima de todo en una Iglesia única, santa y apostólica»; es decir, se debía creer que las personas que se hacían llamar “Iglesia” eran del todo incuestionables, con lo que el sentido del cristianismo se redujo a que no debíamos creer en Dios, ni en Cristo –tal y como nos fue anunciado–, sino únicamente en la Iglesia y en lo que ésta nos ordenaba que creyéramos.

Ante esto se suele argumentar: «la Iglesia es santa y fue fundada por Cristo. Dios no podía dejar que la gente interpretara la doctrina caprichosamente y por ello fundó la Iglesia». Todos estos dogmas son tan injustos y arbitrarios que uno siente vergüenza al tener que rebatirlos. No encontramos referencia alguna en ningún lugar –aparte de las afirmaciones de la propia Iglesia– que nos haga pensar que Dios o Jesucristo fundaran algo parecido a lo que los eclesiásticos entienden por Iglesia. Al contrario, en el Evangelio encontramos indicaciones que nos advierten contra la Iglesia como autoridad externa, y esto lo vemos de un modo claro y evidente cuando se dice que los discípulos de Cristo no llamaban nunca a otros hombres “maestros” o “padres”. Tampoco encontramos en ningún lugar nada sobre la fundación de lo que los eclesiásticos llaman “Iglesia”.

En los Evangelios se utiliza el término “Iglesia” en dos ocasiones. La primera tiene el significado de una reunión de personas que discuten un problema; la segunda se utiliza en relación con las palabras –poco claras– sobre la piedra, Pedro y las puertas del infierno.^{***} De estas dos menciones de la palabra “Iglesia,” que tienen un sentido estrictamente de “reunión,” se ha extraído el sentido que hoy le otorgamos al término “Iglesia”.

Sin embargo, Cristo no pudo fundar una Iglesia, es decir, no en el sentido actual de esta palabra, porque una Iglesia como la que tenemos hoy en día, con todos sus sacramentos, jerarquía y, sobre todo, con su afirmación de ser una institución infalible, no la encontramos ni en las palabras de Cristo, ni en las

ideas de los hombres de aquel tiempo.

El hecho de que los hombres emplearan la misma palabra que Cristo, pero en un sentido totalmente distinto, para denominar la institución que se formó mucho más tarde, no le da a nadie ningún derecho a afirmar que Cristo fundó “la única y auténtica Iglesia”.

Además, si Cristo realmente hubiera creado una institución como la Iglesia, sobre la que fundamentara toda su doctrina y su fe, probablemente habría dado unas instrucciones muy claras y precisas al respecto, y le habría dado a esta única y auténtica Iglesia –aparte de relatos sobre milagros, propios de cualquier superstición– unas señas ante las cuales no hubiera duda de su autenticidad. Sin embargo, no hizo nada de esto, pero tanto en el pasado como en el presente, encontramos instituciones de lo más variado que se hacen llamar a sí mismas “la única y auténtica Iglesia”.

El catecismo católico dice: «L’Église est la société de fidèles établie par notre Seigneur Jésus-Christ, répandue sur toute la terre et soumise à l’autorité des pasteurs légitimes, principalement notre Saint Père le Pape»,**** sobreentendiendo por «pasteurs légitimes» una institución que tiene como cabeza a un Papa y que está formada por determinados individuos relacionados entre sí bajo una determinada organización.

El catecismo ortodoxo dice: «La Iglesia es una sociedad fundada en la Tierra por Jesucristo, unida en un todo por una doctrina divina y por los sacramentos, bajo el mando y guía de la jerarquía establecida por Dios,» entendiendo por «jerarquía establecida por Dios» la jerarquía griega en concreto, compuesta por ciertos individuos que ocupan unos puestos determinados.

El catecismo luterano dice: «La Iglesia es el santo cristianismo o la comunidad de todos los creyentes ante Cristo, en la que el Espíritu Santo, mediante el Evangelio y los sacramentos, propone, comunica y administra la salvación divina,» sobreentendiendo que la Iglesia católica se ha extraviado y ha caído, y que la auténtica fe se encuentra en el luteranismo.

Para los católicos, la Iglesia divina coincide con la jerarquía romana y con el Papa; para los ortodoxos, coincide con la institución oriental y con la jerarquía rusa;***** para los luteranos, con la comunidad de personas que reconoce la Biblia y el catecismo de Lutero.

Habitualmente, cuando se habla del origen del cristianismo las personas que reconocen alguna de las Iglesias existentes utiliza la palabra “Iglesia” en singular, como si únicamente existiera y hubiera existido una sola Iglesia. Sin embargo, esto es completamente falso. La Iglesia, como institución que afirma estar en posesión de una verdad incuestionable, surgió tan sólo cuando dejó de ser la única, cuando pasó a ser al menos dos Iglesias.

Mientras los creyentes estuvieron de acuerdo entre sí y existía una sola

comunidad, no había necesidad alguna de afirmarse como única Iglesia. Pero cuando los creyentes se dividieron en comunidades opuestas que se negaban mutuamente surgió la necesidad de que cada parte reafirmara su autenticidad y se atribuyera la infalibilidad. El concepto de “Iglesia única” surgió porque tras las divergencias y disputas entre ambas partes, cada una de ellas, acusando a la otra de herejía, se reconoció a sí misma como Iglesia única e infalible.

Si sabemos que en el año 51 hubo una Iglesia que decidió aceptar a los circuncisos, es simplemente porque había otra judaica que decidió no aceptarlos.

Si ahora hay una Iglesia católica que afirma su infalibilidad es solamente porque existen otras Iglesias como la greco-rusa, la ortodoxa o la luterana que también afirman su infalibilidad y que niegan a las otras. Así pues, esto de una “única Iglesia” es una idea absolutamente fantástica, sin el menor atisbo de realidad.

Lo que sí es real es el fenómeno histórico de que siempre han existido y existen numerosas comunidades de hombres que afirman ser la Iglesia única, fundada por Dios, y que consideran a todas las demás heréticas y cismáticas. Esto es lo que se dice sin rodeos en los catecismos de las Iglesias más importantes: la católica, la ortodoxa y la luterana.

En el catecismo católico leemos: «Quels sont ceux, qui sont hors de l'église? Les infidèles, les hérétiques, les schismatiques».6* Los ortodoxos son considerados cismáticos, y los luteranos, heréticos. He aquí que, según este catecismo, los católicos son los únicos que se encuentran dentro de la Iglesia.

En el así llamado catecismo ortodoxo leemos: «Por Iglesia única de Cristo se entiende exclusivamente la ortodoxa, que está en acuerdo absoluto con la Iglesia universal. En lo que respecta a la Iglesia romana y a otras confesiones –a los luteranos y al resto no los llaman siquiera Iglesia– no pueden pertenecer a la única y auténtica Iglesia ya que ellos mismos se apartaron de ésta».

Según esto, los católicos y los luteranos están fuera de la Iglesia: dentro de ésta se encuentran únicamente los ortodoxos.

A su vez, el catecismo luterano dice: «Die wahre Kirche wird darin erkannt, dass in ihr das Wort Gottes lauter und rein ohne Menschenzusätze gelehrt und die Sacramente treu nach Christi Einsetzung gewahrt werden».7*

Según esto, todos aquellos que hayan añadido algo a la doctrina de Cristo y los apóstoles –tal y como hicieron las Iglesias católica y griega– se encuentran fuera de la Iglesia. Y dentro de ella están únicamente los protestantes.

Los católicos afirman que el Espíritu Santo obra ininterrumpidamente en su jerarquía; los ortodoxos afirman que el Espíritu Santo obra ininterrumpidamente en su jerarquía; los arrianos afirmaban que el Espíritu

Santo obraba en su jerarquía (y lo afirmaban con el mismo derecho con el que lo hacen hoy en día las Iglesias dominantes); todo tipo de protestantes – luteranos, la Iglesia Reformada, presbiterianos, metodistas, swedenborgianistas, mormones– afirman también que el Espíritu Santo obra únicamente en sus reuniones.

Si los católicos afirman que cuando las Iglesias arriana y griega se escindieron, el Espíritu Santo abandonó estas Iglesias caídas y permaneció en la única verdadera, con el mismo derecho pueden afirmar los protestantes que cuando se produjo su escisión con la Iglesia católica el Espíritu Santo la abandonó y se unió a la que ellos profesaban. Y eso es precisamente lo que hacen.

Todas las Iglesias erigen su credo mediante la transmisión ininterrumpida de Cristo y los apóstoles. Y, en efecto, todas las confesiones que provienen de Cristo tienen que haber llegado hasta la generación actual inevitablemente a través de cierta transmisión. Sin embargo, esto no demuestra que una de estas transmisiones sea sin ninguna duda la auténtica y que pueda excluir a todas las demás.

Cada ramita de un árbol proviene directamente de la raíz, pero este hecho no demuestra en absoluto que esta ramita sea única. Exactamente lo mismo ocurre con la Iglesia. Cada una de las Iglesias presenta las mismas pruebas acerca de que tanto su continuidad como incluso los milagros demuestran su autenticidad, y lo mismo hacen todas. Así pues, sólo puede haber una determinación rigurosa y exacta de lo que es la Iglesia (no como algo fantástico que desearíamos que fuera, sino como lo que es y lo que ha sido en realidad): una comunidad de hombres que afirman que se encuentran en posesión de la auténtica y única verdad.

Y han sido precisamente estas comunidades, que gracias al apoyo de los poderes políticos se han convertido en poderosas instituciones, las que han constituido el principal obstáculo para la difusión del sentido auténtico de la doctrina cristiana. Y no pudo ser de otro modo: la singularidad principal de la enseñanza de Cristo, aquello que la diferenció de todas las anteriores, residía en el hecho de que las personas que la habían abrazado se esforzaban cada vez más en comprenderla y en cumplir con ella; por su parte, la doctrina eclesiástica afirmaba su comprensión absoluta y definitiva de esta enseñanza y su cumplimiento.

Por muy extraño que nos pueda parecer a hombres educados en una doctrina falsa que nos habla de la Iglesia como institución cristiana y del desprecio hacia las herejías, debemos saber que únicamente estas llamadas herejías han contenido el auténtico acercamiento hacia Dios, es decir, el auténtico cristianismo; sin embargo, este cristianismo ha dejado de ser auténtico en

cuanto dichas herejías han cesado en su acercamiento y se han quedado fijadas en las formas inmóviles de la Iglesia.

En realidad, ¿qué es una herejía? Leed cualquier obra teológica que trate las herejías, y que debería definir en primer lugar este concepto, ya que cada teólogo habla de lo que es la doctrina auténtica, rodeada de falsas doctrinas –es decir, de herejías–. Sin embargo, no encontraréis en ningún lugar nada parecido a una definición de este concepto.

Como ejemplo de la falta absoluta de algo que se asemeje a una definición del concepto “herejía” pueden servir las consideraciones que el docto historiador E. de Pressensé, especialista en religión cristiana, hace en su *Historia del dogma*, y cuyo epígrafe es: *Ubi Christus, ibi Ecclesia* (París, 1869).

He aquí lo que escribe en el prefacio: «Je sais, que l'on nous conteste le droit de qualifier ainsi les tendances, qui furent si vivement combattues par les premiers Pères. La désignation même d'hérésie semble une atteinte portée à la liberté de conscience et de pensée. Nous ne pouvons partager ces scrupules, car ils n'iraient à rien moins qu'à enlever au christianisme tout caractère distinctif». ^{8*}

Y, tras afirmar que después de Constantino la Iglesia efectivamente cometió un abuso de poder al calificar como herejes y perseguir a quienes discrepaban con ellos, analiza los primeros tiempos del siguiente modo: «L'Église est une libre association; il y a tout profit à se séparer d'elle. La polémique contre l'erreur n'a d'autres ressources que la pensée et le sentiment. Un type doctrinal uniforme n'a pas encore été élaboré; les divergences secondaires se produisent en Orient et en Occident avec une entière liberté, la théologie n'est point liée à d'invariables formules. Si au sein de cette diversité apparaît un fonds commun de croyances, n'est-on pas en droit d'y voir non pas un système formulé et composé par les représentants d'une autorité d'école, mais la foi elle-même, dans son instinct le plus sûr et sa manifestation la plus spontanée? Cette même unanimité qui se révèle dans les croyances essentielles, se retrouve pour repousser telles ou telles tendances, ne serons-nous pas en droit de conclure que ces tendances étaient en désaccord flagrant avec les principes fondamentaux du christianisme? Cette présomption ne se transformera-t-elle pas en certitude si nous reconnaissons dans la doctrine universellement repoussée par l'Eglise, les traits caractéristiques de l'une des religions du passé? Pour dire que le gnosticisme ou l'ebionitisme sont les formes légitimes de la pensée chrétienne, il faut dire hardiment qu'il n'y a pas de pensée chrétienne, ni de caractère spécifique qui la fasse reconnaître. Sous prétexte de l'élargir on la dissout. Personne, au temps de Platon, n'eût osé couvrir de son nom une doctrine qui n'eût pas fait place à la théorie des idées, et l'on eût excité les justes moqueries de la Grèce, en voulant faire d'Epicure où de Zénon un disciple de l'Académie. Reconnaissons donc que s'il existe une religion ou une doctrine, qui s'appelle le

christianisme elle peut avoir ses hérésies». ^{9*}

Todo el razonamiento de este autor se reduce a que cualquier juicio o desacuerdo con el código de dogmas que profesamos en un momento dado es una herejía. Pero es evidente que el hombre siempre cree en algo en un momento dado y en lugar concreto, y esta simple creencia en lo que sea, donde sea y cuando sea no puede utilizarse como un criterio infalible de la verdad. Todo se reduce, pues, a *Ubi Christus, ibi Ecclesia*: Cristo está allí donde estemos nosotros.

Cualquier herejía que reconozca su credo como la auténtica verdad podrá encontrar también en la historia de la Iglesia una argumentación consecuente de sus creencias, emplear los mismos argumentos que Pressensé y considerarse a sí misma la única verdadera. Y eso es precisamente lo que hacen y han hecho siempre todas las herejías.

La única definición de herejía (la palabra *αἵρεσις*, significa “parte”) es la siguiente: es el nombre que una comunidad de hombres da a cualquier juicio que rebate alguna parte de la doctrina profesada por esa misma comunidad. Pero la definición más usual y que con más frecuencia se le adscribe a la herejía es la siguiente: opinión que rebate lo que establece la doctrina eclesiástica, respaldada por los poderes laicos.

Hay un excelente estudio, muy voluminoso y poco conocido, titulado *Unpartheyische Kirchen-und Ketzer-Historie*, escrito por Gottfried Arnold, que trata directamente esta materia y que nos muestra toda la ilegitimidad, arbitrariedad, absurdidad y crueldad de utilizar la palabra “herejía” en un sentido reprobatorio. En este libro, el autor se propone describir la historia del cristianismo en la forma de una historia de las herejías.

En el prefacio, el autor plantea una serie de cuestiones:

- 1) Quién crea a los herejes (*von den Ketzermachern selbst*);
- 2) Quién ha sido considerado hereje; 3) Cuáles son las materias heréticas; 4) Cómo hacer que alguien sea considerado hereje, y 5) Cuáles son los objetivos y las consecuencias de hacer que alguien sea considerado hereje.

En cada uno de estos puntos plantea diez preguntas más, a las que responde basándose en estudios de célebres teólogos, pero deja que sea el mismo lector el que extraiga la conclusión principal a partir de la exposición de los contenidos. Citaré varios ejemplos de alguna de estas preguntas, que ya contienen en sí mismas parte de la respuesta. Respecto al punto número 4, acerca de cómo hacer que alguien sea considerado hereje, el autor, en la séptima pregunta, plantea:

«¿No nos muestra la historia que los mayores creadores de herejes y los maestros en este arte son precisamente aquellos sabihondos a los cuales el Padre

ocultó sus secretos, es decir, los hipócritas, fariseos, legistas, ateos y corruptos?».

Preguntas 20-21: «En los tiempos corruptos del cristianismo, ¿no fueron apartadas por los hipócritas y los envidiosos aquellas personas que habían sido dotadas por Dios de grandes talentos, y que en los tiempos del cristianismo más puro habían gozado de amplio respeto? Y por otro lado, ¿no fueron esos hombres, que con el declive del cristianismo se alzaron por encima del resto y se reconocieron a sí mismos como maestros del cristianismo más puro, los mismos que en tiempos de los apóstoles y los discípulos de Cristo habían sido considerados los herejes más ignominiosos y anticristianos de todos?».

En las preguntas 21 y 33, el autor expone, entre otras cosas, la idea de que la expresión verbal de la fe, que era exigida por la Iglesia y cuyo incumplimiento era considerado una herejía, nunca pudo ser abarcada enteramente por los creyentes, con lo que esta exigencia de expresar la fe mediante determinadas palabras acabó creando una herejía:

«Si a un hombre los asuntos e ideas sobre lo divino le resultan tan inabarcables y profundos que no encuentra las palabras justas para expresarlos, ¿hay que considerarle un hereje por no poder expresar estas ideas de un modo exacto? ¿Y no es cierto que en el cristianismo primitivo esto no era causa de herejía puesto que los cristianos se juzgaban unos a otros no por su expresión verbal de la fe, sino por su corazón y sus actos, y que podían expresar con absoluta libertad sus ideas sin miedo alguno a ser acusados de herejes?».

En la pregunta 31, dice: «¿Y no es cierto que el modo más habitual y sencillo al que recurría la Iglesia, en caso de que el clero quisiera destruir o deshacerse de alguien, era convertir las creencias de esta persona en sospechosas y lanzar sobre ella el manto de la herejía para así condenarla y sacarla de en medio? Aunque es cierto que los llamados “herejes” no estaban libres de pecados y errores, no es menos cierto y evidente, por los innumerables ejemplos aquí aportados (es decir, de la historia de la Iglesia y de las herejías), que no hay ni ha habido un solo hombre sincero y bienintencionado que no haya sido destruido por miembros de la Iglesia por envidia u otros motivos».

Así pues, hace casi doscientos años se comprendía ya el significado de la herejía, y, a pesar de esto, el sentido erróneo de este concepto se ha mantenido hasta la actualidad. Y no va a dejar de existir mientras exista también el concepto de Iglesia, porque la herejía es el reverso de la Iglesia: donde hay Iglesia hay herejía.

La Iglesia es una comunidad de hombres que se afirman a sí mismos estar en posesión de una verdad incuestionable, y una herejía es la opinión de ciertos hombres que no aceptan que esta verdad de la Iglesia sea incuestionable.

La herejía es una manifestación que hace avanzar a la Iglesia, es un intento de

desmoronar las entumecidas aseveraciones de la Iglesia, un intento por comprender vivamente la doctrina. Cualquier paso que se ha avanzado en la comprensión y el cumplimiento de la doctrina ha sido dado por herejes; Tertuliano, Orígenes, Agustín, Lutero, Jan Hus, Chelcicky: todos ellos fueron herejes, y no podría haber sido de otro modo.

Un discípulo de Cristo, cuya doctrina consiste en avanzar sin descanso hacia la comprensión y el cumplimiento de ésta y hacia la perfección, no puede afirmar –precisamente por ser un discípulo de Cristo– de sí mismo o de otros que comprende las enseñanzas de Cristo a la perfección y que las cumple. Y aún menos lo puede afirmar sobre una comunidad de hombres cualquiera.

Sea cual sea el grado de comprensión y de perfección al que haya llegado un discípulo de Cristo, siempre sentirá que su comprensión y perfección son insuficientes, y se esforzará por mejorarlas. Por tanto, aseverar que tal persona o tal comunidad de hombres, o que yo o nosotros comprendemos y cumplimos absolutamente las enseñanzas de Cristo es renunciar a su esencia.

Por muy extraño que pueda parecer, las Iglesias –como Iglesias que son– han sido siempre, y no pueden dejar de ser, instituciones no sólo ajenas a las enseñanzas de Cristo, sino incluso hostiles a ellas. No en vano Voltaire calificó a la Iglesia como *l'infame* (la infame); no en vano todas o casi todas las llamadas sectas cristianas han considerado que la Iglesia es la «Gran Ramera» profetizada en el Apocalipsis; no en vano la historia de la Iglesia es una historia de terribles crueldades y atrocidades.

Las Iglesias –como Iglesias que son– no son instituciones que se cimienten sobre un principio cristiano, pero que se han desviado ligeramente del recto camino, tal y como piensan muchos: las Iglesias –como Iglesias que son y como un conjunto de hombres que afirman su infalibilidad– son en realidad instituciones anticristianas. Iglesia y cristianismo son dos principios que no sólo no tienen nada en común –aparte del nombre–, sino que son absolutamente opuestos y antagónicos. El primero representa el orgullo, la violencia, la autoafirmación, la inmovilidad y la muerte; el segundo, la resignación, el arrepentimiento, la humildad, el movimiento y la vida.

No se puede servir a dos maestros a la vez, hay que escoger entre el uno o el otro.

Los servidores de las Iglesias de cualquier confesión, especialmente en los últimos tiempos, tratan de presentarse como partidarios del avance del cristianismo: hacen determinadas concesiones y desean corregir los abusos de la Iglesia, pero dicen que no se puede negar el principio mismo de la Iglesia cristiana por estos abusos, ya que únicamente la Iglesia puede unir a los hombres y erigirse como la intermediaria entre Dios y éstos. Pero nada de esto es cierto. Las Iglesias no sólo no han unido nunca, sino que han sido una de las

principales causas de la desunión entre los hombres, de su odio mutuo, de las guerras, de las matanzas, de la Inquisición, de la Noche de San Bartolomé,^{10*} etcétera. Las Iglesias nunca han sido intermediarias entre Dios y los hombres – algo innecesario y totalmente prohibido por Cristo, que reveló su doctrina a cada hombre directamente y sin mediaciones–, sino que colocan unas formas muertas en el lugar de Dios, y no sólo no revelan la verdad de Cristo a los hombres, sino que la ocultan. Las Iglesias, que han surgido porque las enseñanzas de Cristo no fueron comprendidas y que alimentan esta incompreensión con su inmovilidad, no pueden dejar de perseguir y acosar a cualquiera que comprenda verdaderamente la doctrina cristiana. Intentan ocultar este hecho, pero ello es imposible porque cualquier avance que se hace por el camino trazado por Cristo pone en cuestión la existencia misma de la institución.

Cuando escuchas sermones y lees artículos en los cuales, en los últimos tiempos, los teólogos de todas las confesiones hablan sobre las verdades y virtudes cristianas, cuando escuchas y lees habilidosos razonamientos elaborados duran tes siglos, exhortaciones y profesiones de fe, dudas de que las Iglesias puedan ser contrarias al cristianismo. «Es imposible que esta gente entre la que destacan hombres como Crisóstomo, Fénelon, Butler y otros predicadores del cristianismo sean hostiles al cristianismo,» piensas. Y tienes ganas de decir: «Las Iglesias pueden haberse apartado del cristianismo y haberse equivocado, pero no pueden haber sido contrarias a él». Sin embargo, cuando con el fin de valorar el árbol observas sus frutos, tal como nos enseñó Cristo, y ves que estos frutos son perversos y que a causa de ellos se ha tergiversado el cristianismo, no puedes dejar de reconocer que por muy buenos que fueran estos hombres, los asuntos de la Iglesia en los que tomaron parte fueron anticristianos. La bondad y méritos de estos hombres que sirvieron a la Iglesia fueron su bondad y sus méritos personales como hombres, pero no así resultaron los asuntos en los que participaron. Todos estos hombres como Francisco de Asís, nuestro Tijón de Zadonsk, Tomás de Kempis, etcétera, eran buenos a pesar de servir en una institución hostil al cristianismo, pero aún habrían sido mejores si no hubieran caído en este error.

De todos modos, para qué hablar y juzgar el pasado cuando es posible que nuestra idea sobre él sea errónea a causa de nuestros vagos conocimientos. Las Iglesias, con todos sus principios y prácticas, no forman parte del pasado: las tenemos delante de nuestros ojos, y podemos juzgar su obra y la influencia que ésta ejerce sobre la gente.

¿En qué consiste hoy en día la labor de la Iglesia? ¿Qué influencia ejerce sobre la gente? ¿Qué hace nuestra Iglesia, la de los católicos, la de los protestantes, o cualquiera que sea su denominación? ¿Cuál es su obra y qué consecuencias tiene?

La labor de nuestra Iglesia rusa, llamada ortodoxa, está a la vista de todos: es un hecho tan notorio que resulta imposible ocultarlo y que no admite discusión.

¿En qué consiste la labor de esta Iglesia rusa, esta institución colosal e intensamente activa compuesta por un regimiento de medio millón de hombres, que le cuesta al pueblo ruso decenas de millones de rublos? Pues consiste en inculcar con todos los medios posibles a una masa de cien millones de habitantes unas creencias atrasadas y caducas, que ya no tienen justificación alguna, que en un remoto pasado profesaron hombres ajenos a nuestro pueblo, y en las cuales ya casi nadie cree, ni incluso aquellos que tienen la tarea de difundir estas falsas creencias.

La inculcación de estas fórmulas del clero bizantino –totalmente ajenas a nuestro pueblo, caducas y sin sentido para la gente de nuestro tiempo– acerca de la Santísima Trinidad, la Madre de Dios, los sacramentos, la bienaventuranza, etcétera, constituye una parte de la labor de la Iglesia rusa; otra parte la constituye el fomento de la idolatría, en el sentido más literal de la palabra: venerar las santas reliquias, los iconos, ofrecerles sacrificios y esperar que éstos cumplan tus deseos. No voy a hablar sobre lo que predica y escribe el clero con aire de erudición y liberalismo en revistas religiosas, sino sobre lo que realmente hace éste en la inmensidad del territorio ruso, entre una población de cien millones de habitantes. ¿Qué le enseñan al pueblo con tanto afán, perseverancia e intensidad de un modo idéntico en todas partes? ¿Y qué le exigen al pueblo en virtud de la pretendida fe cristiana?

Comenzaré por el principio de todo: el nacimiento de un niño. Cuando un niño nace, la Iglesia enseña que hay que leer una oración para purificarlo a él y a la madre, pues sin esta oración la madre que acaba de dar a luz es infame.^{11*} Con este fin, ante imágenes de santos a los que el pueblo llama directamente dioses, el pope coge en sus brazos al recién nacido y lee un conjuro con el que purifica a la madre. Después se inculca a los padres, e incluso se les exige mediante amenazas de castigo en caso de incumplimiento, que el niño sea bautizado sin falta, es decir, que sea mojado tres veces en agua por el pope mientras éste lee unas palabras que nadie comprende, y se realizan unos rituales aún menos comprensibles: le untan con aceite varias partes del cuerpo, le cortan un mechón de pelo, y los padrinos soplan y escupen a un diablo imaginario. En teoría, todo esto purifica al recién nacido y lo convierte en cristiano. Después se inculca a los padres que el niño debe comulgar, es decir, debe comer una parte del cuerpo de Cristo en forma de pan y vino porque de este modo obtendrá su bendición, etcétera. Después se les inculca que a medida que el niño vaya creciendo deben enseñarle a rezar. Rezar significa colocarse justo enfrente de unas tablas en las que están dibujadas las caras de Cristo, la Virgen y los Santos, inclinar la cabeza y todo el cuerpo, y con la mano derecha y los dedos colocados de cierta manera tocarse la frente, los hombros y la barriga, y pronunciar unas

palabras en eslavo antiguo; las más utilizadas por todos los niños suelen ser: «Madre de Dios, Virgen...» etcétera. Después se le inculca al niño que al ver una Iglesia o un icono debe hacer lo mismo, es decir, santiguarse; después se le inculca que durante las festividades (el día en que nació Cristo –aunque nadie sabe cuándo fue– el día que fue circuncidado, el que murió la Madre de Dios, el que fue portada la cruz, el que fue introducido el icono, el que un iluminado tuvo una visión, etcétera) hay que vestir con la mejor ropa, ir a la iglesia y allí comprar y colocar cirios ante las imágenes de los santos, entregar un papelito con el nombre de los seres queridos y de los difuntos, cortar un trozo de un panecillo en forma de triángulo, seguidamente rezar muchas veces por la salud y prosperidad del zar, de los jerarcas de la Iglesia ortodoxa, por la propia y por los asuntos personales, y finalmente besar la cruz y la mano de un pope.

Además de estas oraciones, hay que confesarse por lo menos una vez al año. Confesarse significa entrar en una iglesia y decirle a un pope cuáles son tus pecados, porque se supone que cuando comunicas tus pecados a otra persona, éstos se limpian totalmente; después comes un trocito de pan con vino de una cucharita, que es algo que te purifica aún más.

Más tarde se inculca que si un hombre y una mujer quieren que sus relaciones carnales sean sagradas deben acudir a la iglesia, colocarse unas coronas metálicas sobre la cabeza, beber algo, dar tres vueltas a una mesa al son de unos cantos, y sólo entonces sus relaciones carnales serán sagradas y totalmente distintas de las otras.

Se inculca también que durante la vida hay que seguir las siguientes normas: no comer carne ni beber leche en días determinados, rezar un tedéum y oficiar misas en honor a los difuntos en ciertos días, recibir a un pope en casa en las festividades y darle dinero, y varias veces al año coger de la iglesia unas tablas con ciertas imágenes y llevarlas en procesión sobre mantos por campos y casas. También se inculca que antes de morir, la persona tiene que comer sin falta un trocito de pan con vino de una cucharita, y si es posible, hay que untarle todo el cuerpo con aceite. Esto le proporcionará la dicha del alma en la vida futura. Tras su muerte se inculca a sus familiares que para salvar el alma del difunto es muy útil ponerle entre las manos un trozo de papel con una oración escrita; también es útil leer ante el cuerpo sin vida del ser querido cierto libro, y que su nombre sea leído en voz alta durante determinados días por los popes en las iglesias.

Ésta es considerada la fe obligatoria para cualquier persona.

Además, según esta fe, si alguien quiere velar especialmente por su alma, tendrá que sacrificar su dinero en favor de iglesias y monasterios, y con ello obtendrá la salvación en el otro mundo y conseguirá que hombres santos recen por su alma. También puede salvar su alma si peregrina por monasterios y si

besa iconos milagrosos y reliquias: según esta fe, los iconos y las reliquias contienen una santidad, fuerza y gracia especiales, y la proximidad con ellos – tocarlos, besarlos, ponerles cirios, postrarse a sus pies– es muy útil para obtener la salvación, como también lo es encargar oraciones ante estos objetos sagrados.

Así que esta fe y ninguna otra –llamada ortodoxa, es decir, “fe verdadera”– es la que bajo la apariencia del cristianismo se ha inculcado durante siglos y siglos con todas las fuerzas al pueblo, y hoy en día se sigue inculcando con especial intensidad.

Y que no nos digan que los padres ortodoxos consideran que la esencia de la doctrina está en otras cosas y que esto son simplemente formas muy antiguas que no es necesario destruir. Esto es mentira, porque en toda Rusia, y especialmente en los últimos tiempos, ésta es la única fe que inculca la Iglesia: no existe para ellos ninguna otra. En las capitales se habla y se escribe sobre otra clase de fe, pero entre nuestra población de cien millones de habitantes se lleva a la práctica y se inculca única y exclusivamente ésta. Los clérigos hablan sobre la otra, pero la única que inculcan con todas sus fuerzas es ésta.

Todo esto, además del culto a las reliquias y a los iconos, se ha introducido en la teología y en los catecismos; esto es lo que enseñan con tanto empeño al pueblo, de forma teórica y práctica, valiéndose de toda la pomposidad, brillo, autoridad y violencia posibles, con lo que consiguen hipnotizar a la gente y hacer que crea en todo esto. Por otro lado, la Iglesia protege celosamente esta fe de cualquier intento por parte del pueblo de liberarse de estas bárbaras supersticiones.

Como ya dije, al aparecer mi libro, he sido testigo de cómo durante muchos años las enseñanzas de Cristo y sus palabras sobre la no resistencia al mal han sido objeto de burlas y bromas groseras, y de cómo el clero no sólo no se ha opuesto a ello, sino que ha alentado esta blasfemia; sin embargo, probad a decir una palabra irrespetuosa sobre algún ídolo espantoso, como por ejemplo el de Íverskaya,^{12*} que de un modo sacrílego es llevado en procesión por Moscú por hombres borrachos, y levantaréis un murmullo de indignación entre este mismo clero ortodoxo. Lo único que éste predica es el culto externo a la idolatría. Y que no digan que una cosa no quita la otra, acogiéndose a que: «Esto es lo que deberíais hacer, aunque sin dejar de cumplir también lo otro,» o a que: «Debéis hacer y guardar lo que os digan, pero no imitéis su conducta, porque ellos mismos no hacen lo que enseñan» (Mateo 23, 23, 3). Esto fue dicho sobre los fariseos, que cumplían todos los preceptos externos de la ley; por ello, las palabras «debéis hacer y guardar lo que os digan» se refieren a la piedad y a la bondad, y las palabras «no imitéis su conducta, porque ellos mismos no hacen lo que enseñan» se refieren a cuando alguien cumple con los ritos y descuida la bondad: este pasaje no tiene en absoluto el sentido opuesto que la Iglesia le pretende dar cuando lo interpreta como si nos mandara respetar los ritos. El

culto externo es un concepto difícil de combinar con el precepto de servir a la piedad y a la verdad, porque el primero excluye al segundo. Así era en tiempos de los fariseos, y así es también en la actualidad con los cristianos de la Iglesia.

Si un hombre puede salvar su alma mediante la expiación, los sacramentos y las oraciones, entonces ya no tiene ninguna necesidad de hacer el bien.

Se plantea, pues, esta disyuntiva: o el Sermón de la Montaña o el Credo Niceno,^{13*} pero no se puede creer en lo uno y en lo otro al mismo tiempo. El clero ha elegido la segunda opción, y el Credo es enseñado y leído en las iglesias como una oración, mientras que el Sermón de la Montaña es excluido incluso de las lecturas de los Evangelios, de modo que los feligreses nunca lo escuchan en la iglesia, exceptuando aquellos días en los que se lee el Evangelio entero. Y no podría ser de otro modo: las personas que creen en un Dios malvado e irreflexivo, que ha maldecido al género humano y ha condenado a su hijo al sacrificio y a una parte de los hombres al martirio eterno, no pueden creer en un Dios del amor. Una persona que cree en un Dios y en un Cristo que vendrá a juzgar y castigar a vivos y a muertos, no puede creer en un Cristo que nos ordena poner la otra mejilla ante los ofensores, y que nos ordena no juzgar, perdonar y amar a nuestros enemigos. Una persona que cree en la inspiración divina del Antiguo Testamento y en la santidad de David –que en su lecho de muerte ordenó el asesinato de un anciano que le había ofendido y al que él mismo no había podido matar porque se lo impedía un juramento (*Primer Libro de los Reyes*, capítulo 2, versículo 8)– y en vilezas como ésta, de las que el Antiguo Testamento está lleno, no puede creer en la ley moral de Cristo; una persona que cree en la doctrina y las prédicas de la Iglesia acerca de que cristianismo, ejecuciones y guerras son compatibles, no puede creer en la fraternidad de los hombres.

Y lo más importante: una persona que cree que la salvación está en la expiación y en los sacramentos, ya no puede dedicar todos sus esfuerzos en aplicar a lo largo de su vida las enseñanzas morales de Cristo.

Una persona que ha sido educada por la Iglesia en esta doctrina sacrílega según la cual los hombres no podemos alcanzar la salvación mediante nuestros esfuerzos y que existen otros medios para alcanzarla, recurrirá inevitablemente a estos otros en vez de a su esfuerzo personal, porque además, le asegura la Iglesia, confiar en este esfuerzo es un pecado. Cualquier doctrina eclesiástica, con sus expiaciones y sacramentos –y qué decir de la ortodoxa, con su adoración de los ídolos–, excluye las enseñanzas de Cristo.

«Pero es el pueblo mismo el que siempre ha creído y sigue creyendo en esto –nos dirán para justificarse–. La historia entera de Rusia nos demuestra este hecho, y no se puede privar al pueblo de sus tradiciones.» Y es aquí donde está el engaño. Hubo un tiempo en que, efectivamente, el pueblo profesó algo

parecido a lo que profesa hoy en día la Iglesia, pero no era ni mucho menos lo mismo: el pueblo, a pesar de su fanatismo por iconos, duendes, reliquias y fiestas de rusal-cas con coronas de abedul, siempre ha presentado una comprensión profundamente moral y vital del cristianismo, comprensión que nunca ha demostrado la Iglesia en su conjunto, salvo en sus mejores representantes. Sin embargo, el pueblo, a pesar de todos los obstáculos que le han puesto tanto el Estado como la Iglesia, ha alcanzado ya en sus mejores representantes este grado rudimentario de comprensión de las enseñanzas cristianas, algo que nos demuestra la proliferación de sectas racionalistas, tan abundantes hoy en Rusia y contra las cuales la Iglesia lucha tan infructuosamente. El pueblo avanza hacia una conciencia moral y vital del cristianismo, pero entonces aparece la Iglesia que le inculca con gran afán las formas más entumecidas de un paganismo caduco, que le empuja nuevamente a las tinieblas de las que con tanto esfuerzo trata de salir.

«Al pueblo no le enseñamos nada nuevo, únicamente aquello en lo que ya cree, pero en una forma más perfecta,» dicen los sacerdotes. Esto es lo mismo que haría un hombre si atara a un polluelo y lo volviera a introducir en el cascarón del que acaba de salir.

Siempre me ha asombrado observar –algo que resultaría cómico si sus consecuencias no fueran tan terribles– cómo las personas, unidas en un círculo vicioso, se engañan entre sí y no pueden salir de éste.

La primera pregunta que se hace un ruso cuando empieza a pensar, y la primera duda que le surge, es la cuestión de los iconos milagrosos y, principalmente, de las reliquias: ¿Es cierto que son incorruptibles y que obran milagros? Cientos e incluso miles de hombres se formulan estas preguntas, pero experimentan dificultades en responderlas principalmente a causa de que los obispos, arzobispos y altos dignatarios besan las reliquias y los iconos milagrosos. Si le preguntas a un obispo o a un alto dignatario por qué lo hace, responderá que por el pueblo; y el pueblo, a su vez, los besa porque tanto obispos como altos dignatarios lo hacen.

La labor de la Iglesia rusa, a pesar de todo este barniz de modernidad, erudición y espiritualidad que sus miembros empiezan a adoptar en sus libros, artículos, revistas religiosas y sermones, consiste únicamente en mantener al pueblo en ese estado de idolatría burda y salvaje en el que se encuentra, y lo que es peor, en acrecentar y difundir la superstición y la ignorancia religiosa, con lo que imposibilitan la comprensión vital del cristianismo, que tan cerca vive de la idolatría entre el pueblo.

Recuerdo que en una ocasión, en un puesto de libros del Monasterio Óptina Pustyn, presencié cómo un viejo campesino escogía un libro sagrado para su nieto, que sabía leer. Un monje pretendía que se llevara libros de reliquias,

festividades, iconos milagrosos, salmos, etcétera. Le pregunté al viejecito si tenía el Evangelio. «No», me respondió. «Dele un Evangelio en ruso,» le dije al monje. «No creo que sea adecuado para él,» me replicó éste.

Así es, de forma resumida, la labor de nuestra Iglesia.

«Pero esto ocurre únicamente en un país de bárbaros como Rusia,» dirá el lector europeo o americano. Y es un razonamiento justo, pero sólo en la medida en que se refiera al Gobierno, que ayuda a la Iglesia a llevar a cabo esta labor que atonta y pervierte a Rusia.

Es justo afirmar que no existe ningún lugar en Europa con un gobierno tan despótico y tan sumamente avenido con la Iglesia imperante, como sucede en nuestro país, y que en Rusia la participación de las autoridades en la perversión del pueblo es muy intensa; sin embargo, no es justo afirmar que la Iglesia rusa se diferencie en algo de cualquier otra Iglesia en su influencia sobre el pueblo.

Las Iglesias son iguales en todas partes, y si la católica, anglicana, o luterana no tienen a mano a un gobierno tan sumiso como en Rusia, no es por falta de ganas.

La Iglesia, como Iglesia que es, y sea cual sea su denominación –católica, anglicana, luterana, presbiteriana– no puede dejar de aspirar a conseguir lo mismo que la rusa, ni de ocultar el verdadero sentido de las enseñanzas de Cristo, sustituyéndolas por otra doctrina que no les compromete a nada, que excluye toda posibilidad de comprender la auténtica y vital enseñanza de Cristo, y, lo más importante, que justifica la existencia de sacerdotes que se alimentan a costa del pueblo.

¿Acaso ha hecho y hace algo distinto el catolicismo con su prohibición de leer el Evangelio y con su exigencia de someterse ciegamente a las autoridades eclesiásticas y a la infalibilidad del Papa? ¿Acaso el catolicismo propugna algo distinto que la Iglesia rusa? En él encontramos el mismo culto externo, las mismas reliquias, milagros, estatuas, *Notre-Dames* milagrosas y procesiones. En él encontramos las mismas ideas sublimes y vagas sobre el cristianismo en sus libros y sermones, pero en cuanto atañe a la realidad, respaldan la idolatría más burda.

¿Y no ocurre lo mismo en el anglicanismo, luteranismo y en cualquier protestantismo que se ha formado en la Iglesia? En ellos encontramos las mismas exigencias a sus parroquianos de creer en unos dogmas formulados en el siglo IV y que han perdido todo su sentido para la gente de nuestro tiempo, y la misma exigencia de idolatría, no ante reliquias o iconos, sino ante el *shabat* y la Letra de la Biblia. La misma labor dirigida a ocultar las verdaderas exigencias del cristianismo para colocar en su lugar elementos externos que no comprometen a nada como el *cant*, como tan bien han calificado los ingleses esta actividad a la que están especialmente sometidos. En el protestantismo,

esta labor es especialmente evidente debido a que esta confesión no tiene ni siquiera la excusa de la antigüedad. ¿Y acaso no sucede lo mismo con la actual renovación del calvinismo y el evangelismo, de la que ha surgido el Ejército de la Salvación?

Tan idéntica es la situación de todas las doctrinas eclesiásticas como lo son sus métodos.

Su situación es tal que no pueden dejar de poner todo su empeño en ocultar las enseñanzas de Cristo, en cuyo nombre hablan.

La incongruencia de todas las confesiones eclesiásticas con las enseñanzas de Cristo es tan grande que se necesitan enormes esfuerzos para ocultársela a la gente: basta sólo pensar en lo que ocurre cuando un adulto –y no únicamente alguien instruido, sino el hombre más simple– que ha ido adquiriendo nociones que flotan en el ambiente sobre geología, física, química, cosmografía e historia, compara por primera vez conscientemente estos conocimientos con las creencias que le han sido inculcadas desde la infancia y que han sido mantenidas por la Iglesia acerca de que Dios creó el mundo en seis días, que creó la luz antes que el Sol, que Noé metió a todos los animales en su arca, que Jesús es también un Dios Hijo que creó todo antes de los tiempos, que este Dios descendió a la Tierra por el pecado de Adán, que Jesús resucitó, ascendió y está sentado a la derecha del Padre y que vendrá sobre una nube a juzgar al mundo, etcétera.

Todas estas tesis elaboradas por hombres del siglo IV tenían para las personas de aquel entonces cierto sentido, pero hoy en día ya no tienen ninguno. La gente de nuestro tiempo puede repetir con sus labios estas palabras, pero no puede creer en ellas –como, por ejemplo, las que dicen que Dios vive en el cielo, que el cielo se abrió y desde allí una voz dijo tal o cual cosa, que Cristo resucitó y salió volando hacia algún lugar en el cielo, y que regresará sobre unas nubes, etcétera– porque para nosotros estas palabras ya no tienen ningún sentido.

Un hombre que estuviese convencido de que el cielo es finito, como una bóveda sólida, podía creer o no en que Dios creó el cielo, que el cielo se abrió y que Cristo ascendió al cielo, pero para nosotros estas palabras no significan nada. La gente de nuestro tiempo puede considerar simplemente que es necesario creer en todo esto –y de hecho es lo que hace–, pero no puede creer en aquello para lo que no encuentra sentido.

Y si a todas estas palabras les debemos conferir un sentido alegórico, como simples prototipos, sabemos que, en primer lugar, no todos los miembros de la Iglesia están de acuerdo con ello –más bien al contrario, la mayoría insiste en que las Sagradas Escrituras deben ser interpretadas en un sentido literal–, y que, en segundo lugar, estas interpretaciones alegóricas son muy dispares y no hay nada que las pueda confirmar.

Es más, incluso si un hombre quiere creer en la doctrina de la Iglesia tal como

ésta es enseñada, tanto la alfabetización como la difusión de los Evangelios y el contacto entre personas de distintas confesiones, suponen un obstáculo aún más insalvable. Porque en cuanto una persona se compra un Evangelio por tres *kópeks* y lee las palabras de Cristo, sumamente claras y que no se prestan a ninguna interpretación errónea, como por ejemplo las que le dijo a la samaritana acerca de que el Padre no necesita hombres que le rindan culto en Jerusalén o en tal o cual montaña, sino hombres que le rindan culto en espíritu y en verdad; o las palabras acerca de que el cristiano no debe rezar como el pagano, en los templos y a la vista de todos, sino en secreto, es decir, en su intimidad; o que un discípulo de Cristo no debe llamar “padre” ni “maestro” a nadie; en cuanto se leen estas palabras, uno se convence de que ninguno de los pastores espirituales, que se denominan a sí mismos “maestros,” contraviniendo las enseñanzas de Cristo, y que no dejan de discutir unos con otros, no constituyen autoridad religiosa alguna, y que aquello que nos enseña la Iglesia no es el cristianismo. Y no sólo esto: si un hombre de nuestro tiempo siguiera creyendo en los milagros y no leyera los Evangelios, un simple contacto con personas de otras confesiones y religiones –que tan fácil ha devenido en la actualidad– haría que esa persona dudara de la autenticidad de su religión. Bien podía el hombre que nunca tuvo contacto con gente de otras confesiones que no fueran la suya creer que ésta era la única verdadera; pero en cuanto una persona pensante tropieza, como hoy en día ocurre continuamente, con personas igual de bondadosas o malvadas de distintas confesiones que condenan las creencias de los otros, empieza a dudar de la autenticidad de sus propias creencias. Hoy en día, sólo una persona absolutamente ignorante o indiferente a las cuestiones de la vida, a las cuales se consagra la religión, puede permanecer en la fe de la Iglesia.

Cuántas artimañas y esfuerzos necesitan las Iglesias para, a pesar de todas estas evidencias que destruyen la fe, seguir construyendo iglesias, diciendo misas, sermoneando, enseñando y, sobre todo, recibiendo por todo ello un sustento económico grandioso, como hacen todos estos sacerdotes, pastores, intendentes, superintendentes, abades, archidiáconos, obispos y arzobispos.

Para ello se necesitan unos esfuerzos colosales, sobrenaturales, y las Iglesias los realizan, pero tienen que ser cada vez más y más intensos. En Rusia, las autoridades, sometidas a la Iglesia, utilizan entre otros medios una violencia de lo más simple y brutal: la gente que renuncia a la expresión externa de la fe y que lo reconoce de manera abierta, es directamente castigada o privada de sus derechos; en cambio, la gente que cumple estrictamente las formas externas de la fe es recompensada y se le concede privilegios.

Así actúan los ortodoxos; pero todas las Iglesias sin excepción, con tal de lograr su objetivo, recurren a todos los medios posibles, y el principal de ellos es lo que hoy en día se llama hipnotización.

Para ello son empleadas todas las artes posibles, desde la arquitectura hasta la poesía, con lo que se ejerce una influencia en el alma de las personas y se las sume en un estado de atontamiento, y esta influencia es ejercida incesantemente. Esta hipnotización para sumir a las personas en un estado de atontamiento es especialmente evidente en la labor del Ejército de la Salvación, que recurre a métodos nuevos e insólitos para nosotros como el uso de trompetas, tambores, canciones, banderas, indumentarias, marchas, bailes, lágrimas y otros recursos de lo más dramático.

Esto nos sorprende únicamente porque se trata de métodos nuevos, pero ¿acaso los antiguos métodos de los templos con su especial iluminación, oro, esplendor, cirios, coros, órgano, campanas, casullas, sermones lacrimosos, etcétera, no son exactamente lo mismo?

Sin embargo, por muy intenso que sea este efecto hipnótico, no es aquí donde reside la principal y más perniciosa labor de las Iglesias. Su principal labor y la más perversa es la que está dirigida al engaño de los niños, los mismos sobre los que Cristo dijo que: «desgracia sobre aquel que tienta a uno de estos pequeños». Desde el más temprano despertar de su conciencia, el niño es engañado, le es inculcado con solemnidad aquello en lo que no creen ni los mismos creyentes hasta que el engaño se adhiere, a fuerza de costumbre, a la naturaleza del niño. El niño es engañado concienzudamente en el asunto más importante de su vida, y cuando este engaño está íntimamente ligado a él y ya es muy difícil arrancarlo, entonces le empiezan a mostrar el mundo de la ciencia y de la realidad, que es totalmente inconciliable con las creencias que le han sido imbuidas, y el niño es abandonado a que se aclare por sí solo y como pueda dentro de esta maraña de contradicciones.

Si alguien se hubiera puesto como objetivo embrollar a una persona hasta tal punto de que en su sano juicio no pueda aclararse entre estas dos concepciones del mundo tan opuestas entre sí, y que le han sido inculcadas desde la infancia, no podría haberse inventado nada más efectivo que lo que se hace con cualquier joven educado en nuestra así llamada “sociedad cristiana”.

Es terrible lo que hacen las Iglesias sobre las personas, pero si pensamos en cuál es su situación, comprenderemos que los hombres que componen estas instituciones eclesiásticas no pueden actuar de otro modo, ya que a las Iglesias se les plantea un dilema: o el Sermón de la Montaña, o el Credo Niceno. El uno excluye al otro: si una persona cree sinceramente en el Sermón de la Montaña, el Credo Niceno perderá inevitablemente para él todo su sentido y significado, y junto con él, la Iglesia y sus representantes; y si cree en el Credo Niceno –es decir, en la Iglesia y en aquellos que se consideran a sí mismos sus representantes–, el Sermón de la Montaña será para él innecesario. Por este motivo, las Iglesias no pueden dejar de realizar todos los esfuerzos posibles en enmascarar el sentido del Sermón de la Montaña y en atraer hacia sí a los fieles.

Solamente gracias a toda esta esforzada labor de las Iglesias hacia esta dirección han podido mantener hasta el día de hoy su influencia. Si la Iglesia cesara, aunque sólo fuera durante un brevísimo período de tiempo, de hipnotizar a las masas y engañar a los niños, la gente empezaría a comprender las enseñanzas de Cristo, lo que supondría el fin de las Iglesias y de su influencia. Por esta razón, las Iglesias no se pueden detener ni un instante en su intensa labor de hipnotizar a adultos y engañar a niños.

Y precisamente es esta labor de las Iglesias de inculcar una falsa doctrina de Cristo lo que impide que la mayoría de los llamados creyentes comprendan la auténtica doctrina.

* Mateo 15, 11. (*N. del T.*)

** En el Concilio de Nicea I, celebrado en el año 325 d. de C., se enfrentaron aquellos que negaban la divinidad de Jesús (arrianos) y aquellos que sostenían que Jesús era consustancial con el Padre. Tras la victoria de estos últimos, gracias al apoyo del emperador Constantino I, interesado en mantener el Imperio romano unido y sin divisiones internas, Arrio fue considerado hereje y excomulgado. (*N. del T.*)

*** «Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mateo 16, 18). (*N. del T.*)

**** La Iglesia es una sociedad de fieles fundada por nuestro Señor Jesucristo, difundida por toda la Tierra y sometida a la autoridad de los pastores legítimos y, principalmente, de nuestro Santo Padre, el Papa. (*N. del A.*)

***** La definición de Iglesia dada por Jomiakov, que ha tenido cierto éxito entre los rusos, no soluciona el asunto, si se trata de estar de acuerdo con Jomiakov en que la única Iglesia verdadera es la ortodoxa. Jomiakov afirma que la Iglesia es una reunión de personas (sin distinción entre clero y lego) unidas por el amor, y que la Verdad es revelada únicamente a aquellos que están unidos por el amor; en primer lugar, afirma que esta Iglesia es la que reconoce el Credo Niceno, y, en segundo lugar, la que tras la división de las Iglesias no reconoce al Papa ni los nuevos dogmas. Sin embargo, ante esta definición de Iglesia resulta aún más difícil poder equiparar, tal y como desea Jomiakov, la Iglesia unida por el amor con la Iglesia que reconoce el Credo Niceno y la justedad de Focio. Así pues, la afirmación de Jomiakov de que esta Iglesia unida por el amor, y por consiguiente santa, es la misma Iglesia que profesa la jerarquía griega es aún más arbitraria que la de los católicos y antiguos ortodoxos. Si admitimos la definición de Iglesia en el sentido que le confiere Jomiakov, es decir, como una reunión de personas unidas por el amor y la Verdad, todo lo que puede decir cualquier persona sobre esta reunión es que resulta del todo deseable ser miembro de ella –si es que existe–, o sea, estar con el amor y la Verdad. Pero no existen tales indicios externos según los cuales pudiéramos adscribirnos a esta reunión sagrada o rechazarla, ya que ninguna institución externa puede responder a este concepto. (*N. del A.*)

6* ¿Quién se encuentra fuera de la Iglesia? Los infieles, los herejes y los cismáticos. *(N. del A.)*

7* La auténtica Iglesia se reconocerá porque en ella la palabra de Dios es clara y pura, es transmitida sin añadidos de los hombres, y sus sacramentos son fieles a la doctrina de Cristo. *(N. del A.)*

8* Sé que se nos discute el derecho de calificar así –es decir, llamar herejía– a las tendencias que fueron tan vivamente combatidas por los primeros Padres. La designación misma de herejía parece un ataque contra la libertad de conciencia y de pensamiento. Sin embargo, no podemos compartir tales escrúpulos porque no nos llevarían a nada más que a despojar al cristianismo de todo su carácter distintivo. *(N. del A.)*

9* La Iglesia es una libre asociación; separarse de ella sólo puede resultar provechoso. La polémica contra el error no tiene otros recursos que no sean el pensamiento y el sentimiento. Todavía no se ha elaborado una forma doctrinal única; las divergencias particulares se producen tanto en Oriente como en Occidente con total libertad, y la teología no está en absoluto ligada a una fórmula invariable. Si entre toda esta diversidad aparece un fondo común de creencias, ¿acaso no tenemos derecho a ver en ello no un sistema formado y establecido por los representantes de una autoridad de una u otra escuela, sino una fe en su más puro instinto y en su más espontánea manifestación? Si resulta que esta unidad que encontramos en las principales religiones, se erige contra unas u otras corrientes, ¿acaso no tenemos derecho a presuponer que estas corrientes estaban en contradicción con los principios fundamentales del cristianismo? Y esta presunción, ¿no se transformará en una certeza si reconocemos en esta doctrina rechazada por la Iglesia los rasgos característicos de una de las religiones del pasado? Si decimos que el gnosticismo y el ebionismo son formas legítimas de pensamiento cristiano, entonces tendremos que afirmar osadamente que no existe ni pensamiento cristiano ni carácter específico según los cuales podamos reconocerlo. Con el pretexto de ampliarlo, lo estamos suprimiendo. En tiempos de Platón nadie habría osado expresar su simpatía por una doctrina en la que no tuviera cabida la teoría de las ideas, y habría provocado la risa de toda Grecia si alguien hubiera tratado de hacer de Epicuro o de Zenón un discípulo de la Academia. Así pues, si reconocemos que existe una religión o una doctrina llamada cristianismo, ésta podrá tener entonces sus herejías. *(N. del A.)*

10* Matanza de miles de protestantes a manos de católicos que se produjo en París durante la noche del 24 de agosto de 1572, y que se extendió por toda Francia. *(N. del T.)*

11* A partir de aquí, Tolstói hace una descripción de los rituales religiosos ortodoxos desde el extrañamiento, es decir, como si viera por primera vez, entre perplejo e incrédulo, estas escenas tan habituales en la vida rusa, lo que acentúa cuán absurdos resultan para el escritor estos rituales. *(N. del T.)*

12* Icono con la representación de la Virgen María, del que se considera que obra milagros, cura enfermedades, etcétera. *(N. del T.)*

13* El Credo Niceno (también llamado Símbolo Niceno o Símbolo de la Fe) fue el resultado del Concilio de Nicea I, y se trata de una declaración dogmática de los contenidos de la fe cristiana, donde se resumen los principios básicos de la fe ortodoxa. *(N. del T.)*

IV. LA COMPRENSIÓN ERRÓNEA DEL CRISTIANISMO POR PARTE DE LOS HOMBRES DE CIENCIA

Hablaré ahora sobre otro falso modo de entender el cristianismo, que dificulta su verdadera comprensión: el de la ciencia.

Los miembros de la Iglesia consideran que el cristianismo coincide con la idea que ellos mismos se han formado sobre él, y creen que este modo de comprender el cristianismo es sin lugar a dudas el único verdadero.

Los hombres de ciencia consideran que el cristianismo se encuentra representado únicamente en los principios que han profesado y profesan las distintas Iglesias y, al presuponer que todo el sentido del cristianismo se reduce a estos principios, lo consideran como una doctrina religiosa que ha quedado desfasada.

Para que resulte claro cuán imposible resulta comprender la doctrina cristiana bajo tal punto de vista, es necesario hacerse una idea del lugar que han ocupado y ocupan en realidad las religiones, en general, y el cristianismo, en particular, en la vida de la humanidad, y del significado que les ha atribuido la ciencia.

De igual modo que un individuo no puede vivir sin tener una idea sobre el sentido de su vida y siempre, o como mínimo a menudo e inconscientemente, determina sus actos conforme a este sentido que le confiere a su vida, un conjunto de personas que viven en condiciones iguales –las naciones– tampoco pueden vivir sin tener una idea acerca del sentido de su vida como agrupación, ni de sus consiguientes modos de actuar. De igual modo que una persona que entra en una nueva etapa vital cambia inevitablemente su concepción de la vida, y que un adulto le otorga a ésta un sentido diferente al de un niño, también un conjunto de personas –una nación–, conforme a su desarrollo, varía inevitablemente su concepción de la vida y sus consiguientes modos de actuar.

En este sentido, la diferencia entre un individuo y la humanidad entera consiste en que mientras que un individuo al determinar su concepción de la vida –propia de esta nueva etapa que está inaugurando– y su consiguiente modo de actuar, puede recurrir a las indicaciones de hombres que han vivido antes que él, y que por tanto ya han pasado por esta etapa, la humanidad no puede recurrir a indicación alguna, debido a que avanza por un camino todavía inexplorado, y no tiene a quién preguntar cómo hay que comprender la vida, ni cómo hay que actuar en estas nuevas condiciones bajo las cuales nadie ha vivido todavía.

Y del mismo modo que un hombre casado y con hijos no puede continuar concibiendo la vida como lo hacía cuando era niño, tampoco la humanidad,

ante los diversos cambios que se han producido –la densidad de la población, la comunicación establecida entre las distintas naciones, el perfeccionamiento de los sistemas de lucha contra la naturaleza y la acumulación de conocimientos–, puede seguir concibiendo la vida como había venido haciendo, y debe establecer necesariamente una nueva concepción de la vida que conlleve un modo de actuar que se corresponda con la nueva situación en la que ha entrado o está entrando.

Con el fin de dar respuesta a esta exigencia, la humanidad dispone de una capacidad particular para hacer destacar a aquellas personas que otorgan a la vida un nuevo sentido, un sentido que origina un nuevo modo de actuar, distinto del anterior. Y la formación de esta nueva concepción de la vida –que se corresponde con las condiciones en las que la humanidad está entrando– y el modo de actuar que resulta de ésta son lo que denominamos *religión*.

Por consiguiente, en primer lugar, la religión no es lo que piensa la ciencia, esto es, un fenómeno que si bien en algún momento ha acompañado al desarrollo de la humanidad, finalmente es superado por ésta, sino que es un fenómeno siempre inherente a la vida de la humanidad, y en nuestro tiempo es tan inherente a ésta como en cualquier otro tiempo. En segundo lugar, la religión determina siempre un modo de actuar futuro y no uno pasado, y por ello es evidente que el estudio de los fenómenos del pasado no podrá en ningún caso captar la esencia de una religión.

La esencia de cualquier doctrina religiosa no reside en el deseo de expresar de forma simbólica las fuerzas de la naturaleza, ni en el miedo a estas fuerzas, ni en la necesidad de lo milagroso, ni en las formas externas de su manifestación, tal y como piensan los hombres de ciencia. La esencia de la religión reside en la facultad que poseen los hombres de prever e indicar el camino por el que la humanidad debe avanzar, y en la determinación de un sentido de la vida distinto al anterior, del cual resultará la futura manera de actuar de la humanidad.

Esta facultad de prever el camino por el cual debe avanzar la humanidad es en mayor o menor grado común a todos los hombres. Sin embargo, en todos los tiempos siempre ha habido hombres en los que esta facultad se ha manifestado con especial intensidad, y que han expresado de un modo claro y preciso aquello que todos los demás sentían vagamente, y han establecido una nueva concepción de la vida que durante siglos y milenios ha originado un modo de actuar distinto a los anteriores.

De tales concepciones de la vida conocemos tres: dos que ya han sido superadas por la humanidad, y una tercera que ahora estamos viviendo con el cristianismo. Estas concepciones son tres y sólo tres no porque hayamos reducido arbitrariamente las distintas concepciones de la vida a estas tres

formas, sino porque todos los actos del ser humano se han basado siempre en una de estas tres concepciones de la vida: no podemos concebir la vida si no es bajo uno de estos tres sistemas.

Estos tres modos de concebir la vida son los siguientes:

- 1) El individual o animal.
- 2) El social o pagano.
- 3) El universal o divino.

Conforme a la primera concepción, la vida de una persona se limita a su sola individualidad; el objetivo de su vida es satisfacer su voluntad como individuo. Conforme a la segunda concepción, la vida no se limita únicamente a la individualidad de una persona, sino a un conjunto y a una serie de individuos: a la tribu, a la familia, al clan y al Estado; el objetivo de la vida reside en satisfacer la voluntad de este conjunto de individuos. Conforme a la tercera concepción, la vida de un hombre no reside ni en su individualidad, ni en un conjunto ni en una serie de individuos, sino en el principio y en la fuente de toda vida: Dios.

Estas tres concepciones de la vida constituyen la base de todas las religiones que han existido y existen.

El hombre salvaje reconoce la vida sólo en sí mismo, en sus deseos personales. La dicha de su vida se concentra únicamente en él. Para él, la dicha suprema consiste en satisfacer de pleno su concupiscencia. El motor de su vida es el placer personal. Su religión consiste en conseguir el favor de la divinidad para sí mismo y en adorar a dioses que imagina como individuos que viven sólo para sus fines personales.

El hombre pagano y social reconoce la vida no sólo en sí mismo, sino en un conjunto de individuos –en la tribu, en la familia, en el clan, en el Estado–, y sacrifica en nombre de estas agrupaciones su dicha personal. El motor de su vida es la gloria. Su religión consiste en ensalzar a los jefes de estas agrupaciones –cabezas de linaje, antepasados, soberanos– y adorar a dioses que protegen a su familia, a su clan, nación o Estado.*

El hombre con una concepción divina reconoce la vida no en su individualidad ni en el conjunto de individuos (familia, clan, nación, patria o Estado), sino en la eterna e inmortal fuente de la vida: en Dios; para cumplir la voluntad de Dios sacrifica su dicha personal, familiar y social. El motor de su vida es el amor, y su religión consiste en adorar mediante hechos y verdades el principio de todas las cosas: Dios.

La historia entera de la humanidad no ha sido otra cosa que una transición progresiva de la concepción de la vida personal y animal a la social, y de la

social a la divina. Toda la historia de los pueblos antiguos, que se prolongó durante milenios y que finalizó con la historia de Roma, es la historia de la transición de la concepción individual y animal de la vida hacia la social y estatal. Toda la historia desde los tiempos del Imperio romano y el nacimiento del cristianismo es la historia de la transición de la concepción estatal de la vida hacia la divina, transición que aún ahora estamos viviendo.

Y es esta última concepción de la vida –en la que se fundamenta la doctrina cristiana, que guía nuestra vida y que constituye la base de todas nuestras acciones– la que los hombres de la supuesta ciencia reconocen como algo caduco y que carece de sentido para nosotros, debido a que la examinan únicamente basándose en sus rasgos externos.

Según los hombres de ciencia, esta doctrina, que reducen a su faceta dogmática –la doctrina sobre la Santísima Trinidad, la expiación, los milagros, los sacramentos, etcétera– no es más que una de las numerosísimas religiones que surgieron entre la humanidad, que ahora ya ha cumplido su papel en la historia, ha vivido su tiempo y se ha desvanecido ante la luz de la ciencia y la educación.

En una gran parte de casos, lo que origina los extravíos más burdos de la humanidad es que hay personas que, encontrándose en un grado inferior de comprensión, al entrar en contacto con fenómenos de un orden superior, en vez de esforzarse por comprenderlos y elevarse hasta el punto de vista desde el que esta materia debe ser examinada, la juzgan desde su punto de vista inferior, y cuanto mayor es su atrevimiento y firmeza al hacerlo, menos entienden de lo que están hablando.

Para la mayoría de hombres de ciencia, que ven la doctrina vital y moral de Cristo desde el punto de vista inferior de la concepción social de la vida, esta doctrina no es más que una combinación harto confusa e incoherente del ascetismo indio, de la filosofía estoica y neoplatónica y de las utópicas ensoñaciones antisociales, que no poseen ningún significado serio en la actualidad, porque todo su significado se concentra para ellos en sus manifestaciones externas: en el catolicismo, en el protestantismo, en los dogmas, en su lucha con el poder seglar. Al determinar el sentido del cristianismo conforme a estas manifestaciones, estos hombres se asemejan a un sordo que juzga el sentido y la calidad de una música por los gestos de los músicos que la interpretan.

De ello resulta que todos estos hombres, desde Auguste Comte, Strauss, Herbert Spencer hasta Joseph Ernest Renan, sin comprender el sentido de las palabras de Cristo, sin comprender por y para qué fueron pronunciadas, sin comprender si quiera las preguntas a las que éstas daban respuesta, sin esforzarse en penetrar en su sentido, niegan directamente la sensatez de esta

doctrina, en el caso de ser hostiles a ella; y en el caso de aproximarse a ésta con condescendencia, la corrigen desde la altura de su superioridad, presuponiendo que Cristo quiso decir lo que ellos piensan, pero que no supo cómo expresarlo. Tratan esta doctrina como lo hacen aquellas personas tan seguras de sí mismas al corregir las palabras de su interlocutor, al que consideran muy por debajo: «Sí, en realidad usted quiere decir esto y aquello». Esta corrección se hace siempre en el sentido de rebajar una concepción superior de la vida –la divina– a otra inferior –la social.

Por lo general sostienen que la enseñanza moral del cristianismo está bien, pero que es exagerada: para que estuviera enteramente bien se debería desechar todo lo superfluo que hay en ella, todo aquello que no se adecua a nuestro modo de vida. «Una doctrina que exige demasiado, algo irrealizable, es peor que la que exige a los hombres aquello que es posible y que está en concordancia con sus fuerzas,» piensan y afirman los interpretadores científicos del cristianismo, repitiendo además lo que hace mucho ya afirmaron, afirman y no pueden no afirmar sobre la doctrina cristiana aquellos que, por no comprenderla, crucificaron al Maestro: los judíos.

Según el parecer de los hombres de ciencia de nuestro tiempo, resulta que la ley judía del «ojo por ojo, diente por diente», esto es, la ley de la justa venganza que la humanidad conoce desde hace cinco mil años, es más razonable que la ley del amor que Cristo predicó hace mil ochocientos años y con la que sustituyó la ley de la justa venganza.

Resulta que todo lo que han hecho quienes comprendieron las enseñanzas de Cristo de un modo literal y que vivieron conforme a esta concepción, todo lo que hicieron y dijeron los auténticos cristianos, los cristianos devotos, y todo lo que actualmente está cambiando el mundo bajo el soplo del socialismo y el comunismo son exageraciones de las que no vale la pena ni siquiera hablar.

La gente, educada durante dieciocho siglos en el cristianismo y representada por sus miembros más avanzados, los hombres de ciencia, se ha convencido de que el cristianismo es una doctrina de dogmas, que comprenderlo como una doctrina vital es un error, una exageración que quebranta las exigencias legítimas de la moralidad adecuadas a la naturaleza del hombre, y que la doctrina de la justa venganza que Cristo repudió y en cuyo lugar erigió su doctrina es mucho más práctica.

A los hombres de ciencia, el mandamiento sobre la no resistencia al mal con la violencia les parece una exageración e incluso una necesidad. Mucho mejor sería si lo rechazáramos, piensan, sin reparar en que no están interpretando la doctrina de Cristo, sino la idea que ellos se han formado de ésta.

No se dan cuenta de que afirmar que dentro de la doctrina de Cristo el mandamiento sobre la no resistencia al mal con la violencia constituye una

exageración, es lo mismo que afirmar que en la teoría de la circunferencia la tesis sobre la igualdad de los radios es una exageración. Y quienes dicen esto están haciendo exactamente lo mismo que alguien que, sin tener ni idea de lo que es una circunferencia, afirmara que es una exageración que todos los puntos de la circunferencia tengan que estar a la misma distancia del centro. Aconsejar rechazar o moderar la tesis sobre la igualdad de los radios en una circunferencia significa no comprender lo que es una circunferencia. Y aconsejar rechazar o moderar en la doctrina vital de Cristo el mandamiento de la no resistencia al mal con la violencia significa no comprender dicha doctrina.

Y quienes hacen esto, realmente no la comprenden en absoluto. No comprenden que esta doctrina estableció una nueva concepción de la vida que respondía al nuevo estadio que la humanidad inauguró hace ya mil ochocientos años, y que definió el nuevo modo de actuar que resultaba de ello. No creen que Cristo quisiera decir lo que dijo: les parece que debido a una exageración, a su falta de sentido común o a su falta de desarrollo, dijo lo que dijo en el Sermón de la Montaña y en otros lugares.**

«Esto es lo que os digo: no andéis preocupados pensando qué vais a comer, o qué vais a beber para poder vivir, o con qué ropa vais a cubrir vuestro cuerpo. ¿Es que no vale la vida más que la comida, y el cuerpo más que la ropa? Mirad a los pájaros: no siembran, ni cosechan, ni guardan en graneros, y, sin embargo, vuestro Padre que está en los cielos los alimenta. ¡Pues vosotros valéis mucho más que los pájaros! Por lo demás, ¿quién de vosotros, por mucho que se preocupe, podrá añadir una sola hora a su vida? ¿Y por qué preocuparos a causa de la ropa? Aprended de los lirios del campo, cómo crecen. No trabajan ni hilan, y, sin embargo, os digo que ni siquiera el rey Salomón, con todo su esplendor, llegó a vestirse como uno de ellos. Pues si Dios viste así a la hierba del campo, que hoy está verde y mañana será quemada en el horno, ¿no hará mucho más por vosotros? ¡Qué poca es vuestra fe! No os preocupéis pensando qué vais a comer, qué vais a beber o con qué vais a vestiros. Esas son las cosas que preocupan a los que no conocen a Dios; pero vuestro Padre que está en los cielos ya sabe que las necesitáis. Vosotros, antes que nada, buscad el reino de Dios y todo lo justo y bueno que hay en él, y Dios os dará, además, todas esas cosas. No os inquietéis, pues, por el día de mañana, que el día de mañana ya traerá sus inquietudes. Cada día tiene bastante con sus propios problemas.»

(Mateo 6, 25-34)

«Vended vuestros bienes y repartid el producto a los necesitados. Hacedos así un capital que no se deteriora, riquezas inagotables en los cielos, donde no hay ladrones que roben, ni polilla que destruya. Pues donde tengáis vuestra riqueza, allí tendréis también el corazón.»

(Lucas 12, 33-34)

«Vende tus bienes y sígueme; quien no abandone a su padre, madre, hijos o hermanos, su

campo o su casa no podrá ser mi discípulo.»

«Reniega de ti, toma tu cruz cada día y sígueme. Mi alimento consiste en realizar la voluntad de quien me envió y en llevar a cabo su obra. No será mi voluntad, sino la tuya; no será lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres, y no del modo que quiero, sino del que Tú quieres. La vida consiste en realizar no mi propia voluntad, sino la voluntad de Dios.»

A aquellas personas cuya concepción de la vida se encuentra en un nivel inferior de comprensión, estos principios les parecerán la expresión de una exaltación apasionada, sin ninguna aplicación directa en la vida. Sin embargo, estos principios emanan tan rigurosamente de la concepción cristiana de la vida, como emanan de la concepción social de la vida el principio de la entrega del trabajo a la comunidad o el sacrificio de la vida en defensa de la patria.

El hombre con una concepción social de la vida le dice al salvaje: «¡Reflexiona, recapacita! La vida de tu individualidad no puede ser una vida auténtica, porque es calamitosa y efímera. Sólo la vida de una agrupación y de una sucesión de individuos -tribu, familia, clan, Estado- tiene continuidad, y por ello el hombre debe sacrificar su individualidad por la familia y por el Estado». Exactamente lo mismo le dice la doctrina cristiana al hombre que posee una concepción social y grupal de la vida: «Arrepentíos: μεταγΟετε es decir, recapacitad, pues si no pereceréis. Comprenderéis que esta vida terrenal e individual que hoy aparece y mañana desaparece no puede ser asegurada con nada, que ninguna medida externa ni ningún orden puede darle solidez ni sensatez. Reflexionad y comprenderéis que la vida que vivís no es una auténtica vida; ni la vida familiar ni la social ni la estatal os salvarán del perecimiento. Una vida auténtica y sensata es posible para el hombre sólo en la medida en que éste pueda ser partícipe no de la familia o del Estado, sino de la fuente de la vida: del Padre; en la medida en que el hombre pueda fundir su vida con la del Padre». Ésta es, indudablemente, la concepción cristiana de la vida, visible en todas las máximas del Evangelio.

Se puede no estar de acuerdo con esta concepción de la vida, se puede refutar, probar su inexactitud, su falsedad, pero esta doctrina no puede ser juzgada si no se ha asimilado la concepción de la vida que de ella emana. Tampoco se puede juzgar una materia de un orden superior desde un punto de vista inferior: juzgar el campanario examinando los cimientos. Y esto es precisamente lo que hacen los hombres de ciencia de nuestro tiempo. Lo hacen porque han caído en el mismo error que los miembros de la Iglesia: creen disponer de métodos llamados científicos, que si son empleados, no puede haber ninguna duda de la veracidad de la cuestión analizada por ellos.

Esta posesión de un ilusorio e incuestionable método de conocimiento constituye el principal obstáculo a la hora de comprender la doctrina cristiana para los ateos y para los así llamados hombres de ciencia, cuya opinión guía a

una gran mayoría de los no creyentes, conocidos como personas cultivadas. Y de esta falsa comprensión resultan todos los errores de los hombres de ciencia con respecto a la doctrina cristiana, y en especial dos extraños equívocos que son los que más dificultan su correcta comprensión.

Uno de estos equívocos consiste en la afirmación de que la doctrina vital del cristianismo es impracticable, y por tanto es completamente innecesaria, es decir, que no debe ser tomada como una guía, o que debe ser modificada, moderada hasta tal punto que su cumplimiento sea posible en nuestra sociedad. El otro equívoco consiste en la afirmación de que la doctrina cristiana del amor a Dios y el servicio a Él es una exigencia confusa, mística, que no tiene un objeto definido de amor, y por tanto debe ser reemplazada por otra doctrina más precisa y comprensible, la del amor a los seres humanos y el servicio a la humanidad.

El primer equívoco sobre la impracticabilidad de la doctrina consiste en que los hombres con una concepción social de la vida no comprenden el modo con el que la doctrina cristiana guía a los hombres, y toman las indicaciones del cristianismo acerca de la perfección como normas que deben determinar nuestra vida; piensan y afirman que es imposible seguir la doctrina de Cristo, pues el cumplimiento íntegro de esta doctrina destruiría la vida. «Si el hombre cumpliera con todo aquello que Cristo predicó, destruiría su propia vida; y si todos los hombres lo hicieran, el género humano se extinguiría,» dicen.

«Si no se preocupara por el día de mañana, por lo que fuera a comer y a beber, con lo que fuera a vestirse; si no defendiera su vida, si no resistiera al mal con la violencia, si entregara su vida por el prójimo y practicara una castidad absoluta, ni el hombre ni el género humano podrían existir», piensan y dicen.

Y tendrían toda la razón si tomáramos las indicaciones sobre la perfección que nos da la doctrina de Cristo como normas de cumplimiento obligatorio para todo el mundo, del mismo modo que en la doctrina social todo el mundo está obligado a cumplir la norma de pagar tributos, la de participar en los procesos judiciales, etcétera.

El equívoco consiste precisamente en que la doctrina de Cristo guía a los hombres de modo distinto al empleado por las doctrinas que se basan en una concepción inferior de la vida. Las doctrinas de la concepción social dirigen tan sólo mediante la exigencia de cumplir escrupulosamente sus normas o leyes. La doctrina de Cristo, en cambio, guía a los hombres mostrándoles la perfección infinita del Padre celestial, hacia el que toda persona puede aspirar si lo desea, independientemente de su nivel de imperfección.

El error de quienes juzgan la doctrina cristiana desde el punto de vista social consiste en que al suponer que la perfección señalada por Cristo puede ser

totalmente alcanzada, se preguntan a sí mismos (del mismo modo que se lo preguntan al suponer que las leyes sociales serán cumplidas): ¿qué sucederá cuando esto se cumpla? Tal suposición es errónea, pues la perfección mostrada a los cristianos es infinita y nunca podrá ser alcanzada; Cristo nos transmite su doctrina teniendo presente que la total perfección es inalcanzable, pero que la aspiración a una perfección absoluta e infinita aumentará sin cesar el bien entre los hombres, y que por ello este bien puede aumentar hasta el infinito.

Cristo no enseña a ángeles, sino a personas que viven una vida animal que los dirige. Y a esta fuerza animal de movimiento es como si Cristo hubiera aplicado una fuerza nueva y distinta, la del conocimiento de la perfección divina, y dirigiera con ello el movimiento de la vida por el camino resultante de ambas fuerzas. Suponer que la vida de la humanidad avanzará por la dirección indicada por Cristo es como suponer que un barquero que dirige su embarcación por un río de aguas bravas, casi a contracorriente, logrará mantenerse en esa dirección.

Cristo reconoce la existencia de ambas caras del paralelogramo, ambas fuerzas infinitas e inagotables que componen la vida del hombre: la fuerza de la naturaleza animal y la fuerza de la conciencia de ser hijos de Dios. Sin hablarnos sobre la fuerza animal, que se afirma a sí misma, que permanece siempre igual y que el hombre no puede dominar, Cristo nos habla únicamente sobre la fuerza divina, llama al hombre a que tome mayor conciencia de ella, a que la libere de todo aquello que la retiene, y a que la lleve hasta el mayor grado de intensidad posible.

Según las enseñanzas de Cristo, la auténtica vida del hombre consiste en este proceso de liberación e intensificación de dicha fuerza. Una verdadera vida, según las antiguas concepciones, consiste en cumplir las normas, la ley; según las enseñanzas de Cristo, ésta consiste en aproximarse cada vez más a la perfección divina que cada hombre siente en su interior, en acercarse cada vez más a una unión entre su voluntad y la voluntad divina, una unión a la que aspira el hombre y que supondría el final de la vida tal y como la conocemos.

La perfección divina es la asíntota de la vida humana, una perfección a la que ésta siempre aspira y a la que siempre se aproxima, pero que únicamente alcanzará en el infinito.

La doctrina cristiana parece excluir la posibilidad de vida sólo si los hombres perciben el ideal señalado como si de una norma se tratara. Sólo entonces las exigencias que plantea la doctrina de Cristo pueden parecer destruir la vida. Contrariamente, estas exigencias son las únicas que facilitan una verdadera vida: sin tales exigencias, ésta sería imposible.

«No se puede exigir demasiado –dicen habitualmente los hombres al condenar las exigencias de la doctrina cristiana–. No se puede exigir que no nos

preocupemos en absoluto por el futuro, como se dice en el Evangelio: simplemente no hay que preocuparse demasiado por éste; no hay que darle todo a los pobres: hay que darles una determinada parte de lo nuestro; no hay que aspirar a la virginidad: hay que evitar el vicio; no hay que abandonar a la mujer ni a los hijos: hay que evitar sentir demasiada pasión por ellos,» etcétera.

Sin embargo, afirmar esto es como decirle a un hombre que está cruzando un río de aguas bravas, a contracorriente, que es imposible hacerlo a contracorriente, y que lo haga en la dirección que se le antoje.

La doctrina de Cristo se distingue de las doctrinas anteriores en el hecho de guiar a los hombres no mediante normas externas, sino mediante la conciencia interna de que es posible alcanzar la perfección divina. Y el alma humana no contiene normas moderadas de la justicia y la filantropía, sino un ideal de una perfección divina absoluta e infinita. Únicamente la aspiración a esta perfección puede desviar la dirección de vida humana de su estado animal y dirigirla hacia el estado divino, tanto como es posible en esta vida.

Para llegar al lugar al que uno aspira tiene que dirigir el paso con todas las fuerzas hacia lo más alto posible. Rebajar las exigencias del ideal no sólo significa disminuir la posibilidad de toda perfección, sino destruir el ideal mismo. Este ideal no es una invención de alguien, sino un ideal que se encuentra en el alma de todo hombre. Solamente esta idea de una perfección absoluta e infinita tiene influencia sobre los hombres y los mueve a la acción. Una perfección moderada pierde toda su fuerza de influencia sobre el alma de los hombres.

Las enseñanzas de Cristo solamente tienen fuerza cuando exigen una perfección absoluta, es decir, una unión con la esencia divina que se encuentra en el alma de todo hombre, con la voluntad de Dios: es la unión del Hijo con el Padre. Tan sólo la liberación del hijo de Dios que vive en cada uno de nosotros de lo animal y su acercamiento hacia el Padre constituye la vida, según las enseñanzas de Cristo.

La existencia en el hombre única y exclusivamente de lo animal no es una vida humana. Y la vida según la sola voluntad de Dios tampoco es humana. La vida humana es una combinación entre la vida animal y la divina. Y cuanto más se aproxima la primera a la segunda, más vida contiene ésta.

Según la doctrina cristiana, la vida es un camino hacia la perfección divina. Ningún estadio es superior ni inferior a otro: según esta doctrina, cualquier estadio es simplemente un escalón, indiferente en sí mismo, hacia la perfección inalcanzable, y por consiguiente no constituye por sí mismo un grado ni mayor ni menor de vida. El acrecimiento de vida es, según esta doctrina, una simple aceleración del movimiento hacia la perfección. Por tanto, el movimiento hacia la perfección del publicano Zaqueo, de la prostituta o del ladrón en la cruz

constituye un grado mucho mayor de vida que la inmóvil rectitud del fariseo. Por consiguiente, para esta doctrina no puede haber normas de obligado cumplimiento. Un hombre que se halla en un escalón inferior pero que avanza hacia la perfección, vive de un modo más moral y cumple más con la doctrina que un hombre que se halla en un escalón mucho más elevado de moralidad, pero que no avanza hacia la perfección.

En este sentido, la oveja descarriada es más querida al Padre que las no descarriadas. El hijo pródigo, la moneda perdida y vuelta a encontrar son máspreciados que aquellos que nunca se han perdido.

Cumplir con la doctrina significa moverse desde uno mismo hacia Dios. Es evidente, pues, que no puede haber leyes ni normas determinadas para su cumplimiento. Todo grado de perfección y todo grado de imperfección son iguales ante esta doctrina; cumplir las leyes no es sinónimo de cumplir con la doctrina, y por ello no hay ni puede haber en ésta normas ni leyes obligatorias.

De esta distinción fundamental entre la doctrina de Cristo y las doctrinas anteriores, basadas en la concepción social de la vida, resulta la diferencia entre los preceptos sociales y los mandamientos cristianos. Los preceptos sociales son en su mayoría positivos, disponen determinados actos que proporcionan una justificación y una idea de justeza a los hombres. En cambio, los mandamientos cristianos (el mandamiento sobre el amor no es un mandamiento en el sentido estricto de la palabra, sino una expresión de la esencia misma de la doctrina), los cinco mandamientos del Sermón de la Montaña son todos ellos negativos y muestran tan sólo aquello que en un determinado momento del desarrollo de la humanidad los hombres ya no deberían hacer. Estos mandamientos son como señales en el camino sin fin hacia la perfección por el que avanza la humanidad, y muestran el grado de perfección posible en un determinado periodo del desarrollo de la humanidad.

En el Sermón de la Montaña, Cristo expresó el eterno ideal al que el hombre debe aspirar y el nivel de perfección que puede ser alcanzado por nuestros contemporáneos.

El ideal es no desear el mal a nadie, no despertar la malevolencia en nadie, amar a todo el mundo; y el mandamiento, que indica el nivel por debajo del cual no hay que descender para alcanzar este ideal, dice que no se debe ofender a los hombres con la palabra. Esto constituye el primer mandamiento.

El ideal es mantener una castidad absoluta, incluso de pensamiento; el mandamiento, que indica el nivel por debajo del cual no hay que descender para alcanzar el ideal, señala la pureza de la vida conyugal y la abstinencia de la lujuria. Esto constituye el segundo mandamiento.

El ideal es no preocuparse por el futuro, vivir la hora presente; y el mandamiento, que indica el nivel por debajo del cual no hay que descender

para alcanzar este ideal, dice que no se debe jurar, ni realizar promesas futuras a los hombres. Esto constituye el tercer mandamiento.

El ideal es no emplear nunca y bajo ningún pretexto la violencia; y el mandamiento, que indica el nivel por debajo del cual no hay que descender para alcanzar este ideal, dice que no se debe pagar el mal con el mal, que se deben soportar las ofensas y entregar el caftán. Esto constituye el cuarto mandamiento.

El ideal es amar al enemigo que nos odia; y el mandamiento, que indica el nivel por debajo del cual no hay que descender para alcanzar este ideal, dice que no debemos hacer el mal a nuestro enemigo, que debemos hablar bien de él, que no debemos hacer distinciones entre éste y nuestros compatriotas.

Todos estos mandamientos son en esencia indicaciones de aquello que, en nuestro camino hacia la perfección, tenemos entera posibilidad de no hacer; de aquello en lo que debemos trabajar ahora, de lo que debemos ir trasladando poco a poco al campo de nuestros hábitos, al campo de lo inconsciente. Sin embargo, estos mandamientos no conforman toda la doctrina, ni la agotan, constituyen simplemente uno de sus innumerables escalones en la aproximación hacia la perfección.

A estos mandamientos les deben seguir y les seguirán otros cada vez más y más elevados en el camino hacia la perfección mostrada por la doctrina. Por ello, es propio del cristianismo formular exigencias superiores a las expresadas en estos mandamientos, pero de ningún modo rebajar ni estas exigencias ni el ideal ni los mandamientos, tal y como hacen quienes juzgan las enseñanzas del cristianismo desde el punto de vista de la concepción social de la vida.

Éste es uno de los errores de los hombres de ciencia con respecto al significado de la doctrina de Cristo; el otro, que resulta de esta misma fuente, consiste en sustituir la exigencia cristiana de amar y servir a Dios por la de amar y servir a la humanidad.

La doctrina cristiana del amor y el servicio a Dios –y sólo a resultas de este amor y servicio, del amor y servicio al pró-jimo– les parece a los hombres de ciencia confusa, mística y arbitraria, y excluyen completamente la exigencia del amor y servicio a Dios, suponiendo que la doctrina del amor al hombre y a la humanidad es mucho más comprensible, sólida y mejor fundamentada.

Los hombres de ciencia enseñan en teoría que una vida sensata y bondadosa es una vida de servicio a la humanidad entera, y ven en este principio el sentido de la doctrina cristiana; reducen la doctrina cristiana a este principio. Para ello buscan en ésta una confirmación al principio que ellos profesan, presuponiendo que su principio y la doctrina cristiana son lo mismo.

Esta opinión es absolutamente errónea. La doctrina cristiana y la doctrina positivista, comunista y de todos los profetas de la fraternidad universal entre

los hombres, basada en las ventajas que representa esta fraternidad, no tienen nada que ver entre sí y se diferencian particularmente en que la doctrina cristiana tiene unas bases sólidas y claras en el alma humana; en cambio, la doctrina del amor hacia la humanidad no es más que una conclusión teórica a la que se ha llegado por simple analogía.

La doctrina del amor exclusivo a la humanidad tiene como base la concepción social de la vida. La esencia de la concepción social de la vida consiste en trasladar el sentido de la vida de un individuo a la vida de un conjunto de individuos: la tribu, la familia, el clan, o el Estado. Este traslado se produjo y se produce fácilmente y de forma natural en sus primeros niveles, en el traslado del sentido de la vida del individuo a la tribu o la familia. El traslado de este sentido al clan o a la nación es ya más complejo y requiere una educación determinada; el traslado de este sentido al Estado constituye ya su límite máximo.

Amarse uno mismo es algo natural para todo el mundo, y todo el mundo se ama a sí mismo sin necesidad de incentivos; amar a la tribu, que te mantiene y protege, amar a la esposa, es una alegría y una ayuda en la vida; amar a los hijos, un consuelo y una esperanza en la vida; y amar a los padres, que te han dado la vida y te han educado, es algo natural. Y este amor, aunque está lejos de ser tan fuerte como el amor hacia uno mismo, se halla con bastante frecuencia.

El amor a tu clan o a tu nación por tu propio interés y por orgullo, aunque no es tan natural, también es frecuente. El amor hacia alguien de tu misma tribu, hacia alguien que habla tu mismo idioma o de tu misma religión es posible, aunque este sentimiento no es ni mucho menos tan intenso como el amor hacia uno mismo o hacia la familia o el linaje. Pero el amor hacia un Estado, como Turquía, Alemania, Inglaterra, Austria o Rusia, es algo casi imposible, y, a pesar de la intensa educación que se da en este sentido, este amor es una suposición, en realidad no existe. En esta agrupación termina para el hombre la posibilidad de trasladar su conciencia y de sentir hacia esta ficción algún tipo de sentimiento espontáneo. Los positivistas y todos los predicadores de la fraternidad científica, sin tomar en consideración que este sentimiento se debilita a medida que el objeto se agranda, reflexionan de un modo teórico y van aún más lejos por este camino. «Si al individuo le resulta provechoso –afirman ellos– trasladar su conciencia a la tribu, a la familia, y después a la nación y al Estado, más provechoso le resultará aún trasladar su conciencia al conjunto de la humanidad, vivir para la humanidad, del mismo modo que la gente vive para la familia y para el Estado.» Esto realmente es así, pero sólo en teoría.

Habiendo trasladado la conciencia y el amor del individuo a la familia, de la familia al linaje, a la nación y al Estado sería totalmente lógico que, con el fin

de librarse de las luchas y calamidades que resultan de la división de la humanidad en naciones y Estados, los hombres extendieran su amor hacia la humanidad entera. Esto parecería lo más lógico, y teóricamente es lo que se propugna, pero no se repara en el hecho de que el amor es un sentimiento que se puede albergar, pero que no se puede propugnar, y que, además, para que haya amor debe existir un objeto, y la humanidad no es un objeto, sino una simple ficción.

La tribu, la familia e incluso el Estado no son objetos inventados por los hombres; se formaron por sí mismos, como el enjambre de abejas o el hormiguero, y realmente existen. Una persona que ama por su individualidad animal a su familia sabe a quién ama: a Anna, a María, a Iván, a Piotr, etcétera. Una persona que ama su linaje y que se enorgullece de él sabe que ama a todos los güelfos o bien a todos los gibelinos. Una persona que ama a su Estado sabe que ama a Francia por las orillas del Rhin, por los Pirineos, por su capital, París, por su historia, etcétera. Pero... ¿qué es lo que ama exactamente alguien que ama a la humanidad? Existe el Estado, la nación, existe la idea abstracta de persona; pero la humanidad como idea concreta no existe, ni puede existir.

¿Humanidad? ¿Dónde están sus límites? ¿Dónde termina y dónde se encuentra? ¿Termina en el salvaje, en el idiota, en el alcohólico o incluso en el loco? Si trazamos una línea divisoria para excluir de la humanidad a los representantes más bajos del género humano, ¿dónde trazamos la línea? ¿Excluimos a los negros, tal como hacen los americanos, a los indios, tal como hacen algunos ingleses, o a los judíos, tal como hacen algunas personas? Y si tomamos a todos los hombres sin excepción, ¿por qué tomamos únicamente a los seres humanos y no a los animales más desarrollados, muchos de los cuales son superiores a los representantes más bajos del género humano?

La humanidad no se conoce como un objeto externo, y tampoco conocemos sus límites. La humanidad es una ficción imposible de amar. Realmente sería muy útil que la gente pudiera amar a la humanidad del mismo modo que ama a la familia; sería muy útil –como opinan los comunistas a este respecto– reemplazar la tendencia competitiva de la actividad humana por otra de interés común, o la tendencia individual por otra universal, para que fuéramos uno para todos y todos para uno. Lo que ocurre es que no existe ningún motivo que lleve a los hombres a hacerlo. Los positivistas, los comunistas y todos los predicadores de la fraternidad científica propugnan extender a la humanidad entera el amor que el hombre siente hacia sí mismo, hacia la familia y el Estado; sin embargo, olvidan que el amor que propugnan es un amor individual, que si se diluye puede extenderse a la familia, si se diluye aún más, puede extenderse a la patria natural, que desaparece por completo cuando concierne a un Estado artificial como Austria, Inglaterra, Turquía, y que no se puede siquiera imaginar cuando concierne a la humanidad, ya que se trata de un objeto absolutamente

místico.

«El hombre se ama a sí mismo (a su vida animal), ama a la familia, ama incluso a la patria. ¿Por qué no va entonces a amar también a la humanidad? Eso estaría muy bien. Y, además, es exactamente lo que predica el cristianismo.» Así piensan los profetas de la fraternidad positivista, comunista y socialista. Realmente estaría muy bien, pero es del todo imposible, pues el amor basado en las concepciones individual y social de la vida no puede ir más allá del amor al Estado.

El error de este juicio reside en el hecho de que la concepción social de la vida, en la cual está basado el amor a la familia y a la patria, se fundamenta en el amor al individuo, y este amor, al trasladarse del individuo a la familia, a la stirpe, a la nación y al Estado va debilitándose progresivamente hasta llegar en el Estado a su límite máximo, más allá del cual no puede extenderse.

Es indiscutible la necesidad de ampliar el espacio del amor, pero esta necesidad de ampliación destruye en realidad la posibilidad de amar y demuestra la insuficiencia del amor humano individual. Y he aquí que los predicadores de la fraternidad positivista, comunista y socialista, para respaldar este amor humano individual que resulta inconsistente, proponen el amor cristiano pero sólo en sus consecuencias y no en sus cimientos: proponen amar a la humanidad sin amar a Dios.

Pero un amor así no puede existir, pues no tiene ningún motivo que lo pueda generar. El amor cristiano emana exclusivamente de la concepción cristiana de la vida, según la cual el sentido de la vida reside en amar y servir a Dios.

A través de una evolución natural desde el amor a uno mismo hacia un amor a la familia, al clan, a la nación y al Estado, la concepción social de la vida ha llevado a los hombres a la conciencia de que es necesario amar a la humanidad, algo que no tiene límites y que se mezcla con todo lo que existe; por ello ha llevado a los hombres a algo que no despierta en ellos sentimiento alguno, a una contradicción que la concepción social de la vida no puede resolver.

Únicamente la doctrina cristiana con todo su significado, al dar un nuevo sentido a la vida, puede resolverla. El cristianismo reconoce el amor a uno mismo, a la familia, a la nación y a la humanidad, y no sólo a la humanidad sino a todo ser vivo, a todo cuanto existe; reconoce la necesidad de ampliar infinitamente el espacio del amor. Pero el objeto de este amor no lo encuentra fuera del individuo o fuera del conjunto de individuos (familia, clan, Estado, humanidad, mundo externo), sino en el individuo mismo, en su personalidad divina, cuya esencia es el mismo amor que la individualidad animal se vio en la necesidad de ampliar para salvarse de la conciencia de su propio perecimiento.

Lo que distingue a la doctrina cristiana de las anteriores es que mientras la doctrina social decía: «vive en contra de tu naturaleza (sobreentendiendo

exclusivamente la naturaleza animal), sométela a la ley externa de la familia, la sociedad y el Estado,» el cristianismo dice: «vive conforme a tu naturaleza (sobreentendiendo la naturaleza divina), no la sometes a nada, ni a tu naturaleza animal ni a la de los otros, y alcanzarás aquello a lo que aspiras cuando sometes tu naturaleza externa a las leyes externas».

La doctrina cristiana devuelve al hombre a la conciencia primitiva de sí mismo, pero no a lo animal, sino a lo que contiene de divino, de chispa divina, de hijo de Dios, tan Dios como el Padre, pero que vive encerrado en una envoltura animal. Y la conciencia en su interior de ser hijo de Dios –cuyo principal rasgo es el amor– satisface la necesidad de ampliar el espacio del amor al que ha sido llevado el hombre con una concepción social de la vida. Así, bajo la ampliación cada vez mayor del espacio del amor para el individuo, el amor se convirtió en una necesidad y se concentró en ciertos objetos: en el individuo, en la familia, en la sociedad y en la humanidad; bajo la concepción cristiana del mundo, el amor no es una necesidad, ni se concentra en nada, sino que es un rasgo esencial del alma humana. El hombre ama no porque le sea ventajoso amar a éste o a aquéllos, sino porque el amor es la esencia de su alma, porque no puede no amar.

La doctrina cristiana le indica al hombre que la esencia de su alma es el amor, que su dicha no procede de amar a tal o a cual, sino de amar al principio de todo, a Dios, al que reconoce en su interior mediante el amor, y por ello ama a todo el mundo y a todas las cosas.

En esto radica la diferencia principal entre la doctrina cristiana y las doctrinas de los positivistas y todos los teóricos no cristianos de la fraternidad universal.

Estos son los dos equívocos principales con respecto a la doctrina cristiana, y de ellos proviene la mayoría de juicios erróneos sobre éste. El primer error es que la doctrina de Cristo alecciona a los hombres como lo hacían las doctrinas anteriores, mediante normas que la gente estaba obligada a cumplir, pero que es imposible cumplir estas normas; el segundo error es que el sentido entero del cristianismo se encuentra en la doctrina de la cohabitación de la humanidad como una única familia, para lo que, sin hacer mención del amor a Dios, hay que seguir únicamente la norma de amar a la humanidad.

La opinión errónea de los hombres de ciencia acerca de que la doctrina de lo sobrenatural constituye la esencia de la doctrina cristiana, y de que su doctrina vital es impracticable, junto con el equívoco que procede de esta opinión, constituye otro de los motivos de la incomprensión del cristianismo por parte de la gente de nuestro tiempo.

* El hecho de que modos de vida tan diversos entre sí –tribus, familias, clanes, Estados, e incluso la vida de la humanidad tal y como la conciben desde un punto de vista teórico los positivistas– se basen en una misma concepción social o pagana no infringe la unidad de esta concepción de la vida. Todas

estas formas se basan en una misma idea conforme a la cual la vida de un individuo no constituye en sí un fin suficiente: el sentido de toda vida se puede encontrar únicamente en el conjunto de individuos. (N. del A.)

** He aquí, por ejemplo, una opinión característica de este tipo en un artículo de la revista americana *Arena* de octubre de 1890: «New basis of church life». Al reflexionar sobre el significado del Sermón de la Montaña y en particular sobre la no resistencia al mal, el autor, sin tener necesidad de ocultar su significado tal y como hacen los eclesiásticos, dice: «Cristo en realidad predicó el comunismo y la anarquía totales; pero hay que situar a Cristo en su contexto histórico y psicológico. Como cualquier predicador del humanitarismo, el entusiasta Cristo llegó en su doctrina hasta extremos utópicos. Todo paso que la humanidad avanza es siempre guiado por hombres que no ven nada excepto su vocación. Cristo mismo, y no lo decimos como reproche, tenía el típico temperamento de un reformador. Por consiguiente, debemos recordar que sus lecciones no pueden ser entendidas como una filosofía completa de la vida. Debemos analizar sus palabras con respeto, pero con un espíritu crítico que busca la verdad», etcétera.

Cristo se habría sentido feliz si hubiera podido formularlo bien, pero no supo expresarse con tanta precisión y claridad como nosotros hacemos bajo el espíritu del criticismo, y por ello le corregimos. Todo lo que dijo sobre la resignación, el sacrificio, la pobreza, la despreocupación por el día de mañana, todo ello lo dijo por descuido, por no saber expresarse de un modo científico. (N. del A.)

V. LA CONTRADICCIÓN ENTRE NUESTRA VIDA Y NUESTRA CONCIENCIA CRISTIANA

Hay muchos motivos por los que las enseñanzas de Cristo no son comprendidas. Uno de ellos es que hay hombres, como los miembros de la Iglesia, que creen que las comprendieron cuando se decidió que éstas eran reveladas de un modo sobrenatural; otras personas, como los hombres de ciencia, creen que las comprendieron al estudiar una parte de los fenómenos externos en los que éstas se manifestaron. Podemos encontrar otras causas de esta incomprensión en la idea falsa de que esta doctrina es impracticable, y que debería ser sustituida por una doctrina del amor hacia la humanidad. Sin embargo, la razón principal de esta incomprensión es que las enseñanzas de Cristo son consideradas como algo que se puede tomar o rechazar, pero sin necesidad de cambiar nuestro modo de vida.

Las personas, acostumbradas al orden existente de las cosas, con el que se sienten a gusto y el cual temen cambiar, intentan comprender la doctrina como un conjunto de revelaciones y normas que pueden ser aceptadas sin realizar ningún cambio en la propia vida, cuando en realidad las enseñanzas de Cristo no son una simple doctrina acerca de unas normas que el hombre deba seguir, sino una explicación de un nuevo sentido de la vida que tiene que determinar todos los actos de la humanidad, totalmente distintos de los anteriores, en el período que la humanidad está inaugurando.

La vida de la humanidad avanza y atraviesa diferentes estadios, igual que un individuo, y cada estadio tiene su propia concepción de la vida, que es inevitablemente asimilada por las personas. Aquellos hombres que no asimilan conscientemente esta concepción que va acorde con su edad llegan a ello de forma inconsciente. Igual que en un individuo la forma de ver la vida va experimentando cambios, lo mismo ocurre cuando se trata de naciones o de la humanidad entera. Si un padre de familia actúa conforme a una concepción infantil de la vida, ésta le resultará tan complicada que sin querer buscará otra manera distinta de concebirla, y asimilará deseoso aquella que sea propia de su edad.

Esto es precisamente lo que le está ocurriendo hoy en día a la humanidad en la transición que estamos viviendo al pasar de una concepción pagana de la vida a una cristiana. El hombre social de nuestro tiempo es conducido por la vida misma a la necesidad de abandonar la concepción pagana del mundo, que es inapropiada para el estadio actual de la humanidad, y también a someterse a las exigencias de la enseñanza cristiana, cuyas verdades, por más falseadas y

tergiversadas que hayan sido, le siguen siendo conocidas, y sólo ellas le pueden ofrecer una solución a las contradicciones en las que se encuentra embrollado.

Si a un hombre que tiene una concepción social de la vida le parecen extrañas e incluso peligrosas las exigencias de la doctrina cristiana, igual de extrañas, incomprensibles y peligrosas le debían parecer al hombre salvaje en tiempos pasados las exigencias de la doctrina social, cuando todavía no las comprendía enteramente y no podía prever sus consecuencias.

«No es sensato –decía el hombre salvaje– sacrificar mi tranquilidad o mi propia vida para defender algo incomprensible, intangible y convenido como la familia, el clan o la patria y, sobre todo, es peligroso ponerme a disposición del poder de otros hombres.» Pero llegó un tiempo para el hombre salvaje en el que, por un lado, comprendió aunque fuera vagamente el sentido de la vida en sociedad y de su motor principal (el de la aprobación o la condena social: la reputación); y, por otro lado, cuando sus sufrimientos fueron tan grandes que no pudo seguir creyendo en su anterior concepción de la vida, y acabó aceptando y sometién dose a la doctrina social y estatal.

Esto mismo es lo que les está ocurriendo hoy en día a los hombres que ya poseen una concepción social y estatal de la vida.

«No es sensato –dice el hombre social– sacrificar mi propio bienestar, el de mi familia o el de mi patria para cumplir las exigencias de una ley superior que me exige que renuncie a los sentimientos más naturales de amor hacia mí mismo, hacia mi familia, mi patria o nación; además, es peligroso renunciar a la seguridad que el orden estatal proporciona a mi vida.»

Pero llega un tiempo en el que, por un lado, surge en el alma una vaga conciencia de la ley suprema del amor hacia Dios y hacia los semejantes, y, por otro, un tiempo de sufrimientos que surgen de las contradicciones de la vida, que hacen que el hombre abandone su concepción social de la vida y asimile una nueva concepción que resolverá todas estas contradicciones y acabará con sus sufrimientos: la concepción cristiana de la vida. Y este tiempo ha llegado.

A nosotros, que miles de años atrás ya pasamos por una transición de una concepción animal e individual de la vida a otra social, nos parece que aquella transición era indispensable y natural, pero que ésta –la que llevamos viviendo desde los últimos mil ochocientos años– es arbitraria, antinatural y terrible. Pero tenemos esta impresión simplemente porque aquella transición ya se produjo hace mucho y sus consecuencias se han incorporado a nuestro inconsciente; en cambio, esta transición aún no ha culminado y la tenemos que concluir de un modo consciente.

Fueron necesarios siglos y milenios para que la concepción de la vida en sociedad entrara en la conciencia de los hombres, que pasó por distintas formas y que en la actualidad ya ha brotado en la esfera humana de lo inconsciente, y

que fue transmitida mediante la herencia, la educación y la costumbre; por ello parece natural. Sin embargo, hace cinco mil años a la gente le debía parecer tan antinatural y terrible como ahora nos parece la doctrina cristiana en su auténtico sentido.

Ahora nos parece que las exigencias de la doctrina cristiana sobre la fraternidad universal, la supresión de las distinciones entre naciones, la ausencia de la propiedad privada, y la no resistencia al mal con la violencia –la que más extraña nos resulta– son exigencias imposibles. Pero exactamente igual debían parecer hace milenios, en los tiempos más remotos, las exigencias no sólo estatales, sino familiares, como por ejemplo: la necesidad de que los padres alimenten a sus hijos y los jóvenes a los ancianos, o de que los cónyuges sean mutuamente fieles. Todavía más extrañas e incluso dementes parecían las exigencias del Estado: que los ciudadanos tuvieran que someterse a un poder establecido, pagar tributos, ir a una guerra para defender la patria, etcétera. Ahora nos parece que tales exigencias son de lo más simple, comprensible, natural, y que no tienen nada de místico ni extraño, pero hace cinco o seis mil años estas exigencias parecían imposibles.

La concepción social de la vida sirvió como base a las religiones, porque cuando ésta fue presentada a los hombres les pareció totalmente incomprensible, mística y sobrenatural. Ahora que la humanidad ya ha superado esta fase, la exigencia de agruparnos en familias, comunidades y Estados nos parece razonable, pero en la antigüedad tal exigencia de unión se presentaba en nombre de lo sobrenatural y se justificaba conforme a ello.

Las religiones patriarcales divinizaron a los zares y a los Estados. Incluso ahora una gran parte de la gente poco instruida, como nuestros campesinos –que llaman al zar “el dios terrenal”–, se somete a las leyes sociales, no por tener conciencia de su necesidad, ni por saber lo que significa el concepto de Estado, sino por un sentimiento religioso.

De este mismo modo perciben la doctrina cristiana los hombres que poseen una visión social o pagana del mundo: con el aspecto de una religión sobrenatural, cuando en realidad esta religión no contiene en sí misma nada misterioso, místico, ni sobrenatural, ya que se trata simplemente de una doctrina sobre la vida, propia del desarrollo material de la humanidad y del estadio en el que se encuentra, y que, inevitablemente, tendrá que acabar aceptando.

Llegará un tiempo –ya está llegando– en que los principios cristianos sobre la vida (igualdad, fraternidad, bienes comunes, no resistencia al mal con la violencia) devendrán tan naturales y simples como hoy nos parecen los principios de la vida familiar, social y estatal.

Ni el hombre ni la humanidad pueden retroceder en su camino. La

concepción social, familiar y estatal del mundo ya ha sido superada por los hombres y hay que avanzar y asimilar una concepción más elevada, y eso es lo que está ocurriendo ahora.

Este avance se está produciendo de dos maneras: conscientemente, como resultado de cuestiones espirituales, e inconscientemente, como resultado de cuestiones materiales.

Un individuo raramente cambia su forma de vivir por lo que le dicta su razón y, casi siempre, a pesar del nuevo sentido y los nuevos objetivos que le indica su juicio, continúa viviendo como antes y sólo cambia cuando su forma de vivir está en total contradicción con su conciencia y se convierte en algo doloroso; exactamente lo mismo ocurre con la humanidad, que al haber conocido a través de sus guías espirituales un nuevo sentido de la vida y unos nuevos objetivos a los que aspirar, continúa viviendo como antes, y sólo llega a aceptar esta nueva concepción de la vida cuando toma conciencia de que es imposible seguir con la vida anterior.

A pesar de que los líderes espirituales predicán la necesidad de realizar un cambio en la vida, y que esto es asumido por algunos hombres muy juiciosos, la mayoría de las personas, independientemente de su relación hacia estos líderes –es decir, de su fe en su doctrina–, continúa dirigiendo su complicada vida de acuerdo con una doctrina anterior a la que éstos le proponen, que es como actuaría un cabeza de familia si, a pesar de saber cómo hay que vivir conforme a su edad, continuara viviendo, por costumbre y ligereza, como cuando era niño.

Y esto es justamente lo que le está ocurriendo a la humanidad en la transición que vivimos de un estadio a otro. La humanidad ha superado su estadio social y estatal, y ha entrado en uno nuevo; conoce la doctrina sobre la que se tiene que fundamentar la vida en este nuevo estadio, pero por inercia sigue manteniendo unas formas de vida caducas. De esta disconformidad entre la nueva concepción del mundo y nuestra vida práctica surgen una serie de contradicciones y sufrimientos que nos envenenan la vida y que nos exigen que ésta sea modificada.

Si comparáramos la práctica de la vida con su teoría, nos horrorizaríamos ante la escandalosa contradicción que existe entre nuestra vida y lo que nos dicta la conciencia.

Nuestra vida es una pura contradicción entre todo aquello que sabemos y lo que consideramos necesario y obligado. Esta contradicción se encuentra en todas las esferas: la económica, la estatal y la internacional. Nosotros, como si olvidáramos lo que sabemos y poniendo a un lado aquello en lo que creemos (no podemos dejar de creer, porque éste es nuestro único cimiento en la vida), hacemos todo lo contrario de lo que exige de nosotros nuestra conciencia y

nuestro sentido común.

En cuestiones económicas, estatales e internacionales nos regimos según unos fundamentos que eran válidos para la humanidad hace tres mil o cinco mil años, pero que contradicen directamente nuestra conciencia y las condiciones de la vida en las que nos encontramos hoy en día.

Bien podía el hombre de la antigüedad vivir en un mundo dividido entre esclavos y amos, porque creía que tal división emanaba de Dios y que era la única posible. ¿Pero acaso es posible en nuestro tiempo tal división?

El hombre de la antigüedad podía creerse con el derecho de disfrutar de los bienes del mundo en detrimento de otros, haciéndoles sufrir durante generaciones, porque creía que los hombres nacían con naturalezas distintas, con sangre noble o plebeya, y que eran descendientes o de Cam o de Jafet.* Los mayores sabios del mundo y maestros de la humanidad, como Platón y Aristóteles, justificaban la existencia del esclavismo y mostraban su legitimidad, y hace tres siglos los hombres que escribían acerca de sociedades futuras imaginarias –las utopías– no podían concebir el mundo sin esclavismo.

En la Antigüedad e incluso en la Edad Media se creía que las personas no eran iguales entre sí, que sólo los persas, los griegos, los romanos o los francos podían ser considerados como auténticas personas. Pero nosotros no podemos pensar del mismo modo, y los que en nuestro tiempo defienden con vehemencia la aristocracia o el patriotismo no creen ni pueden creer en aquello que sostienen.

Todos conocemos y no podemos dejar de conocer la verdad fundamental de la enseñanza cristiana –aunque no la hayamos escuchado ni leído de una forma clara, nunca la hayamos pronunciado, o porque hayamos asimilado esta conciencia cristiana que flota en el aire–, esa enseñanza según la cual todos somos hijos de un mismo Padre, vivamos donde vivamos y hablemos el idioma que hablemos, todos somos hermanos y estamos sujetos únicamente a la ley del amor, imbuida por nuestro Padre en nuestros corazones.

Sean cuales sean las ideas de un hombre o su nivel de desarrollo –ya sea un liberal instruido de cualquier tendencia, un filósofo de cualquier orientación, un científico o un economista de cualquier escuela, un hombre sin educación alguna, o incluso un religioso de cualquier confesión–, cualquier persona de nuestro tiempo sabe que todos los hombres tenemos el mismo derecho a la vida y a los bienes del mundo, que nadie es mejor ni peor que el resto, y que somos todos iguales. Cualquier persona lo sabe indudable, firmemente, y lo siente con todo su ser; además, no sólo ve a su alrededor que los hombres están divididos en dos castas –la trabajadora, oprimida, necesitada, y que sufre; y, por otro lado, la ociosa, opresora, que vive entre lujos y diversiones–, sino que además, voluntaria o involuntariamente, y de un modo u otro, es cómplice de esta

división que su conciencia reprueba, y no puede dejar de sufrir al ser consciente de tal contradicción y de su responsabilidad con respecto a ella.

El hombre de nuestro tiempo, sea amo o sea esclavo, no puede dejar de sentir la constante y atormentadora contradicción que existe entre su conciencia y la realidad, y todo el sufrimiento que esto le provoca.

La masa trabajadora –la inmensa mayoría de la gente, que se ve expuesta a trabajos y privaciones incesantes, absurdas y desesperanzadoras que consumen su vida entera– sufre aún más al ser consciente de la escandalosa contradicción que existe entre lo que es y lo que debería ser, de acuerdo con sus convicciones y con aquello que profesan aquellos que los han colocado en tal situación y que en ella los mantienen.

Saben que están esclavizados, que están hundidos en la necesidad y en la oscuridad para servir al desenfreno de una minoría que los mantiene en el esclavismo. Lo saben y así lo expresan. Esta conciencia es cada vez mayor y constituye la esencia de su sufrimiento.

En la Antigüedad, el esclavo creía que era esclavo por naturaleza, pero en cambio nuestros obreros, que se sienten como esclavos, saben que no deberían serlo, y por ello sienten la misma desesperación que Tántalo, condenado eternamente a desear y a no recibir aquello que no sólo podía ser suyo, sino que debía serlo. Los sufrimientos de las clases trabajadoras, causados por la contradicción entre lo que es y lo que debería ser, multiplican por diez su envidia y su odio, nacido de esta conciencia.

El obrero de nuestro tiempo –aun en el caso de que su trabajo fuera mucho menos duro que el del esclavo de la Antigüedad–, aunque lograra una jornada laboral de ocho horas y una paga de tres dólares al día, no dejaría de sufrir, porque al manufacturar objetos que él no va a poder disfrutar, y al trabajar no para sí mismo y por propia voluntad, sino por necesidad, para contribuir a los caprichos de otras personas que viven entre el lujo y la ociosidad y, en concreto, a las ganancias de un ricachón o del propietario de una fábrica, sabe que todo esto sucede en un mundo donde no sólo se reconoce la teoría económica, según la cual sólo el trabajo constituye la riqueza y el uso del trabajo ajeno es una injusticia y una ilegitimidad que debería ser castigada con la ley, sino también donde se profesa la doctrina de Cristo, según la cual todos somos hermanos y nuestra dignidad y mérito residen en servir al prójimo, pero no en ser explotados por él.

Es consciente de todo esto y no puede evitar atormentarse por esta inadmisible contradicción entre lo que debería ser y lo que es. «Según todos los principios y según lo que todo el mundo profesa –se dice el obrero–, yo debería ser libre, igual a todos los hombres, querido; en cambio soy un esclavo, soy humillado y odiado.» Y él mismo siente odio y busca el medio de salir de esta

situación, de derrocar al enemigo que le tiene dominado y sentarse encima de él. Hay quien dice: «Los obreros no tienen razón en querer ocupar el lugar de los capitalistas, ni en que los pobres ocupen el de los ricos». Pero esto no es justo; los obreros y los pobres no tendrían razón si pretendieran conseguir esto en un mundo en el que Dios hubiera establecido una división entre amos y esclavos, ricos y pobres, sin embargo, lo pretenden en un mundo donde se profesa la doctrina del Evangelio, que establece en primer lugar que todos somos hijos de Dios, y por tanto hermanos e iguales los unos a los otros. Y no se puede ocultar –por más que algunos lo intenten– que una de las condiciones fundamentales de toda vida cristiana es el amor, y no en palabras sino en hechos.

El hombre de la así llamada clase instruida vive en una contradicción y en un sufrimiento aún mayor, porque si en algo cree, es en la fraternidad o en el humanitarismo, en el humanitarismo o en la justicia, en la justicia o en la ciencia, y sabe que su vida está construida sobre unos cimientos que contradicen frontalmente todos los principios del cristianismo, humanitarismo, la justicia y la ciencia.

Sabe que todos los hábitos en los que ha sido educado, y cuya privación le supondrían un tormento, son satisfechos a costa del penoso, y con frecuencia terrible, trabajo de trabajadores oprimidos, es decir, a costa de contravenir de la forma más evidente y burda los principios del cristianismo, el humanitarismo, la justicia, e incluso la ciencia (me refiero a las exigencias de la economía política) que él mismo profesa.

Todos somos hermanos, pero aun así cada mañana un hermano o una hermana me vacía el orinal. Todos somos hermanos, pero por la mañana me es imprescindible un puro, azúcar, un espejo y otros objetos en cuya fabricación mis hermanos y hermanas, iguales a mí, han perdido y pierden la salud; sin embargo, yo sigo utilizando tales objetos e incluso los exijo. Todos somos hermanos, pero yo trabajo en un banco, en un comercio o en una tienda para hacer que todos aquellos productos que necesitan mis hermanos sean más caros. Todos somos hermanos, pero yo vivo de un sueldo que percibo por perseguir, juzgar y ejecutar al ladrón o a la prostituta, cuya situación es debida a mi modo de vida, y sé que no habría que castigarlos, sino reformarlos. Todos somos hermanos, pero yo percibo un sueldo por recaudar impuestos de trabajadores pobres para que hombres ociosos y ricos puedan vivir en el lujo. Todos somos hermanos, pero yo percibo un sueldo por predicar un falso cristianismo en el que ni yo mismo creo, con lo que privo al prójimo de conocer el auténtico cristianismo. Percibo un sueldo en calidad de sacerdote o de obispo por engañar a la gente en el asunto más importante para ellos. Todos somos hermanos, pero cedo a los pobres mi labor pedagógica, médica o literaria únicamente a cambio de dinero. Todos somos hermanos, pero yo percibo un sueldo por adiestrarme para el asesinato, por enseñar a matar, o por fabricar armamento, pólvora, o por

construir fortalezas.

Toda la vida de las clases altas es una pura contradicción, más dolorosa cuanto más sensible es la conciencia moral de la persona.

Una persona con una conciencia sensible no puede evitar sufrir si vive una vida como ésta. El único modo que tiene de librarse de este sufrimiento es acallando su conciencia, pero aunque lo logre, no podrá ahogar su miedo.

Las personas insensibles de las clases altas y opresoras que han acallado su conciencia, si no sufren por ella, sí lo hacen por el miedo y el odio. No pueden evitar el sufrimiento. Conocen el odio que generan entre la clase trabajadora, saben que los obreros son conscientes de ser engañados y explotados, y saben que éstos están empezando a organizarse para quitarse de encima a sus opresores y vengarse de ellos. Las clases altas ven los sindicatos, las huelgas, el Primero de Mayo, presienten la desgracia que se cierne sobre ellos, y el miedo envenena sus vidas. Saben que si bajan la guardia en su lucha contra los esclavos a los cuales oprimen, morirán, porque los esclavos están enfurecidos, y esta furia aumenta día tras día. Los opresores no podrían dejar de oprimir aunque lo desearan, porque saben que en cuanto dejaran de hacerlo o suavizaran esta opresión, perecerían. Y no la suavizan, a pesar de los aparentes cuidados por el bienestar del obrero, como la jornada laboral de ocho horas, la prohibición de que menores y mujeres trabajen, las pensiones y las retribuciones. Todo esto es un engaño o un simple cuidado para que el esclavo tenga fuerzas de seguir trabajando; pero el esclavo continúa siendo un esclavo, y el amo, que no puede vivir sin su esclavo, está menos dispuesto que nunca a dejarlo en libertad.

Las clases dirigentes desempeñan con respecto a los obreros el papel de aquel que aplasta a su adversario, que lo agarra fuerte y no lo suelta, no tanto porque no desee hacerlo, sino porque sabe que en cuanto lo suelte durante un instante, será apuñalado inmediatamente, porque el oprimido está enfurecido y lleva un cuchillo en la mano. Por tanto, nuestras clases acaudaladas, sean sensibles o no, no pueden gozar de los bienes que robaron a los pobres, tal y como hacían los antiguos, ya que aquéllos creían tener ese derecho. Toda su vida y todos sus deleites están envenenados por los remordimientos de conciencia, o por el miedo.

Hasta aquí en cuanto a la contradicción económica. Pero aún más asombrosa es la contradicción estatal.

Todo el mundo ha sido educado, antes que nada, en la costumbre de obedecer las leyes estatales. La vida entera de los hombres de nuestro tiempo está determinada por las leyes del Estado. Las personas se casan, se separan, educan a sus hijos, e incluso profesan su fe (en muchos Estados), de conformidad con la ley. ¿Pero qué es esta ley que determina la vida entera de los hombres? ¿Cree la

gente en esta ley? ¿La considera válida? En absoluto. En la mayoría de casos, la gente de hoy en día no cree que esta ley sea justa; la desprecia y, sin embargo, la acata. Bien podían los hombres de la Antigüedad cumplir la ley, porque creían firmemente que ésta, que era en su mayor parte religiosa, era la única verdadera, a la que todo el mundo debía someterse. Pero... ¿qué pasa con nosotros? Sabemos que las leyes de nuestro Estado no constituyen una única ley eterna, sino que es una de tantas que existen en los distintos Estados, igual de imperfectas, a menudo manifiestamente equivocadas e injustas, y que son cuestionadas de arriba abajo en nuestros periódicos. Bien podía el judío someterse a sus leyes, pues no dudaba de que era el mismo Dios quien las había escrito con el dedo; o el romano, que pensaba que habían sido escritas por la ninfa Egeria; o incluso cuando se creía que los zares, al emitir las leyes, estaban inspirados por Dios; o al menos que las asambleas legislativas tenían el deseo y la capacidad de elaborarlas lo mejor posible. Pero ya sabemos cómo se hacen las leyes, todos hemos estado entre bastidores y sabemos que son producto de la codicia, el engaño y la lucha entre partidos, por lo que no contienen ni pueden contener una justicia real. Por todo esto, hoy en día las personas no pueden creer que acatar unas leyes civiles o estatales sea algo que responda a las exigencias del intelecto de la naturaleza humana. Las personas hace tiempo que saben que no es razonable obedecer unas leyes cuya legitimidad es dudosa, y no pueden dejar de sufrir al tener que someterse a unas leyes de las que no reconocen ni su sensatez ni su carácter vinculante.

Cómo va a dejar de sufrir un hombre cuya vida está enteramente determinada por unas leyes que debe obedecer bajo amenazas de castigo, y de las que no sólo no cree que sean juiciosas y justas, sino que ve claramente que son injustas, crueles y antinaturales. Consideramos innecesaria la existencia de aduanas y aranceles, pero debemos pagarlos; consideramos inútiles los gastos para mantener a la corte y a muchos de los cargos de la Administración; consideramos pernicioso la prédica de la Iglesia, pero debemos participar en el mantenimiento de tal institución; reconocemos la crueldad y deshonestidad de los castigos impuestos por los tribunales, pero debemos participar en ellos; no reconocemos la necesidad de un ejército ni de las guerras, pero debemos sufrir la terrible carga de mantener a tales ejércitos y de gestionar las guerras, etcétera.

Sin embargo, esta contradicción no es nada comparada con la que se ha erigido entre los hombres en el ámbito de las relaciones internacionales, y que exige una solución porque amenaza con acabar con el sentido común de la humanidad y con la vida misma de los hombres. Es la contradicción entre la conciencia cristiana y la guerra.

Nosotros, las naciones cristianas, que vivimos una misma vida espiritual, por lo que cualquier idea noble y fecunda que aparece en una punta del mundo, y

que es inmediatamente difundida entre todas las sociedades cristianas, nos despierta los mismos sentimientos de alegría y orgullo con independencia de cuál sea nuestra nacionalidad; nosotros, que apreciamos a los pensadores, filántropos, poetas y científicos de otras naciones; nosotros, que nos enorgullecemos de las hazañas de Damián,** como si fueran propias; nosotros, que amamos a personas de otros pueblos: franceses, alemanes, americanos, ingleses; nosotros, que no sólo admiramos sus cualidades, sino que nos alegramos cuando nos encontramos con ellos, les sonreímos alegremente, que no podemos considerar como un logro estar en guerra con ellos, ni mucho menos pensar sin horrorizarnos que entre ellos y nosotros puedan surgir conflictos que deban ser resueltos con el asesinato mutuo; en resumen, todos nosotros estamos llamados a participar en una masacre inminente, que si no se produce hoy, lo hará el día de mañana.

Bien podía el judío, el griego o el romano defender la independencia de su pueblo recurriendo al asesinato y someter a otros pueblos con el mismo medio, porque estaba convencido de que su nación era la única legítima, buena, bondadosa, y querida por Dios, y que el resto no eran más que filisteos, bárbaros. Y tanto en la Edad Media como recientemente –a finales del siglo pasado y a principios de éste– se podía seguir pensando de igual modo, pero nosotros, por más que nos exaspere, no podemos seguir haciéndolo, y esto nos genera una contradicción tan terrible que nos resulta imposible vivir sin darle una solución.

El conde Komarovski, profesor de Derecho internacional, escribe en un docto tratado:

«Vivimos un tiempo lleno de contradicciones. En la prensa de todos los países se aboga continuamente por una aspiración universal hacia la paz, por su consecución en todas las naciones. En el mismo sentido se expresan los gobernantes, los ciudadanos, los órganos oficiales, también lo observamos en los discursos parlamentarios, en las negociaciones e incluso en tratados internacionales. Sin embargo, los Estados incrementan la fuerza militar año tras año, imponen nuevos tributos, se endeudan y dejan como herencia a las generaciones futuras el deber de tener que sufrir los errores de la insensata política actual. ¡Qué contradicción más clamorosa entre palabras y hechos!

Evidentemente, los gobiernos justifican estas medidas argumentando que tanto el gasto militar como el armamento tienen una función meramente defensiva; no obstante, para cualquier hombre ajeno a esta cuestión es un misterio desde dónde va a poder ser atacado, cuando todas las grandes potencias esgrimen unánimemente que lo único que persiguen con sus políticas es defenderse. En realidad parece como si cada potencia estuviera esperando ser atacada por las otras a cada instante, y esto tiene la siguiente consecuencia: la desconfianza mutua generalizada y los esfuerzos sobrehumanos de los gobiernos por superar en fuerza militar a las otras potencias. Tal competición aumenta el riesgo de una guerra: las naciones no pueden soportar mucho tiempo el aumento

incesante del armamento y tarde o temprano preferirán que estalle una guerra a todas las desventajas que les causa la actual situación y la amenaza constante. De modo que cualquier pretexto, por más insignificante que sea, será suficiente para encender en Europa la llama de una guerra mundial. Es errónea la idea de que una crisis así pueda librarnos de todos los desastres políticos y económicos que nos abruman. La experiencia de las guerras que han acaecido en los últimos años nos enseña que cualquier guerra lo único que ha hecho es agudizar la hostilidad entre naciones, aumentar la pesada e insoportable presión del militarismo y hacer que la situación político-económica de Europa sea aún más penosa y complicada».

Y Enrico Ferri escribe:

«La Europa moderna mantiene en las armas a un ejército activo de nueve millones de hombres, y quince millones más en la reserva, lo que conlleva un gasto cuatro mil millones de francos al año. Este proceso armamentístico incesante paraliza las fuentes de prosperidad social e individual; esto se asemeja a una persona que para proveerse de un arma se condena a la anemia, perdiendo con ello la fuerza necesaria para poder empuñar esta arma, bajo cuyo peso acabará cayendo».

En el mismo sentido se expresa Charles Booth en un discurso pronunciado en Londres el 26 de julio de 1887, en la «Asociación para la Reforma y Codificación de la Ley de las Naciones». Tras aportar las mismas cifras que hablan de un ejército formado por nueve millones y pico de hombres en activo y diecisiete en la reserva, y referirse al gasto colosal que supone a los gobiernos mantener estos ejércitos y este armamento, dice:

«Estas cifras representan una pequeña parte del coste real, porque además de este gasto que conocemos y que los gobiernos destinan al presupuesto militar, debemos hacernos una idea de las enormes pérdidas que representa de cara a la sociedad sacar de ella a tal cantidad de hombres fuertes, algo que ocasiona cuantiosas pérdidas para la industria y todos los trabajos; además de esto están los enormes intereses que los Estados deben pagar por unos preparativos militares que no nos reportan nada. La consecuencia inevitable de este gasto económico en la guerra y sus preparativos es el incesante aumento del endeudamiento estatal. En efecto, una gran parte del endeudamiento de países europeos se debe al gasto militar: la suma total asciende a cuatro mil millones de libras o a cuarenta mil millones de rublos, y este gasto no deja de aumentar año tras año».

El mismo profesor Komarovski afirma en otro lugar:

«Vivimos tiempos difíciles. En todas partes se oyen quejas por el estancamiento del comercio y la industria, y por la mala situación económica en general, y se habla de las pésimas condiciones de vida de los obreros y del empobrecimiento generalizado de las masas. A pesar de esto, los gobiernos, en su esfuerzo por mantener su independencia, llegan hasta el extremo de la insensatez inventando nuevos impuestos y tributos por

doquier, y la asfixia financiera de las naciones no conoce límites. Si echamos un vistazo a los presupuestos de los países europeos de los últimos cien años, lo primero que nos asombra es su progresivo y rápido aumento. ¿Cómo podemos explicar este fenómeno extraordinario que tarde o temprano nos conducirá a una bancarrota inevitable?

Esto sucede, sin lugar a dudas, debido al coste que genera mantener los ejércitos, que devoran un tercio e incluso la mitad del presupuesto de todos los países europeos. Lo más triste es que este aumento de los presupuestos y el empobrecimiento de las masas parece no tener fin. ¿Qué es el socialismo, sino una protesta contra esta situación absolutamente anormal en la que se encuentra una gran parte de la población de nuestra sociedad?».

Frederic Passy, en un discurso que pronunció en el último Congreso de la Paz Mundial organizado en Londres (1890), afirmó:

«Nos estamos arruinando por querer participar en futuras masacres, o por tener que pagar los intereses de las deudas que generaron masacres dementes y criminales en el pasado. Nos estamos muriendo de hambre para poder seguir matando».

Más adelante, en referencia a cómo se contempla esta cuestión en Francia, dijo:

«Creemos que cien años después de la promulgación de los Derechos del Hombre y del Ciudadano ha llegado el tiempo de reconocer los derechos de las naciones, y de abandonar de una vez por todas estas empresas del miedo y el engaño denominadas conquistas, que no son más que auténticos crímenes contra la humanidad, y que, independientemente de cómo sean consideradas por la ambición de los monarcas y por el orgullo de las naciones, lo único que hacen es debilitar incluso a los triunfadores».

Sir Wilfrid Lawson dijo en el mismo congreso:

«Me sorprende la educación religiosa que recibimos en nuestro país. Un niño acude a la escuela dominical donde le enseñan: “Querido niño, debes amar a tus enemigos. Si un compañero te golpea, no debes pagarle con la misma moneda, sino corregirle mediante el amor”. Bien. El niño va a la escuela dominical hasta los catorce o quince años, y después lo envían al ejército. ¿Y qué hará en el ejército? No puede amar al enemigo, sino todo lo contrario: si se llega a topar con él, le tendrá que atravesar con su bayoneta. Así es la educación religiosa en nuestro país. No creo que éste sea el mejor modo de cumplir los preceptos de la religión. Considero que si para un niño es bueno amar al enemigo, también lo es para un adulto.

»En Europa contamos con veintiocho millones de hombres armados para resolver nuestras disputas y, en vez de recurrir al diálogo, recurrimos al asesinato mutuo. Éste es el método habitual con el que las naciones cristianas resuelven sus disputas. Por otro lado, este método resulta muy caro, porque según un cálculo que leí, los países europeos se han gastado desde 1872 la desmesurada cantidad de quince mil millones de rublos en la preparación y resolución de conflictos, mediante el asesinato mutuo. Por tanto, me parece

que ante un orden de las cosas como éste debemos asumir una de estas dos tesis: o que el cristianismo es un fracaso (*is a failure*), o que aquellos que se han dedicado a interpretarlo, lo han hecho de un modo erróneo».

F. Jowet Wilson afirma:

«Hasta que nuestros acorazados no sean desarmados y nuestro ejército disuelto, no tenemos derecho a llamarnos “nación cristiana”».

En una conferencia acerca del deber de los pastores cristianos de predicar en contra de la guerra, G.D. Barlett dijo, entre otras cosas:

«Si algo entiendo de las Escrituras, puedo asegurar que cuando la gente ignora, es decir, cuando silencia la cuestión de la guerra, está jugando con el cristianismo. Durante mi larga vida, apenas en media docena de ocasiones he oído a nuestros pastores predicar la paz mundial. Hace veinte años dije en una sala ante cuarenta personas que la guerra y el cristianismo son inconciliables, y todo el mundo me miró como a un fanático chiflado. La idea de que podemos vivir sin guerra fue tomada como una debilidad imperdonable y como una locura».

En el mismo sentido se pronunció el sacerdote católico Abbé Defourny:

«Uno de los primeros preceptos de la ley eterna grabada en la conciencia de todo hombre es la prohibición de quitar la vida a un semejante, de derramar su sangre (sin que exista una razón suficiente, ni sin que se haya visto forzado a ello); éste es uno de los preceptos que más hondo se ha grabado en el corazón humano... Sin embargo, en cuanto se trata de la guerra –es decir, del derramamiento de ríos de sangre humana– los hombres de hoy en día ya no se preocupan de que exista una razón suficiente. Aquellos que toman parte en una guerra ni siquiera se plantean si estas innumerables matanzas tienen alguna justificación, si son justas o no, si son legítimas o no, si son inocentes o criminales, si infringen o no la ley principal que prohíbe matar (sin una razón legítima). Pero sus conciencias callan... La guerra ha dejado de ser algo que dependa de la moral. Para los militares no existe otra alegría en lo que hacen ni en los riesgos que corren que no sea proclamarse vencedores, ni otra desgracia que no sea ser derrotados. Y no me digáis que lo que hacen es servir a la patria. Hace ya mucho tiempo, un gran genio respondió a esto con unas palabras que se han convertido en un proverbio: “Sin justicia, ¿qué es un Estado, sino una cuadrilla de bandidos? ¿Y acaso una cuadrilla de bandidos no es un pequeño Estado? También las cuadrillas tienen sus leyes. Y también ellos luchan por un botín e incluso por honor...”.

»El objetivo de esta institución –en referencia a la institución de un tribunal internacional– es que las naciones europeas dejen de ser naciones de ladrones, y que sus ejércitos dejen de ser cuadrillas de bandidos y ladrones. En efecto, nuestros ejércitos no son más que muchedumbres de esclavos que pertenecen a uno o dos gobernantes o ministros que, como bien sabemos, ejercen su poder sobre ellos de un modo tiránico, sin

responsabilidad alguna...

»La singularidad de un esclavo es la de estar en manos de su amo: es un objeto, un utensilio, pero no una persona. Y así son los soldados, los oficiales y los generales, que se dirigen a la matanza y al asesinato por capricho de uno o varios gobernantes. El esclavismo militar existe, y es el peor de todos, sobre todo ahora, cuando con la obligación de servir en el ejército se está encadenando del cuello a todos los hombres libres y fuertes de la nación para hacer de ellos máquinas de matar, verdugos, carniceros de carne humana, ya que sólo con este fin son reclutados y entrenados...

»Dos o tres gobernantes se reúnen en un despacho, llegan a algún acuerdo secreto sin que quede constancia en ningún acta, sin hacer publicidad de ello –y por tanto libres de responsabilidad–, y envían a la gente a una matanza».

E.G. Moneta escribió:

«Las protestas contra el proceso armamentístico, que tanto oprime a la población, no son algo nuevo de nuestro tiempo. Leed lo que escribió Montesquieu en su día: “Francia (ahora podríamos sustituir esta palabra por Europa) perecerá a causa de los militares. Una nueva enfermedad se ha propagado por Europa, ha alcanzado a los soberanos, y les induce a mantener una cantidad imposible de tropas. Esta enfermedad es tan contagiosa que en cuanto un Estado aumenta sus tropas, inmediatamente el resto de Estados le imitan. Así pues, nada se consigue con todo esto que no sea el exterminio general. Cada gobierno mantiene tantas tropas como las que serían necesarias si su pueblo estuviera amenazado con ser aniquilado, y la gente llama paz a este estado de tensión de todos contra todos. Por ello Europa está tan arruinada, y si un individuo se encontrara en la misma situación que los gobiernos de esta parte del mundo, aunque fuera el más rico de todos, no tendría de qué vivir. Somos pobres a pesar de poseer riquezas y de dominar el comercio del mundo entero”.

»Esto fue escrito hace casi ciento cincuenta años, pero parece un retrato del presente. Una sola cosa ha cambiado: la forma de gobierno. En tiempos de Montesquieu aducían que la causa de que hubiera tan elevado número de tropas residía en el poder ilimitado que ostentaban los reyes, que batallaban con la esperanza de aumentar sus posesiones mediante victorias para cubrirse de gloria. En aquel entonces decían: “¡Ay, si el pueblo pudiera escoger a representantes que pudieran denegarle a los gobiernos soldados y dinero, llegaría el fin de toda política militar!”. Ahora en casi toda Europa encontramos gobiernos representativos, y, a pesar de esto, tanto el gasto militar como los preparativos de guerra han aumentado en una proporción terrible.

»Es evidente que la locura de los soberanos se contagió a las clases dirigentes. Ahora ya no se lucha porque un rey haya sido descortés con la amante de otro, como ocurría en tiempos de Luis XIV; ahora, exagerando los honorables y naturales sentimientos de orgullo nacional y de patriotismo, y excitando a la opinión pública de una nación contra la otra, se llega al extremo de que cualquier cosa que se diga, aunque se trate de una noticia falsa –como que nuestro embajador no ha sido recibido por el jefe de otro Estado–, sea

suficiente para que se desencadene la guerra más cruel y mortífera de todas cuantas haya habido antes. Hoy en día, Europa mantiene en las armas a más soldados que los que había durante las guerras napoleónicas. Todos los ciudadanos, salvo contadas excepciones, son obligados en nuestro continente a pasar varios años de su vida en cuarteles. Se construyen fortalezas, arsenales y navíos, se fabrican armas sin cesar que son rápidamente sustituidas por otras porque la ciencia, que tendría que velar siempre por el bien de la humanidad, es por desgracia cómplice de este afán destructor y no deja de inventar novedosos métodos para matar al mayor número de personas en el período más breve de tiempo posible.

»Para mantener a tantos soldados y los descomunales preparativos necesarios destinados al asesinato, cada año se gastan centenares de millones, cantidades que serían suficientes para la educación del pueblo, o acometer una labor impresionante de interés general que permitiría solucionar pacíficamente la cuestión social.

»Por todo esto Europa se encuentra, en este sentido y a pesar de todos nuestros avances en la ciencia, en la misma situación en la que se encontraba en los peores tiempos de la brutal Edad Media. Todo el mundo se queja de esta situación, que no se puede calificar de guerra pero tampoco de paz, y desearía salir de ella. Los jefes de gobierno aseguran que quieren la paz y compiten entre ellos en realizar las declaraciones más solemnes y pacificadoras. Pero el mismo día o al siguiente presentan en la asamblea legislativa una propuesta para aumentar el armamento y dicen que toman tales precauciones precisamente a fin de garantizar la paz.

»Sin embargo, éste no es el tipo de paz que ansiamos, y con esto no consiguen engañar a nadie. La verdadera paz se cimienta sobre la mutua confianza, y este ingente proceso armamentístico demuestra una desconfianza clara y extrema, una hostilidad abierta entre los Estados. ¿Qué diríamos de un hombre el cual, para mostrar su amistad a su vecino, le invitara a resolver sus diferencias con un revólver cargado en la mano?

»Y precisamente es con esta escandalosa contradicción entre las pacíficas declaraciones de los gobiernos y su política belicista, con lo que los ciudadanos de buen corazón quieren acabar cueste lo que cueste».

Hay quien se sorprende de que en Europa se produzcan cada año sesenta mil suicidios, y eso contando sólo los que son reconocidos y registrados, y sin incluir a Rusia ni a Turquía. Pero de lo que cabe sorprenderse no es de que haya tantos suicidios, sino de que haya tan pocos. Cualquier persona de nuestro tiempo, si examina detenidamente la contradicción que existe entre su conciencia y su vida, llega a un estado de absoluta desolación. Ya sin entrar en todas las otras contradicciones existentes entre vida y conciencia que llenan la vida del hombre moderno, basta con esta última contradicción entre la situación bélica en la que se encuentra Europa y las creencias cristianas para que una persona se desespere, dude de la sensatez de la naturaleza humana y no quiera seguir viviendo en este mundo loco y brutal. Esta contradicción bélica, que encierra la quintaesencia de todas las demás, es tan terrible que uno sólo puede vivir si no piensa en ella, o si la consigue olvidar.

¡Cómo es posible! ¡Somos todos cristianos y no sólo profesamos el amor mutuo, sino que realmente vivimos una vida común, nuestra vida late con un mismo pulso, nos ayudamos mutuamente, aprendemos los unos de los otros y, cada vez más, nos aproximamos más unos a otros con amor! En este acercamiento está el sentido de toda la vida, pero mañana vendrá cualquier gobernante chiflado, dirá cualquier tontería, otro le responderá del mismo modo, y yo tendré que ir a jugarme la vida y asesinar a personas que no sólo no me han hecho nada, sino a las que quiero. Y esto no es una remota posibilidad, sino algo para lo que nos estamos preparando: no se trata de un suceso sólo probable, sino del todo inevitable. Es suficiente con que alguien tome conciencia plena de esto para que se vuelva loco o se pegue un tiro. Y eso es precisamente lo que ocurre y, con especial frecuencia, entre los militares: en cuanto alguien toma conciencia plena sobre esto, aunque sólo sea durante un instante, se ve empujado a tal desenlace. Sólo así se puede explicar el horrible empeño con el que la gente de hoy en día trata de atontarse valiéndose de alcohol, tabaco, opio, cartas, lectura de periódicos, viajes o cualquier tipo de espectáculo o entretenimiento. Todos estos pasatiempos son considerados asuntos serios e importantes. Y realmente son importantes: si no existieran estos medios externos de evasión, la mitad de la gente se pegaría un tiro inmediatamente, porque vivir en contradicción con tu raciocinio es una situación insoportable. Y en esta situación se encuentra el hombre moderno, que vive en una constante y escandalosa contradicción entre su conciencia y su vida. Estas contradicciones se reflejan en las relaciones económicas y estatales, pero la más salvaje de todas es la que existe entre la ley cristiana que nos habla de fraternidad de los hombres y el servicio militar obligatorio, esto es, tener que estar preparados para odiar y matar: es la contradicción de tener que ser cristianos y gladiadores al mismo tiempo.

* Hijos de Noé. Cam fue maldecido por su padre, y toda su descendencia fue condenada a servir a Jafet y a sus otros hermanos (Génesis 9, 22-29). (*N. del T.*)

** Padre Damián de Molokai: misionero católico belga (1840-1889) que consagró su vida a la curación de leprosos en Hawai. Mahatma Gandhi lo consideraba un héroe, un ejemplo que se debía seguir en la lucha en favor de los más desfavorecidos. (*N. del T.*)

VI. LA ACTITUD DE LA GENTE DE NUESTRO TIEMPO HACIA LA GUERRA

Hay dos caminos posibles para resolver las contradicciones que existen entre nuestra vida y nuestra conciencia: o bien realizar cambios en nuestra vida, o bien realizarlos en nuestra conciencia. Y parece que no tenga que surgir ninguna duda sobre cuál de ellos escoger.

Un hombre puede dejar de hacer aquello que considera pernicioso, pero no puede dejar de considerar pernicioso lo que realmente lo es.

Del mismo modo, la humanidad puede dejar de hacer aquello que considera pernicioso, pero no puede cambiar ni retener ni siquiera un instante la creciente conciencia de aquello que está mal y que, por tanto, no debería ser. Parece que la elección entre cambiar nuestra vida o nuestra conciencia tuviera que ser clara y no generar dudas. Y por ello parecería inevitable para el hombre cristiano de nuestro tiempo abandonar las formas paganas de vida que él mismo condena y reconstruir su vida sobre los principios cristianos que sí reconoce.

Y así sería de no ser por la ley de la inercia, tan presente en la vida de la gente y de los pueblos como en los cuerpos sin vida. En los hombres, esta ley toma una forma de ley psicológica, que tan bien quedó expresada en el Evangelio con las palabras: «Y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas».* Esta ley consiste en que la mayoría de las personas no reflexionan para conocer la verdad, sino para convencerse a sí mismas de que la vida que llevan, que han adoptado y a la que están acostumbrados confluye con la verdad.

El esclavismo era contrario a todos los principios morales que predicaban Platón y Aristóteles, sin embargo ni el uno ni el otro eran capaces de verlo porque la negación del esclavismo destruía toda la vida que vivían. Lo mismo ocurre en nuestra época.

La división de las personas en dos castas, así como la violencia estatal y militar, son contrarias a todos los principios morales de nuestro mundo, pero parece que las personas avanzadas e instruidas no lo quieran ver.

La mayoría o incluso la totalidad de los hombres instruidos de nuestro tiempo tratan inconscientemente de mantener la antigua concepción social de la vida que justifica su posición, y también tratan de ocultarse a sí mismos y a los demás su falta de argumentos y, sobre todo, la necesidad de asimilar la concepción cristiana de la vida, que destruye todo el orden social vigente. Hacen todo lo posible por mantener este orden establecido, basado en la concepción social de la vida, pero ni ellos mismos creen en él porque está

caduco y ya es imposible creer en él.

Toda la literatura de nuestro tiempo –filosófica, política, de ficción– es sorprendente en este sentido. ¡Qué riqueza de ideas, de formas y de colores, qué erudición y elegancia, qué abundancia de pensamientos, pero al mismo tiempo qué falta de contenidos serios y qué miedo ante cualquier concreción del pensamiento! Encontramos rodeos, alegorías, anécdotas y consideraciones de lo más general e inconcreto, pero no hay en ellas sencillez, ni claridad, ni nada que vaya al meollo del asunto, es decir, a la cuestión de la vida.

Pero no sólo se escriben y dicen exquisitas superfluidades, también se escriben y dicen directamente inmundicias, salvajadas, y se exponen del modo más refinado razonamientos que devuelven a los hombres al salvajismo primitivo, a los principios de la vida no ya pagana, sino animal, que superamos hace cinco mil años.

Pero no podría ser de otro modo. Al rehusar la concepción cristiana de la vida, que destruye, para unos, el orden social al que están acostumbrados y, para otros, tanto este orden como sus ventajas, la gente no puede evitar retroceder hacia la concepción pagana de la vida y a las enseñanzas que se basan en ésta. En nuestro tiempo se predica no sólo el patriotismo y el aristocratismo tal y como se predicaban hace dos mil años, sino también el más burdo epicureísmo e instintos animales, con la diferencia de que quienes entonces lo predicaban creían realmente en ello; sin embargo, los que ahora lo hacen no pueden creer en lo que dicen debido a que ha dejado de tener sentido. Uno no puede permanecer en el mismo sitio cuando la tierra bajo sus pies está tambaleando. Si no avanzas, retrocedes. Y es extraño y horrible tener que afirmar que los hombres instruidos de nuestro tiempo, que están a la vanguardia, lo que están haciendo en realidad con sus refinados razonamientos es arrastrar a la sociedad hacia atrás, hacia un estado no ya de paganismo, sino de salvajismo primitivo.

Se puede ver con especial claridad hacia dónde se dirige la labor de los hombres avanzados de nuestro tiempo en su actitud hacia un fenómeno que en la actualidad refleja de un modo concentrado la inconsistencia de la concepción social de la vida con respecto a la guerra, al armamento mundial y a la obligatoriedad de servir en el ejército.

La vaguedad –si no mala fe– con la que el hombre instruido de nuestro tiempo se posiciona en torno a este fenómeno es desconcertante. La actitud que toman hacia éste tiene tres vertientes: unos lo entienden como algo casual, que ha surgido por la especial situación política en la que se encuentra Europa, y consideran que se podría solucionar con medidas diplomáticas internacionales externas, sin tener que modificar la estructura interna del modo de vida de las naciones. Otros perciben este fenómeno como algo terrible, cruel, pero

inevitable y fatídico en definitiva, como lo son la enfermedad o la muerte. Los terceros consideran, tranquilos e impávidos, que la guerra es un fenómeno necesario, benéfico y, por tanto, deseable.

A pesar de que unos y otros tienen una percepción distinta sobre esta materia, todos ellos consideran que la guerra es un fenómeno que no depende en absoluto de la voluntad de los hombres que participan en ella, y por ello no admiten siquiera una pregunta tan natural como la que se plantea todo hombre sencillo: «¿Debo o no debo participar en la guerra?». Para aquéllos, este tipo de preguntas ni siquiera existe, y todos nosotros, con independencia de cuál sea nuestra actitud personal hacia la guerra, debemos someternos sumisamente a las exigencias de las autoridades.

La actitud de quienes ven en las medidas diplomáticas internacionales la solución a la guerra queda perfectamente plasmada en las conclusiones del último Congreso de la Paz que se celebró en Londres, publicadas en *Revue de Revues* (núm. 8, año 1891) en forma de artículos y cartas de eminentes escritores sobre la guerra.

Tras haber recogido de distintos confines del mundo opiniones de hombres de ciencia personalmente o por escrito, el congreso, que se abrió con un oficio religioso en una catedral y concluyó con una comida llena de discursos, tuvo una duración de cinco días, tras los que, después de pronunciarse numerosos parlamentos, se llegó a las siguientes conclusiones:

En primer lugar, el congreso expresó la opinión de que la consecuencia directa de la fraternidad entre los hombres debe ser inevitablemente una fraternidad entre las naciones que reconozca la igualdad de los intereses de cada nación por separado.

En segundo lugar, el congreso reconoció que el cristianismo tiene gran influencia sobre el progreso moral y político de la humanidad y, por ello, recordó a los predicadores del Evangelio y a otros hombres que se han dedicado a la educación espiritual y a la difusión de principios pacíficos y disposición cordial entre las personas. *El congreso determinó que cada tercer domingo de diciembre se dedicaría a este fin:* a realizar una proclamación especial de los principios de la paz.

En tercer lugar, el congreso expresó el deseo de que todos los profesores de historia hicieran ver a la juventud el terrible mal que la guerra siempre ha comportado a la humanidad, y que en la mayoría de casos las guerras han estallado por motivos insignificantes.

En cuarto lugar, el congreso condenó la educación que se lleva a cabo en las escuelas en forma de ejercicio físico que emula métodos militares, y propuso sustituir las compañías militares que existen hoy en día por compañías de salvamento. Además, el congreso expresó el deseo de inculcar entre las

comisiones examinadoras que las preguntas formuladas a los escolares estén encaminadas a dirigirlos hacia unos principios de paz.

En quinto lugar, el congreso expresó la convicción de que la doctrina sobre los Derechos Humanos exige que los bienes y libertades de los pueblos salvajes y débiles deben ser defendidos ante la injusticia y el abuso, y que estos pueblos deben ser protegidos de vicios tan extendidos entre las naciones así llamadas civilizadas. Según la opinión del congreso, las naciones deberían obrar de común acuerdo para lograr este objetivo. El congreso expresó su sincera simpatía por las conclusiones de la Conferencia Antiesclavista, que se había celebrado recientemente en Bruselas y que tenía como objetivo mejorar la vida de los africanos salvajes.

En sexto lugar, el congreso expresó la convicción de que debido a que los prejuicios y tradiciones belicistas tan profundamente enraizados aún en algunos pueblos, así como a los discursos belicistas pronunciados en las asambleas legislativas por algunos líderes de la opinión pública que llenan la prensa escrita y constituyen con frecuencia las causas indirectas del inicio de las guerras, sería deseable publicar noticias precisas sobre las relaciones entre las naciones. Con este fin, el congreso propuso fundar un periódico internacional que pudiera responder a estas necesidades.

En séptimo lugar, el congreso propuso al comité aconsejar a sus miembros que aprovechen cualquier ocasión posible para defender los proyectos de unificación de peso, medida, moneda, tarifas postales y telegráficas, etcétera, capaces de favorecer una unidad comercial, industrial y científica real entre las naciones.

En octavo lugar, en vista de la enorme influencia moral y social de las mujeres, el congreso las insta a que respalden todo aquello que pueda contribuir a la paz, ya que de lo contrario serán responsables en gran medida de que se prolongue la situación bélica actual.

En noveno lugar, el congreso expresó su esperanza de que la Asociación de Reforma Financiera y otras sociedades similares de Europa y América se reúnan para discutir medidas que establezcan relaciones comerciales justas entre los Estados mediante la eliminación de los aranceles. El congreso expresó la idea de que todas las naciones civilizadas desean la paz y esperan con impaciencia el cese del proceso armamentístico general. Este armamento, pretendidamente defensivo, representa el mal, pues genera un clima de desconfianza y, a su vez, constituye el motivo del desbarajuste económico general, que no permite que en condiciones favorables se aborden cuestiones sobre trabajo y pobreza que deberían ocupar un puesto prioritario.

En décimo lugar, el congreso reconoció el desarme general como la mejor garantía de paz y el primer paso para solucionar aquellas cuestiones que

actualmente dividen a los Estados, y expresó su deseo de que en un futuro próximo se organice una asamblea de representantes de todos los Estados europeos con el fin de discutir medidas que conduzcan a un desarme general paulatino.

En undécimo lugar, considerando que la indecisión de un solo Estado podría demorar la convocatoria de la asamblea arriba mencionada, el congreso expresó la opinión de que el primer Estado que se decida a dismantelar una parte significativa de su ejército, hará un servicio de extrema importancia a Europa y a la humanidad, ya que con ello logrará que otros Estados –bajo la influencia de la opinión pública– sigan su ejemplo. Sin lugar a dudas, con esta acción no sólo no debilitará, sino que reforzará las condiciones naturales defensivas de su país.

En duodécimo lugar, en relación al desarme y a la paz en general, el congreso recomienda (contando con la opinión pública) que las asociaciones pacifistas (como todos los amigos de la paz) sean muy activas con su propaganda, especialmente en época de elecciones parlamentarias para que los electores puedan dar sus votos a los candidatos más comprometidos con la paz, el desarme y el arbitraje.

En decimotercero lugar, el congreso felicitó a los amigos de la paz por la resolución tomada por la Conferencia Internacional Americana (Washington, mes de abril), en la que se reconoce deseable la obligatoriedad de un tribunal arbitral obligatorio en todas las confrontaciones y disputas, sea cual sea su origen, excluyendo aquellos conflictos que pudieran amenazar la independencia de uno de los Estados interesados.

En decimocuarto lugar, el congreso llama la atención sobre esta resolución a todos los hombres de Estado europeos y americanos, con la esperanza de que en un futuro próximo tales tratados sean suscritos por el resto de naciones para evitar en adelante todos los conflictos y, al mismo tiempo, servir como ejemplo a los demás Estados.

En decimoquinto lugar, el congreso expresó su satisfacción por el proyecto de ley aprobado por el Senado español el 16 de julio que permite al Gobierno solicitar al tribunal arbitral que resuelva cualquier cuestión en litigio, a excepción de aquellas que afecten a la independencia o gobernación interna de los Estados. Asimismo, el congreso expresó su satisfacción por la aprobación de una resolución de contenido similar por el *Storting* noruego y por el Parlamento italiano durante el mes presente.

En decimosexto lugar, el congreso dispuso dirigirse oficialmente a las principales sociedades políticas, religiosas, de comercio y a las uniones sindicales con la petición de que aboguen ante sus gobiernos porque se adopten las medidas oportunas para instituir una comisión especial cuya función sea

resolver las disputas internacionales y evitar así las guerras.

En decimoséptimo lugar, en vista de que: 1) el objetivo de todas las sociedades por la paz es establecer un orden jurídico entre las naciones, y 2) la neutralidad mediante tratados internacionales constituye un paso hacia este orden jurídico y hacia la disminución del número de países implicados en la guerra; el congreso propuso extender la norma de neutralidad y expresó el deseo de que:

1) Todos los tratados de neutralidad actuales continúen vigentes; en caso necesario, se completen en el sentido de extender la neutralidad a todos los Estados, o se dismantelen todas las fortalezas que representen para la neutralidad un peligro más que una garantía.

2) Se establezcan nuevos tratados (conforme al deseo de las naciones) para instituir la neutralidad en los demás Estados.

En decimoctavo lugar, una sección del comité propuso:

1) Que las siguientes asambleas del Congreso de la Paz sean fijadas, o bien justo antes de la reunión de la conferencia internacional anual, o bien inmediatamente después y en la misma ciudad.

2) Que la cuestión acerca del emblema internacional de la paz se posponga indefinidamente.

3) Que se adopten las siguientes resoluciones:

a) Expresar satisfacción por la proposición oficial de la Iglesia presbiteriana de los Estados Unidos a los representantes máximos de todas las sociedades religiosas cristianas de reunirse para discutir conjuntamente medidas que puedan sustituir la guerra por un tribunal arbitral internacional.

b) Expresar en nombre del congreso un profundo respeto por la memoria de Aurelio Saffi, gran jurista italiano y miembro del Comité Internacional de la Paz y la Libertad.

4) Que los informes de este congreso firmados por el presidente sean en la medida de lo posible entregados a los cabezas de todos los Estados civilizados por delegaciones prestigiosas.

5) Que el comité organizador tenga plenos poderes para realizar las correcciones necesarias en los documentos y en las decisiones aquí adoptadas.

6) Que se tomen las siguientes resoluciones:

a) Expresar el reconocimiento a los presidentes de las distintas asambleas del congreso.

b) Expresar el reconocimiento al presidente, secretarios y miembros de la oficina del congreso.

c) Expresar el reconocimiento a los miembros de las distintas secciones del comité.

d) Agradecer al canónigo Scott Holland, al doctor Reuen Thomas y a J. Morgan Gibbon

sus discursos durante la apertura del congreso, y rogar que dichos discursos sean enviados a imprenta; asimismo agradecer a los responsables de la catedral San Pablo, del City Temple y a la Iglesia Congregacional de Stamford Hill el poder emplear estos edificios para fines públicos.

e) Remitir una misiva de agradecimiento a su majestad por permitir a los miembros del congreso visitar el Castillo de Winsdor.

f) Agradecer al señor alcalde, a su esposa, a Passmore Edwards y a otros amigos su hospitalidad con los miembros del congreso.

En decimonoveno lugar, el congreso expresó su profunda gratitud al Todopoderoso por la perfecta armonía que ha reinado en las reuniones del congreso, en las que se han reunido tantos hombres y mujeres de nacionalidades y confesiones religiosas distintas para trabajar conjuntamente, y por el final exitoso de las labores del congreso.

El congreso expresó una firme e inquebrantable fe en el triunfo de la *paz* definitiva y los principios sobre los que se ha insistido durante estas reuniones.

El objetivo principal del congreso es, en primer lugar, divulgar con todos los medios posibles entre todos los hombres la convicción de que la guerra es muy perniciosa y que la paz constituye un gran bien; en segundo lugar, actuar sobre los gobiernos, inculcarles la supremacía en caso de guerra de un tribunal internacional y la necesidad del desarme. Para alcanzar el primer objetivo, el congreso se dirige a los profesores de historia, a las mujeres y al clero y les aconseja predicar entre la gente cada tercer domingo de diciembre el mal de la guerra y el bien de la paz. Para alcanzar el segundo objetivo, el congreso se dirige a los gobiernos y les propone el desarme y la sustitución la guerra por el arbitraje.

¡Predicar entre la gente el mal de la guerra y el bien de la paz! Pero si el mal de la guerra y el bien de la paz son hasta tal punto conocidos por el hombre que, desde que lo conocemos, sus mejores deseos han sido expresados con el saludo «La paz sea contigo». Así pues, ¿cómo la vamos a predicar?

No sólo los cristianos, también todos los paganos conocían hace miles de años el mal de la guerra y el bien de la paz. Así que el consejo a los predicadores del Evangelio de predicar el mal de la guerra y el bien de la paz cada tercer domingo de diciembre es totalmente superfluo.

Un cristiano no puede dejar de predicar esto siempre, cada día de su vida. Si los cristianos y los predicadores del cristianismo no lo hacen, debe ser porque existen unos motivos determinados. Y hasta que estos motivos no sean solventados, no habrá consejo que valga. Aún menos pueden valer los consejos a los gobiernos de que dismantelen sus ejércitos y los sustituyan por tribunales internacionales. Los gobiernos conocen muy bien toda la dificultad y la carga que supone reclutar y mantener a sus tropas, y, si a pesar de los terribles

esfuerzos y tensiones que les supone lo siguen haciendo, es evidente que no pueden actuar de otro modo, con lo cual el consejo del congreso no puede cambiar en absoluto esta situación. Sin embargo, los hombres doctos se niegan a ver este hecho, y tienen la esperanza de encontrar una combinación conforme a la cual los mismos gobiernos que provocan las guerras se pongan límites a sí mismos.

«¿Es posible librarse de la guerra? –escribe un hombre docto en *Revue de Revues*–. Todo el mundo está de acuerdo en que si la guerra estalla en toda Europa, las consecuencias serán equiparables a las grandes invasiones de los bárbaros. Si hablamos de una futura guerra, estamos hablando de la desaparición de nacionalidades enteras, con lo que se trataría de una guerra sangrienta, encarnizada y cruel.

»Esta consideración, junto con las terribles armas de exterminio que ofrece la ciencia más moderna, retrasan el momento de declarar la guerra y mantienen el actual estado transitorio de las cosas, que podría prolongarse indefinidamente si no fuera por el terrible gasto que ahoga a las naciones europeas y las amenazas con llevarlas a calamidades no peores que las que produciría la guerra.

»Estupefactos por esta idea, la gente de distintos países ha buscado medios para detener o al menos suavizar las consecuencias de las espantosas masacres que les acechan.

»Estas son algunas de las cuestiones que serán planteadas próximamente en el Congreso de la Paz en Roma, y además se editarán folletos acerca del desarme.

»Por desgracia, es indudable que ante el orden actual de las cosas, la mayoría de Estados europeos alejados unos de otros y dirigidos por distintos intereses, el cese absoluto de la guerra es un sueño con el que sería peligroso consolarse. Sin embargo, si todos los Estados adoptaran unas leyes y resoluciones más razonables, en caso de producirse uno de estos duelos entre naciones, los horrores de la guerra podrían reducirse considerablemente.

»Igualmente utópico es esperar el desarme –algo casi imposible–, como resultado del carácter nacional, algo bien conocido por todos nuestros lectores. [Probablemente se refiere a que Francia no podrá desarmarse hasta la revancha.] La opinión pública no está preparada para aceptar tales proyectos de desarme, y, además, las relaciones internacionales no están tampoco como para aceptarlos.

»La exigencia de una nación a otra de desarmarse equivaldría a una declaración de guerra.

»Sin embargo, se puede admitir que el intercambio de criterios entre las naciones interesadas ayudará en cierto grado a un acuerdo internacional y facilitará una disminución considerable del gasto militar, que actualmente ahoga a las naciones europeas e imposibilita que se resuelvan las cuestiones sociales; esta necesidad es percibida individualmente por cada Estado bajo la amenaza de que se desencadene una guerra interna debido a los esfuerzos que se prestan a la prevención de una externa.

»¡Al menos se podría abogar por una reducción del enorme gasto que supone el orden

bélico actual, un orden cuyo objetivo es poder tomar en veinticuatro horas las posiciones del adversario y llevar a cabo la batalla decisiva una semana después de haberse declarado la guerra!

»Hay que conseguir que los Estados no puedan atacarse unos a otros y arrebatarse los bienes del adversario en tan sólo veinticuatro horas.»

Esta idea práctica fue formulada por Maxime du Camp, y a esto se resume la conclusión de su artículo.

Las propuestas de M. du Camp son las siguientes:

1) El congreso diplomático debe reunirse anualmente.

2) Ninguna guerra puede declararse hasta dos meses después del incidente (*incident*) que la haya desencadenado. (La dificultad aquí radicará en determinar qué *incident* puede provocar una guerra, ya que frente a cualquier declaración de guerra tales *incidents* son muy numerosos y es necesario decidir en cuál de ellos es de aplicación el cómputo de los dos meses.)

3) La guerra no puede ser declarada antes de haber sido sometida a votación por las naciones que se estén preparando para ella.

4) Las maniobras militares no pueden iniciarse hasta dos meses después de haberse declarado la guerra.

«Una guerra no puede iniciarse... deben... etcétera.» Pero ¿quién va a hacer que *no pueda* iniciarse una guerra? ¿Quién va a conseguir que los hombres *deban* hacer esto o aquello? ¿Quién va a *obligar* a una potencia a esperarse a atacar hasta cierta fecha fijada? Todos los demás. Pero todos los demás representan exactamente las mismas potencias que es necesario contener, colocar en la frontera y *obligar*. ¿Y quién va a obligar, y cómo lo va a hacer? La opinión pública. Si hay una opinión pública que puede obligar a una potencia a esperar hasta una fecha determinada, esta misma opinión pública puede obligar a una potencia a no iniciar una guerra.

A esto responden que es posible una ponderación de fuerzas, *pondération de forces*, frente a la que las potencias se abstendrán por sí mismas. Pero esto ya se ha intentado y se está intentando ahora: en esto consistió la Santa Alianza, en esto consiste la Liga de la Paz, etcétera.

Pero supongamos que todos se ponen de acuerdo, me responderán a esto. Pues si todos se ponen de acuerdo, entonces ni siquiera habrá guerra, y no será necesario ningún tribunal supremo, ni tribunal arbitral ni arbitraje de ninguna clase.

«El tribunal arbitral y el arbitraje reemplazarán a la guerra. Los conflictos serán resueltos por un tribunal arbitral: la cuestión de Alabama fue resuelta por un tribunal arbitral, y el Papa fue propuesto para arbitrar en la crisis de las Islas Carolinas.** Suiza, Bélgica, Dinamarca y Holanda han declarado que prefieren el

arbitraje de un tribunal antes que la guerra». Al parecer, Mónaco ha expresado el mismo deseo. La única pena es que ni Alemania ni Rusia ni Austria ni Francia se han expresado hasta ahora en este sentido.

Es asombroso ver cómo se pueden engañar los hombres a sí mismos cuando necesitan hacerlo: ¿los gobiernos accederán a que sus controversias sean resueltas por un tribunal arbitral y, por consiguiente, dismantelarán sus ejércitos? ¿Las disputas entre Rusia y Polonia, Inglaterra e Irlanda, Austria y Chequia, Turquía y los eslavos, Francia y Alemania se resolverán por un acuerdo voluntario? Esto es como proponer a los comerciantes y banqueros que no vendan nada por encima del precio de compra, que se dediquen a distribuir las riquezas sin obtener ganancias y que, por tanto, acaben con el tan innecesario dinero. Pero puesto que el comercio y la banca se basan únicamente en vender más caro de lo que se compra, proponerles no hacerlo y acabar con el dinero, equivaldría a proponerles que acaben consigo mismos. Y lo mismo sucede con los gobiernos. Proponer a los gobiernos que no empleen la violencia y que resuelvan sus disputas con equidad es proponerles que acaben consigo mismos como gobiernos. Y no existe ningún gobierno que vaya a aceptar esto.

Hombres doctos se reúnen en sociedades (estas sociedades son muy numerosas, hay más de cien), en congresos (re cientemente hubo uno en París y en Londres y ahora habrá otro en Roma), leen discursos, comen, pronuncian parlamentos, editan libros dedicados a este fin, y demuestran que la tensión de las naciones, forzadas a mantener millones de tropas, ha llegado hasta su límite máximo, y que el proceso ar-mamentístico contradice los objetivos, naturaleza y deseos de todas las naciones, pero que si se escriben montones de papeles y se pronuncian palabras y más palabras, se puede conciliar a los hombres y hacer que no tengan intereses encontrados, y entonces ya no habrá guerras.

Cuando era pequeño me aseguraron que para cazar a un pájaro había que echarle un poco de sal sobre la cola. Así que salí a por uno con sal en la mano, pero de inmediato me convencí de que si pudiera echarle sal en la cola, significaría que podría atraparlo, y comprendí que se habían reído de mí.

Lo mismo deben comprender aquellos que leen artículos y libros sobre tribunales arbitrales y desarme.

Si se puede echar sal sobre la cola de un pájaro significa que éste no puede volar y ya no hace falta cazarlo. Si un pájaro tiene alas y no quiere ser cazado, no dejará que le echen sal sobre la cola, porque lo propio de un pájaro es volar. Del mismo modo es propio de un gobierno no someterse, sino someter a los demás. Y un gobierno es gobierno en la medida en que no se somete, sino que somete al resto, siempre va a aspirar y nunca va a renunciar voluntariamente al poder, un poder que le proporcionan las tropas; por consiguiente, nunca va a renunciar ni a sus tropas, ni a hacer uso de ellas en las guerras.

El error se basa en que los doctos juristas, engañándose a sí mismos y al resto, aseguran en sus libros que el gobierno no es lo que realmente es –una agrupación de hombres que violentan a otros–, sino que los gobiernos, tal como los presenta la ciencia, son simples representantes de un conjunto de ciudadanos. Los doctos juristas han repetido a los demás esta idea durante tanto tiempo que han acabado por creérsela, y a menudo realmente les parece que la justedad es vinculante a los gobiernos. Sin embargo, la historia nos muestra que desde César hasta Napoleón y Bismarck, todo gobierno es en su esencia una fuerza que quebranta la justedad, como no puede ser de otro modo. La justedad no puede ser vinculante a uno o varios hombres que mantienen bajo el puño a personas engañadas y adiestradas para cometer actos violentos –los soldados–, y mediante los cuales dirigen al resto. Por todo esto, los gobiernos no pueden disminuir la cantidad de hombres sometidos y adiestrados, ya que éstos constituyen toda su fuerza y sentido.

Ésta es la actitud de los hombres doctos frente a la contradicción que oprime nuestro mundo, y éstos son sus medios para solucionarla. Decídes a estos hombres que la cuestión reside únicamente en la actitud de cada persona hacia la cuestión moral y religiosa que se nos plantea a todos actualmente acerca de la legitimidad o no legitimidad de participar en el servicio militar obligatorio, y estos doctos hombres simplemente se encogerán de hombros e incluso no se dignarán a contestaros o a prestaros atención. Para ellos, la solución a esta cuestión está en leer discursos, escribir libros, elegir presidentes, vicepresidentes, secretarios, reunirse y discutir en esta o aquella ciudad. Según su parecer, estas conversaciones y escritos harán que los gobiernos dejen de reclutar a los soldados en los que se basa toda su fuerza, que harán caso de sus discursos y dejarán ir a los soldados, quedando indefensos no sólo ante sus vecinos, sino también ante sus súbditos; esto es como si unos malhechores que han atado a una gente desarmada para asaltarla, al oír un discurso acerca del dolor que la cuerda ocasiona a sus prisioneros, los desataran al acto.

Pero hay personas que creen en esto, participan en congresos de la paz, leen discursos, escriben libritos; y los gobiernos, evidentemente, expresan su simpatía hacia esto, hacen ver que apoyan las sociedades de abstemios, mientras viven en su mayor parte del alcoholismo del pueblo; del mismo modo hacen ver que apoyan la educación, mientras su fuerza se sustenta únicamente en la ignorancia; del mismo modo hacen ver que apoyan la libertad de la Constitución, mientras su fuerza se sustenta únicamente en la falta de libertad; hacen ver que se preocupan por la mejora de las condiciones de vida de los obreros, mientras su existencia se basa en la opresión de éstos; hacen ver que apoyan el cristianismo, cuando el cristianismo destruye a cualquier gobierno.

Para que fuera posible hacer esto, hace ya mucho tiempo que se idearon cuidados destinados a combatir el alcoholismo que nunca podrán acabar con él;

cuidados para la educación que no sólo no combaten la ignorancia, sino que la refuerzan; cuidados por la libertad constitucional que no combaten el despotismo; cuidados con los obreros que no los libera del esclavismo; un cristianismo que no destruye, sino que apoya al gobierno.

Y ahora se han añadido los cuidados por la paz. Los gobiernos son directamente como zares que ahora recorren el mundo junto a sus ministros, que deciden conforme a su única voluntad de iniciar en el presente o en el año futuro el asesinato de millones de personas; estos zares saben perfectamente que las conversaciones sobre la paz no les supondrán ningún obstáculo cuando se les ocurra mandar a millones de hombres a una matanza. Estos zares escuchan incluso gustosamente estas conversaciones, las estimulan y participan en ellas.

Todo esto no sólo no perjudica, sino que beneficia a los gobiernos, porque distrae a la gente de la cuestión más importante y sustancial: aquel que es llamado a filas, ¿debe o no debe acceder a cumplir el servicio militar?

«La paz llegará pronto gracias a las alianzas, congresos, libritos y folletos; entretanto id, poneros el uniforme, estad preparados para oprimiros y atormentaros a vosotros mismos para nuestro provecho,» dicen los gobiernos. Y los hombres doctos, participantes de los congresos y autores de artículos, están absolutamente de acuerdo con esto.

Ésta es una de las actitudes, la más beneficiosa para los gobiernos y, por consiguiente, la que más alientan los gobiernos inteligentes.

La otra actitud es la trágica, la de aquellos que afirman que la contradicción entre la aspiración y amor a la paz y la necesidad de la guerra es terrible, pero que éste es el destino del hombre. Esta gente suele ser en su mayoría sensible, talentosa, percibe y comprende todo el horror, toda la insensatez y crueldad de la guerra, pero por algún extraño giro de su pensamiento no ve y no busca ninguna salida a esta situación, se hurga las heridas y contempla embelesada la desesperanza de la situación de la humanidad.

He aquí un fantástico ejemplo de esta actitud hacia la guerra del excelente escritor francés Maupassant. Al observar desde su velero cómo se entrenan y disparan unos soldados franceses, le vienen a la mente las siguientes reflexiones:

«¡Guerra! En cuanto pienso en esta palabra me asalta un sentimiento de horror y estupefacción, como si me hablaran de brujería o de la Inquisición, como si me hablaran de algo remoto, erradicado, abominable, monstruoso, antinatural.

»Cuando nos hablan sobre los caníbales sonreímos con orgullo al sentir nuestra superioridad con respecto a estos salvajes. Pero ¿quiénes son los salvajes? ¿Quiénes son los verdaderos salvajes? ¿Aquellos que matan para comerse a sus víctimas o aquellos que matan única y exclusivamente por matar?

»Los reclutas corren y disparan en el campo de batalla siguiendo órdenes; todos ellos

están destinados a morir, como un rebaño de ovejas arreadas por un carnicero. Caerán en cualquier lugar con la cabeza cortada o con una bala en el pecho. Y estamos hablando de jóvenes que podrían trabajar, ser productivos y útiles.

»Sus padres son viejos y pobres; sus madres, que durante veinte años los han amado y adorado como sólo las madres pueden hacer, se enterarán al cabo de seis meses o de un año quizás que su hijo, su hijo mayor educado con tantos esfuerzos, sacrificios y amor, ha sido lanzado a un agujero como un perro, despedazado por una bala y pisoteado por la caballería. Y la madre preguntará: ¿por qué han matado a su niño, su esperanza, su orgullo, su vida? Nadie lo sabe. Sí, ¿por qué?

»¡Guerra! ¡Pelearse! ¡Degollarse! ¡Matar a gente! Sí, en nuestro tiempo, con nuestra educación, ciencia, filosofía, existen academias en las que se enseña a matar, a matar desde lejos, con maestría, a matar a muchas personas de una sola vez, a matar a gente infeliz y lastimosa, a inocentes, a cabezas de familia, y a hacerlo sin que haya habido ningún juicio.

»Y lo más sorprendente es que el pueblo no se alce contra los gobiernos, ya sean éstos monárquicos o republicanos. Lo más sorprendente es que la sociedad entera no se amotine ante la sola mención de la palabra guerra.

»Sí, está visto que vamos a vivir siempre según los hábitos caducos y terribles, las supersticiones criminales y los sanguinarios conceptos de nuestros antepasados. Está visto que del mismo modo que éramos bestias, seguiremos siendo bestias guiadas únicamente por el instinto.

»Es poco probable que alguien, a parte de Victor Hugo, haya lanzado impunemente semejante grito de libertad y verdad: “A la fuerza se le está empezando a llamar violencia y está empezando a ser juzgada. La guerra es llevada a los tribunales. A petición del género humano se presenta un acta de acusación contra los conquistadores y los caudillos. La gente empieza a comprender que la magnitud de un crimen no puede constituir su reducción; que si asesinar es delito, el asesinato de muchos no puede ser considerado como una circunstancia atenuante; que si es vergonzoso robar, la conquista no puede ser de ningún modo objeto de exaltación. Proclamemos esta verdad incontestable y la guerra será cubierta de oprobio”.

»Ira vana, indignación de poeta. La guerra es más respetada y venerada ahora que nunca. El señor Helmut von Moltke, un refinado artista en este tema y genial asesino, en una ocasión replicó a los delegados de la Sociedad de la Paz estas terribles palabras: “La guerra es santa, una institución divina, la guerra es una de las leyes más santas del mundo; despierta en las personas los sentimientos más elevados y nobles: el honor, la generosidad, la virtud y el valor. Sólo gracias a la guerra la gente no cae en el más burdo materialismo”.

»Amontonarse en rebaños de cuatrocientos mil hombres, caminar sin descanso día y noche sin pensar en nada, sin estudiar nada, sin aprender nada, sin leer nada, sin serle útil a nadie, arrastrándose entre basura, durmiendo sobre el fango, viviendo como el ganado en un atontamiento constante, saqueando ciudades, quemando pueblos, arruinando

naciones; después, al encontrarse con una aglomeración de carne humana igual, lanzarse contra ella, verter ríos de sangre, sembrar los campos de cuerpos machacados y mezclados con barro y tierra ensangrentada, perder brazos, piernas, con la cabeza aplastada y acabar sin ninguna necesidad muerto en un lindero, mientras vuestros ancianos padres, vuestra esposa y vuestros hijos mueren de hambre: a esto lo llaman no caer en el más burdo materialismo.

»Los militares son la peor desgracia del mundo. Nosotros luchamos contra la naturaleza, contra la ignorancia, por mejorar aunque sea un poco nuestra triste existencia. Los científicos consagran la labor de toda una vida a encontrar medios para ayudar y aligerar la suerte de sus hermanos. Y, trabajando sin descanso y haciendo un descubrimiento tras otro, enriquecen la inteligencia humana, amplían el saber de la ciencia, cada día proporcionan nuevos conocimientos, cada día aumentan el bienestar y la fuerza del pueblo.

»Y he aquí que empieza una guerra. En seis meses, los generales destruyen todo lo que se ha construido con veinte años de esfuerzos, paciencia y genialidad. ¡Y a esto lo llaman no caer en el más burdo materialismo!

»Ya hemos visto cómo es la guerra. Hemos visto cómo las personas se han convertido en fieras, cómo, cual locos, han matado por placer, miedo, bravuconería o jactancia. Hemos visto cómo, liberados de los conceptos de ley y derecho, han fusilado a inocentes sorprendidos en la carretera y que parecían sospechosos sólo por haberse asustado. Hemos visto cómo han matado a perros atados a la puerta de sus amos sólo para probar un nuevo revólver. Hemos visto cómo han matado a tiros sin necesidad alguna, sólo por diversión, a vacas que yacían en el campo. ¡Y a esto lo llaman no caer en el más terrible materialismo!

»Adentrarse en un país, degollar a una persona que defiende su casa sólo porque viste una blusa y no lleva en la cabeza una visera militar; quemar la casa de gente pobre que no tiene nada para comer, destrozar y robar muebles, beberse el vino de bodegas ajenas, violar a mujeres en la calle, quemar millones de francos en pólvora y dejar tras de sí devastación, enfermedad: a esto lo llaman no caer en el más burdo materialismo.

»¿Y qué han hecho a fin de cuentas los militares? Nada. ¿qué han inventado? Cañones y fusiles. Eso es todo.

»¿Qué nos ha dejado Grecia? Libros, mármoles. ¿Y es grandiosa por las batallas que ganó, o por sus creaciones? ¡No fueron las invasiones de los persas lo que salvó a Grecia de caer en el más burdo materialismo! ¡No fueron las invasiones bárbaras lo que salvó e hizo renacer a Roma! ¿Acaso fue Napoleón I quien continuó el gran movimiento intelectual iniciado por los filósofos de finales del siglo pasado?

»Si los gobiernos se creen con el derecho de enviar a las naciones a la muerte no hay por qué sorprenderse de que las naciones en ocasiones se crean con el derecho de enviar a la muerte a sus gobiernos.

»Se están defendiendo, y tienen razón. Nadie tiene derecho a dirigir a nadie, y si lo hace, tiene que ser únicamente por el bien de quien es dirigido. Y aquel que dirige está obligado a evitar las guerras, del mismo modo que un capitán de barco está obligado a

evitar el naufragio.

»¿Por qué no juzgar también a los gobiernos después de una guerra? Si el pueblo comprendiera esto, *si juzgaran a las autoridades que les han llevado a la masacre, si se negaran a dirigirse hacia la muerte sin ninguna necesidad, si emplearan el arma que les han dado contra quienes se lo han dado, si todo esto sucediera algún día, la guerra moriría.*

Pero esto no sucederá jamás».

(*Sur l'eau*, páginas 71-80)

El autor ve todo el horror de la guerra; ve que su causa reside en que los gobiernos engañan a la gente y la fuerzan a ir a matar y morir sin tener ninguna necesidad de hacerlo; ven que los hombres que forman los ejércitos podrían dirigir sus armas contra los gobiernos y pedirles cuentas. Sin embargo, el autor piensa que esto jamás ocurrirá y que por ello no hay salida para esta situación. Piensa que la guerra es algo terrible pero inevitable, que la exigencia de los gobiernos de que los hombres tengan que servir como soldados es tan inevitable como la muerte, y que puesto que los gobiernos siempre van a exigir esto, siempre va a haber guerras.

Esto es lo que escribe un escritor talentoso, sincero, dotado de una gran perspicacia para comprender la esencia de las cosas, que es lo que constituye la esencia de su talento poético. Expone ante nuestros ojos toda la crueldad de la contradicción que existe entre la conciencia de los hombres y su modo de actuar, pero al no poderla resolver, reconoce que esta contradicción debe existir y que en ella encontramos la tragedia poética de la vida.

Édouard Rod, otro escritor no menos talentoso, describe con mayor brillantez aún la crueldad y locura de la situación actual, y reconoce su carácter trágico sin proponer ni vislumbrar ninguna salida a esta situación:

«¿Para qué hacer algo o emprender nada? ¿Acaso es posible amar a las personas en estos tiempos tumultuosos, cuando el día siguiente no representa más que una amenaza? Todo lo que hemos empezado, todas nuestras ideas, nuestras obras por realizar, todo el bien – por poco que sea– que podamos hacer, ¿no se lo llevará la tormenta que nos acecha?

»La tierra tiembla bajo nuestros pies, y los nubarrones que se amontonan no pasarán de largo.

»¡Ay, si sólo hubiera que temer la revolución que tanto nos atemoriza! Puesto que no puedo imaginar un orden social más detestable que el nuestro, no temo el nuevo orden que haya de sucederlo. Si tuviera que sufrir por los cambios, me consolaría con la idea de que los verdugos de hoy serán las víctimas de mañana. Soportaría lo peor a la espera de lo mejor. Sin embargo, no es ese peligro remoto lo que me atemoriza: veo otro más cercano y más cruel, porque no tiene justificación alguna, porque de él no puede resultar ningún bien. Cada día los hombres sopesan las eventualidades de una guerra futura, y cada día estas eventualidades resultan más inevitables.

»El pensamiento se niega a creer en la posibilidad de una catástrofe, que se presenta al final del siglo como una consecuencia de todo el progreso de nuestra era; sin embargo, es necesario habituarse a creer en ello.

»En los últimos veinte años, todas las fuerzas del saber se han consumido inventando máquinas de destrucción, y pronto bastarán algunos cañonazos para derribar un ejército.*** Se arma no como antaño, a algunos millares de pobres, cuya sangre ha sido comparada con dinero, sino que se arma a naciones enteras dispuestas a degollarse entre sí.

»A estos hombres se les empieza robando su tiempo (reclutándolos como soldados), para después robarles la vida. Con el fin de prepararlos para la matanza, les encienden su odio, y les persuaden de que son odiados. Y estos hombres mansos y buenos, estos rebaños de ciudadanos pacíficos, se tragan el anzuelo y se arrojan los unos contra los otros con la ferocidad de las fieras, sometiéndose a una orden inepta. Y sólo Dios sabe por qué ridículo conflicto fronterizo o por qué intereses coloniales.

»Y marcharán como corderos al matadero, sin saber adónde van, pero sabiendo que abandonan a sus mujeres y que sus hijos pasarán hambre; marcharán vacilantes, pero embriagados por las palabras sonoras que retumbarán en sus oídos. *Y marcharán sin resistirse, dóciles y resignados, sin saber ni comprender que ellos son la fuerza, que el poder estaría en sus manos si quisiesen, si pudieran y supieran ponerse de acuerdo, establecer el sentido común y la fraternidad en lugar de las salvajes artimañas de los diplomáticos.*

»Marcharán hasta tal punto engañados, que creerán que las matanzas y asesinatos de seres humanos es un deber, y rogarán a Dios que bendiga sus deseos sanguinarios. Y marcharán pisoteando los campos que ellos mismos sembraron, quemando las ciudades que ellos mismos construyeron, y lo harán con gritos exaltados, con alegría y música festiva. Y los hijos alzarán estatuas en honor de aquellos que hayan asesinado mejor a sus padres.

»El destino de toda una generación depende de la hora en la que un lúgubre político dé la señal para que todos se lancen unos contra otros.

»Todos sabemos que los mejores de entre nosotros seremos abatidos y que nuestra obra será destruida en embrión.

»*Lo sabemos, nos estremecemos de cólera, pero no podemos hacer nada.* Estamos atrapados en una red de burocracia y papeleo, una red que nos resulta demasiado difícil romper.

»Estamos bajo el poder de unas leyes que nosotros mismos hemos hecho para protegernos y que nos oprimen.

»*Hemos dejado de ser personas y nos hemos convertido en objetos, propiedad de algo inventado que llamamos Estado, un Estado que nos esclaviza en nombre de la voluntad de todos, cuando todos, preguntados aisladamente, quieren precisamente lo contrario de lo que les obligan a hacer...*

»¡Y si sólo fuera una generación la que va a ser sacrificada! Pero el asunto es mucho más grave. Todos estos histéricos, todos estos ambiciosos que se aprovechan de las bajas

pasiones de la muchedumbre, todos los pobres de espíritu engañados por la pomposidad de las palabras, han encendido de tal manera los odios nacionales, que una guerra futura decidirá el destino de todo un pueblo. El que resulte perdedor desaparecerá, y se formará una nueva Europa sobre unos cimientos tan brutales, ávidos de sangre y deshonestos por tales crímenes que no podría ser peor que la actual, más malvada, salvaje y violenta.

»Así, sientes que sobre cada uno de nosotros pesa una terrible desesperanza. Nos agitamos en un callejón sin salida con fusiles que nos apuntan desde todos lados. Trabajamos como marineros de un barco que se está hundiendo. Nuestros placeres son los de un condenado a muerte al cual le dan de comer lo que desea un cuarto de hora antes de ser ejecutado. El terror paraliza nuestro pensamiento, y lo más que éste puede hacer es intentar comprender los discursos confusos de los ministros, las palabras de los reyes, y dar la vuelta a las palabras de los diplomáticos que llenan los periódicos para calcular cuándo –este año o el próximo– seremos degollados.

»Es casi imposible encontrar en la historia un tiempo en el que la vida haya sido más incierta y más llena de penosa angustia».

(*El sentido de la vida*, páginas 208-213)

Aquí se hace referencia al hecho de que la fuerza se encuentra en las manos de aquellos que se destruyen a sí mismos, en manos de las personas que forman las masas; se hace referencia a que el Estado constituye la fuente del mal. Parecería evidente que la contradicción entre la conciencia y la vida ha llegado hasta un límite más allá del cual es imposible avanzar, y tras el que deberá llegar la solución.

Pero el autor no piensa así. Ve en esto la tragedia de la vida de la humanidad y, tras mostrar todo el horror de esta situación, concluye que en este horror es donde tiene que discurrir la vida de la humanidad.

Ésta es la segunda actitud hacia la guerra: la de aquellos que reconocen en ella algo fatal y trágico.

La tercera actitud es la de aquellos que han perdido la vergüenza, y por ello el sentido común y los sentimientos humanos. A este grupo pertenece Moltke –cuyas palabras recogió Maupassant– y la mayoría de militares educados en esta superstición salvaje, que viven conforme a ella, por lo que a menudo están ingenuamente convencidos de que la guerra no es sólo algo inevitable, sino imprescindible e incluso útil. Así mismo piensa gente no militar, los llamados hombres de ciencia, instruidos y refinados.

He aquí lo que el célebre académico Charles-Camille Doucet escribe acerca de la guerra en respuesta al editor de la revista *Revue de Revues*, donde se recogen varias cartas sobre la guerra:

«Excelentísimo señor:

»Cuando pregunta al académico más amante de la paz si es partidario de la guerra, su

respuesta está preparada de antemano: por desgracia, excelentísimo señor, usted mismo considera un sueño las ideas de paz que tanto inspiran actualmente a nuestros magnánimos conciudadanos.

»Desde que nací, a menudo he oído de labios de mucha gente su indignación por la aterradora costumbre del asesinato internacional. Todos reconocen y deploran este mal; sin embargo, ¿qué hacer? Con frecuencia se ha tratado de acabar con los duelos: iparecía sencillo, pero no ha resultado ser así! Todos los esfuerzos en esta dirección no han servido para nada y nunca van a servir.

»Por más que se hable en contra de la guerra y en contra de los duelos en los Congresos de la Paz, por encima de todos los tribunales arbitrales, de todos los acuerdos y de todas las legislaciones siempre estará el *honor de los hombres*, que siempre ha exigido duelos, y *los intereses de las naciones*, que siempre van a exigir la guerra.

»No obstante lo dicho, espero de todo corazón que el Congreso de la Paz Mundial tenga éxito en su ardua y honorable tarea.

Suyo.

C. Doucet»

El sentido de estas palabras es que el honor de los hombres exige que se peleen, y los intereses de las naciones, que se arruinen y aniquilen mutuamente; los intentos por acabar con las guerras sólo merecen una sonrisa.

En el mismo sentido se expresa el célebre Jules Claretie:

«Excelentísimo señor:

»Para un hombre sensato sólo puede existir una opinión acerca de la cuestión de la paz y de la guerra.

»La humanidad fue creada para vivir con la libertad de perfeccionar y mejorar su destino y su situación mediante el trabajo pacífico. El consenso mundial que persigue y propugna el Congreso Internacional de la Paz probablemente represente un sueño nobilísimo, pero un sueño en definitiva, el más noble de todos. El hombre siempre aspira a la tierra prometida, donde la cosecha siempre crecerá y no se habrá de temer el daño de las granadas ni de las ruedas de los cañones.

»Pero... ¡ay...! Puesto que el mundo no lo dirigen ni filósofos ni bienhechores, afortunadamente nuestros soldados protegen nuestras fronteras y hogares, y sus armas, listas para disparar, son quizás nuestra mejor garantía para esta paz que tan apasionadamente amamos.

»La paz es concedida sólo a los fuertes y a los decididos.

»Suyo.

J. Claretie»

El sentido de estas palabras es que no hay nada malo en hablar de aquello que nadie tiene intención de hacer, ni va a hacer. Pero llegado el momento,

debemos pelear.

Y he aquí otra opinión aún más reciente emitida por Émile Zola, el novelista más célebre de Europa:

«Considero la guerra como una necesidad fatal e inevitable en vista de su estrecha relación con la naturaleza humana y con el mundo entero. Desearía que la guerra se pudiera aplazar el mayor tiempo posible. No obstante, llegará un momento en el que nos veremos obligados a luchar. Estoy hablando desde un punto de vista mundial, y no estoy haciendo en ningún caso alusión a nuestros problemas con Alemania, que tan sólo representan un incidente insignificante en la historia de la humanidad. Yo afirmo que la guerra es necesaria y útil, ya que para la humanidad representa una de las condiciones de su existencia. Encontramos guerras por todas partes, no sólo entre tribus y pueblos, sino también en la vida familiar y privada. La guerra constituye uno de los elementos principales del progreso, y cada paso que la humanidad ha avanzado, ha venido acompañado de un derramamiento de sangre.

»Se ha hablado y se sigue hablando del desarme, algo que es imposible, pero incluso aunque lo fuera, también en ese caso deberíamos rechazarlo.

»Sólo una nación armada es poderosa y grande. Estoy convencido de que el desarme mundial conllevaría algo así como un declive moral que se traduciría en la debilidad general, y que obstaculizaría el progreso de la humanidad. La nación guerrera ha disfrutado siempre de una fuerza floreciente. El arte militar ha comportado el desarrollo de todas las otras artes, algo que testimonia la historia. Así, en Atenas y en Roma el comercio, la industria y la literatura nunca alcanzaron semejante desarrollo como el que tuvieron durante las épocas en que estas dos ciudades dominaban el mundo mediante la fuerza de las armas. Para tomar un ejemplo más cercano a nuestro tiempo recordemos a Luis XIV. Las guerras de este gran rey no sólo no ralentizaron el progreso de las artes y las ciencias, sino que, al contrario, alentaron y favorecieron su éxito».

¡La guerra es algo útil!

Pero en este sentido, la opinión del más talentoso escritor, en lo que respecta a esta tendencia, es la del académico Melchior de Vogué. He aquí lo que escribe en un artículo sobre el pabellón militar de la Exposición Universal:

«En la explanada de los Inválidos, entre edificios exóticos y coloniales, hay un pabellón de un estilo más severo que destaca en esa pintoresca exposición: todas las muestras que representan a los habitantes del mundo entero se han emplazado alrededor del Palacio de Guerra. Un magnífico motivo de antítesis para la retórica humanitaria, que no deja escapar ni una ocasión para lamentarse de estos acercamientos, para decir que “esto matará a aquello” (*ceci tuera cela*)^{***} y que la unión de las naciones a través de la ciencia y el trabajo vencerá al instinto de guerra. Dejemos que sueñen con la qui mera de una edad de oro, edad que si llegara, pronto se convertiría en la edad del barro. La historia entera nos enseña que la sangre es necesaria para precipitar la unión de las naciones: se

necesitan mutuamente. Las ciencias naturales han corroborado en nuestro tiempo la misteriosa ley que Joseph de Maistre descubrió gracias a la inspiración de su genio y a la reflexión sobre los dogmas primitivos: comprendió que el mundo ha redimido su degeneración heredada mediante el sacrificio, y que las ciencias nos demuestran que el mundo se perfecciona con la lucha y con la selección violenta. Se trata de un mismo principio, pero formulado con distintas expresiones. Por supuesto, se trata de un principio desagradable, pero las leyes del mundo no han sido creadas para nuestro placer, sino para nuestro progreso. Adentrémonos en este inevitable e imprescindible Palacio de Guerra, y tendremos la ocasión de observar de qué modo el más obstinado de nuestros instintos, sin perder la intensidad de su fuerza, se transforma sometándose a las distintas exigencias de los contextos históricos».

Esta idea de que la prueba de la necesidad de la guerra la encontramos, según su opinión, en dos grandes pensadores –Maistre y Darwin– le gusta tanto a Vogué que la repite en otra ocasión en una carta dirigida al editor de *Revue de Revues*:

«Excelentísimo señor:

»Me pregunta mi opinión acerca de los éxitos del Congreso Mundial de la Paz. Creo, al igual que Darwin, que la lucha violenta es una ley de la naturaleza que rige sobre todos los seres vivos.

»Asimismo, creo al igual que Maistre que se trata de una ley divina. Son dos distintos nombres para definir una misma cuestión. Si, contra todo lo esperado, una parte de la humanidad –supongamos que todo el oeste civilizado– lograra detener la acción de esta ley, otros pueblos más primitivos la emplearían en nuestra contra. En estos pueblos, la voz de la naturaleza vencería a la voz de la sensatez humana. Y actuarían correctamente, pues la certeza de la paz –y no digo la “paz misma,” sino la “total certeza de la paz”– provocaría en las personas una depravación y decadencia con un efecto más devastador que la guerra más terrible que podamos imaginar. Considero que con la guerra –esta ley criminal– hay que hacer lo mismo que con las demás leyes criminales: suavizarlas, tratar de que resulten innecesarias y emplearlas cuanto menos mejor. Pero la historia entera nos enseña que no se pueden abolir estas leyes mientras queden en la Tierra dos hombres, pan, dinero y una mujer entre ellos.

»Me sentiría muy feliz si el congreso pudiese demostrar lo contrario. Pero dudo que pueda refutar la historia, la ley de la naturaleza y la ley de Dios.

»Suyo.

E.M. Vogué»

El sentido de estas palabras es que la historia, la naturaleza y Dios nos muestran que mientras haya dos hombres y entre ellos pan, dinero y una mujer, habrá guerra. Es decir, no hay progreso alguno que pueda llevar a los hombres a moverse de la concepción salvaje de la vida, conforme a la cual sin lucha es

imposible repartir el pan, dinero (muy oportuno aquí el dinero) y las mujeres.

Qué hombres más extraños: se reúnen en congresos y pronuncian discursos acerca de cómo cazar un pájaro poniéndole sal sobre la cola, aunque saben que esto es imposible. También son sorprendentes los hombres que, como Maupassant, Rod y muchos otros, perciben todo el horror de la guerra, toda la contradicción que se desprende del hecho que la gente no hace lo que es necesario y útil, y que además lamentan la tragedia de la vida; no comprenden que toda esta tragedia acabará en cuanto las personas dejen de reflexionar sobre lo que no es necesario reflexionar, y dejen de hacer lo que les resulta doloroso, desagradable y repugnante. Estos hombres son sorprendentes, pero aquellos que como Vogué y otros, profesando la ley de la evolución, consideran que la guerra no sólo es inevitable, sino útil y por consiguiente deseable, son ya temibles y espantosos por su corrupción moral. Aquéllos al menos dicen que odian el mal y aman el bien, pero éstos reconocen abiertamente que no existe el mal ni el bien: para ellos, todo el parloteo acerca de la posibilidad de establecer la paz en lugar de la guerra no es más que un pernicioso sentimentalismo de unos cuantos charlatanes. Existe la ley de la evolución conforme a la cual resulta que debo vivir y actuar mal. ¿Qué le vamos a hacer? Soy un hombre cultivado, y conozco la ley de la evolución, y por ello mi modo de actuar va a ser malo: «Entrons au palais de la guerre» (adentrémonos en el palacio de la guerra). Está la ley de la evolución, y por ello no existe ni el bien, ni el mal, y hay que vivir únicamente para la vida personal, dejando a la ley de la evolución que haga el resto. Ésta es la última expresión de la educación refinada y del oscurecimiento de la conciencia propios de las clases instruidas de nuestro tiempo.

El deseo de las clases instruidas de conservar sus ideas predilectas y la vida basada en éstas ha llegado hasta su límite máximo. Mienten, se engañan a sí mismos y al resto de la forma más refinada, sólo para ofuscar y acallar sus conciencias.

En vez de modificar su vida conforme a su conciencia, tratan con todos los medios posibles de ofuscar y acallar sus conciencias. Pero la luz brilla en la oscuridad y está empezando a brillar en nuestro tiempo.

* Juan 3, 19. (*N. del T.*)

** Conflicto entre España y el Imperio alemán por la posesión de las Islas Carolinas en 1885. A instancias de España medió el papa León XIII. (*N. del T.*)

*** Este libro se publicó hace un año. En este intervalo de tiempo se han inventado decenas de métodos nuevos de destrucción: la novedosa pólvora sin humo, etcétera. (*N. del A.*)

**** Palabras extraídas de la novela *Notre-Dame* de Victor Hugo, en referencia a que la imprenta matará a la arquitectura. (*N. del A.*)

VII. EL SENTIDO DEL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO

Las personas instruidas de las clases altas tratan de acallar la conciencia creciente acerca de la necesidad de transformar el actual orden de las cosas, pero la vida, que sigue evolucionando y complicándose según su antigua dirección, intensifica las contradicciones y el sufrimiento de las personas y las conduce hasta un límite extremo, más allá del cual no se puede ir. Y este límite extremo es el servicio militar obligatorio.

Se suele pensar que tanto el servicio militar obligatorio como el creciente proceso armamentístico, que conlleva la subida de impuestos y el endeudamiento de todas las naciones, son un fenómeno casual que se debe a la particular situación política en la que se encuentra Europa, y que esto puede ser resuelto con ciertas estrategias políticas, sin necesidad de transformar el orden interno de las cosas.

Esto es totalmente falso. El servicio militar obligatorio no es más que una contradicción interna ligada a la concepción social de la vida, pero llevada hasta el último extremo y evidenciada al alcanzar un desarrollo material determinado.

La concepción social de la vida consiste en que el sentido de la vida pasa del individuo al grupo, es decir, a la tribu, a la familia, al clan o al Estado.

De acuerdo con esta concepción social de la vida, se supone que dado que el sentido de la vida reside en la agrupación de individuos, éstos sacrificarán voluntariamente sus intereses en favor del grupo. Así era y así es en realidad en ciertos tipos de agrupaciones: en las familias, en las tribus (independientemente de cuál de los dos fuera anterior), en los clanes e incluso en los Estados patriarcales. Como resultado de unas costumbres transmitidas mediante la educación y el sentimiento religioso, los individuos fundían voluntariamente sus intereses con los del grupo, sacrificándolos por los comunes.

Sin embargo, cuanto más complejas se hacían las sociedades, cuanto más crecían éstas y, sobre todo, cuanto más se recurría a la subyugación para que los hombres se unieran en sociedades, más aspiraban los individuos a conseguir sus objetivos personales en detrimento del grupo y más necesario se hacía el uso de la autoridad –es decir, de la violencia– contra estos individuos insubordinados.

Los defensores de la concepción social de la vida a menudo tratan de combinar el concepto “autoridad” –es decir, violencia– con el concepto “influencia espiritual,” pero esta combinación es completamente imposible.

La influencia espiritual consiste en hacer cambiar las aspiraciones de un hombre y lograr que éstas coincidan con aquello que se espera de él. Un hombre

que se ha subyugado a la influencia espiritual actúa conforme a sus deseos. Y la autoridad, tal y como se suele entender esta palabra, es un medio de coacción para que un hombre actúe en contra de sus deseos, porque no actúa como querría, sino como le obligan a hacerlo. Y obligar a un hombre a que no haga lo que quiere y a que haga lo que no quiere se consigue únicamente mediante la violencia física –es decir, con la privación de libertad, las palizas y las mutilaciones–, o con su amenaza. En esto consiste y siempre ha consistido la autoridad.

A pesar de los continuos esfuerzos de aquellos que se encuentran en el poder por ocultar este hecho y por atribuirle a la autoridad otro significado, ésta siempre ha conllevado el uso de cuerdas y cadenas para atar y arrastrar, látigos para azotar, cuchillos o hachas para cortar brazos, piernas, narices, orejas y cabezas; en definitiva, siempre ha conllevado el uso de estos métodos o la amenaza de recurrir a ellos. Así era en tiempos de Nerón y de Gengis Khan, y así es ahora con los gobiernos más liberales de América o de Francia. Si los hombres se someten a las autoridades es únicamente por miedo, porque en caso de no hacerlo emplearán contra ellos tales métodos. Todas las exigencias de los Estados a sus súbditos de pagar tributos, realizar deberes sociales y obedecer –que son impuestas mediante el castigo, el destierro, las multas, etcétera, aunque en apariencia la gente se someta a ellas voluntariamente– se basan siempre en la violencia física o en la amenaza de recurrir a ella.

La base de toda autoridad es la violencia física.

Quien facilita que se ejerza la violencia física sobre el individuo es básicamente una organización de hombres armados que actúan en conjunto y que obedecen a una única voluntad. Tal organización de hombres armados sometidos a una única voluntad es lo que llamamos ejército. El poder siempre se encuentra en manos de quien controla los ejércitos, y todos los soberanos, desde los césares romanos hasta los emperadores rusos y alemanes, por lo único que siempre se han preocupado ha sido por agasajar a sus tropas, porque saben que sólo si el ejército está con ellos conservarán el poder.

Y fue esta formación de los ejércitos y su proliferación –indispensable para conservar el poder– lo que introdujo en la concepción social de la vida su principio corruptor.

El objetivo de la autoridad y su justificación consiste en tratar de someter a aquellos individuos que tratan de conseguir sus intereses personales en detrimento de los intereses comunes. Pero ya obtuviera un hombre el poder gracias al ejército, ya fuera por herencia o por elección, éste no se diferenciaba de otros hombres y, por ello, no sacrificaba sus intereses por los del grupo, sino todo lo contrario: al tener el poder en sus manos era más propenso que ningún otro a someter los intereses del grupo a sus intereses individuales. Por más

sistemas que se hayan inventado para impedir que aquellos que se encuentran en el poder sometan los intereses comunes a los suyos propios, o para poner el poder únicamente en manos de hombres intachables, hasta ahora no se ha hallado ningún sistema que logre ni lo uno, ni lo otro.

Todos los sistemas que se han probado –derecho divino, elección, herencia, votaciones, consejos, parlamentos, senados– han resultado y resultan inefectivos. Todos sabemos que ninguno de estos sistemas alcanza el objetivo de entregar el poder únicamente a hombres intachables, ni tampoco impide que éstos abusen de él. Todos sabemos que, al contrario, aquellos que ostentan el poder –ya sean emperadores, ministros o comisarios de policía–, debido precisamente a su posición de superioridad, son siempre más propensos a la inmoralidad –es decir, a someter los intereses comunes a los suyos propios– que aquellos que no ostentan ningún poder. Y esto no podría ser de otro modo.

La concepción social de la vida tuvo razón de ser sólo hasta que la gente sacrificó voluntariamente sus intereses por los comunes, pero en cuanto aparecieron hombres que no lo hicieron así y fue necesaria una autoridad –es decir, la violencia– para someter a tales individuos, se introdujo en esta concepción social y en su estructura el principio corruptor de la autoridad, o sea, la violencia de unos hombres sobre otros.

Para que la autoridad de unos hombres sobre otros consiguiera someter a quien velaba únicamente por sus intereses en detrimento del grupo, era esencial que el poder se encontrara en manos de hombres intachables, tal y como se presupone en China, como se suponía durante la Edad Media e incluso como presuponen a día de hoy aquellos que creen en la santidad de la unción. Solamente en estas condiciones tenía justificación la estructura social.

Sin embargo, debido a que esto nunca ha sido así, sino todo lo contrario, ya que precisamente el poder hace que la persona no sea siempre santa, la estructura social basada en la autoridad ha dejado ya de tener una razón de ser.

Si realmente hubo un tiempo en que, debido al bajo nivel moral y ante la disposición generalizada de los hombres a matarse unos a otros, fue necesaria la existencia de una autoridad que restringiera esta violencia, es decir, que la violencia estatal era menor que la violencia de los individuos, uno no puede dejar de ver que esta necesidad no iba a durar siempre. Cuanto más disminuía la disposición de los individuos a la violencia, más se relajaban las costumbres y más se corrompía el poder, tanto más innecesaria se hacía su existencia.

Y en esto consiste precisamente la historia de los últimos dos mil años: en la transformación de las relaciones entre el desarrollo moral de las masas y la corrupción de los gobiernos.

Para exponerlo de un modo simple podemos decir que la cosa sucedió así: los hombres vivían en tribus, familias y clanes peleando, violando, saqueando y

matándose entre sí. Esta violencia se producía a pequeña y gran escala: el individuo contra el individuo, la tribu contra la tribu, la familia contra la familia, el clan contra el clan, y el pueblo contra el pueblo. Los grupos más numerosos y fuertes derrotaban a los más débiles, y cuanto más grande y fuerte se hacía un grupo, menos violencia se generaba en su interior y más se garantizaba la supervivencia de éste.

Los miembros de una tribu o familia, al haberse unido en un grupo, luchan menos entre ellos, y además, ni las tribus ni las familias perecen como lo hace el individuo: tienen una continuidad en la vida. Entre los miembros de un Estado sometidos a un mismo poder, esta lucha es aún más débil y su supervivencia parece estar aún más garantizada.

Estas uniones en grupos cada vez más grandes se produjeron no porque sus miembros los reconocieran conscientemente como algo beneficioso para ellos – tal y como se describe en las leyendas de los varegos–, sino como resultado del aumento natural de la población, por un lado, y gracias a las batallas y conquistas, por el otro.

Cuando las conquistas concluyeron, los hombres en el poder pusieron fin a las disensiones internas y la concepción social de la vida quedó justificada. Pero esto fue sólo transitorio. Las disensiones internas cesaron en la medida en que el poder aumentaba la opresión sobre los individuos que antes habían sido enemigos. La violencia de las luchas internas que había sido reprimida por la autoridad resurgió por culpa de esta misma autoridad, ya que el poder se encontraba en manos de hombres exactamente iguales al resto, es decir, hombres siempre o casi siempre dispuestos a supeditar el bien común a sus intereses personales, con la única diferencia de que estos hombres no tenían ninguna fuerza opositora que los detuviera y estaban expuestos a la influencia corruptora del poder.

Por esta razón, el mal que genera la violencia en manos de aquellos que ostentan el poder aumenta sin cesar y con el tiempo se vuelve mayor que aquel mal que se supone que están combatiendo, mientras que la tendencia a la violencia de los miembros de la sociedad va disminuyendo paulatinamente, y por ello la violencia de la autoridad es cada vez menos necesaria.

El poder estatal, incluso si destruye la violencia interna, introduce siempre en la vida de los hombres nuevas violencias que son cada vez mayores a medida que este poder se va perpetuando y reforzando.

Así pues, aunque en un Estado la violencia de las autoridades sea menos visible que la que ejercen los miembros de una sociedad entre sí –esto es porque la violencia estatal no se ejerce mediante la lucha sino mediante el sometimiento–, ésta sigue existiendo, y en mayor medida y con mayor intensidad que antes. Esto no puede ser de otro modo, porque a parte de que el

poder corrompe a los hombres, el interés o incluso la aspiración inconsciente de los que ejercen la violencia consiste siempre en debilitar al oprimido lo máximo posible, ya que cuanto más debilitado esté éste, menos esfuerzos serán necesarios para oprimirlo.

Por este motivo, la violencia sobre el oprimido no ha dejado de crecer y crecer hasta llegar al último extremo posible, pero sin matar a la gallina de los huevos de oro. Y si la gallina no aguanta –como es el caso de los indios americanos, los fiyianos o los negros–, la matan, a pesar de las sinceras protestas de los filántropos por este modo de actuar.

La mejor prueba de esto la tenemos en la situación de las clases obreras en nuestro tiempo, que no es otra cosa que gente sometida.

A pesar de todos los fingidos esfuerzos de las clases altas por aliviar la situación de los obreros, todos están subyugados a una férrea ley inmutable, según la cual tienen únicamente lo indispensable para sobrevivir, y así forzarles a tener que trabajar para sus amos, que actúan de hecho como los conquistadores del pasado.

Así ha ocurrido siempre: a medida que se ha ido perpetuando y reforzando el poder establecido, éste ha dejado de serle útil a aquellos que se sometieron a él, y en cambio sus desventajas han sido cada vez mayores.

Así ha sido y así es, independientemente de las formas de gobierno en las que hayan vivido los pueblos. La única diferencia reside en que mientras en las formas de gobierno despóticas el poder se concentra en manos de unos pocos opresores y la violencia es más cruda, en las monarquías constitucionales y en las repúblicas –como en Francia o América– la violencia se reparte entre un gran número de opresores y sus formas de expresión son menos crudas. Pero el efecto de esta violencia, ante la cual las desventajas de tener un poder establecido son mayores que sus beneficios y que conduce a los oprimidos hasta el límite máximo de debilitamiento para el provecho de sus opresores, es siempre idéntico.

Así ha sido, y así es la situación de los oprimidos, pero hasta ahora no han sido conscientes de ello porque en la mayoría de los casos han creído puerilmente que los gobiernos existían para su bien, que sin gobiernos morirían, que la sola idea de vivir sin un gobierno es un sacrilegio que no se puede siquiera pronunciar porque responde –por algún extraño motivo– a la doctrina anarquista, a la que se relaciona con todo tipo de horrores.

Las personas han creído en algo sobradamente probado y que por ello no necesitaba ser demostrado, es decir, han creído que dado que todos los pueblos han evolucionado hasta el día de hoy en forma de Estados, esta forma es una condición indispensable para el desarrollo de la humanidad.

Así se ha creído durante cientos, miles de años, y los gobiernos –es decir, los

hombres que se encuentran en el poder– han tratado y tratan en la actualidad cada vez con más empeño de mantener al pueblo en este equívoco.

Así sucedía en tiempos de los emperadores romanos, y así sucede ahora. A pesar de que la idea de que la violencia estatal es inútil e incluso perniciosa penetra cada vez más en la conciencia de los hombres, esta situación se alargaría eternamente si los gobiernos no necesitaran incrementar sus tropas para conservar el poder.

Se suele pensar que los ejércitos se refuerzan únicamente para que el Estado se defienda ante otros Estados, pero se olvida el hecho de que para lo que más necesita un Estado al ejército es para defenderse de sus propios súbditos y de aquellos a los que ha esclavizado. Esto ha sido siempre necesario, y lo ha sido cada vez más a medida que el pueblo ha ido instruyéndose y la comunicación entre hombres de la misma y de distintas naciones se ha ido intensificando, y es especialmente necesario ahora ante fenómenos como el comunismo, el socialismo, el anarquismo y los movimientos obreros en general. Los gobiernos perciben este hecho y aumentan la fuerza de sus disciplinados ejércitos.*

Hace poco en el *Reichstag* alemán, en respuesta a una interpelación de por qué había que aumentar el salario a los suboficiales, el canciller alemán Caprivi dijo abiertamente que se necesitaban suboficiales de confianza para luchar contra el socialismo. Caprivi expresó públicamente aquello que todo el mundo sabe, pero que se le oculta celosamente al pueblo. Con sus palabras explicó el motivo por el cual los reyes franceses y los papas contrataban una guardia formada por suizos y escoceses, y por qué en Rusia reparten cuidadosamente a los reclutas de manera que los regimientos que se encuentran en el centro del país están formados por reclutas de las regiones fronterizas, y los que se encuentran en las regiones fronterizas, por reclutas del centro de Rusia. El sentido de las palabras de Caprivi, traducidas a un lenguaje sencillo, es el siguiente: se utiliza el dinero no para resistir al enemigo exterior, sino para comprar a suboficiales y conseguir que éstos estén dispuestos a actuar contra la clase obrera oprimida.

Caprivi afirmó sin querer aquello que todo el mundo sabe perfectamente, y si no lo sabe lo presiente: el orden social existente es como es no porque así lo desee el pueblo –tal y como debería ser–, sino porque está sostenido por la violencia de los gobiernos y los ejércitos, con todos sus suboficiales y generales comprados.

Si un trabajador no tiene tierra, ni la posibilidad de disfrutar del derecho más natural que debería tener cualquier hombre (extraer alimentos de la tierra para él y para su familia), no es porque así lo quiera el pueblo, sino porque a ciertos hombres –los terratenientes– se les ha concedido el derecho de permitir o prohibir a la clase trabajadora el disfrute de la tierra. Y este orden antinatural se mantiene con la ayuda de los ejércitos. Si se considera que las inmensas

riquezas producidas gracias al trabajo de los obreros no pertenecen a todos, sino a unos pocos individuos; si el poder de recaudar impuestos por el trabajo de los obreros y utilizar este dinero en lo que se considera necesario está en manos de unos pocos individuos; si las huelgas de los obreros se reprimen, pero las de los capitalistas se fomentan; si ciertos individuos son los que establecen el modelo de educación religiosa y civil, y la instrucción que se da a los niños; si se concede a unos pocos individuos el derecho a elaborar las leyes a las que todo el mundo debe someterse, disponer de las propiedades y de la vida de los hombres: todo esto sucede no porque el pueblo así lo quiera y, por tanto, sea lo natural, sino porque así lo quieren los gobiernos y las clases dirigentes para su propio beneficio, y logran su objetivo recurriendo a la violencia física.

Si alguien no sabe todo esto, lo averiguará en cuanto intente insubordinarse o cambiar el orden establecido de las cosas. Por eso, los gobiernos y las clases dirigentes para lo que más necesitan a los ejércitos es para mantener un orden establecido que no sólo no responde a las necesidades del pueblo, sino que a menudo es directamente contrario a él y provechoso únicamente para el gobierno y las clases dirigentes.

Todo gobierno necesita el ejército principalmente para someter a sus súbditos y beneficiarse de su trabajo. Pero ya que no existe un único gobierno y a su alrededor hay otros que utilizan de igual modo la violencia contra sus súbditos y que están prestos a arrebatarse los frutos obtenidos por sus súbditos esclavizados, cada gobierno necesita ejércitos no sólo para un uso interno, sino para resguardar su botín de sus vecinos rapaces. En consecuencia, todo gobierno, lo desee o no, se ve en la obligación de aumentar sus tropas; y este aumento es contagioso, tal y como apuntó Montesquieu hace ciento cincuenta años.

Cualquier aumento de tropas de un Estado para someter a sus súbditos es percibido como una amenaza por los Estados vecinos, y provoca que éstos procedan de idéntico modo.

Si los ejércitos han crecido hasta alcanzar los millones de efectivos actuales no es tan sólo porque los Estados se sientan amenazados por sus vecinos, sino principalmente por la necesidad de reprimir todos los intentos de rebelión de sus propios súbditos. El crecimiento de los ejércitos se debe a la vez a dos factores que se alimentan mutuamente: la necesidad de reprimir al enemigo interno, y la de defender las posiciones ante el enemigo externo. Una condiciona a la otra. Cuanto más crecen los ejércitos y las victorias externas, más se intensifica el despotismo de un gobierno, y cuanto más se intensifica el despotismo interno, más crece la agresividad de los Estados.

Precisamente por esto los gobiernos europeos, uno tras otro y aumentando sus tropas sin cesar, llegaron a la necesidad inevitable de instaurar la obligación de

servir en el ejército, ya que esto permitía conseguir en tiempos de guerra el mayor número de soldados con el mínimo gasto. Alemania fue la primera que se dio cuenta de ello. Pero en cuanto lo hizo un Estado, el resto tuvo que hacer lo propio, y en cuanto todos lo hicieron, los ciudadanos se vieron obligados a empuñar un arma para sustentar todas las injusticias que contra ellos mismos se cometían. De este modo se consiguió que los ciudadanos se convirtieran en sus propios opresores.

El servicio militar obligatorio era una exigencia lógica e inevitable a la que era imposible no llegar, pero al mismo tiempo es la última expresión de una contradicción interna de la concepción social de la vida, que apareció cuando fue necesaria la violencia para mantenerla. Y esta contradicción se puso de manifiesto con la obligación de servir en el ejército. En efecto, el sentido de la concepción social de la vida consiste en que un hombre, al tener conciencia de la brutalidad de la lucha entre individuos y del peligro que corre su vida, traslada el sentido de ésta a la comunidad. Sin embargo, con la obligación de servir en el ejército resulta que aquellos hombres que hicieron todos los sacrificios que se les habían exigido para liberarse de la brutalidad de la lucha y de la inseguridad de la vida, tras realizar estos sacrificios fueron llamados de nuevo a afrontar todos aquellos peligros de los que pensaban que se habían librado, y además la comunidad –es decir el Estado, en cuyo nombre estos individuos renunciaron a sus ventajas personales– se expuso al mismo peligro de aniquilamiento al que anteriormente estaba expuesto el individuo.

Los gobiernos debían liberar a la gente de la crueldad de la lucha y asegurarles la solidez del orden de la vida estatal, pero en vez de esto impusieron al individuo la exigencia de aquella misma lucha, simplemente desplazándola: en vez de librarse contra el vecino, ahora se libraba contra individuos de otros Estados, con lo que el peligro de aniquilación del propio individuo y del Estado no desapareció en absoluto.

La institución del servicio militar obligatorio es comparable a un hombre que trata de apuntalar una casa que se viene abajo: las paredes están a punto de desplomarse hacia el interior y coloca varios puntales; el techo se va a derrumbar y coloca más; unos tablones ceden entre los puntales y pone aún más. La cosa llega hasta tal punto que, aunque los puntales sostienen la casa, es imposible vivir en ella.

Lo mismo sucede con el servicio militar obligatorio, porque destruye todas aquellas ventajas de la vida social por las que en teoría ésta debe velar. Estas ventajas son: garantizar la propiedad y el trabajo, y contribuir a la prosperidad de la vida en comunidad; sin embargo, todo ello es aniquilado por la obligación de servir en el ejército.

Los impuestos recaudados al pueblo se destinan a los preparativos de guerra,

que engullen gran parte de los frutos de un trabajo que el ejército debería defender; arrancar a los hombres del discurrir natural de la vida destruye la posibilidad misma de trabajar; la amenaza de una guerra que puede estallar en cualquier momento convierte en algo vano e inútil cualquier prosperidad que proporcione la vida social.

Si en el pasado le decían a un hombre que si no se sometía al poder de un Estado, se vería expuesto a los ataques de gente malvada y a enemigos internos y externos, y se vería obligado a luchar por sí mismo contra ellos arriesgando su vida, y que, por tanto, le resultaba provechoso sufrir ciertas privaciones para librarse de todas estas desgracias, ese hombre podía creer en lo que le decían; esto era así porque los sacrificios que realizaba por el Estado eran únicamente privados y le daban la esperanza de una vida tranquila en un Estado indestructible. Pero ahora que estos sacrificios se han multiplicado por diez y que las ventajas que le habían prometido brillan por su ausencia, es natural que uno piense que someterse a una autoridad es algo completamente inútil.

Pero no sólo en esto se encuentra el sentido fatídico de la obligación de servir en el ejército, que pone de manifiesto la contradicción que encierra la concepción social de la vida. La manifestación principal de esta contradicción está en el hecho de que con el sistema del servicio militar obligatorio, todo ciudadano cuando se hace soldado se convierte en cómplice del orden estatal y en partícipe de todo aquello que hace el Estado, a pesar de que él mismo no reconozca su legitimidad.

Los gobiernos aseguran que los ejércitos son necesarios principalmente para la defensa exterior, pero esto no es cierto: por encima de todo son necesarios para someter a sus propios súbditos, y cualquier hombre que sirva en el ejército se convierte sin querer en cómplice de toda la violencia que el Estado ejerce sobre sus súbditos.

Para convencerse de que todo hombre que sirve en el ejército se convierte en cómplice de aquellos asuntos del Estado que él mismo no reconoce ni puede reconocer, hay que recordar las cosas que se hacen en cualquier Estado en nombre del orden y el bien común, y cuyo ejecutor es siempre el ejército. Toda guerra civil causada por conflictos dinásticos o por intereses partidistas, todas las ejecuciones que estas discordias comportan, toda sofocación de insurrecciones, todo uso de la fuerza militar para dispersar a la muchedumbre, toda represión de huelgas, toda exacción de impuestos, toda injusticia en el reparto de la tierra, toda coacción para trabajar: todo esto es ejecutado si no directamente por los ejércitos, sí por la policía con el respaldo de éstos. Aquel que sirve en el ejército se convierte en partícipe de todos estos asuntos, asuntos que en algunos casos son dudosos para él y en muchos otros son totalmente contrarios a sus principios. La gente no quiere abandonar la tierra que ha labrado durante generaciones, ni tampoco quiere dispersarse, tal y como le

exige el Estado; la gente no quiere pagar los tributos que se le impone, ni reconocer la obligatoriedad de unas leyes que no ha elaborado, ni tampoco que se le prive de su nacionalidad; y yo, cumpliendo con la obligación de servir en el ejército, tengo que ir y golpear a esta gente. Al ser partícipe de estos hechos no puedo dejar de preguntarme: ¿Es correcto lo que estoy haciendo? ¿Debo contribuir a que se produzca todo esto?

En el caso de los gobiernos, el servicio militar obligatorio representa el grado máximo de violencia, imprescindible para que el edificio entero se tenga en pie; para los súbditos representa el límite extremo de la sumisión. Es la piedra de la cúspide de una bóveda que cuando es extraída, se desmorona el edificio entero.

Ha llegado un momento en que el creciente abuso de poder por parte de los gobiernos y las luchas entre ellos han provocado que se exija a sus súbditos tales sacrificios –no sólo materiales, sino también morales– que uno se ve obligado a preguntarse: ¿Puedo realizar estos sacrificios? ¿En nombre de qué los tengo que realizar? Pues en nombre del Estado. En nombre del Estado se me exige que renuncie a lo más querido por el ser humano: la tranquilidad, la familia, la seguridad y la dignidad humana. ¿Qué clase de Estado es éste que me exige que realice unos sacrificios tan terribles? ¿Y para qué es tan indispensable y necesario un Estado así?

«Un Estado como éste –nos dicen– es tan indispensable y necesario, en primer lugar, porque sin él todos nosotros estaríamos indefensos ante la violencia y los ataques de la gente malvada; en segundo lugar, sin Estado seríamos unos salvajes y no tendríamos instituciones religiosas, ni culturales ni educativas ni comerciales ni estructurales ni otras instituciones sociales; y en tercer lugar, sin Estado correríamos el riesgo de ser esclavizados por pueblos vecinos.»

«Sin Estado –nos dicen– nos veríamos también expuestos a la violencia y a los ataques de gente malvada de nuestra propia patria.»

¿Pero quién es exactamente esta gente malvada que hay entre nosotros y de cuya violencia y ataques nos protegen el Estado y su ejército? Si hace tres o cuatro siglos la gente se enorgullecía de su arte militar y su armamento, y matar era considerado un acto heroico, hoy en día nadie es así, nadie utiliza armas ni las lleva encima, y todo el mundo, al profesar el humanitarismo y la compasión hacia el semejante, desea lo mismo que todos nosotros: una vida tranquila y pacífica. Así que en la actualidad no hay tales agresores de los que el Estado nos pueda defender. Pero si por estos agresores de los que nos protege el Estado debemos entender aquellas personas que cometen algún delito, sabemos que no se trata de individuos especiales –como fieras en un rebaño de ovejas–, sino de personas iguales que nosotros a las que les disgusta tanto delinquir como a aquellos contra quienes han cometido algún crimen. Ahora sabemos que ni las amenazas ni los castigos pueden hacer disminuir el número de estos individuos,

ya que sólo son efectivos los cambios que se realicen en el medio social y la influencia moral que se ejerce sobre los hombres. Así que la explicación de la necesidad de la violencia estatal para proteger a la gente de los agresores, si tenía fundamento hace tres o cuatro siglos, ahora ya no tiene ninguno. Hoy por hoy podemos afirmar más bien lo contrario: que justamente la labor de los gobiernos con sus crueles métodos de castigo –que se han quedado atrasados respecto al nivel moral general de nuestro tiempo–, como son las cárceles, los trabajos forzados, las horcas o las guillotinas, contribuye más al embrutecimiento del pueblo que a su suavización, y por consiguiente contribuye más al aumento que a la disminución del número de agresores.

«Sin Estado –nos dicen también– no habría ni instituciones religiosas ni culturales ni educativas ni estructurales ni de ninguna otra clase. Sin Estado, la gente no sabría organizar los asuntos sociales necesarios para todos.» Pero este argumento podía tener también fundamento únicamente varios siglos atrás.

Si hubo un tiempo en que los hombres estaban tan aislados entre sí y los sistemas de acercamiento e intercambio de ideas estaban tan poco desarrollados que no podían entenderse ni ponerse de acuerdo en ningún asunto general, ni comercial ni económico ni educativo, sin el apoyo de una institución estatal, ahora ya no existe tal aislamiento. Los sistemas de comunicación e intercambio de ideas están muy avanzados y han facilitado que para la formación de sociedades, asambleas, corporaciones, congresos e instituciones científicas, económicas y políticas, la gente de nuestro tiempo se las pueda apañar perfectamente sin ningún gobierno, y, además, en la mayoría de los casos estos gobiernos más bien obstaculizan antes que cooperan en la consecución de tales objetivos.

Desde finales del siglo pasado, prácticamente cada paso que ha avanzado la humanidad no sólo no ha sido alentado por los gobiernos, sino que incluso ha sido frenado por éstos. Así sucedió con la abolición del castigo corporal, las torturas y el esclavismo, y con el establecimiento de la libertad de prensa y reunión. En nuestro tiempo, el poder estatal y los gobiernos no sólo no contribuyen, sino que directamente obstaculizan cualquier actividad mediante la cual la gente se construya una forma nueva de vida. Cualquier intento de dar una solución a cuestiones laborales, agrarias, políticas o religiosas ha topado con la oposición del poder estatal.

«Sin Estados ni gobiernos los pueblos serían esclavizados por sus vecinos.» Apenas es necesario replicar este último argumento, porque la réplica se encuentra ya en el mismo enunciado.

Los gobiernos –según nos dicen– son imprescindibles junto con sus ejércitos para defendernos de los Estados vecinos, que podrían esclavizarnos. De esto se acusan mutuamente todos los gobiernos, pero como sabemos que todas las

naciones europeas profesan unos mismos principios de libertad y fraternidad, no es necesario que nos tengamos que defender unos de otros. Y si de lo que hablamos es de defendernos de otras naciones bárbaras, bastaría con el 1% de las tropas que tenemos en la actualidad para ello. De esto, pues, deducimos justamente lo contrario de lo que nos aseguran: el poder estatal no sólo no nos protege de la amenaza de un ataque por parte de nuestros vecinos, sino que precisamente genera el peligro de ser atacados.

Así pues, toda persona a la que la obligatoriedad del servicio militar le hace plantearse cuál es el sentido de un Estado en cuyo nombre se le exige que sacrifique su tranquilidad, su seguridad y su vida, no puede dejar de ver con claridad que todos estos sacrificios ya no tienen ningún sentido en nuestro tiempo.

Y no sólo aquel que plantea esta cuestión desde un punto de vista teórico no puede dejar de ver que los sacrificios que le exige el Estado carecen de fundamento; incluso si se la plantea desde un punto de vista práctico –es decir, sopesando las durísimas condiciones que el Estado le impone al individuo–, no puede dejar de ver que cumplir estas exigencias del Estado y someterse a la obligatoriedad de servir en el ejército es en la mayoría de los casos para el individuo más desventajoso que negarse a cumplirlas.

Si la mayoría de los hombres prefieren someterse a desobedecer, esto no es porque hayan ponderado de manera realista las ventajas y las desventajas que ello conlleva, sino porque están sometidos a un efecto hipnótico que les llama a obedecer. Al someterse, simplemente se resignan ante aquello que se les exige: no tienen que pensar, ni que mostrar fuerza de voluntad alguna. Para desobedecer, en cambio, se necesita pensar de forma independiente y mostrar fuerza de voluntad, y no todo el mundo es capaz de ello. Y, sin entrar en el sentido moral del hecho de someterse o desobedecer, si nos centramos únicamente en las ventajas, la desobediencia en general será siempre más ventajosa que la sumisión.

Sea quien sea yo, pertenezca a la clase acomodada y opresora, o a la obrera y oprimida, las desventajas de desobedecer son menores que las de someterse, y las ventajas de desobedecer son mayores que las de someterse.

Si pertenezco a la minoría de los opresores, las desventajas de desobedecer a las exigencias del gobierno consistirán en que seré juzgado, en el mejor de los casos quedará absuelto, o, tal y como sucede con los menonitas en nuestro país, tendré que realizar alguna tarea no militar para el Estado; en el peor de los casos seré deportado o condenado a dos o tres años de cárcel (hablo de casos que se han producido en Rusia) o quizás a más tiempo, o incluso seré ejecutado, aunque la probabilidad de tal castigo es muy remota.

Hasta aquí las desventajas de la desobediencia. En cuanto a las de la

sumisión, son las siguientes: en el mejor de los casos no me enviarán a matar a seres humanos, ni me expondré a ser asesinado ni mutilado, únicamente me someterán al esclavismo militar; me vestirán con un traje de bufón, tendré que estar a la entera disposición de cualquiera que tenga un rango superior al mío, desde el cabo hasta el mariscal de campo, me harán contorsionarme a su gusto, y tras haberme retenido de uno a cinco años, durante los diez años siguientes tendré que estar a punto para que en cualquier momento se presenten de nuevo y vuelvan a reclutarme. En el peor de los casos, además de someterme a este esclavismo militar, me enviarán a la guerra, donde me obligarán a asesinar a seres humanos de otras naciones que no me han hecho nada, donde me pueden mutilar o matar; me enviarán a un lugar –tal y como sucedió en Sebastopol y como sucede en cualquier guerra– donde los hombres se encaminan hacia una muerte segura y, lo más atroz de todo, donde deberé luchar contra mis propios compatriotas, y tendré que asesinar a mis hermanos para defender unos intereses dinásticos u otros intereses del gobierno que me son completamente ajenos.

Hasta aquí las desventajas de una y otra opción. En cuanto a las ventajas de someterse o desobedecer, son las siguientes: aquel que se someta, tras haber sido expuesto a todo tipo de vejaciones y haber realizado toda clase de brutalidades por orden de sus superiores, si no ha resultado muerto, recibirá un ornamento rojo, dorado, o de oropel que colocará en su traje de bufón, y en el mejor de los casos llegará a mandar sobre cientos de miles de hombres tan brutalizados como él, se hará llamar mariscal de campo y ganará mucho dinero.

Las ventajas de negarse a obedecer consistirán en que conservará su dignidad humana, será respetado por gente de buen corazón y, por encima de todo, sabrá con toda certeza que está realizando una obra divina y, por ello, un bien indudable hacia los hombres.

Éstas son las ventajas y desventajas para el hombre opresor, que pertenece a las clases acaudalas, de decantarse por una u otra opción. Para un hombre pobre y de la clase trabajadora, las ventajas y desventajas serán las mismas, pero con un importante incremento de las desventajas. Las desventajas para un hombre de clase obrera que no se niegue a realizar el servicio militar consistirán además en que, al servir en el ejército, con su colaboración y su aparente consentimiento está apoyando la explotación que sobre él mismo se ejerce.

Sin embargo, no serán las consideraciones acerca de si es útil un Estado que obliga a sus súbditos a servir en el ejército para mantenerlo, ni tampoco las ventajas o desventajas de someterse o no someterse a las exigencias del gobierno las que resolverán la cuestión de si es necesario mantener o abolir el Estado. Lo que resolverá esta cuestión de un modo irrevocable y categórico será el sentimiento religioso de cada individuo o su conciencia, que pondrá en tela de juicio si un Estado que nos obliga a servir en el ejército merece seguir

existiendo o si, por el contrario, debe ser abolido.

* El hecho de que en América se produzcan abusos de poder a pesar de su reducido número de tropas no sólo no refuta esto, sino que lo confirma. En América hay menos tropas que en otros Estados, y por ello no hay ningún otro país donde se oprima menos a las clases trabajadoras, ni donde se vea tan cercano el fin de los abusos por parte del gobierno y la desaparición misma de éste. En los últimos tiempos, y a medida que la unión entre los obreros se ha ido intensificando, se oyen en ese país más y más voces que exigen el aumento de tropas, a pesar de no existir ninguna amenaza externa de ataque. Las clases dirigentes saben que un ejército de cincuenta mil hombres es insuficiente y, al no contar ya con el “ejército de Pinkerton,” sienten que lo único que puede asegurarles su posición es el aumento de tropas. (N. del A.)

VIII. LA GENTE DE NUESTRO TIEMPO DEBE ACEPTAR INEVITABLEMENTE LA DOCTRINA CRISTIANA DE LA NO RESISTENCIA AL MAL

Se suele decir que si fuera cierto que el cristianismo constituye la Verdad, tendría que haber sido abrazado por todos los hombres cuando apareció, y tendría que haber transformado sus vidas y haberlas hecho mejores. Pero esto es como decir que si se planta una semilla, ésta tiene que germinar, brotar, florecer y dar sus frutos inmediatamente.

La doctrina cristiana no es como una legislación que, introducida a la fuerza, transforma inmediatamente la vida de los hombres. El cristianismo constituye una nueva concepción de la vida, distinta de las anteriores, suprema. Y esta nueva concepción no puede ser impuesta, tan sólo puede ser asimilada de un modo libre.

Esta nueva concepción de la vida puede ser asimilada libremente sólo a través de dos caminos: el camino espiritual –interior–, y el camino de la experiencia –exterior–.

Algunos hombres –una minoría– señalan de inmediato con sentido profético la veracidad de esta enseñanza, se entregan a ella y la cumplen. Otros –la mayoría– sólo a través de un largo camino de errores, experiencias y sufrimientos llegan al conocimiento de la verdad de esta enseñanza y a la necesidad de asimilarla.

Y precisamente a esta necesidad de asimilar la doctrina mediante el método externo de la experiencia ha llegado hoy en día la mayoría de hombres del mundo cristiano.

A veces, uno se plantea para qué fue necesaria la desvirtuación del cristianismo, que es lo que más ha dificultado que sea aceptado en su sentido auténtico. Pero precisamente esta desvirtuación del cristianismo es lo que ha llevado a los hombres a la situación en la que se encuentran hoy en día, y ha sido una condición imprescindible para que la mayoría de las personas puedan llegar a abrazarlo en su auténtico sentido: si el cristianismo hubiera sido presentado a los hombres en su aspecto verdadero y sin ser desvirtuado, la mayoría no lo habría aceptado y habría permanecido ajena a él, algo que ha ocurrido en Asia. Al aceptarlo en su forma desvirtuada, los pueblos han estado bajo su lenta pero segura influencia a través del largo camino de la experiencia, a través de los errores y sus consecuentes sufrimientos, que nos han llevado a la necesidad de asimilar el cristianismo en su auténtico sentido.

La desvirtuación del cristianismo y su aceptación en su forma desvirtuada por la mayoría de los hombres han sido tan necesarias como lo es para la semilla permanecer cubierta de tierra un tiempo hasta acabar germinando.

La doctrina cristiana es, a la vez, una enseñanza de la Verdad y una profecía. Hace mil ochocientos años el cristianismo descubrió a los hombres la verdad sobre cómo tenían que vivir y, al mismo tiempo, les profetizó cómo sería la vida de la humanidad si continuaban viviendo sobre los principios que habían profesado hasta que apareció esta doctrina, y cómo sería su vida si abrazaban el cristianismo y cumplían con él.

Cristo, que nos mostró en el Sermón de la Montaña la doctrina que tendría que guiar a la humanidad, dijo: «Cualquiera, pues, que oye estas palabras y las hace, le compararé con un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, vinieron ríos, soplaron vientos y golpearon contra aquella casa; y no cayó porque estaba fundada sobre la roca. Pero cualquiera que oye estas palabras y no las hace, le compararé con un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; descendió lluvia, vinieron ríos, soplaron vientos y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina» (Mateo 7, 24-27).

Y he aquí que dieciocho siglos después la profecía se ha cumplido. Al no haber seguido las enseñanzas de Cristo, ni su expresión de la no resistencia al mal en la vida social, la gente ha llegado sin quererlo a una situación de destrucción inevitable, que fue profetizada por Cristo para aquellos que no siguieran sus enseñanzas.

Las personas suelen pensar que la cuestión de la resistencia o no resistencia al mal con la violencia es una cuestión artificial, y que se puede eludir. Sin embargo, se trata de una cuestión de la vida misma, que se le plantea a todo ser humano, a todo ser pensante, y que necesita inevitablemente ser resuelta. Desde que la doctrina cristiana fue predicada, esta cuestión es para la gente lo mismo que para el viajero la decisión de qué camino tomar cuando llega a una bifurcación. Como tiene que continuar, no puede decir: «No voy a pensar, seguiré caminando como hasta ahora,» porque antes había un solo camino, pero ahora hay dos; se tiene que decidir inevitablemente por uno de los dos caminos.

Del mismo modo, desde que los hombres conocen la enseñanza cristiana no pueden decir: «Viviré como hasta ahora,» sin haber resuelto la cuestión de la resistencia o no resistencia al mal con la violencia. Ante cualquier lucha es inevitable tener que tomar una decisión: o se resiste o no se resiste con la violencia a aquello que uno considera el mal.

La cuestión de la no resistencia al mal con la violencia surgió con el primer conflicto que apareció entre los hombres, ya que cualquier conflicto no es más que resistir con la violencia a lo que uno considera el mal. Pero hasta la llegada

de Cristo, los hombres no comprendían que resistir con la violencia a lo que consideraban el mal –cuando aquello mismo era considerado por otros como el bien– no era la única manera de solucionar el conflicto, ya que existía otro modo de hacerlo: simplemente no resistiendo al mal con la violencia.

Hasta la llegada de la doctrina cristiana, las personas creían que había una sola manera de resolver un conflicto, que era resistir al mal con la violencia, y actuaban en consecuencia, tratando además de convencerse a sí mismos y a sus oponentes de que aquello que consideraban el mal era, efectivamente, un mal absoluto.

Para ello, desde los tiempos más remotos los hombres empezaron a inventar definiciones vinculantes destinadas a todo el mundo de lo que era el mal. Y estas definiciones del mal, vinculantes para todos, se hacían pasar o bien por leyes que, se suponía, habían sido transmitidas de modo sobrenatural, o bien por órdenes de ciertos hombres o asambleas a los que se les atribuía una naturaleza infalible. Así pues, usaban la violencia contra sus enemigos, y se aseguraban a sí mismos y al resto que aquella violencia combatía un mal que todos reconocían como tal.

Este método fue utilizado desde tiempos remotos especialmente por aquellos hombres que se habían hecho con el poder, y la gente durante mucho tiempo no vio la insensatez de este método.

Pero cuanto más avanzaba la humanidad y más complejas se volvían las relaciones, más evidente se hacía que resistir con la violencia a lo que cada uno consideraba el mal era de lo más insensato, ya que los conflictos no disminuían y, además, no había definición humana que consiguiera que lo que unos consideraban el mal fuera considerado del mismo modo por el resto de hombres.

Ya en tiempos del nacimiento del cristianismo, para un gran número de hombres del Imperio romano estaba claro que aquello que Nerón y Calígula consideraban un mal que había que resistir con la violencia, no era considerado como tal por todo el mundo. Ya entonces la gente empezó a comprender que las leyes humanas –que se habían hecho pasar por divinas– habían sido escritas por hombres, y que éstos no podían ser infalibles por más investidos de grandeza que estuvieran. Además, estos hombres, que cometían errores como todo el mundo, no podían ser considerados infalibles simplemente por el hecho de reunirse con otros y denominarse senado o cualquier otra cosa. En aquel entonces eran muchos los que sentían y comprendían esto.

Y fue entonces cuando Cristo predicó su doctrina, que además de propugnar la no resistencia al mal con la violencia, propugnaba también un nuevo modo de concebir la vida. Una parte de esta nueva concepción –o más bien su aplicación a la vida social– era la enseñanza de cómo acabar con los conflictos

entre las personas, pero no con el fin de obligar a una sola parte a someterse sin ofrecer resistencia a lo que dispusiera tal o cual autoridad, sino para que nadie – especialmente quienes estuvieran en el poder– empleara en ningún caso la violencia contra nadie.

Esta doctrina fue aceptada por una pequeñísima parte de los discípulos; la mayoría de hombres, y sobre todo aquellos que se encontraban en el poder, tras abrazar de un modo ficticio el cristianismo, se mantuvieron en la costumbre de resistir con la violencia a aquello que consideraban el mal. Así sucedió con los emperadores romanos y bizantinos, y así continuó después.

La inconsistencia del principio según el cual una autoridad definía qué es el mal y lo combatía con la violencia, ya evidente durante los primeros tiempos del cristianismo, se evidenció aún más con la desmembración del Imperio romano en muchos Estados, con la hostilidad entre éstos y con sus luchas internas.

Pero la gente no estaba preparada para aceptar la solución ofrecida por Cristo, y el antiguo método de definir el mal, que debía establecerse mediante unas leyes vinculantes para todos que se hacían cumplir por la fuerza, continuó aplicándose. quien decidía qué era el mal y qué debía ser combatido con la violencia era un papa, un emperador, un rey, una asamblea electiva o el pueblo entero. Sin embargo, tanto dentro como fuera de los Estados hubo siempre gente que no reconocía como vinculantes ni las leyes dictadas por designio de una divinidad, ni las de los hombres investidos de santidad, ni las de las instituciones que debían representar la voluntad del pueblo; y gente para quien el bien era lo que para las autoridades era el mal, y que luchaba contra el poder con la misma violencia con la que éste los reprimía.

Para los hombres investidos de santidad, el mal era lo que para otras personas y las instituciones investidas de un poder laico era el bien, y al revés; y la lucha se fue recrudeciendo cada vez más. Y cuanto más perpetuaban los hombres este sistema a fin de solucionar sus conflictos, más se evidenciaba que tal sistema no servía, porque no existe ninguna autoridad que pueda encontrar una definición del mal que sea reconocida por todos.

Así se evolucionó durante dieciocho siglos, hasta llegar al día de hoy, cuando es completamente evidente que no hay ninguna definición externa ni vinculante del mal, y nunca la podrá haber. Se ha llegado a un punto en el que los hombres han dejado no sólo de creer en la posibilidad de encontrar esta definición común y vinculante para todos, sino que han dejado incluso de creer en la necesidad de buscar tal definición. Se ha llegado a un punto en el que aquellos que están en el poder ya no tratan de demostrar que lo que ellos consideran el mal es realmente el mal, y dicen abiertamente que el mal es tan sólo aquello que no les gusta; y la gente que se somete a ellos ya no lo hace porque considere

que esta definición del mal sea justa, sino simplemente porque no tienen más remedio que someterse. El hecho de que Niza fuera anexionada a Francia, Lorena a Alemania, Chequia a Austria, que Polonia haya sido desmembrada, que Irlanda y la India estén subyugadas al Gobierno inglés, que haya un conflicto con China y se mate a la población africana, que los americanos expulsen a los chinos, que los rusos hostiguen a los judíos, que los terratenientes saquen provecho de una tierra que no trabajan, o que los capitalistas se aprovechen del fruto de un trabajo realizado por otros, no se hace porque esto represente el bien, ni porque sea necesario y útil a los hombres, ni porque lo contrario constituya el mal, sino únicamente porque aquellos que están en el poder así han querido que sea. De esta manera se ha llegado hasta la situación actual: unos ejercen la violencia, pero no para combatir el mal, sino en nombre de sus intereses personales y de sus caprichos, mientras que otros se someten a la violencia, pero no porque crean que esta violencia ejercida sobre ellos les protege del mal y les proporciona el bien –tal y como se creía antes–, sino porque no pueden librarse de ella.

Si el hombre romano, el de la Edad Media o el hombre ruso de hace cincuenta años –tal y como yo lo recuerdo–, estaban absolutamente convencidos de que la violencia del Estado era imprescindible para combatir el mal, que los tributos, las exacciones, el régimen de servidumbre, las cárceles, los azotes, los látigos, los trabajos forzados, las ejecuciones, el ejército y las guerras eran lo correcto, hoy en día es difícil encontrar a alguien que no sólo no crea que toda esta violencia no protege a nadie de ningún mal, sino que no perciba claramente que casi toda esta violencia a la que está sujeto y en la que de algún modo participa constituye en sí misma el peor y más inútil de los males.

Hoy en día no hay nadie que no vea que es inútil y absurdo exigir el pago de tributos al pueblo trabajador para que funcionarios ociosos se enriquezcan; que no tiene sentido castigar a gente disoluta y débil deportándola de un lugar a otro o encerrándola en prisión donde, al vivir en la holganza, lo único que hace es pervertirse y debilitarse aún más; que todo lo relacionado con los preparativos de guerra y con las guerras no es sólo inútil y absurdo, sino que es directamente una locura y una crueldad, ya que arruina y destruye al pueblo y no tiene explicación ni justificación alguna; y sin embargo, toda esta violencia se perpetúa y es incluso apoyada por estas mismas personas que perciben su inutilidad, absurdidad y crueldad, y que sufren a causa de ella.

Hace cincuenta años, tanto el hombre rico y ocioso como el trabajador y analfabeto estaban convencidos por igual de que esta situación de eterna fiesta para unos y eterno trabajo para otros había sido dispuesta por Dios, pero ahora tanto en Europa como en Rusia, gracias a los movimientos migratorios, a la creciente alfabetización de la población y a la imprenta, difícilmente se encuentra a un rico o a un pobre que, por un lado o por otro, no albergue dudas

acerca de la legitimidad del orden existente. No sólo los ricos son conscientes de que son culpables de su riqueza, y por ello tratan de expiar su culpa realizando sacrificios por la ciencia o el arte, del mismo modo que antes se realizaban por la Iglesia; también una gran parte del pueblo trabajador reconoce abiertamente que el orden existente es injusto y que debe ser abolido o transformado. Algunos de los hombres religiosos, que en Rusia se cuentan por millones –los llamados sectarios–, consideran que este orden social es injusto y que debe ser abolido de acuerdo con el auténtico sentido de la doctrina evangélica; otros lo consideran injusto de acuerdo con las teorías socialistas, comunistas y anarquistas, que ya han calado en los estratos más bajos de la clase obrera.

La violencia ya no es justificada por ser considerada necesaria, sino por haber existido desde hace muchísimo tiempo, y aquellos a los que les resulta provechosa –es decir, los gobiernos y las clases dirigentes– lo han organizado de tal modo que aquel que está subyugado a su poder ya no puede escapar a esta violencia.

Los gobiernos de nuestro tiempo –todos sin excepción, desde los más despóticos hasta los liberales– se han convertido en lo que Herzen tan justamente calificó como «Gengis Khan con telégrafos,» es decir, organizaciones violentas basadas exclusivamente en la más burda tiranía, que se aprovechan de todo aquello que la ciencia ha inventado para un uso colectivo, social y pacífico de personas libres e iguales en derechos, y lo utilizan para esclavizar y oprimir a la población.

Hoy en día, los gobiernos y las clases dirigentes ya no se apoyan en el Derecho, ni en algo que se asemeje siquiera a la justicia, sino en una organización muy habilidosa en la que las personas están atrapadas en un círculo de violencia del que es imposible escapar. Este círculo está compuesto por cuatro sistemas –relacionados entre sí y que dependen unos de otros, como los eslabones de una cadena– con los que se ejerce una coacción sobre la gente. El primer sistema, el más antiguo de todos, es el de la intimidación. Este sistema se basa en presentar el orden estatal existente (sea el que sea: desde el republicano y libre hasta el más despótico y salvaje) como algo sagrado e irrevocable, y por tanto se castiga cruelmente cualquier intento de alterarlo. Este sistema se ha utilizado siempre dondequiera que hubiere un gobierno, tanto en el pasado como en el presente: en Rusia contra los llamados nihilistas, en América contra los anarquistas, en Francia contra los imperialistas, los monárquicos, la Comuna de París y los anarquistas. El ferrocarril, el telégrafo, el teléfono, la fotografía, el tan perfeccionado método de deshacerse de alguien sin tener que matarle recluyéndolo para siempre en una celda incomunicada donde, escondido del mundo, muere y es olvidado, y muchos otros inventos que los gobiernos emplean, les dan tanta fuerza que en cuanto el poder cae en ciertas manos, tanto la policía regular o secreta, como la Administración, la fiscalía, los

carceleros y los verdugos hacen su trabajo con tanto celo que ya no hay ninguna posibilidad de derrocar a ese gobierno, por más desmesurado y cruel que sea.

El segundo sistema es el de la corrupción. Consiste en que, tras haber arruinado a la clase trabajadora a base de tributos, se reparte esta riqueza entre los funcionarios, que se comprometen a cambio de ello a apoyar y reforzar la esclavización del pueblo.

Estos funcionarios comprados –desde los más altos ministros hasta los más insignificantes escribientes– forman una red inquebrantable de hombres interrelacionados entre sí por un mismo interés de alimentarse a costa del trabajo del pueblo y, dado que cuanta mayor sea su docilidad al cumplir la voluntad de los gobiernos más se enriquecerán, siempre, allá donde sea, sin detenerse ante nada y en todas las áreas, defienden con palabras y hechos la violencia estatal, de la cual depende su bienestar económico.

El tercer sistema es lo que yo llamo hipnotización del pueblo –no se me ocurre otro modo de definirlo–. Consiste en frenar el desarrollo espiritual de los hombres y, mediante distintas formas de sugestión, mantenerlos en una concepción ya caduca de la vida sobre la que descansa el poder de los gobiernos. En la actualidad, esta hipnotización está organizada de un modo verdaderamente complejo: empieza en la niñez y se prolonga hasta la muerte. Empieza en la más tierna infancia en las escuelas obligatorias, especialmente creadas para este fin, donde se inculca a los niños una visión del mundo propia de sus antepasados y que está en total contradicción con la conciencia actual de la humanidad. En los países donde existe una religión estatal se enseña a los niños los catecismos de las Iglesias –que constituyen un sacrilegio de lo más disparatado–, en los que se incide en el deber de someterse a las autoridades; en los Estados republicanos se les enseña esa salvaje superstición llamada patriotismo y, también, ese supuesto deber de someterse a los gobiernos. En una edad más adulta se continúa con esta hipnotización estimulando las supersticiones religiosas y patrióticas.

La superstición religiosa se incentiva con la instauración –con dinero sacado del pueblo– de iglesias, procesiones, estatuas y festividades, los cuales, ayudados por la pintura, la arquitectura, la música y el incienso, consiguen atontar al pueblo; pero sobre todo se incentiva con el mantenimiento del clero, cuyo deber consiste en ofuscar al pueblo y mantenerlo en un estado de permanente atontamiento con la ayuda de representaciones, misas llenas de patetismo, sermones e intromisiones en su vida privada, en los nacimientos, matrimonios y muertes.

La superstición patriótica es incentivada por los gobiernos y las clases dirigentes mediante la organización –con dinero sacado del pueblo– de celebraciones nacionales, espectáculos, festejos, y la construcción de

monumentos que predisponen a los hombres a reconocer la extraordinaria grandeza de su pueblo y el esplendor de su gobierno y gobernantes, y a la vez a ser hostiles e incluso a odiar a otras naciones. Por su parte, los gobiernos despóticos prohíben directamente que se impriman y difundan libros, o que se pronuncien discursos que ilustren al pueblo, y todos aquellos que pueden despertarlo de su hipnotización son deportados o encarcelados.

Además de esto, todos los gobiernos sin excepción ocultan al pueblo todo aquello que puede liberarlo, mientras fomentan lo que puede pervertirlo, como por ejemplo el tipo de literatura que lo mantiene en el salvajismo de las supersticiones religiosas y patrióticas, todo tipo de entretenimiento sensual, los espectáculos, los circos, los teatros, e incluso otros métodos físicos de atontamiento como son el tabaco y el vodka, que constituyen la principal fuente de ingresos de los Estados; se fomenta incluso la prostitución, que no sólo es reconocida, sino que es organizada por la mayoría de gobiernos. Hasta aquí el tercer sistema.

El cuarto sistema consiste en escoger de entre toda la población idiotizada y esclavizada mediante los tres sistemas anteriores a unos cuantos hombres para, tras exponerlos a unos métodos especiales y muy intensos de atontamiento y embrutecimiento, hacer de ellos un instrumento carente de voluntad que ejecute todas aquellas atrocidades y salvajadas que los gobiernos necesitan realizar. Este atontamiento y embrutecimiento se consigue reclutando a estos hombres durante su tierna juventud, cuando aún no han adquirido unos valores morales sólidos; tras privarles de todas aquellas condiciones naturales de la vida, como son el hogar, la familia, el entorno y un trabajo razonable, los encierran a todos juntos en cuarteles, los visten con cierta indumentaria y, bajo el influjo de gritos, tambores, música y objetos brillantes, les obligan a repetir diariamente ciertas rutinas inventadas con este fin, y con todo ello los llevan hasta tal estado de hipnotización que dejan de ser personas y acaban convirtiéndose en máquinas inexpresivas y obedientes. Estos jóvenes hipnotizados, físicamente fuertes (hoy en día, con el servicio militar obligatorio son todos jóvenes), pertrechados con armas para matar, siempre sumisos al poder de los gobiernos y listos para realizar cualquier acto violento si se lo ordenan, constituyen el cuarto y principal sistema de esclavización de las personas.

Con este sistema se cierra el círculo de la violencia.

Con la intimidación, la corrupción y la hipnotización se consigue que los hombres se hagan soldados; estos soldados proporcionan un enorme poder y facilitan que se ejecute a otros hombres, que se les expolie (para, entre otras cosas, comprar a los funcionarios), que se les hipnotice y que se les reclute con el objetivo de que ellos mismos se conviertan también en los soldados que posibilitan que las autoridades lleven a cabo todo esto.

Así pues, el círculo queda cerrado y es imposible salir de él por la fuerza.

Hay personas que aseguran que el fin de la violencia o su disminución llegará cuando la gente oprimida derroque al gobierno opresor haciendo uso de la fuerza y lo sustituya por otro nuevo, con el que ya no será necesaria ni la violencia ni la esclavización de los hombres; estas personas que tratan de llevar esto a cabo se están engañando a sí mismas y empeoran la situación del pueblo, porque con su labor lo único que consiguen es aumentar el despotismo de los gobiernos. Estos intentos de liberación dan un pretexto muy cómodo a los gobiernos para que refuercen más su poder, y lo hacen.

Incluso si admitimos que debido a una situación especialmente complicada para un gobierno, como ocurrió en Francia en 1870, éste pueda ser derrocado por la fuerza y el poder pase a otras manos, este nuevo poder no sería en ningún caso menos opresor que el anterior, sino más bien al contrario, ya que al tenerse que defender del enemigo derrocado, sería mucho más despótico y cruel que aquél, tal y como ha ocurrido en todas las revoluciones.

Si los socialistas y los comunistas consideran que el orden social capitalista e individualista constituye el mal, los anarquistas consideran, por su parte, que este mal es el gobierno mismo, y tanto monárquicos como conservadores y capitalistas consideran que el mal está en las ideologías socialista, comunista y anarquista. Todos estos partidos no disponen de otro medio que no sea la violencia para unir el mundo bajo sus pies, y sea cual sea el que triunfe de ellos no sólo utilizará todos los medios violentos que existen, sino que inventará otros nuevos para introducir su orden social y mantener su poder. Los esclavizados serán otros y éstos serán obligados a hacer cosas distintas, pero la violencia y la esclavización no sólo serán las mismas, sino que serán aún más despiadadas, porque debido al conflicto generado, el odio entre la gente aumentará y con ello se reforzarán y se crearán nuevos sistemas de esclavización.

Así ha ocurrido siempre con todas las revoluciones, intentos de revolución, conspiraciones y cambios de gobiernos por la fuerza. Lo único que se consigue con la lucha es que aquellos que en un momento dado están en el poder refuercen los sistemas de esclavización. La situación de las personas en nuestras sociedades cristianas y, especialmente, sus ideales más comunes lo demuestran de un modo absolutamente convincente.

Ahora mismo queda una sola esfera en la vida de los hombres que los gobiernos no han invadido: la familiar y la de la economía doméstica, la de la vida privada y el trabajo. Pero esta esfera, debido a la lucha de los comunistas y los socialistas, está empezando a ser invadida poco a poco por los gobiernos; el trabajo y el descanso, la vivienda, la ropa, la comida: todo ello, si se cumplen los deseos de los reformadores, irá siendo reglamentado y fijado por los gobiernos.

El largo paso de mil ochocientos años ha llevado a los pueblos cristianos de nuevo a la inevitable cuestión, que habían tratado de esquivar, acerca de la necesidad de aceptar o rechazar las enseñanzas de Cristo y, en consecuencia, su doctrina de la no resistencia al mal con la violencia, con la diferencia de que mientras en el pasado los hombres podían o bien aceptar o bien rechazar esta solución ofrecida por el cristianismo, en la actualidad su aceptación se ha vuelto inevitable, porque sólo ésta puede liberarles del sistema esclavista en la que ellos mismos se han enredado.

Pero no es únicamente esta situación de desgracia la que ha llevado a los hombres a esta necesidad de elegir: al mismo tiempo que se ha evidenciado la falsedad del orden pagano se ha ido evidenciando también la Verdad del cristianismo.

No en vano en el transcurso de dieciocho siglos los mejores exponentes del mundo cristiano, que han sentido la Verdad de esta enseñanza mediante el camino espiritual, han dado testimonio de ella a los hombres, a pesar de todo tipo de amenazas, privaciones, infortunios y padecimientos; con su martirio han grabado en los corazones la Verdad de esta enseñanza y la han transmitido a las masas.

El cristianismo ha penetrado en la conciencia de la humanidad no sólo porque haya quedado probado que es insostenible continuar con la vida pagana, sino también porque éste se ha esclarecido, su sentido se ha liberado de todas aquellas supersticiones con las que se había mezclado, y porque ha sido difundido entre todos los estratos sociales.

Dieciocho siglos de cristianismo no han pasado en balde para los hombres que lo abrazaron, aunque fuera de un modo externo. Estos dieciocho siglos han hecho que hoy en día los hombres, a pesar de seguir con una vida pagana que no se corresponde ya con el estadio en el que se encuentra la humanidad, no sólo vean claramente toda la desgracia de su situación, sino que además crean en el fondo de su alma (ya que sólo se vive porque se cree) que la salvación a esta situación se encuentra tan sólo en el cumplimiento de la enseñanza cristiana en su auténtico sentido. Cómo y cuándo llegará esta salvación es algo sobre lo que la gente tiene distintas opiniones según su desarrollo intelectual y según los prejuicios que existen en su medio, pero cualquier hombre de nuestra sociedad reconoce que la salvación está en el cumplimiento de la enseñanza cristiana. Algunos creyentes, que creen que la doctrina cristiana es de origen divino, consideran que la salvación llegará cuando todos los hombres crean en Cristo, porque entonces se aproximará su segundo advenimiento; otros creyentes, que creen también en la divinidad de la doctrina cristiana, consideran que esta salvación vendrá de la mano de la Iglesia cuando ésta someta a todos los hombres, a los que educará en la bondad cristiana y cuyas vidas transformará; los terceros, que no creen que Cristo sea Dios, consideran

que la salvación llegará a través de un proceso lento y gradual, conforme al cual los principios de la vida pagana irán siendo reemplazados poco a poco por los de la libertad, la igualdad y la fraternidad –es decir, por principios cristianos–; los cuartos, que propugnan una reconstrucción del orden social, consideran que la salvación llegará cuando, a través de una revolución violenta, los hombres sean forzados a aceptar la propiedad colectiva, la ausencia de gobierno, el trabajo colectivo y no individual, etcétera –es decir, cuando se lleve a la práctica uno de los aspectos de la enseñanza cristiana.

Así pues, de un modo o de otro todos los hombres de nuestro tiempo, además de rechazar en su conciencia el caduco orden pagano, reconocen –a menudo sin ellos mismos saberlo y considerándose enemigos del cristianismo– que nuestra salvación llegará únicamente cuando apliquemos en nuestras vidas la enseñanza cristiana, o una parte de ella, en su auténtico sentido.

Tal y como dijo el Maestro, la mayoría de los hombres no podía llevar a la práctica el cristianismo de una sola vez porque éste debía crecer, como lo hace un árbol gigantesco de una diminuta semilla. Y así ha ido creciendo y creciendo, quizás todavía no en la realidad exterior, pero sí en la conciencia del hombre de nuestro tiempo.

Ahora no sólo una minoría de hombres que siempre ha comprendido el cristianismo mediante el camino espiritual reconoce su auténtico sentido, sino que también lo reconoce una enorme mayoría de hombres que tan alejada parece del cristianismo por su vida social.

Observad la vida privada de los individuos, prestad atención a las valoraciones de la gente al juzgar los actos ajenos, escuchad los sermones, los discursos públicos y las lecciones que tanto padres como educadores dan a los niños, y veréis que por muy alejada que esté la vida estatal y social –basada en la violencia– del cumplimiento de la Verdad cristiana, todo el mundo sin excepción considera innegable que sólo las virtudes cristianas constituyen el bien; en cambio, todo el mundo sin excepción considera innegable que los vicios anticristianos constituyen el mal. Aquellos que consagran sus vidas al servicio de la humanidad y que se sacrifican por sus semejantes son considerados los mejores hombres; en cambio, los egoístas, que se aprovechan de la desgracia ajena para su propio beneficio, son considerados los peores hombres.

A pesar de que algunos ideales no cristianos, como la fuerza, la intrepidez y la riqueza, son aún reconocidos por algunas personas que no han sido tocadas por el cristianismo, estos ideales son ya caducos y no todo el mundo los comparte. Los ideales cristianos son los únicos que todo el mundo comparte y reconoce como vinculantes para todos.

Si miramos la situación de nuestras sociedades cristianas desde fuera, con todas sus crueldades y con su esclavismo, el espectáculo es realmente aterrador.

Pero si la miramos desde su interior –desde su conciencia–, el espectáculo es completamente distinto.

Es como si todo el mal de nuestra vida existiera simplemente porque hace mucho que está presente, y la gente que lo causa no hubiera logrado aún aprender a dejar de hacerlo, a pesar de no desear causarlo. Todo este mal existe por otro motivo, independiente de la conciencia de los hombres.

Por más extraño y contradictorio que parezca, todas las personas de nuestro tiempo odian el orden establecido que ellos mismos defienden.

Creo que fue Max Müller quien relató la estupefacción de un indio convertido al cristianismo que, habiendo asimilado la esencia de la doctrina cristiana, llegó a Europa y vio cómo vivían los cristianos. El hombre no salía de su asombro ante una realidad radicalmente opuesta de la que hubiera esperado encontrar en una sociedad cristiana.

Si no nos sorprendemos de la contradicción que existe entre nuestras creencias, convicciones y actos, esto es debido únicamente a la costumbre, que oculta esta contradicción ante los ojos de los hombres. Sólo hay que observar nuestra vida desde el punto de vista de aquel indio, que comprendió el cristianismo en su auténtico sentido –sin ningún tipo de concesión ni adaptación–, y las salvajes atrocidades que llenan nuestra vida, para horrorizarnos ante las contradicciones en las que vivimos, y en las que a menudo no reparamos.

Sólo hace falta ver los preparativos de guerra, los cañones, las balas de plata, los torpedos y, en contraposición, la Cruz Roja; la construcción de cárceles incomunicadas, los experimentos con la silla eléctrica y, en contraposición, los cuidados que se les procura a los reclusos; la labor filantrópica de los ricos y, en contraposición, su estilo de vida, causante de la pobreza de aquellos mismos pobres a quienes prestan caridad. Estas contradicciones no se producen, como pudiera parecer, porque los hombres finjan ser cristianos cuando en realidad son paganos, sino, al contrario, porque les falta algo, o hay una fuerza que les impide convertirse en aquello que les dicta su conciencia. La gente de nuestro tiempo no finge odiar la opresión, la desigualdad, la distinción de las personas según su clase, y todas las crueldades dirigidas no sólo hacia los hombres, sino también hacia los animales; realmente detesta todo esto, pero no sabe cómo pararlo, o no se atreve a renunciar a aquello que mantiene todo este sistema, que le parece imprescindible.

En efecto, preguntad a cualquier individuo por separado si considera elogioso o digno de un hombre de nuestro tiempo percibir un sueldo exorbitante por exigir el pago de impuestos al pueblo –a menudo al más pobre– para fabricar cañones, torpedos y armas asesinas con las que matar a hombres con los que deseamos vivir en paz, y los cuales desean lo mismo que nosotros; o consagrar

la vida, también por un buen sueldo, a la fabricación de estas armas asesinas; o a adiestrarse y adiestrar a otros para el asesinato. Preguntadle si es elogioso, digno de un hombre y propio de un cristiano dedicarse –de nuevo por dinero– a apresar a gente desgraciada, extraviada, a menudo analfabeta y alcohólica, por haberse apropiado de algún bien ajeno –pero en una proporción mucho menor de lo que nosotros mismos nos apropiamos–, o por matar a otros hombres –pero no del modo que es aceptado–, y encerrarla en prisión, torturarla y ejecutarla por ello. Preguntadle si es elogioso y digno de un hombre y de un cristiano –de nuevo por dinero– predicar deliberadamente no el cristianismo, sino una serie de absurdas y perniciosas supersticiones; o si lo es quitar al semejante lo imprescindible para su subsistencia a fin de satisfacer los propios caprichos, tal y como hacen los grandes terratenientes; o forzarle a realizar un trabajo inhumano, que acaba con su vida, para aumentar las riquezas, tal y como hacen los propietarios de las fábricas; o si lo es aprovecharse de las necesidades básicas de la gente, tal y como hacen los comerciantes. Y cualquier individuo por separado, especialmente si habla sobre otras personas, responderá que no, que no es elogioso ni digno. Pero al mismo tiempo, este individuo que reconoce toda la infamia de tales conductas, sin ser forzado a ello y, en ocasiones, incluso sin el aliciente de obtener un beneficio económico, y sólo por vanidad infantil, por un ridículo oropel de porcelana, una banda o un galón que le permiten lucir, se alista voluntariamente en el ejército, se hace juez de instrucción, juez de paz, ministro, subcomisario de distrito, obispo o diácono; en definitiva, ocupará puestos en los que se verá obligado a participar en todos estos actos, cuya desvergüenza e infamia no puede ignorar. Sé que muchos de estos hombres tratarán de demostrar con suficiencia que sus actos son no sólo legítimos, sino incluso necesarios; dirán en su defensa que el poder de las autoridades emana de Dios, que los funcionarios de un Estado son imprescindibles para el bien de la humanidad, que la riqueza no contraviene el cristianismo, que lo que se le dijo al joven rico era que debía entregar sus posesiones, pero únicamente si deseaba alcanzar la perfección, que la actual distribución de las riquezas y su comercio son válidas, y que todo el mundo sale beneficiado de ello, etcétera. Sin embargo, por más que traten de engañarse a sí mismos y al resto, saben que lo que hacen es contrario a todo aquello en lo que creen y en cuyo nombre viven, y en el fondo de su alma, cuando se quedan solos con su conciencia, sienten vergüenza y dolor al recordar su modo de actuar, sobre todo si se les menciona cuán infame resulta su labor. Un hombre de nuestro tiempo, crea o no crea en la divinidad de Dios, no puede ignorar –ya sea en calidad de zar, ministro, gobernador o subcomisario de policía– que arrebatar a una familia pobre su última vaca en concepto de impuestos para la fabricación de cañones, o para pagar el sueldo y las pensiones de funcionarios ociosos y holgazanes que viven a lo grande; encarcelar a un padre de familia al que nosotros mismos hemos corrompido y dejar a su familia en la miseria;

participar en los saqueos y asesinatos que conllevan las guerras; inculcar en lugar de la ley de Dios, la idolatría salvaje y la superstición; apropiarse de una vaca que se ha adentrado en una propiedad y que pertenece a un hombre que no posee tierras; descontarle del sueldo a un hombre que trabaja en una fábrica aquello que sin querer ha dañado; hacerle pagar a un pobre el doble por un artículo simplemente porque se encuentra en la más extrema miseria...: todo ello son conductas detestables y vergonzosas que no se deberían producir, y no hay ni un solo hombre de nuestro tiempo que no sepa todo esto. Todos ellos lo saben. Saben que lo que hacen está mal, y no lo harían por nada del mundo si estuvieran en condiciones de enfrentarse a aquellas fuerzas que les cierran los ojos a la criminalidad de sus actos y que les empujan a cometerlos.

En nada encontraremos de un modo tan absolutamente evidente el grado de contradicción al que ha llegado la vida de los hombres de nuestro tiempo como en el fenómeno que constituye el último sistema y última expresión de la violencia: el servicio militar obligatorio.

El único motivo por el que no vemos la escandalosa contradicción que existe entre esta situación y los sentimientos e ideas cristianas que alberga todo hombre de nuestro tiempo, es porque el proceso armamentístico y la obligatoriedad de servir en el ejército han ido instaurándose lenta e inadvertidamente, y porque los gobiernos han recurrido a todo tipo de métodos de intimidación, corrupción, atontamiento y violencia para mantener este estado de las cosas.

Nos hemos acostumbrado hasta tal punto a esta contradicción, que no vemos la aberración e inmoralidad del proceder no sólo de aquellos que escogen libremente la profesión de asesinar como algo honorable, sino también de aquellos infelices que aceptan cumplir el servicio militar obligatorio, e incluso de aquellos que, a pesar de que en sus países no existe el servicio militar obligatorio, se ofrecen voluntariamente a colaborar en el reclutamiento de soldados y en los preparativos para el asesinato. Todos estos hombres, sean cristianos o profesen el humanitarismo y el liberalismo, saben que con su modo de actuar se están convirtiendo en partícipes –y en el caso de servir en el ejército en causantes– de los asesinatos más absurdos, inútiles y crueles, y aun así realizan tales actos.

No bastó con que en Alemania, donde surgió por primera vez el servicio militar obligatorio, el canciller Caprivi manifestara lo que antes se había ocultado celosamente acerca de que los soldados debían matar no sólo al enemigo sino también a sus compatriotas, es decir, a los mismos trabajadores de entre los que se reclutaba a la mayoría de soldados. Este reconocimiento ni abrió los ojos a nadie ni causó horror, y los hombres, como siempre, han seguido siendo reclutados como borregos y sometidos a todo aquello que se les ha ordenado.

Pero no sólo eso: recientemente Guillermo II, emperador de Alemania, ilustró con mayor claridad aún cuál es el sentido y el deber de todo soldado, cuando distinguió, agradeció y condecoró a uno de ellos por haber matado a un preso indefenso que trataba de huir. Al distinguir a un hombre y condecorarlo por semejante acto, Guillermo II mostró a la gente que se encuentra en el escalón más bajo de la moralidad y que es considerada la más infame y detestable, que el deber principal de un soldado, y el más valorado por las autoridades, es el de ser un verdugo, pero no un verdugo profesional que mata únicamente a delincuentes que han sido condenados, sino uno que mata a toda aquella gente inocente que sus superiores le ordenan.

Y aún hay más: en 1891 el mismo Guillermo II, el *enfant terrible* del poder estatal que expresó en alto aquello que otros piensan, al conversar con unos soldados pronunció públicamente unas palabras que al día siguiente reprodujeron miles de periódicos:

«¡Reclutas! Me habéis jurado fidelidad ante el altar y ante un servidor de Dios. Aún sois demasiado jóvenes para comprender el verdadero sentido de todo lo que aquí se ha dicho, pero procurad ante todo obedecer las órdenes e instrucciones que os sean dadas. *Me* habéis jurado fidelidad, sois los hijos de *mi* guardia, lo que significa que ahora sois *mis* soldados y que *os habéis entregado a mí en cuerpo y alma*. A partir de ahora para vosotros existe un solo enemigo: *mi* enemigo. Ante las artimañas socialistas que hoy en día nos amenazan *es posible que os tenga que ordenar que disparéis contra vuestros propios familiares, hermanos e incluso padres –Dios nos libre– y en ese caso deberéis cumplir mis órdenes sin discutir*».

Este hombre expresa lo que todos los gobernantes saben, pero que astutamente ocultan con esmero. Dice sin embudos que aquellos que sirven en el ejército, le sirven tanto a *él* como a *sus* intereses personales, y que para defenderlos deberán estar preparados para asesinar incluso a sus propios hermanos y padres.

Con estas palabras tan directas y brutales está expresando todo el horror del crimen para el que son adiestrados aquellos que ingresan en el ejército, toda la ciénaga de humillación en la que caen cuando juran obediencia. Él, como un valiente hipnotizador, pone a prueba el nivel de hipnotización de sus súbditos: acerca a sus cuerpos un hierro candente y, aunque su piel chisporrotea y humea, no se despiertan.

Este hombre miserable, enfermo y borracho de poder ultraja con sus palabras todo aquello que es sagrado para cualquier persona de nuestro tiempo, pero nadie –ni cristianos ni liberales ni hombres instruidos– se escandaliza ante este ultraje, ni siquiera lo percibe. Se está sometiendo a los hombres a una prueba última y extrema en su forma más burda y salvaje, pero nadie parece darse cuenta de que se trata de una prueba y de que hay que elegir. Creen que no hay

elección, que existe un solo camino: el de la ciega obediencia. Estas palabras dementes que ultrajan todo aquello que el hombre moderno considera sagrado tendrían que haber escandalizado a la gente, pero nada de esto ha sucedido. Año tras año, la juventud entera de Europa se somete a esta prueba y, salvo contadas excepciones, todos reniegan de aquello que es y puede ser sagrado para cualquier persona, expresan su disposición a asesinar a sus hermanos e incluso padres si les es ordenado por cualquier degenerado vestido con una librea de ribetes rojos y dorados, y sólo preguntan a quién y cuándo hay que matar. Y están listos para hacerlo.

Hasta para el hombre salvaje había algo sagrado por lo que estaba dispuesto a sufrir y ante lo que nunca cedía. Pero, ¿dónde está este algo sagrado en el hombre de hoy en día? Le dicen: «Sé mi esclavo, pero esta esclavitud te obligará a matar incluso a tu propio padre». Y este hombre, a menudo instruido y que ha adquirido todo tipo de ciencias en la universidad, se deja poner el yugo sumisamente. Le visten con un traje de bufón, le mandan saltar, contorsionarse, hacer reverencias, matar, y él lo hace todo con suma docilidad. Y cuando por fin le dejan marchar, regresa impetuosamente a su vida anterior y continúa discutiendo acerca de la dignidad del hombre, de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

«Pero, ¿qué podemos hacer?», se pregunta a menudo la gente con sincero desconcierto. «Si todos se opusieran, entonces sería distinto. Pero si sólo soy yo el que lo hace, mis padecimientos no servirán para nada, ni beneficiarán a nadie.»

Y es verdad, el hombre que tiene una concepción social de la vida no puede oponerse porque el sentido de su vida reside en su bien personal. Y ya que lo mejor para su bien personal es someterse, se somete.

Hagan lo que hagan con él, por más que lo atormenten y por más que lo denigren se acabará sometiendo porque él solo no puede hacer nada, no tiene ningún principio en cuyo nombre afrontar la violencia en solitario. Y aquellos que lo gobiernan no le permiten que se una a otros. Se suele decir que la invención de terribles armas asesinas comportará el fin de la guerra, que la guerra acabará consigo misma. Esto no es cierto. Del mismo modo que se pueden perfeccionar los métodos de exterminio, se pueden perfeccionar también los sistemas para someter a los hombres que poseen una concepción social de la vida. Por más que los maten a miles, a millones y por más que los despedacen, igualmente, todos a una, como estúpido ganado, se encaminarán hacia la matanza: unos porque les arreean con látigos, otros porque así les permitirán lucir ridículas bandas y galones de los que incluso se sentirán orgullosos.

Y las personalidades públicas –conservadores, liberales, socialistas, anarquistas– discuten acerca de cómo hacer de esta masa de hombres,

idiotizados hasta el punto de jurar matar a sus propios padres, una sociedad moral y sensata. Pero ¿qué clase de sociedad moral y sensata se puede construir con hombres como éstos? Igual que no se puede construir una casa con troncos podridos y torcidos, los pongas como los pongas, tampoco se puede construir una sociedad moral y sensata con hombres así: lo único que se puede formar con ellos es un rebaño de animales conducidos por un pastor a base de gritos y latigazos. Así son las cosas.

Por tanto, hombres que se hacen llamar cristianos, que profesan la libertad, la igualdad y la fraternidad, están dispuestos en nombre de esta libertad a la sumisión más ciega y humillante, a una división de lo más burda y absurda entre clases superiores e inferiores, entre aliados y enemigos; y están dispuestos en nombre de la fraternidad a matar a sus hermanos.*

Las contradicciones entre nuestra conciencia y nuestra vida, y la desgracia que esto ha originado, han llegado hasta un límite extremo imposible de traspasar. La vida construida sobre la violencia ha acabado por negar los principios sobre los que ésta fue instituida. La formación de una sociedad cimentada sobre la violencia –cuyo objetivo era garantizar el bien de las personas, de la sociedad y el Estado– ha llevado a los hombres a negar este bien y a destruirlo.

La primera parte de la profecía se ha cumplido para las generaciones que no abrazaron las enseñanzas cristianas; sus descendientes están obligados ahora a experimentar la certeza de su segunda parte.

* El hecho de que algunos pueblos, como el inglés o el americano, no hayan instaurado todavía el servicio militar obligatorio (aunque ya se oyen algunas voces que defienden la necesidad de hacerlo), y que los soldados sirvan en el ejército por contrato, no cambia en absoluto la situación de esclavización de la ciudadanía con respecto a sus gobiernos. Mientras que a nosotros se nos obliga a ir a matar y a morir, ellos deben entregar el fruto de su trabajo al reclutamiento y adiestramiento de los asesinos. (*N. del A.*)

IX. LA ACEPTACIÓN DE LA CONCEPCIÓN CRISTIANA DE LA VIDA LIBERA A LOS HOMBRES DE LAS DESGRACIAS DE NUESTRA VIDA PAGANA

La situación de los pueblos cristianos de nuestro tiempo sigue siendo tan brutal como lo era durante el paganismo. Y en muchos sentidos –en particular en la subyugación de los hombres– es incluso más brutal que durante el paganismo.

Sin embargo, entre la situación de la gente de aquel tiempo y la de éste hay la misma diferencia que existe para las plantas entre los últimos días de otoño y los primeros de primavera. En la naturaleza otoñal, la falta de vida externa se corresponde con el decaimiento interno; en cambio, en primavera la falta de vida externa se encuentra en total contradicción con la vivificación interna y con la transición hacia una nueva forma de vida.

Lo mismo sucede con la semejanza que hay entre la vida pagana pasada y la actual. Este parecido es únicamente exterior: el estado interior de los hombres del paganismo es totalmente distinto al de los hombres de la actualidad.

En aquel entonces, la situación externa de brutalidad y esclavitud estaba en perfecto acuerdo con la conciencia interior de los hombres, y cada paso que se daba hacia adelante aumentaba esta concordancia; ahora en cambio, la situación externa de brutalidad y esclavitud se encuentra en total contradicción con la conciencia cristiana de los hombres, y cada paso que se da hacia adelante no hace sino agrandar esta contradicción.

De ello resultan toda clase de sufrimientos que pueden parecer innecesarios e inútiles; ocurre algo semejante a un parto: todo está listo para el surgimiento de una nueva vida, pero esta vida se resiste a aparecer.

Esta situación parece no tener salida. Y esto sería así si no fuera porque al hombre, y por extensión a toda la humanidad, le ha sido dada la posibilidad de asimilar otro modo superior de concepción de la vida, que le liberará de inmediato de todos aquellos lazos que parecen tenerlo fatalmente atado: se trata de la concepción cristiana de la vida, revelada a los hombres hace mil ochocientos años.

En cuanto el hombre asimile esta concepción de la vida, todas las cadenas que parecían sujetarlo fatalmente se harán pedazos por sí solas, y se sentirá completamente libre, como se sentiría un pájaro libre en un lugar vallado al desplegar las alas y echar a volar.

Hay quien habla de liberar a la Iglesia del Estado, y de conceder o no conceder la libertad a los cristianos. Esta forma de pensar contiene una extraña

confusión: la libertad no puede ni ser concedida ni retirada a un cristiano, puesto que la libertad constituye una propiedad inherente a todo cristiano.

Si se habla de la concesión o retirada de la libertad a los cristianos, es evidente que no se está hablando de auténticos cristianos, sino de personas que sólo se hacen llamar así. Es imposible que un cristiano no sea libre porque su marcha hacia la meta que se ha fijado no puede ser impedida por nadie ni por nada, ni siquiera puede ser retenida.

En cuanto un hombre comprende su vida tal y como le enseña el cristianismo –es decir, en cuanto comprende que su vida no le pertenece ni a él, ni a su familia ni al Estado, sino a Aquel que le dio la vida, y que por ello no debe observar la ley personal, familiar o estatal, sino la ley infinita de Aquel que lo creó– se siente no sólo completamente liberado de cualquier poder de los hombres, sino que deja de percibir este poder como algo capaz de oprimir a alguien.

En cuanto un hombre comprende que lo que constituye el fin de su vida es el cumplimiento de la ley de Dios, sustituye las demás leyes por ésta y se somete a ella, y este sometimiento a la ley divina hace que ante sus ojos todas las leyes humanas pierdan su carácter obligatorio y opresor.

El cristiano se libera de cualquier poder de los hombres al considerar que tanto su vida como la de los demás obedecen a la ley divina del amor implantada en el alma de toda persona, una ley que Cristo, el único que guía nuestra vida y la de los demás hombres, hizo emerger en las conciencias humanas.

Un cristiano puede verse expuesto a la violencia externa, puede ser privado de su libertad física, puede no ser libre de sus pasiones (aquel que peca es esclavo del pecado), pero nunca puede perder su libertad en el sentido de verse forzado por cualquier peligro o amenaza externa a cometer actos contrarios a su conciencia.

No puede ser forzado a ello puesto que esta arma, que contra los hombres con una concepción social de la vida resulta tan poderosa, basada en la privación, en el sufrimiento y en la violencia, no tiene para él la más mínima fuerza coercitiva. A un hombre con una concepción social de la vida, las privaciones y padecimientos le arrebatan toda la dicha que da sentido a su existencia, pero a un cristiano no sólo no pueden perturbarle esta dicha, que consiste en cumplir la voluntad de Dios, sino que sólo pueden fortalecerla si éste es alcanzado por la desgracia por cumplir con esta voluntad.

Por tanto, el cristiano, sometido a una única ley divina interior, no sólo no puede obedecer los dictados de la ley exterior que contravienen la ley divina del amor, como son los deberes que impone un Estado, sino que tampoco puede reconocer el deber de obediencia, sea a quien sea y sea para lo que sea; en

definitiva, no puede reconocer el llamado juramento de obediencia. En el caso de un cristiano, jurar obediencia a cualquier gobierno –ese acto que es considerado como la base de toda vida estatal– constituye una renuncia directa al cristianismo, porque un hombre que se ha comprometido para siempre a someterse a unas leyes que son y serán creadas por otros hombres, está renunciando de un modo absolutamente certero al cristianismo, que impele a obedecer en todas las circunstancias de la vida a la única ley divina del amor.

Bajo la concepción pagana del mundo, uno podía prometer someterse a la voluntad del poder seglar sin infringir la voluntad de Dios expresada en la circuncisión, en el *shabat*, en unas horas de oración fijadas, en la abstención de comer cierto tipo de alimentos, etcétera. Lo primero no contravenía lo segundo. Pero en esto se distingue precisamente el cristianismo del paganismo: el cristianismo no le exige al hombre que profese ciertos actos negativos externos, sino que le coloca en una actitud hacia sus semejantes distinta de la del pasado, una actitud de la que pueden resultar modos de actuar muy diversos e imposibles de prever; por ello, un cristiano no puede prometer someterse a la voluntad de otros hombres sin saber en qué van a consistir sus exigencias, no puede someterse a unas leyes humanas cambiantes, ni tampoco puede prometer realizar algo en concreto en un período determinado o abstenerse de hacerlo, porque no puede saber lo que le va a exigir la ley cristiana del amor, ni cuándo lo va hacer, y su cumplimiento constituye el sentido de su vida. Un cristiano que promete obedecer en lo sucesivo e inequívocamente la ley de los hombres estaría declarando que la ley divina interior ya no constituye para él la única ley de su vida.

Para un cristiano, jurar obediencia a los hombres o a las leyes humanas sería lo mismo que si un trabajador se comprometiera a cumplir no sólo con lo que le ordenara su patrón, sino también con todo aquello que le ordenara el resto de personas. No se puede servir a dos amos a la vez.

El cristiano se libera del poder de los hombres gracias a que sólo reconoce para sí mismo el poder de Dios, cuya ley, revelada por Cristo, reconoce en su interior y es a la única a la que se somete.

Y esta liberación no se consigue con la lucha, ni con la destrucción de las formas de vida existentes, sino únicamente transformando la manera de comprender la vida. Esta liberación se produce, en primer lugar, debido a que el cristiano reconoce la ley del amor revelada por el Maestro como algo perfectamente suficiente para las relaciones humanas, y por ello considera cualquier violencia innecesaria e ilegítima; en segundo lugar, si bien estas privaciones, sufrimientos o la amenaza de padecerlos llevan al hombre social a la necesidad de obedecer, para el cristiano, que tiene una concepción distinta de la vida, no representan nada más que condiciones inevitables de la existencia que soporta con paciencia sin rebelarse con la violencia –como hace ante la

enfermedad, el hambre o cualquier otra desgracia–, y nunca podrán guiar sus actos. Lo único que puede guiar sus actos es el principio divino que vive en su interior, que no puede ser cohibido ni dirigido por nada ni nadie.

El cristiano actúa de acuerdo con las palabras de la profecía, aplicadas a su Maestro: «No disputará con nadie ni dará gritos; nadie oirá por la calle su voz. No romperá la caña quebrada ni apagará el pabilo humeante hasta que haga triunfar la justicia» (Mateo 12, 19-20).

El cristiano no pleitea con nadie, no ataca a nadie, no emplea la violencia contra nadie, al contrario, él mismo soporta la violencia sin resistirse; y con esta actitud hacia la violencia no sólo se libera a sí mismo, sino que libera al mundo de cualquier poder externo.

«Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Juan 8, 32). Si hubiera alguna duda de que el cristianismo constituye la Verdad, entonces la plena libertad imposible de cohibir que siente una persona al asimilar la concepción cristiana de la vida resultaría una prueba indudable de su veracidad.

La situación actual de las personas se parece a la de las abejas enjambradas en un panal que pende de una rama. Su situación es transitoria y debe cambiar irremediamente: deben salir volando y encontrar un nuevo lugar donde vivir. Todas lo saben y desean cambiar su situación y la del resto, pero no lo pueden hacer hasta que todas las demás también lo hagan. No pueden echar a volar todas a la vez porque al estar unas encima de otras dificultan al resto separarse del enjambre y, por ello, continúan pendiendo de la rama. Parecería que las abejas no tienen ninguna posibilidad de salir de esta situación, como le parece a la gente que está atrapada en las redes de la concepción social de la vida.

Si la abeja que sí puede salir volando no lo hiciera, las demás nunca se moverían, y entonces el enjambre nunca cambiaría su situación. Y si la persona que ha asimilado una concepción cristiana de la vida no empezara, sin esperar al resto, a vivir de acuerdo con esta concepción, la humanidad tampoco cambiaría nunca su situación. Del mismo modo que basta con que una abeja despliegue las alas y salga volando, tras ella lo haga una segunda, una décima y una centesimal para que el enjambre que pende inmóvil se convierta en otro que vuela libremente, basta con que una persona entienda la vida tal como le enseña el cristianismo y empiece a vivir de esta manera, tras ella lo haga una segunda persona, una tercera y una centésima para destruir el círculo vicioso de la concepción social de la vida del que parecía no haber salida.

Pero se cree que la liberación de los hombres por este medio es demasiado lenta, que hay que encontrar y emplear otro sistema que pueda liberarlos de una sola vez. Esto es como si las abejas, a pesar de querer echar a volar, encontraran que deben esperar demasiado hasta que todo el enjambre, abeja por abeja, alce el vuelo, y que es necesario encontrar un medio para que cada

abeja por separado no tenga que desplegar las alas y alzar el vuelo, y en vez de eso lo haga todo el enjambre a la vez. Sin embargo, esto es imposible: hasta que la primera, segunda, tercera y centésima abeja no desplieguen las alas y alcen el vuelo, el enjambre no encontrará una nueva vida. Hasta que cada individuo no asimile la concepción cristiana de la vida y no empiece a vivir conforme a ella, no habrá solución para la contradicción de la vida de los hombres y no se establecerá una nueva forma de vida.

Uno de los fenómenos más asombrosos de nuestro tiempo es la prédica del servilismo que realizan entre las masas no sólo los gobiernos, para los cuales esto es imprescindible, sino también personas que defienden las teorías socialistas y que se consideran abanderadas de la libertad.

Estas personas propugnan que tanto las mejoras en las condiciones de vida como el advenimiento de una realidad en armonía con nuestra conciencia no llegarán como resultado de los esfuerzos individuales de los hombres, sino como resultado de una reorganización violenta de la sociedad. Propugnan que no debemos caminar por nosotros mismos hacia donde queremos y necesitamos ir, ya que bajo nuestros pies se deslizará un pavimento que, sin necesidad de movernos, nos llevará hasta donde necesitamos. Y, por tanto, todos nuestros esfuerzos no deben ir dirigidos a caminar hacia donde necesitamos, sino a permanecer inmóviles en el lugar y construir este pavimento imaginario.

Con respecto a la economía propugnan una teoría que se puede resumir en lo siguiente: cuanto peor, mejor; cuanta más acumulación de capitales y más oprimido esté el obrero, más cerca estará la libertad; por consiguiente, cualquier esfuerzo del individuo por librarse de la presión del capital es innecesaria. Con respecto al Estado propugnan que cuanto más poder tenga éste –según esta teoría el Estado debe invadir la parcela de vida privada que actualmente aún no ha in-vadido– tanto mejor, y por ello hay que instar a los gobiernos a que intervengan en la vida privada de los hombres. Con respecto a la política internacional propugnan que el aumento de los medios de exterminio y el aumento de tropas conducirán a la necesidad del desarme por medio de congresos, arbitrajes, etcétera. Y lo que es sorprendente es que el anquilosamiento mental de las personas es tan grande que creen en estas teorías, a pesar de que el discurrir de la vida y cada paso que se avanza revelan toda su falsedad.

Se aconseja al pueblo oprimido que, para librarse de esta opresión, idee medidas comunes que serán aplicadas por las autoridades de cara a mejorar su situación, pero que continúe sometido a éstas. Y, evidentemente, con esto lo único que se consigue es aumentar el poder de las autoridades, lo que conlleva el aumento de la opresión.

No hay ningún otro error que aleje tanto a los hombres del objetivo al que

aspiran como éste. La gente, para alcanzar los objetivos que se ha marcado, realiza las cosas más diversas, pero no la única, simple y directa que debería hacer. Inventan los medios más ingeniosos a fin de mejorar la situación que les oprime, pero no el más sencillo: que cada uno deje de hacer lo que genera esta situación.

Me relataron el caso de un intrépido comisario de policía rural que al llegar a una aldea donde los campesinos se habían amotinado y al que habían sido llamadas las tropas, se dispuso a sofocar el motín a la manera de Nikolái I: él solo, con su única influencia personal. Mandó traer un montón de azotes y, tras juntar a los *mujiks* en un cobertizo, se encerró con ellos dentro y los atemorizó de tal modo con sus gritos, que éstos se sometieron y empezaron a flagelarse unos a otros por orden suya. Y continuaron haciéndolo hasta que le llegó el turno al tonto del pueblo, que se resistió y gritó a sus compañeros que dejaran de azotarse unos a otros. Sólo entonces acabó la flagelación, y el comisario huyó del cobertizo. La gente con una concepción social de la vida, que se azota a sí misma sin tregua, y que presenta a sus semejantes esta au-toflagelación como la última palabra de la sabiduría humana, no es en absoluto capaz de seguir el consejo de aquel tonto.

De hecho, ¿puede alguien imaginarse un ejemplo más asombroso de cómo las personas se autoflagelan que esta sumisión con la que los hombres de nuestro tiempo cumplen las obligaciones que les son impuestas –especialmente el servicio militar– y que les llevan a una situación de esclavismo? Está claro que la gente se esclaviza a sí misma, sufre por esta esclavización y cree que así es como tiene que ser, que esto no obstaculiza en absoluto la liberación de los hombres (que en algún lugar y de algún modo se está gestando), a pesar de que el esclavismo no deja de crecer.

En efecto, un hombre de nuestro tiempo –sea cual sea (y no me refiero a un auténtico cristiano): instruido o no instruido, creyente o no creyente, rico o pobre, con familia o sin– vive inmerso en su trabajo, en sus diversiones, consumiendo los frutos de su propio trabajo o del ajeno, y, como todo el mundo, odia las estrecheces, las privaciones, las discordias y el padecimiento. Vive tranquilo, pero de pronto llegan unas personas que le dicen: en primer lugar, prométenos y júranos que nos obedecerás como un esclavo en todo lo que te ordenemos, que considerarás como una verdad incuestionable, y que te someterás a todo lo que inventemos, decidamos y hagamos llamar ley; en segundo lugar, entréganos una parte de los frutos de tu trabajo, y emplearemos este dinero para mantenerte esclavizado y así evitar que te resistas con la violencia a lo que hayamos dispuesto; en tercer lugar, elige y sé elegido como supuesto miembro de un gobierno, pero sabiendo que este gobierno actuará independientemente de los estúpidos discursos que tú y otros como tú pronunciéis: actuará a nuestra voluntad, a voluntad de quienes tenemos el

ejército en nuestras manos; en cuarto lugar, preséntate en determinadas ocasiones en los procesos judiciales y colabora en todas las descabelladas crueldades que perpetramos sobre personas que nosotros mismos hemos pervertido y echado a perder, en forma de cárceles, destierros, celdas incomunicadas y ejecuciones. Y, en quinto y último lugar, además de todo esto y a pesar de que tengas unas relaciones de lo más cordial con personas de otras naciones, tendrás que estar preparado para considerar a quienes te señalemos como al enemigo, participar personalmente o reclutando a otros en la devastación, saqueo y asesinato de hombres, mujeres, niños y ancianos, que podrán ser incluso tus propios compatriotas o tus padres, si creemos que ello es necesario.

¿qué podría uno esperar que respondiera cualquier hombre no idiotizado de nuestro tiempo ante tales exigencias?

«¿Por qué voy a hacer todo esto?» Esto es lo que uno esperaría que exclamara asombrado cualquier hombre de espíritu sano. «¿Para qué voy a jurar obedecer todo cuanto me ordenen hoy un tal Salisbury y mañana un Gladstone; hoy Boulanger y mañana una Cámara formada por hombres como el propio Boulanger; hoy Pedro III, mañana Catalina II y pasado mañana Pugachov; hoy un rey loco de Baviera* y mañana Guillermo II? ¿Para qué voy a jurarles obediencia sabiendo que son hombres malos o vacíos, o sin conocerlos en absoluto? ¿Por qué voy a entregarles el fruto de mi trabajo en forma de tributos sabiendo que este dinero se destina al soborno de funcionarios, a las cárceles, a la Iglesia, al ejército, a fines perniciosos y a mi propia esclavización? ¿Para qué me voy a fustigar a mí mismo? ¿Para qué voy a participar en unas elecciones malgastando mi tiempo, apartando la vista y dando a los opresores una apariencia de legalidad, y voy a fingir que participo en el gobierno cuando sé muy bien que el gobierno real de un Estado está en manos de quien controla el ejército? ¿Para qué voy a acudir a los tribunales de cara a colaborar en la tortura y ejecución de mis semejantes que han errado, si como cristiano sé que la ley de la venganza fue reemplazada por la ley del amor, si como persona instruida sé que el castigo no hace mejor a un hombre sino que lo hace peor? Y, lo más importante, ¿por qué voy a tener que reconocer como enemigos a personas de naciones vecinas con las que hasta ahora vivía y deseo vivir en paz y armonía, voy a reclutar a soldados o ir yo mismo a asesinar, devastar y a exponerme a ser atacado simplemente porque las llaves del templo de Jerusalén estén en posesión de tal obispo y no de tal otro, o que en Bulgaria gobierne este príncipe y no aquel otro alemán, o que las focas sean cazadas por comerciantes ingleses y no americanos? ¿Por qué voy a contribuir personalmente o con el reclutamiento de soldados a la esclavización y asesinato de mis hermanos y padres? ¿Por qué me voy a fustigar a mí mismo?

»No necesito nada de esto, todo esto me perjudica, y, se mire por donde se

mire, es inmoral, infame y ruin. Entonces, ¿para qué voy a hacerlo? Si decís que sin todo esto alguien me podría infringir daño, no se me ocurre, en primer lugar, ningún daño peor que el que me causaría obedeceros; en segundo lugar, veo con absoluta claridad que si no nos fustigamos a nosotros mismos no habrá quién lo haga. Porque el gobierno –zares, ministros y funcionarios con sus plumas, a los que no necesito para nada– no me puede obligar a nada, como sucedió con aquel comisario de policía rural y los *mujiks*: quienes me lleven por la fuerza ante un tribunal, a la cárcel o a ser ejecutado no serán ni los zares ni los funcionarios con sus plumas, sino personas que se encuentran en una situación idéntica a la mía. A ellos les resulta tan inútil, perjudicial y desagradable ser fustigados como a mí, y por ello, con toda probabilidad, si les abro los ojos no sólo no ejercerán la violencia sobre mí, sino que procederán igual que yo.

»En tercer lugar, incluso si ocurriera que debo sufrir tales consecuencias, seguiría siendo preferible ser deportado o encarcelado por defender el sentido común y el bien –que si no vence hoy ni mañana, lo hará dentro de muy poco– que sufrir por la estupidez y el mal que hoy o mañana deben acabar. Por ello, incluso en este caso es preferible ser deportado, encarcelado y hasta ejecutado antes que vivir por mi culpa toda la vida esclavizado por gente mala, ser arruinado, destruido por el enemigo invasor, estúpidamente mutilado o asesinado por defender un cañón, un pedazo de tierra que nadie necesita, o un estúpido trapo llamado bandera.

»No quiero azotarme a mí mismo y no lo haré. No tengo ningún motivo para hacerlo. Hacedlo vosotros si es lo que queréis, pero yo no lo voy a hacer.»

Parecería que no sólo un sentimiento religioso o moral, sino el simple razonamiento o el cálculo deberían hacer que cualquier hombre de nuestro tiempo respondiera y actuara de este modo. Pero no es así: las personas con una concepción social de la vida consideran que no es necesario actuar así porque al hacerlo estamos perjudicando el objetivo de liberarnos de la esclavización. Sostienen que tenemos que continuar, igual que aquellos *mujiks* con el comisario, azotándonos mutuamente y consolándonos con que todo lo que parloteamos en las Cámaras y en los Consejos, las uniones sindicales que creamos, nuestras marchas por las calles el Primero de Mayo, nuestros complots y nuestras acciones furtivas que inquietan a este gobierno que nos azota, logrará que nosotros, que nos estamos esclavizando cada día más, pronto nos liberemos.

No hay nada que obstaculice tanto a la liberación de los hombres como este asombroso extravío. En vez de dirigir sus esfuerzos hacia su liberación y la transformación de su concepción de la vida, los hombres buscan un sistema colectivo exterior de liberación, y con ello se encadenan cada vez más.

Esto es como afirmar que para hacer un fuego no es necesario prender todos

los pedazos de carbón, sino colocarlos de una determinada manera.

Entretanto, en los últimos tiempos se ha vuelto cada vez más evidente que la liberación de los hombres se logrará precisamente a través de la liberación individual. La liberación del individuo de la esclavización estatal en nombre del cristianismo, que en el pasado era un fenómeno excepcional y que pasaba inadvertido, últimamente ha cobrado un significado amenazante para el poder estatal.

Si en tiempos pasados, durante el Imperio romano, un cristiano se negaba a participar en sacrificios, venerar al emperador o a las divinidades, y durante la Edad Media se negaba a adorar los iconos o a reconocer la autoridad papal, este rechazo era, en primer lugar, eventual: el cristiano tanto podía verse empujado a la necesidad de confesar su fe, como no tener que hacerlo en toda su vida. Actualmente, en cambio, todos los hombres sin excepción se ven expuestos a estas pruebas de fe: deben participar en las brutalidades de la vida pagana, o bien negarse a hacerlo. En segundo lugar, en tiempos pasados el hecho de negarse a venerar a las divinidades, a los iconos o al Papa no constituía un fenómeno sustancial para un Estado: independientemente de si el pueblo adoraba o no a dioses, iconos y papas, el poder estatal permanecía inalterable. Pero ahora el rechazo a las exigencias religiosas del Estado socava de raíz todo su poder, puesto que éste se basa precisamente en el cumplimiento de sus exigencias anticristianas.

Con el fin de mantenerse, los poderes seculares se han visto llevados por el transcurso de la vida a la necesidad de exigir a la gente unas acciones imposibles de cumplir para quienes profesan un auténtico cristianismo.

Por ello, en la actualidad cualquier profesión de auténtico cristianismo por parte de un individuo socava en lo más esencial el poder del gobierno ya que ello implica inevitablemente la liberación de todos los hombres.

¿Y qué importancia puede tener, se dirán algunos, que algunas decenas de chiflados –así es como los llaman– se nieguen a jurar obediencia a un gobierno, a pagar tributos, a participar en tribunales y a servir en el ejército? A esta gente se la condena, se la envía bien lejos y la vida continúa igual que antes. Parecería que estos fenómenos no tienen ninguna importancia, pero son precisamente ellos los que más minan el poder del Estado y los que preparan el terreno para la liberación de los hombres. Son como las abejas que empiezan a separarse del enjambre y que vuelan próximas a él, a la espera de lo que no puede demorarse más: que todo el enjambre eche a volar tras ellas. Y los gobiernos lo saben y temen estos fenómenos mucho más que a todos los socialistas, comunistas, anarquistas y a sus complots con bombas de dinamita.

Tomemos la siguiente situación: empieza un nuevo reinado; siguiendo la norma general y el orden establecido, se exige a todos los súbditos que juren

obediencia al nuevo gobierno. Por ello se ordena convocar a todo el mundo en la catedral para jurar obediencia. Inesperadamente, una persona en Perm, otra en Tula, una tercera en Moscú y una cuarta en Kaluga manifiestan que no están dispuestos a jurar obediencia y, sin haberse puesto de acuerdo entre ellos, dan la misma explicación a todo el mundo de su negativa, esto es, que la ley cristiana prohíbe jurar, pero que aunque jurar no estuviera prohibido, conforme al espíritu de la ley cristiana tampoco podrían prometer realizar los actos malvados que son exigidos cuando se presta juramento: denunciar a todos aquellos que perjudiquen los intereses del gobierno, defender con un arma en las manos al gobierno o atacar a los enemigos de éste. Estos hombres son llamados ante comisarios de policía, jefes de policía de distrito, sacerdotes y gobernadores; se los exhorta, se les ruega, son amenazados y castigados, pero ellos se mantienen firmes en su decisión de no prestar juramento. Y entre los millones de personas que sí prestan juramento hay algunas decenas que no lo hacen. Les preguntan:

–¿Cómo es posible que no hayáis prestado juramento?

–Pues no prestándolo.

–¿Y no ha pasado nada?

–Nada.

Los súbditos de un Estado están obligados a pagar tributos. Y todos lo hacen, pero una persona en Jarkov, otra en Tver y una tercera en Samara se niegan a pagarlos aduciendo exactamente la misma causa, como si se hubieran puesto de acuerdo. Uno de ellos afirma que los pagará cuando le digan a qué se destinará el dinero que le arrebatan. Si se destina a asuntos de bien, entregará incluso más de lo que se le exige. Pero si se destina a asuntos pérfidos, no entregará nada de manera voluntaria, porque conforme a la ley de Cristo, no puede contribuir a causas malvadas. Exactamente lo mismo, aunque con otras palabras, afirman los demás y no pagan tributos de forma voluntaria. A aquellos que poseen algo, les arrebatan sus bienes a la fuerza; a aquellos a los que no hay nada que arrebatar, los dejan en paz.

–¡Cómo! ¿No has pagado tributos?

–No, no los he pagado.

–¿Y no ha pasado nada?

–Nada.

Se instituye el uso de pasaportes. Todo aquel que se aleja de su lugar de residencia está obligado a llevar un pasaporte y pagar por él un arancel. De pronto aparecen en distintos lugares personas que dicen que no hay necesidad de llevar pasaporte, que no tienen por qué reconocer su dependencia de un Estado que se sustenta en la violencia, y estas personas no llevan sus pasaportes

y no pagan ningún arancel por ellos. Y de nuevo no hay modo posible de hacerles cumplir lo que se exige de ellos. Los encarcelan, los vuelven a dejar en libertad y viven sin pasaportes.

Todos los campesinos están obligados a cumplir ciertas funciones policiales en calidad de *sotski*, *desiatski*,^{**} etcétera. Pero de pronto en Jarkov un campesino se niega a cumplir con esta obligación, aduciendo que conforme a la ley cristiana que profesa no puede atar, encerrar ni llevar a rastras a nadie. Lo mismo manifiesta un campesino en Tver y otro en Tambov. Estos campesinos son insultados, golpeados y encarcelados, pero se mantienen firmes en su decisión y no ejecutan aquello que es contrario a su fe. Dejan de ser elegidos como *sotski*, y de nuevo no pasa nada en absoluto.

Todos los ciudadanos deben participar como jurado en los tribunales. De pronto, personas de lo más diverso –carroceros, catedráticos, comerciantes, *mujiks*, nobles–, como habiéndose puesto de acuerdo entre sí, se niegan a cumplir con esta obligación y no por causas que la ley contemple, sino porque según su parecer el mismo hecho de juzgar es algo ilegítimo y anticristiano que no debería existir. Estos hombres son multados, se intenta que no expresen públicamente los motivos de su negativa y son sustituidos por otras personas. Exactamente lo mismo sucede con quien se niega, por las mismas razones, a participar en un proceso judicial en calidad de testigo. Y, una vez más, no pasa nada.

Todos los jóvenes, al cumplir veintiún años, están obligados a participar en un sorteo militar. Pero de pronto un muchacho en Moscú, otro en Tver, un tercero en Jarkov y un cuarto en Kiev, como si lo hubieran acordado previamente, se presentan en la oficina de reclutamiento y manifiestan que no van a prestar juramento ni servir en el ejército porque son cristianos. He aquí los detalles de uno de los primeros casos, desde que éstos empezaron a volverse más frecuentes, que me es bien conocido.^{***} En el resto de casos se repitió aproximadamente lo mismo. Un joven de educación media se niega a prestar juramento en la *duma* de Moscú. Nadie presta atención a sus palabras y le exigen que, como todos, pronuncie el juramento. Él se niega, señalando el lugar concreto del Evangelio donde se prohíbe jurar. No prestan atención a sus argumentos y le exigen que cumpla la orden, pero no lo hace. Entonces presuponen que se debe tratar de un sectario y que, por ello, comprende erróneamente el cristianismo, es decir, no del modo que lo comprenden los popes a sueldo del Estado. Y llevan al joven bajo escolta ante los popes para que éstos le hagan entrar en razón. Los popes tratan de persuadirlo, pero sus creencias, que consisten en renegar de Cristo en nombre del propio Cristo, evidentemente no causan ningún efecto sobre el joven. Los popes le mandan de vuelta al ejército y declaran sobre él que es incorregible. El joven continúa sin prestar juramento y se niega abiertamente a cumplir las obligaciones militares.

Un caso así no está previsto por la ley: no se puede tolerar que una orden de los superiores sea desobedecida, pero tampoco se puede equiparar este caso a un simple desacato. Tras deliberarlo, las autoridades militares deciden deshacerse del embarazoso joven declarándolo revolucionario y enviándolo bajo escolta a la dirección de la policía secreta. Los policías y gendarmes interrogan al joven, pero todo cuanto dice no se ajusta a ninguno de los delitos que son de su competencia, y no hay manera de poderle acusar de actos revolucionarios o de conspiración, puesto que declara que no quiere destruir nada, sino que, al contrario, rechaza cualquier tipo de violencia; además, no oculta nada en absoluto: busca cualquier ocasión para decir y llevar a cabo todo lo que defiende de la forma más abierta posible. Y los gendarmes, que no disponen de ninguna ley que se ajuste a un caso como éste –lo mismo que le sucede al clero–, al no encontrar nada que imputar al joven, lo devuelven al ejército. Nuevamente las autoridades militares deliberan sobre qué hacer y deciden inscribir al joven como soldado, a pesar de que no ha prestado juramento. Lo visten de uniforme militar y lo envían escoltado al lugar de acantonamiento de las tropas. Allí, el jefe de la unidad a la que ha sido designado le exige que cumpla sus deberes militares, pero el joven de nuevo se niega a obedecer y, delante de los otros soldados, manifiesta el motivo de su negativa: como cristiano no puede adiestrarse para el asesinato, prohibido ya por la ley de Moisés.

El asunto sucede en una ciudad de provincias. Este caso despierta el interés e incluso la simpatía no sólo de personas ajenas al ejército, sino también de los oficiales, y por ello los superiores no se atreven a emplear las medidas disciplinarias habituales por insubordinación. Sin embargo, para guardar las apariencias lo encarcelan y escriben al mando militar preguntando qué deben hacer. Desde el punto de vista oficial, la negativa a realizar el servicio militar, que hasta el mismo zar realiza y que cuenta con la bendición de la Iglesia, se entiende como un acto de demencia, y desde San Petersburgo responden que ya que el muchacho parece haber perdido el juicio, no deben tomarse aún medidas drásticas: hay que someterle a un examen psiquiátrico y tratarlo en un manicomio, lugar al que es enviado con la esperanza de que lo mantengan recluido, como sucedió en Tver hace diez años con otro joven que se negó a servir en el ejército y que fue atormentado en el manicomio hasta que se sometió. Pero esta medida tampoco libra al mando militar del incómodo joven. Los médicos lo examinan y se interesan mucho por su caso, pero, evidentemente, al no encontrar en él ningún síntoma de enfermedad mental lo devuelven al ejército. En el ejército, haciendo ver que han olvidado su negativa y los motivos que ha esgrimido, de nuevo le mandan empezar la instrucción militar, y de nuevo él se niega delante de otros soldados y expone la razón de su rechazo. El asunto suscita cada vez más interés entre el resto de soldados y

entre los habitantes de la ciudad. Vuelven a escribir a San Petersburgo, donde deciden que el joven sea trasladado a una unidad situada en un región fronteriza, a un lugar donde las tropas están bajo la ley marcial, donde se puede fusilar en caso de desobediencia, y donde este asunto pasará desapercibido ya que en esa lejana región viven muy pocos rusos y muy pocos cristianos: la mayoría son extranjeros y mahometanos. Y así es como se procede. El joven es transferido a una unidad situada en la frontera transcaspiana, y lo envían junto con algunos delincuentes ante el jefe, conocido por su firmeza y severidad.

Durante todo este tiempo, durante todos estos traslados de un lugar a otro el joven es tratado con rudeza, es sometido al frío, al hambre y a la suciedad, y hacen todo lo posible para que su vida sea penosa. Pero ninguno de estos tormentos altera su decisión. En la frontera transcaspiana, cuando le exigen que haga guardia con un arma en las manos, de nuevo se niega a obedecer. No se niega a montar guardia junto al almiar de heno que le han indicado, pero sí a sostener un arma: declara que en ningún caso va a emplear la violencia contra nadie. Todo esto sucede ante otros soldados. No se puede dejar pasar impunemente una desobediencia así y el joven es juzgado por una falta disciplinaria y es condenado a una pena de dos años que deberá cumplir en una cárcel militar. De nuevo es trasladado, bajo escolta y junto a otros delincuentes al Cáucaso, y allí es encerrado en una prisión y cae bajo el poder incontrolado de un carcelero. Allí lo atormentan durante un año y medio; no obstante, no altera su decisión de no empuñar un arma y explica a todo aquel con quien tiene contacto el motivo de su negativa, y al final del segundo año es puesto en libertad antes de haber cumplido la pena íntegra, y, en contra de la ley, el tiempo que ha pasado en prisión le es computado como tiempo de servicio prestado en el ejército, ya que lo único que desean allí es desembarazarse de él cuanto antes.

Otros hombres en distintas partes de Rusia actúan exactamente del mismo modo que este joven, como si se hubieran puesto de acuerdo, y en todos estos casos la manera de proceder del gobierno es igual de temerosa, vacilante y encubierta. Algunos de estos jóvenes son enviados al manicomio, otros son alistados como escribientes y trasladados a Siberia, otros son mandados a trabajar en bosques, otros son encarcelados y otros multados. Y en este momento, algunos de estos insumisos están en prisión no por el fondo del asunto –negar la legitimidad del modo de proceder del gobierno–, sino por el incumplimiento de ciertas exigencias particulares de las autoridades. En este sentido, hace poco un oficial de la reserva que no notificó su lugar de residencia y que manifestó que no serviría más en el ejército, fue multado a pagar treinta rublos por incumplimiento de una orden gubernamental, los cuales también se negó a pagar voluntariamente. Del mismo modo, hace poco varios campesinos y soldados que se habían negado a realizar la instrucción militar y a empuñar un

arma fueron arrestados por insubordinación y desacato.

Y casos como éstos –negarse a cumplir los deberes estatales contrarios al cristianismo, especialmente el servicio militar obligatorio– se están produciendo en los últimos tiempos no sólo en Rusia, sino en todas partes. En este sentido tengo noticia de que en Serbia los hombres de la llamada secta de los Nazarenos se niegan continuamente a realizar el servicio militar y el gobierno austriaco lleva años luchando en vano contra ellos, sometiéndolos a penas de prisión. En 1885 se produjeron ciento treinta casos. Sé que en Suiza entre 1890 y 1900 hubo personas encarceladas en el Castillo de Chillon por su negativa a servir en el ejército, y que a pesar del castigo, no modificaron su decisión. En Suecia se produjeron casos similares en los que también se encarceló a los insumisos y el gobierno ocultó al pueblo celosamente estos sucesos. Lo mismo ha sucedido en Prusia. Conozco el caso de un suboficial de la guardia que en 1891 anunció a sus superiores en Berlín que como cristiano no podía seguir sirviendo en el ejército, y a pesar de todas las exhortaciones, amenazas y castigos, se mantuvo en su decisión. En el sur de Francia ha surgido recientemente una comunidad de hombres que se hacen llamar Hinschist (esta información la he extraído de la revista *Peace Herald* de julio de 1891) cuyos miembros, de acuerdo con sus convicciones cristianas, se niegan a realizar el servicio militar. Al principio se les destinaba a servir en hospitales militares, pero ahora, a medida que su número ha ido aumentando, son castigados por insubordinación. No obstante, no ceden y siguen sin empuñar un arma.

Ni los socialistas ni los comunistas ni los anarquistas, con sus bombas, motines y revoluciones, causan tanto pavor a los gobiernos como estos hombres aislados de distintos países que se niegan a obedecer conforme a una misma doctrina por todos conocida. Todo gobierno sabe cómo y con qué defenderse de los revolucionarios, dispone de medios para ello y, por consiguiente, no teme a este enemigo externo. Pero ¿qué pueden hacer los gobiernos contra hombres que revelan la inutilidad, el exceso y la nocividad de todo gobierno, y que además no luchan contra él, simplemente no lo necesitan, se las apañan sin él, y por ello no quieren colaborar con él?

Los revolucionarios dicen: «El orden estatal es pernicioso por esto y aquello, hay que destruirlo y sustituirlo por éste o aquel otro». Pero el cristiano dice: «No sé nada acerca del orden estatal, acerca de si es bueno o malo, y precisamente no deseo destruirlo porque no sé hasta qué punto es bueno o malo; pero por esta misma razón tampoco deseo apoyarlo. Y no sólo no lo deseo, sino que no puedo hacerlo, porque lo que éste me exige es contrario a mi conciencia».

Todos los deberes que impone un Estado son contrarios a la conciencia de un cristiano: el juramento de obediencia, los tributos, los tribunales y el ejército. Y es en estos deberes en lo que se basa todo el poder de un Estado.

El enemigo revolucionario lucha contra el gobierno desde fuera. Pero el cristianismo no lucha, sino que destruye los cimientos del gobierno desde dentro.

Entre el pueblo ruso, en el que especialmente desde los tiempos de Pedro I nunca ha cesado la protesta del cristianismo contra el Estado; entre el pueblo ruso, cuyo orden de las cosas es tal que hay personas que se marchan en comunas hacia Turquía, China y tierras inhabitadas, que no sólo no necesitan a ningún gobierno, sino que lo perciben como una carga innecesaria que soportan a modo de una desgracia, ya sea este gobierno turco, ruso o chino; en definitiva, entre el pueblo ruso, en los últimos tiempos se están dando cada vez más casos de individuos que protagonizan una liberación cristiana y consciente de la sumisión al gobierno. Y estos fenómenos son especialmente temibles para el gobierno porque aquellos que se niegan a obedecer a menudo no pertenecen a los llamados estamentos pobres y no instruidos, sino a círculos de educación media y superior, y además ya no justifican su negativa valiéndose de creencias místicas y peculiares como sucedía en el pasado, ni mezclan estas creencias con supersticiones y fanatismos como hacen los sectarios que se autoinmolan prendiéndose fuego o los *beguny*, sino que justifican su negativa con argumentos sencillos y claros, comprensibles para todos y que todo el mundo reconoce como una verdad.

Así pues, se niegan a pagar tributos voluntariamente porque estos tributos son empleados en asuntos relacionados con la violencia: para pagar los sueldos de los opresores y de los militares, para construir cárceles, fortalezas y cañones. Y ellos, como cristianos, consideran que es pecaminoso e inmoral participar en tales asuntos. Se niegan a jurar obediencia porque obedecer a las autoridades, es decir, a hombres entregados a la violencia, es contrario al sentido de las enseñanzas cristianas; se niegan a jurar ante los tribunales porque el Evangelio prohíbe directamente jurar. Se niegan a ocupar puestos policiales porque estos puestos entrañan tener que emplear la violencia contra sus hermanos y causarles sufrimientos, y un cristiano no puede hacer tal cosa. Se niegan a participar en los procesos judiciales porque consideran que éstos encarnan la ley de la venganza, incompatible con la ley cristiana del perdón y el amor. Se niegan a participar en cualquier preparativo de guerra y en el ejército porque no quieren ni pueden convertirse en verdugos, y no están dispuestos a adiestrarse para tal fin.

Todos los motivos que esgrimen son de tal naturaleza que por más despóticos que sean los gobiernos, no pueden castigarlos abiertamente por ellos. Para poder castigar por estos motivos, los gobiernos deberían abjurar irrevocablemente de la razón y el bien, pero no pueden hacerlo porque aseguran que sólo gobiernan en nombre de la razón y el bien.

¿Qué pueden hacer los gobiernos contra estos hombres?

En efecto, los gobiernos pueden aniquilar, ejecutar, encerrar para siempre en cárceles y presidios a todos sus enemigos, que desean derrocarlos mediante la violencia; pueden colmar de oro y sobornar a la mitad de los hombres que necesitan; pueden someter a millones de hombres armados, dispuestos a eliminar a todos los enemigos del gobierno. Pero ¿qué pueden hacer contra personas que no desean destruir ni instituir nada, sino únicamente, para sí mismos y para su vida, no hacer nada contrario a la ley cristiana; contra personas que se niegan a cumplir los deberes más comunes y, por ello, más necesarios para los gobiernos?

Si se tratara de revolucionarios, que propugnan la violencia y el asesinato, y que cometen tales actos, el modo de actuar sería simple: a una parte de ellos se les sobornaría, a otra se les engañaría y a otra se les atemorizaría; y aquellos que no se dejaran sobornar, engañar ni atemorizar serían presentados como malhechores y enemigos de la sociedad, serían ejecutados o encarcelados, y el pueblo aprobaría el modo de proceder del gobierno. Si se tratara de fanáticos que propugnan alguna creencia religiosa particular, se podría refutar lo que su fe contiene de verdadero porque su doctrina está mezclada con engañosas supersticiones. Pero ¿qué hacer con personas que no propugnan ninguna revolución ni ningún dogma religioso particular, sino que simplemente, al no desear causar el mal a nadie, se niegan a prestar juramento de obediencia, a pagar tributos, a participar en procesos judiciales, a servir en el ejército y a participar en los deberes sobre los que se basa toda la estructura estatal? Es imposible sobornarlos: ya el mismo riesgo al que se exponen voluntariamente muestra su integridad. Engañarlos con la idea de que esto es lo que quiere Dios es también imposible, porque su negativa se fundamenta en la clara e indudable ley divina que también profesan quienes tratan de forzarlos a que actúen en contra de ésta. Amedrentarlos con amenazas es aún menos posible, porque las privaciones y padecimientos a los que se verán expuestos por su profesión de fe no hace más que reforzar esta fe, y en su ley se dice claramente que hay que obedecer a Dios antes que a los hombres, y que no hay que temer a aquellos que pueden destruir el cuerpo, sino a aquello que puede destruir el cuerpo y el alma. Tampoco pueden ejecutarlos ni encerrarlos para siempre. Estos hombres tienen pasado, amigos, su modo de pensar y actuar es conocido, todo el mundo los considera gente bondadosa y pacífica, y es imposible hacerlos pasar por unos malvados a los que es necesario apartar de la sociedad para protegerla. Y ejecutar a unos hombres a los que todo el mundo tiene por buenos alzaría a personas en su defensa que explicarían el motivo de su negativa a obedecer. Y basta con que se explicara el motivo de tal negativa para que a todo el mundo le quedara claro que las razones por las que estos cristianos se niegan a cumplir las exigencias estatales son extensibles a todos los hombres, y que todos tendrían que haber hecho lo mismo hace ya tiempo.

Ante la desobediencia de los cristianos, los gobiernos se encuentran en una situación desesperada. Ven que la profecía se está cumpliendo: el cristianismo está rompiendo las cadenas y liberando a los hombres que se encuentran esclavizados; ven que esta liberación supondrá el fin inevitable de quienes mantienen a los demás esclavizados. Los gobiernos perciben esto, saben que tienen las horas contadas, y no pueden hacer nada. Lo único que pueden hacer para salvarse es retrasar la hora de su caída. Y esto es precisamente lo que hacen, pero aun así su situación es desesperada.

La situación de los gobiernos es comparable a la de un conquistador que desea conservar una ciudad a la que sus mismos habitantes han prendido fuego. En cuanto logra apagar el fuego en una parte, otras dos empiezan a arder; cuando cede a las llamas y derriba un lado ya quemado de un gran edificio, empiezan a arder otros dos lados. Estos fuegos son todavía aislados, pero están ardiendo con unas llamas que empezaron con una chispa, y que no se detendrán hasta que hayan acabado con todo.

Y cuando los gobiernos están ante hombres que profesan el cristianismo, cuando se encuentran en una situación tan indefensa, y cuando falta tan poco para que se derrumbe toda esta fuerza aparentemente tan poderosa que ha sido erigida durante siglos, surgen reformadores sociales que predicán que no es necesario sino incluso perjudicial e inmoral que los individuos traten individualmente de liberarse de su esclavitud. Esto es como si unos hombres llevarán tiempo represando el agua de un río para abrir un canal y cuando hubieran cavado toda una zanja y sólo les faltara hacer una abertura para que el agua corriera e hiciera el resto, de pronto llegaran otros hombres que les aconsejaran que en vez de dejar correr el agua, mejor sería construir sobre el río una máquina provista de achicadores que extrajeran el agua de un lado y la trasvasaran hacia el otro.

Sin embargo, la situación ha llegado demasiado lejos: los gobiernos sienten ya su impotencia y debilidad, y las personas con una conciencia cristiana, que han despertado de su estado hipnótico, empiezan ya a sentir su fuerza.

«Yo he venido para traer fuego al mundo, ¡y cómo me gustaría que ya estuviera ardiendo!», **** dijo Cristo.

Y este fuego está empezando a arder.

* Se hace referencia a Luis II de Baviera. (N. del T.)

** En la Rusia zarista se elegía a un representante policial entre el campesinado para que en las aldeas vigilara y controlara cien casas (*sotski*) o diez casas (*desitatski*). (N. del T.)

*** Todos los detalles de este caso y de los anteriores son reales. (N. del A.)

**** Lucas 12, 49. (N. del T.)

X. LA INUTILIDAD DE LA VIOLENCIA ESTATAL COMO INSTRUMENTO PARA SUPRIMIR EL MAL. EL AVANCE MORAL DE LA HUMANIDAD SE LOGRA NO SÓLO MEDIANTE EL CONOCIMIENTO DE LA VERDAD, SINO TAMBIÉN MEDIANTE EL SURGIMIENTO DE UNA OPINIÓN PÚBLICA*

El cristianismo en su auténtico sentido destruye el Estado. Esto fue comprendido desde un buen principio, y por ello Cristo fue crucificado; así lo comprendieron también las personas que no se sentían obligadas a justificar el Estado cristiano. Sin embargo, con el tiempo, a medida que los jefes de Estado abrazaron en apariencia y externamente el cristianismo, empezaron a inventarse toda clase de artimañas y teorías según las cuales éste era perfectamente compatible con el Estado. Pero para cualquier hombre sincero y serio de hoy en día es evidente que el auténtico cristianismo –la doctrina de la resignación, del perdón a las ofensas y el amor– y el Estado –con toda su pompa, su violencia, sus ejecuciones y sus guerras– son dos conceptos inconciliables. La profesión del auténtico cristianismo no sólo excluye la posibilidad de reconocer el Estado, sino que destruye sus cimientos.

Pero si esto es así, y es cierto que el cristianismo no es compatible con el Estado, surge por sí sola la siguiente cuestión: ¿qué es mejor para el bien de la humanidad y más beneficioso para los hombres, continuar con esta organización estatal, o abolirla y reemplazarla por el cristianismo?

Algunos afirman que lo más beneficioso para la humanidad es el Estado, que la abolición de la organización estatal supondría el fin de todos los logros de la humanidad, que el Estado ha sido y continúa siendo la única forma bajo la cual la humanidad se puede desarrollar, que todo el mal que observamos en los pueblos que viven bajo una forma estatal no proviene de ésta, sino de los abusos que se han producido, pero que éstos pueden ser enmendados sin tener que destruir nada, y que la humanidad puede, sin necesidad de abolir la forma estatal, desarrollarse hasta alcanzar el nivel máximo de prosperidad. Los que así piensan apoyan su razonamiento en una serie de argumentos filosóficos, históricos e incluso religiosos que les parecen irrefutables. Sin embargo, hay otros que opinan lo contrario: ya que hubo un tiempo en que la humanidad vivía sin ninguna clase de estructura estatal, ésta puede ser considerada meramente temporal, llegará un día en que la gente necesite una nueva estructura, y este día ha llegado. Los que así piensan apoyan su razonamiento en una serie de argumentos filosóficos, históricos y religiosos que también les

parecen irrefutables.

Se pueden escribir volúmenes y volúmenes en defensa de la primera tesis (de hecho, ya se han escrito y se continúan escribiendo), pero asimismo se puede escribir muchísimo en su contra (y, aunque no desde hace mucho, también se ha hecho y de forma brillante).

Y no se puede demostrar ni que, tal y como afirman los defensores del Estado, su abolición comportaría el caos social, el pillaje, el asesinato, la destrucción de todas las instituciones sociales y el regreso de la humanidad a la barbarie; ni tampoco que, tal y como afirman los detractores del Estado, los hombres han alcanzado un nivel de raciocinio y bondad tan elevado que ya no roban, ni se matan unos a otros, que prefieren la convivencia pacífica al enfrentamiento, que ellos mismos organizarán todo cuanto necesiten sin necesidad de un Estado, que éste no sólo no contribuye a la prosperidad, sino que, con el pretexto de proteger a los hombres, ejerce sobre ellos una influencia dañina y brutal.

Ni lo uno ni lo otro puede ser demostrado con razonamientos abstractos y, aún menos, mediante la experiencia, ya que la cuestión reside precisamente en saber si merece o no la pena embarcarse en esta experiencia. La cuestión reside en saber si ha llegado o no el tiempo de abolir el Estado, algo que sería irresoluble si no existiera otro método indiscutible para resolverlo.

Podemos discutir largamente acerca de si unos polluelos han crecido lo suficiente como para que espantemos a la gallina y los hagamos salir del cascarón, o de si todavía no han crecido lo suficiente; pero independientemente de lo que nosotros discutamos, los que resolverán esta cuestión serán los mismos polluelos, ya que cuando estén listos y ya no quepan en los huevos, romperán el cascarón y saldrán al exterior.

Lo mismo sucede con la cuestión de si ha llegado o no ha llegado el tiempo de abolir el Estado para sustituirlo por una nueva forma. Si una persona, que ha desarrollado en su interior una conciencia superior, ya no puede seguir cumpliendo las exigencias del Estado, no tiene cabida en él y ha dejado de necesitar su protección, la cuestión de si los hombres han madurado o no lo suficiente como para abolir el Estado, tiene una solución tan indiscutible como la de un polluelo que ha salido del cascarón: ninguna fuerza del mundo podrá ya hacerlo regresar a éste; del mismo modo, los hombres que hayan superado la forma estatal, ya no podrán ser obligados a regresar a ésta.

«Es muy probable que el Estado fuera necesario y que ahora también lo sea para todo aquello que le atribuíis –dice el hombre que ha adquirido una concepción cristiana de la vida–, pero lo único que sé es que yo no lo necesito, y que yo no puedo tomar parte en aquellos actos que son imprescindibles para su existencia. Organizad vuestras vidas como os sea conveniente, no puedo demostrar si los Estados son necesarios o perniciosos, pero sí sé lo que necesito

y lo que no, y lo que puedo y no puedo hacer. Sé que no necesito diferenciarme del resto de pueblos, por ello yo no puedo reconocer mi pertenencia exclusiva a una nación o Estado cualquiera, ni mi sujeción a un gobierno determinado; sé que yo no necesito todas aquellas instituciones gubernamentales propias de cualquier Estado, y por ello no puedo privar a los hombres del fruto de mi trabajo para entregarlo en forma de impuestos a instituciones que yo no necesito, y que considero perjudiciales; sé que yo no necesito ni gobiernos ni tribunales que generan violencia, y por ello no puedo formar parte ni de unos ni de otros; sé que yo no necesito atacar a otros pueblos, ni matarlos, ni defenderme de ellos con un arma en las manos, y por ello no puedo participar en guerras ni en sus preparativos. Es muy probable que haya gente que no pueda dejar de considerar todo esto como algo necesario, imprescindible: no voy a discutir con ellos. Pero sé de un modo absolutamente certero que yo no lo necesito y que no puedo formar parte de ello. Y no lo puedo hacer, no porque no lo quiera como individuo, sino porque no lo quiere Aquel que me dio la vida y que me enseñó una ley indiscutible para guiarla.»

Por más argumentos que aporten quienes defienden que sería fatal suprimir el poder estatal y que esto traería la desgracia, los hombres que han superado la forma estatal ya no tienen cabida en ella. Y por más argumentos a favor de la existencia del Estado que le aporten a un hombre que ha superado esta forma estatal, ya no se le podrá hacer regresar a ésta, ni podrá tomar parte en los asuntos que sean contrarios a su conciencia, del mismo modo que no se puede obligar a regresar al cascarón a un polluelo que ya ha salido de él.

«Pero incluso si esto fuera así –dicen los defensores del orden existente–, la supresión de la violencia sería posible y deseable sólo cuando todos los hombres fueran cristianos. Mientras esto no sea así, mientras haya individuos que sólo se hagan llamar cristianos, que no lo sean o que sean malvados y que por codicia estén dispuestos a causar el mal a sus semejantes, la supresión de la violencia estatal no sólo no supondría ningún beneficio para la comunidad, sino que aumentaría su desgracia. La supresión de la violencia estatal no es deseable ni cuando sólo haya una pequeña parte de hombres que sean auténticos cristianos, ni incluso cuando todos sean cristianos, porque entre ellos o a su alrededor, en los pueblos vecinos, quedarán hombres no cristianos que saquearán, violentarán y matarán impunemente a los cristianos, y convertirán sus vidas en una pesadilla. Lo único que se conseguirá, pues, es que los malvados dominen impunemente a los bondadosos y los opriman. Por este motivo, la violencia estatal no debe desaparecer hasta que no se haya acabado con todos los hombres malvados y con todos los ladrones del mundo. Y ya que esto no es posible –o al menos no hasta un futuro muy lejano–, la violencia estatal debe ser mantenida por el interés de la mayoría, a pesar de los intentos de ciertos cristianos por librarse de ésta.» «Sin un Estado, los malvados oprimirían y

dominarían a los bondadosos: el Estado facilita que los malvados sean reprimidos.» Así hablan los defensores del Estado.

Pero al afirmar esto, los defensores del orden establecido están dando por sentado de antemano la legitimidad de la tesis que tratan de demostrar. Al decir que sin la violencia estatal los malvados dominarían a los buenos, consideran probado que los buenos son aquellos que en la actualidad están en el poder, mientras que los malvados son aquellos que están sometidos. Pero esto es algo que hay que demostrar. Podría ser cierto únicamente si en nuestra sociedad se produjera lo mismo que en teoría ocurre –aunque en realidad no sea así– en China; esto es, que siempre gobernara gente bondadosa, y que en cuanto aquellos que estuvieran en el poder fueran menos buenos que sus súbditos, éstos estarían obligados a derrocarlos. Así se supone que sucede en China, pero en realidad esto no es ni puede ser así, porque para derrocar del poder a un gobierno opresor, no basta con tener derecho a hacerlo: hay que tener la fuerza. En China se parte del supuesto de que esto debe ser así, pero es que en nuestra sociedad esto es algo que ni siquiera se puede presuponer: en nuestra sociedad no hay nada que nos haga pensar que los que gobiernan son hombres buenos y virtuosos, y no hombres que han tomado el poder por la fuerza y que lo han mantenido para sí y sus sucesores.

En realidad, los más bondadosos no disponen de ningún medio con el que tomar el poder y mantenerlo, porque para hacerlo es preciso amarlo. Y la bondad no es compatible con la sed de poder, ni con las cualidades que le son contrarias: orgullo, astucia y brutalidad.

Sin enaltecerse uno mismo y humillar a otros, sin hipocresía, mentiras, cárceles, fortalezas, ejecuciones y asesinatos es imposible conseguir y mantener ningún tipo de poder.

«Si se pusiera fin a la violencia estatal, los más malvados gobernarían sobre los más bondadosos,» afirman los defensores del sistema estatal. Pero si los egipcios sometieron a los judíos, los persas a los egipcios, los macedonios a los persas, los romanos a los griegos y los bárbaros a los romanos, ¿acaso los que sometían eran más bondadosos que aquellos que eran sometidos?

Del mismo modo, ¿acaso en los traspasos de poder dentro de un Estado, este poder ha pasado siempre a individuos más bondadosos? Cuando Luis XVI fue derrocado, Robespierre llegó al poder y más tarde lo hizo Napoleón, ¿quiénes gobernaron: los más bondadosos o los más malvados? Y ¿cuándo gobernaron los bondadosos?: ¿cuando el poder lo ocupaban los partidarios de Versalles, o los de la Comuna? ¿Cuando el jefe de gobierno era Carlos I o Cromwell? ¿Cuando el zar era Pedro III, o cuando éste fue asesinado y una parte de Rusia era gobernada por Catalina la Grande y otra era gobernada por Pugachov? ¿quién era el bueno y quién era el malo entonces?

Quienes ostentan el poder afirman que éste es imprescindible para que los malvados no opriman a los buenos, dando por sentado que ellos mismos son los buenos, y que defienden al resto de hombres de los malos.

Pero de hecho, dominar significa violentar, y violentar significa obligar a otro a hacer lo que no quiere y que, probablemente, tampoco querría para sí el que ejerce la violencia; por tanto, dominar significa hacerle al otro lo que uno no querría para sí, es decir, el mal.

Someterse significa preferir la resignación a la violencia. Preferir la resignación a la violencia significa ser bueno o, por lo menos, menos malvado que aquellos que hacen a otros lo que no querrían para sí mismos.

Por todo esto, lo más probable es que aquellos que siempre han gobernado y gobiernan sean más perversos que aquellos sobre los que gobiernan. Evidentemente, también puede haber malvados entre los que se someten al poder, pero lo que es imposible es que los bondadosos dominen a los perversos. Esto último podría admitirse solamente si tomáramos en consideración la definición pagana del bien, que es muy imprecisa, pero si tomamos la definición del bien y el mal que nos ofrece el cristianismo, esto es imposible. Si en el mundo pagano los bondadosos y los perversos pueden confundirse, el concepto cristiano del bien y el mal está tan bien delimitado, que es ya imposible confundirlos. Según las enseñanzas de Cristo, los bondadosos son los humildes, los que se resignan, no resisten el mal con la violencia, perdonan las ofensas y aman a su enemigo; los perversos son los que se enaltecen a sí mismos, dominan, luchan y violentan al resto. Por consiguiente, conforme a las enseñanzas de Cristo no hay duda acerca del lugar en el que se encuentran los bondadosos y los malvados, si entre los que dominan, o entre los que se someten. De hecho, resulta hasta ridículo hablar de un cristiano que ejerza su dominio sobre otros hombres.

Aquellos que no son cristianos, es decir, aquellos cuyo fin en la vida es la dicha terrenal, gobernarán siempre sobre los auténticos cristianos, es decir, sobre aquellos cuyo fin es renunciar a la dicha terrenal.

Esto ha sido siempre así, y ha devenido cada vez más evidente a medida que se ha ido difundiendo y comprendiendo la doctrina cristiana.

Cuanto más se difundía y entraba en la conciencia de los hombres el auténtico cristianismo, más imposible les resultaba a éstos ostentar el poder, y más fácil les resultaba a los no cristianos dominar a los que sí lo eran.

«¡Lo único que se conseguiría con la supresión de la violencia estatal en una sociedad en la que no todos los hombres fueran auténticos cristianos, es que los malos dominaran a los buenos y los violentaran con total impunidad!,» dicen los defensores del orden existente de la vida. «Los malos gobernarían sobre los buenos y los oprimirían.»

Pero es que nunca ha podido ni podrá ser de otra manera. Así ha sido siempre desde el principio del mundo, y así sigue siendo ahora. *Los malvados siempre han gobernado sobre los bondadosos y siempre los han oprimido.* Caín ejerció la violencia sobre Abel, el astuto Jacob engañó al confiado Esaú y fue a su vez engañado por Labán; Caifás y Pilatos oprimieron a Jesús, los emperadores romanos rigieron sobre Séneca, Epicteto y sobre todos los romanos buenos que vivían entonces. Iván el Terrible con sus *opríchniki*,** el sifilítico y borracho Pedro I el Grande con sus bufones y la depravada Catalina II la Grande con sus amantes rigieron sobre el pueblo ruso, trabajador y religioso, y ejercieron la violencia sobre él. Guillermo II rige sobre los alemanes, Stambolov, sobre los búlgaros, y los funcionarios rusos, sobre el pueblo. Los alemanes dominaron a los italianos, y ahora a los húngaros y a los eslavos; los turcos dominaron y dominan a los eslavos y a los griegos; los ingleses dominan a los indios, y los mongoles, a los chinos.

Así pues, se suprima o no la violencia estatal, la situación de la gente buena y oprimida por la malvada no va a cambiar en absoluto.

Es imposible atemorizar a la gente diciendo que los malvados dominarán a los buenos, porque esto es lo que siempre ha sucedido y sucede a día de hoy, y no podría ser de otro modo.

La historia pagana de la humanidad no es más que la suma de todos aquellos episodios en los que los más malvados se han adueñado del poder, lo han mantenido mediante toda clase de crueldades y artimañas y, presentándose como guardianes de la justicia y defensores de los hombres buenos, han gobernado sobre éstos. Todos los golpes de Estado de la historia han consistido únicamente en que los más violentos se han hecho con el poder y han gobernado sobre los más bondadosos. El argumento de los que gobiernan acerca de que si ellos no ejercieran el poder los malvados dominarían a los buenos significa únicamente que no están dispuestos a ceder este poder a otros opresores que también lo ambicionan. Al decir esto, los que gobiernan se están poniendo en evidencia a sí mismos: están afirmando que su poder como opresores –es decir, la violencia– es necesario para defender a la gente de otros opresores, presentes o futuros.***

El peligro del uso de la violencia reside precisamente en que todos los argumentos que aportan los opresores para justificarla pueden ser utilizados en su contra con más argumentos todavía. Hacen referencia a la violencia del pasado y, con mayor frecuencia, a una futura violencia imaginaria, mientras aplican incesantemente una violencia real. «Decís que en el pasado la gente saqueaba y mataba, y teméis que esto vuelva a suceder si desaparece vuestro poder. Puede que sea así y puede que no lo sea, pero el hecho de que vosotros destruíis a miles de hombres con vuestras cárceles, presidios, fortalezas y deportaciones, que arruináis a millones de familias y des trozáis tanto física

como moralmente a millones de hombres convirtiéndolos en soldados, no es una violencia imaginaria sino real, contra la cual, según vuestro propio razonamiento, se tendría que luchar de forma violenta. Por tanto, aquellos malvados contra los que, según vuestro propio razonamiento, habría que utilizar la violencia, sois vosotros mismos.» Esto es lo que deberían decirles los oprimidos a sus opresores. Y esto es lo que dicen, así es como piensan y así es como actúan siempre los que no son cristianos. Si los oprimidos son más violentos que sus opresores, luchan contra ellos e intentan derrocarlos cuando las circunstancias son propicias, o, lo que es más frecuente, ingresan en las filas de los opresores y se hacen cómplices de su violencia.

Así pues, aquello con lo que los defensores del Estado atemorizan a la gente (si no existiera un poder opresor, los malvados gobernarían sobre los bondadosos) es lo que en realidad sucede y ha sucedido siempre en la vida de la humanidad, de modo que la supresión de la violencia estatal no podría suponer en ningún caso el aumento de la violencia de los malvados sobre los bondadosos.

Si se suprime la violencia estatal, la violencia será ejercida quizás por otros hombres distintos a los que la habían venido ejerciendo hasta entonces, pero la cantidad de violencia en ningún caso será mayor por el mero hecho de que el poder pase de unos a otros hombres.

«La violencia estatal podrá ser abolida solamente cuando los malvados sean extirpados de la sociedad,» dicen los defensores del orden existente, dando a entender que ya que siempre va a haber gente malvada, la violencia nunca va a ser suprimida. Y esto sería cierto si ocurriera lo que ellos presuponen, es decir, que los opresores son buenos y que el único medio de combatir el mal es la violencia. Pero como esto no es así, sino todo lo contrario –es decir, que los perversos oprimen a los bondadosos y que además de la violencia, que nunca podrá acabar con el mal, existen otros medios–, la afirmación de que la violencia nunca va a ser suprimida es falsa. La violencia está disminuyendo cada vez más y acabará desapareciendo, pero no como se imaginan algunos defensores del orden establecido, que piensan que los hombres sujetos a la violencia, como consecuencia de la influencia de sus gobiernos van a volverse mejores (en realidad, bajo esta influencia sólo se pueden volver peores), sino debido a que al volverse mejores, aquellos que se encuentran en el poder serán cada vez menos malvados, y llegarán a ser lo suficientemente buenos como para no usar la violencia.

El avance de la humanidad no se produce porque los mejores elementos de la sociedad, que se han hecho con el poder y emplean la violencia contra sus súbditos, los hagan mejores, como piensan los conservadores y los revolucionarios. Este avance se produce, en primer lugar y ante todo, porque los hombres están asimilando de un modo firme, progresivo y cada vez más

consciente una concepción cristiana de la vida; y, en segundo lugar, porque con independencia de su vida espiritual, los hombres, al observar el proceso según el cual el poder es tomado por la fuerza por unos y ocupado después por otros, adoptarán sin querer e inconscientemente una actitud más cristiana hacia la vida. Este proceso consiste en que los peores elementos de la sociedad, que se han hecho con el poder, tras haberse desembriagado de éste, se tornan cada vez menos crueles, se ven incapaces de recurrir a las formas más terribles de violencia y acaban cediendo su puesto a otros, los cuales pasan por el mismo proceso de humanización y, por así decirlo, de cristianización inconsciente.

Con los hombres ocurre algo parecido al proceso de ebullición. Todos aquellos que no poseen una concepción cristiana de la vida aspiran a alcanzar el poder y luchan hasta conseguirlo. En esta lucha, los elementos de la sociedad más crueles, brutalizados y menos cristianos oprimen a los más dóciles, sensibles al bien y cristianos, y escalan mediante la violencia hasta las capas más altas de la sociedad. En ellos se cumple lo que Cristo profetizó cuando dijo: «¡Ay de vosotros, los ricos, los que ahora estáis saciados, los insignes!».^{****} Aquellos que se encuentran en el poder y han probado sus efectos –gloria y riquezas– cuando han alcanzado los objetivos que se habían propuesto, toman conciencia de la vanidad de éstos y vuelven a la situación de la que habían partido. Carlos V, Iván el Terrible y Alejandro I, al conocer la vanidad y perversidad del poder, renunciaron a éste porque percibieron todo su mal y no se vieron con fuerzas de seguir empleando fríamente la violencia como si ésta representara en realidad una buena acción, que es lo que habían hecho hasta entonces.

Sin embargo, no sólo hombres como Carlos V o Alejandro I atraviesan este camino y acaban sintiendo la vanidad y perversidad del poder; por este proceso inconsciente de humanización pasa todo aquel que ha logrado el poder que ambicionaba: cualquier ministro, general, millonario, comerciante, jefe de despacho que ha obtenido un puesto deseado durante años, así como cualquier campesino que ha ahorrado varios cientos de rublos y se ha enriquecido.

Por este proceso no pasan únicamente individuos aislados, también lo hacen grupos de individuos y naciones enteras. A los hombres, las tentaciones del poder y todo lo que éste procura –riquezas, honores, una vida colmada de lujos– les parecen un objetivo loable mientras parece inalcanzable, pero en cuanto lo alcanzan descubren su terrible vacío, y poco a poco éste va perdiendo su fuerza seductora. Ocurre lo mismo que con las nubes: desde lejos tienen una forma muy bella, pero en cuanto te adentras en ellas, pierden toda su forma y esplendor.

Los hombres que ya disponen de todo tipo de poder y riquezas –en ocasiones aquellos que lo obtuvieron, aunque principalmente sus herederos– se vuelven menos ávidos de poder y su violencia para conseguirlo va disminuyendo.

Al haber experimentado bajo la influencia del cristianismo la vanidad de los frutos obtenidos con la violencia, los hombres, tras una o varias generaciones, se desprenden de los vicios que les incitaban a luchar por el poder y las riquezas. Y al volverse menos violentos acaban perdiendo su posición y son sustituidos por otros hombres menos cristianos y más perversos, regresan a una capa social más baja en cuanto a estatus, pero más alta en cuanto a moral, con lo que contribuyen al aumento de la conciencia cristiana de la humanidad. Pero inmediatamente otros elementos de la sociedad peores, más burdos y menos cristianos ascienden al poder, inician el mismo proceso que sus antecesores y, de nuevo, tras una o varias generaciones, al experimentar la vanidad de los frutos de la violencia y bajo el influjo del cristianismo, descienden a la esfera de los oprimidos y son nuevamente reemplazados por otros, menos violentos que los opresores anteriores, pero más violentos que aquellos a los que oprimen. Así que, a pesar de que externamente el poder parezca inmutable, con cada cambio de poder la experiencia de la vida lleva a los hombres que lo ostentan a la necesidad de asimilar la concepción cristiana de la vida, y los que la suceden, a pesar de seguir siendo extremadamente burdos y violentos, lo son menos que sus antecesores, y son más cristianos que aquéllos.

La violencia escoge y atrae a los peores elementos de la sociedad, los transforma y, tras haberlos mejorado y humanizado, los devuelve a ésta.

Éste es el proceso mediante el cual el cristianismo, a pesar de la violencia estatal que obstaculiza el avance de la sociedad, alcanza cada vez a más hombres. El cristianismo penetra en sus conciencias no a pesar de la violencia estatal, sino gracias a ésta.

Por este motivo, la afirmación de los defensores del orden estatal de que si se suprimiera la violencia los perversos gobernarían sobre los bondadosos, no sólo no demuestra que esto (el dominio de los perversos sobre los bondadosos) sea algo peligroso –de hecho es lo que ya sucede en la realidad–, sino que, contrariamente, demuestra que la violencia estatal, que ofrece a los perversos la posibilidad de dominar a los bondadosos, constituye el mal que todos deseamos destruir y que la vida misma ya está destruyendo.

«Pero si es cierto que el fin de la violencia estatal llegará cuando los que ostenten el poder se hayan cristianizado lo suficiente como para rechazarlo y no haya nadie más que pretenda ocupar su puesto, y si es cierto que esto se llega a producir, ¿cuándo será?,» dicen los defensores del orden estatal. «Si han pasado mil ochocientos años y hay aún tantos hombres sedientos de poder y tan pocos dispuestos a someterse, no hay ninguna probabilidad de que esto suceda pronto, si es que sucede algún día.»

«Aunque es cierto que hay y siempre ha habido quien prefiere renunciar al poder a ostentarlo, el remanente de hombres que prefieren dominar a ser

sometidos es tan grande que resulta difícil imaginar un día en que éste se agote.»

«Para que se lleve a cabo este proceso de cristianización de todos los hombres, para que todos ellos abandonen la concepción pagana de la vida, adopten la concepción cristiana, renuncien voluntariamente al poder y a las riquezas y nadie se aproveche de ellos, es necesario que se entreguen al cristianismo no sólo todos aquellos individuos burdos, medio salvajes, absolutamente incapaces de abrazar el cristianismo y observarlo, siempre presentes en cualquier sociedad cristiana, sino también todos los pueblos salvajes y no cristianos, que tan abundantes son. Porque incluso si admitimos que este proceso de cristianización culminará algún día, a juzgar por lo poco que se ha avanzado en mil ochocientos años, éste llegará dentro de otros mil ochocientos años más, y por ello ni se puede, ni tiene sentido que hoy por hoy nos planteemos abolir el poder; lo que sí debemos hacer, en cambio, es procurar que este poder se encuentre siempre en las mejores manos.»

Éstas son las objeciones de los defensores del orden existente. Estos razonamientos serían justos si la transición de una concepción de la vida a otra se produjera tan sólo mediante un proceso según el cual cada hombre experimenta separadamente la vanidad del poder y alcanza las verdades cristianas a través de un camino interior. Este proceso es gradual, y los hombres, uno tras otro, se aproximan al cristianismo a través de este camino interior. Pero existe un camino exterior de aproximación al cristianismo que es menos lento.

La transición de los hombres de un sistema de vida a otro no se realiza gradualmente, como lo hace la arena de un reloj al escurrirse –grano a grano, del primero al último–, sino más bien como lo hace el líquido al entrar en un vaso inclinado dentro del agua: primero va entrando por un solo lado, lenta y uniformemente y, de repente, a causa del peso, el recipiente empieza a hundirse con rapidez y casi al instante se llena de todo el agua que puede contener.

Lo mismo sucede con los hombres en la transición de una concepción a otra y, por extensión, de un sistema de vida a otro: sólo al principio van aceptando poco a poco e individuo a individuo la nueva verdad a través de un camino interior, hasta que llega un momento determinado en la propagación de esta verdad en que ya es asimilada por los hombres, no gradualmente y mediante un camino interior, sino de golpe y casi sin quererlo.

Por consiguiente, el razonamiento de los defensores del orden existente, según el cual si en mil ochocientos años sólo una pequeña parte de la humanidad se ha aproximado al cristianismo, significa que se necesitan todavía mil ochocientos años más para que el resto haga lo propio, es injusto. Y lo es porque sólo toma en consideración el camino interior como medio para alcanzar

la Verdad, para asimilarla y para realizar la transición de un modo de vida a otro.

El otro medio de asimilar esta nueva verdad que ha sido revelada a los hombres y realizar esta transición consiste en que éstos no sólo la asimilar gracias a poseer un sentido profético o a la experiencia de la vida, sino también porque cuando esta verdad está suficientemente difundida, los hombres que se encuentran en el escalón más bajo del desarrollo la aceptan de una sola vez, por la simple confianza hacia aquellos que la han asimilado a través de un camino interior y que ya la aplican en sus vidas.

Toda nueva verdad, que transforma el modo de vivir de la humanidad y la hace avanzar, al principio es aceptada solamente por unos pocos que la han comprendido a través de un camino interior. El resto, que sólo por confianza aceptó la verdad anterior sobre la que se cimienta el orden existente, siempre se resiste a la difusión de la nueva verdad.

Pero dado que, en primer lugar, los hombres no permanecen inmóviles sino que están en movimiento constante, experimentando cada vez más la Verdad y acercándola a su vida, y, en segundo lugar, dependiendo de su edad, educación y raza, todos ellos –desde los más capaces de comprender las nuevas verdades a través de un camino interior hasta los menos capaces de ello, pero próximos a quienes ya han asimilado esta verdad– realizan uno tras otro, al principio lentamente y después con más rapidez, una transición hacia la nueva verdad, la cantidad de hombres que la reconocen va aumentando sin cesar y ésta deviene cada vez más comprensible.

Y cuantos más hombres asimilar la nueva verdad y más clara es ésta, más aumenta la confianza del resto de la gente que se encuentra menos capacitada para comprenderla, más sencillo les resulta alcanzarla y más hombres la acaban asimilando. Y así avanza este movimiento, acelerándose y extendiéndose cada vez más como una bola de nieve, hasta que acaba por surgir una opinión pública acorde con la nueva verdad, y la masa de hombres, no ya individualmente sino de una sola vez, realiza bajo la presión de esta fuerza una transición hacia la nueva verdad, con lo que se instaura un nuevo orden social.

Los hombres que se han aproximado a una nueva verdad suficientemente difundida realizan siempre esta transición de golpe, en masa. Esto es similar al lastre que toda embarcación lleva para lograr estabilidad, equilibrio y un rumbo correcto: si no fuera por el lastre, la embarcación perdería estabilidad y, a la mínima, cambiaría de rumbo. Este lastre, que a primera vista puede parecer innecesario e incluso un estorbo en el avance de la embarcación, es imprescindible para su correcto deslizamiento.

Lo mismo ocurre con la masa de hombres que, no individualmente sino todos de una vez, bajo la influencia de la opinión pública, realiza una transición de un

modo de vida a otro. La masa siempre obstaculiza con su inercia estas rápidas e inciertas transiciones de un sistema de vida a otro, y esto retrasa enormemente la instauración de cualquier verdad que, tras largos conflictos, ha acabado penetrando en la conciencia de la humanidad.

Por todo esto es injusto el razonamiento según el cual ya que en dieciocho siglos sólo una pequeñísima parte de los hombres ha asimilado la verdad cristiana, y que la humanidad entera necesitará infinitamente más de mil ochocientos años para asimilarla, no tiene sentido que en la actualidad pensemos en ello, pues ese día está aún muy remoto. Es injusto porque aquellos que se encuentran en el escalón más bajo del desarrollo, los pueblos y los hombres a los que los defensores del orden existente presentan como un obstáculo en la consecución de un orden social cristiano, son los mismos que siempre realizan la transición hacia una verdad aceptada por la opinión pública de una sola vez y en masa.

Por tanto, la transformación de la humanidad a causa de la cual, por un lado, aquellos que están en el poder lo abandonarán y, por el otro, no quedará entre los que se someten nadie que lo ambicione, llegará no sólo cuando todos los hombres, uno a uno, asimilen conscientemente la concepción cristiana de la vida, también llegará cuando surja una opinión pública definida y comprensible para todos que conquistará a toda la masa inerte, incapaz de asimilar la Verdad a través de un camino interior y siempre expuesta a la influencia de la opinión pública.

Para que surja y se extienda esta opinión pública no se necesitan ni cientos ni miles de años, ya que ésta se caracteriza por tener sobre los hombres un efecto contagioso y por atrapar con suma rapidez a gran cantidad de ellos.

«Pero incluso si es cierto –dirán los defensores del orden existente– que la opinión pública en un momento preciso de su desarrollo puede hacer que tanto la masa inerte de las sociedades y de pueblos no cristianos como la gente corrompida y burda se sometan a ella, ¿qué indicios nos mostrarán que esta opinión pública ha surgido y que puede reemplazar a la violencia? No nos podemos arriesgar, renunciar a una violencia que sustenta el orden existente, confiar en la fuerza intangible e indefinida de la opinión pública, permitiendo a los salvajes saquear impunemente, asesinar y ejercer todo tipo de violencia sobre los cristianos.»

«Si con ayuda del poder a duras penas logramos contener a los elementos no cristianos de la sociedad, siempre dispuestos a asolarnos y acabar con todos los logros de la civilización cristiana, ¿hay alguna probabilidad de que la opinión pública pueda suplir esta fuerza y garantizarnos nuestra seguridad? ¿Y cómo saber en qué momento la opinión pública es suficientemente poderosa como para sustituir al poder? Abolir el poder y confiar en que la opinión pública nos

protegerá significaría actuar con la misma inconsciencia que un hombre que arrojara el arma en un parque zoológico y dejara salir de sus jaulas a tigres y leones confiando en que éstos, cuando estaban encerrados en sus jaulas de barrotes candentes, parecían ser mansos. Los hombres que están en el poder, ya gobiernen gracias al destino o por voluntad divina, no tienen derecho a poner en peligro todos los logros de la civilización simplemente por su deseo de experimentar si la opinión pública es o no es capaz de suplir la protección que nos proporciona la violencia. Por tanto, la violencia no debe cesar.»

Un escritor francés llamado Alphonse Karr, hoy olvidado, dijo en algún lugar para demostrar que la abolición de la pena de muerte es inviable: «Que Messieurs les assassins, commencent par nous donner l'exemple»,^{*****} y en muchas ocasiones he oído repetir esta broma a quien piensa que estas palabras expresan un argumento convincente e ingenioso que rebate la abolición de la pena de muerte. Sin embargo, nada como esta broma expresa tan bien la falsedad del argumento de quienes consideran que los gobiernos no pueden suprimir la violencia mientras la gente no esté dispuesta a renunciar a ella.

«Que los asesinos den ejemplo dejando de asesinar y entonces aboliremos la pena capital», dicen los defensores de la violencia gubernamental. Pero los asesinos dicen exactamente lo mismo, aunque con mucha más razón: «Que los que se encargan de enseñarnos y de gobernarnos den ejemplo aboliendo la pena de muerte, y entonces actuaremos de igual modo». Y no lo dicen bromeando, sino totalmente en serio: así es como está la situación.

«No podemos suprimir la violencia porque estamos rodeados de gente violenta.» No hay ningún argumento que a día de hoy más dificulte el avance de la humanidad y el establecimiento de un orden social que se corresponda con su conciencia actual.

Aquellos que se encuentran en el poder, convencidos de que mueven y dominan a los hombres únicamente con la violencia, recurren a ella sin vacilar para mantener el orden existente. Pero el orden existente no se mantiene gracias a la violencia, sino a la opinión pública, cuya acción es destruida por la misma violencia. En consecuencia, la acción de la violencia debilita y destruye aquello mismo que trata de mantener.

La violencia, en el mejor de los casos, es empleada para satisfacer los intereses personales de quienes se encuentran en el poder; además, rechaza y condena con la forma inmóvil de la ley aquello que mucho antes ya había sido rechazado y condenado por la opinión pública, pero con la diferencia de que mientras ésta rechaza y condena todos los actos contrarios a la ley moral, abarcando en su condena toda clase de situaciones, la ley impuesta con la violencia condena y persigue tan sólo una serie muy limitada de actos, con lo que los actos de la misma naturaleza no incluidos en su definición parecen

quedar justificados. Ya desde tiempos de Moisés, la opinión pública consideró que la codicia, el libertinaje y la crueldad representaban el mal, y por ello los condenó. Ésta también rechaza y reprueba cualquier demostración de codicia, y no sólo la adquisición de una propiedad ajena mediante la violencia, el engaño y la artimaña, sino también su uso abusivo; condena cualquier tipo de libertinaje, ya sea con una querida, con una sierva, con una divorciada e incluso con la propia esposa; condena cualquier tipo de crueldad ya sea en palizas, trato inhumano o asesinato, y no sólo de personas, sino también de animales. Por su parte, la ley basada en la violencia persigue solamente ciertos tipos de codicia, como son el robo y la estafa; ciertos tipos de libertinaje y crueldades como son la infidelidad conyugal, el asesinato y la mutilación, con lo que da la sensación que permita el resto de manifestaciones de codicia, libertinaje y crueldad que no entran dentro de su estrecha definición, tan expuesta a ser manipulada.

Pero la violencia, además de corromper la opinión pública, tiene sobre los hombres un efecto nefasto: éstos no se mueven guiados por una fuerza espiritual, fuente de cualquier avance de la humanidad, que les conduce hacia la Verdad, sino por la violencia. Con ello, no sólo no se está acercando a los hombres a la Verdad, sino que se les está apartando de ella. Este extravío es nefasto porque hace que las personas, al menospreciar la fuerza principal de su vida –la actividad espiritual–, concentren toda su atención y energías en actividades superfluas, ociosas y casi siempre perniciosas, propias de la violencia.

Es un error similar al que cometerían unos hombres que, para mover una locomotora, hicieran girar las ruedas con las manos, ignorando que lo que impulsa el movimiento no son las ruedas, sino el vapor. Estos hombres, al tratar de mover las ruedas con manos y palancas, lo único que conseguirían sería un atisbo de movimiento, pero acabarían torciendo las ruedas e imposibilitarían un movimiento auténtico. Pues esto mismo es lo que hacen aquellos que pretenden mover a la gente con la violencia externa.

Hay quien afirma que no se puede establecer una vida cristiana si no se recurre a la violencia, ya que existen pueblos salvajes de sociedades no cristianas en África y Asia (algunos consideran que los chinos representan una amenaza para nuestra civilización) y, dentro de nuestras sociedades cristianas, criminales salvajes, corrompidos y, según la nueva teoría de la herencia, congénitos, contra los que es imprescindible emplear la violencia a fin de impedir que acaben con nuestra civilización.

Pero estos salvajes que están dentro y fuera de nuestras sociedades, con los que nos atemorizamos a nosotros mismos y atemorizamos a los demás, nunca han sido sometidos con la violencia, ni tampoco lo son actualmente.

Ningún pueblo ha sometido nunca a otro con el solo uso de la violencia. Si un

pueblo sometía a otro menos civilizado, nunca lograba imponer su orden social mediante la violencia, sino que, al contrario, se veía forzado a adaptarse al orden social del pueblo conquistado. Porque si algo conseguía someter a los pueblos oprimidos era la opinión pública, y no la violencia, que lo único que hacía era que éstos se acabaran sublevando.

Si pueblos enteros se han sometido a una nueva religión, han aceptado ser bautizados o se han convertido al islamismo, este cambio no se ha producido porque aquellos que ostentan el poder les hayan forzado a ello (la violencia, al contrario, siempre ha jugado en contra de estos movimientos), sino porque la opinión pública les ha llevado a hacerlo. Los pueblos que han sido obligados por la fuerza a adoptar la religión de los vencedores, nunca la han abrazado.

Lo mismo ocurre con los elementos salvajes de todas las sociedades: ni el aumento ni la disminución de la severidad en los castigos, ni las modificaciones realizadas en las cárceles, ni tampoco el aumento de efectivos policiales hacen disminuir ni aumentar el número de delitos, puesto que este número sólo disminuirá como consecuencia de un cambio en la opinión pública. Ningún castigo, por más severo que sea, ha podido erradicar de algunos países los duelos ni las venganzas de sangre. Por más que se ejecute a los circasianos por robar, lo seguirán haciendo por bravuconería, porque ninguna muchacha se casará jamás con un joven que no haya demostrado su intrepidez robando un caballo o, al menos, un carnero. Si los hombres dejan de matarse en duelos y los circasianos dejan de robar, no será por miedo a ser castigados (en realidad, este miedo al castigo añade encanto a su atrevimiento), sino porque se ha producido un cambio en la opinión pública. Esto mismo es aplicable a todos los delitos. La violencia nunca podrá erradicar aquello que es aceptado por la opinión pública. Al contrario, cuando la opinión pública está en contraposición frontal con la violencia acaba venciénola, como ha sucedido y sucede en los martirios.

Desconocemos qué sucedería si no recurriéramos a la violencia para defendernos de los pueblos enemigos y de los delincuentes de nuestra sociedad, pero lo que sí sabemos, gracias a una larga experiencia, es que el uso de la violencia no ha conseguido someter ni a unos ni a otros. Aunque, de hecho, ¿cómo vamos a someter por la fuerza a pueblos cuya educación, tradiciones e incluso doctrinas religiosas les hacen ver que la virtud suprema reside en la lucha contra el opresor y el amor a la libertad? ¿Y cómo erradicar de nuestras sociedades los crímenes, cuando aquello que los gobiernos consideran delictivo es considerado como una hazaña por la opinión pública? Se puede aniquilar con la violencia a pueblos y a hombres, como se hace en la actualidad, pero lo que es imposible es someterlos.

Lo único que podrá resolver todo esto, el motor principal que hace avanzar sin cesar a los hombres y a los pueblos, es y siempre ha sido una fuerza invisible e intangible, resultado de todas las fuerzas espirituales de ciertas agrupaciones

de hombres y de la humanidad entera: es la opinión pública.

La violencia sólo debilita esta fuerza, la reprime, la corrompe y la reemplaza por otra que no sólo no ayuda avanzar a la humanidad, sino que la perjudica.

Para someter al cristianismo a los pueblos salvajes del mundo no cristiano – los zulúes, manchúes y chinos, a los que muchos toman por salvajes– y a los que viven en nuestras sociedades cristianas, hay un *único medio*, *uno solo*: difundir entre ellos los valores cristianos, que serán establecidos gracias a nuestra vida cristiana, a nuestras acciones y ejemplos cristianos. Y para atraer hacia el cristianismo a aquellos que no lo han abrazado disponemos de este *único medio*, pero nuestros contemporáneos hacen justo lo contrario de lo que sería necesario para lograr este objetivo.

Con el fin de atraer hacia el cristianismo a los pueblos salvajes –que no nos han hecho nada y a los que nadie nos ha llamado a conquistar–, en vez de dejarlos en paz o, en caso de necesitar o desear acercarnos a ellos, tratar de influir en ellos únicamente con una actitud, doctrina y verdades cristianas (resignación, humildad, templanza, pureza, fraternidad y amor), creamos nuevos mercados y establecemos un comercio beneficioso sólo para nosotros, les arrebatamos la tierra (es decir, les robamos), les vendemos alcohol, tabaco y opio (es decir, los corrompemos), les imponemos nuestras costumbres, les enseñamos la violencia y todas sus maneras de ejercerla (es decir, les enseñamos la ley animal de la lucha, la más degradante para el ser humano), y llevamos a cabo todo aquello que oculta ante sus ojos lo que hay de cristiano en nosotros. Después, tras haberles enviado a un par de decenas de misioneros que los sermonean con las consabidas sandeces de la Iglesia, ponemos como prueba irrefutable de la imposibilidad de aplicar las verdades cristianas en la vida nuestro intento infructuoso de convertir a los salvajes al cristianismo.

Lo mismo sucede con los así llamados delincuentes de nuestras sociedades. Para atraerlos hacia el cristianismo hay un *solo y único medio*: los valores cristianos, que tan sólo surgirán entre ellos a través de una doctrina auténticamente cristiana sustentada en un modelo de vida también auténticamente cristiano.

Así pues, para predicar entre estos hombres las enseñanzas cristianas que se deben sustentar en nuestro ejemplo de vida cristiana, construimos cárceles atroces, guillotinas y horcas, ejecutamos, entrenamos concienzudamente a nuestros jóvenes para el asesinato, propagamos la idolatría y la superstición religiosa entre el pueblo ignorante, instituimos la venta gubernamental de alcohol, tabaco y opio que idiotiza al pueblo, así como la prostitución, entregamos la tierra a quien no la necesita, montamos espectáculos escandalosamente lujosos en medio de la pobreza, destruimos cualquier posibilidad de que surja algo semejante a una opinión pública cristiana,

aniquilamos afanosamente los valores cristianos que ya existen, y después, a estos individuos que tan diligentemente hemos corrompido, o bien los encerramos como a bestias salvajes en lugares de los que no pueden escapar y en los cuales se brutalizan todavía más, o bien los matamos, y nos remitimos a ellos para demostrar que el único medio posible de proceder con los hombres es el de la violencia brutal.

Ocurre algo similar a cuando los solícitos e ignorantes médicos, tras haber sometido al paciente y a la fuerza sanadora de la naturaleza a las condiciones más antihigiénicas, y tras haberlo atiborrado de tóxicos medicamentos, afirman que el enfermo sigue vivo gracias a sus cuidados, cuando en realidad éste ya habría sanado completamente si lo hubieran dejado en paz.

La violencia, que es presentada como un instrumento destinado a mantener el orden cristiano de la vida, no sólo no tiene tal efecto, sino que impide que este orden sea lo que podría y debería ser. El orden actual es como es no gracias a la violencia, sino a pesar de ella.

Por todo esto es injusta la afirmación de los defensores del orden existente acerca de que si la violencia a duras penas logra reprimir los ataques de los elementos no cristianos de la humanidad, su supresión y sustitución por una opinión pública dejará a la humanidad desprotegida. Y es injusta porque la violencia no protege a la humanidad, sino al contrario, le priva de la única posibilidad de quedar realmente protegida gracias al surgimiento y difusión de unos valores cristianos. Sólo si se suprime la violencia, la opinión pública dejará de corromperse, podrá difundirse sin obstáculos, y los hombres dejarán de encaminar sus esfuerzos hacia aquello que no necesitan y empezarán a encaminarse hacia la única fuerza moral que les puede hacer avanzar.

Pero ¿cómo renunciar a la protección palpable y tangible de un policía que empuña una pistola y confiar en algo invisible e intangible como la opinión pública? En realidad, ¿existe ya esta opinión pública o no? Lo que más aprecian los hombres es conocer el orden de las cosas en el que viven. Ya sea bueno o malo, conocen sus defectos, están acostumbrados a él y saben cómo deben comportarse y actuar en las condiciones que ya existen. Pero ¿qué pasará cuando renunciemos a él y tengamos que confiar en algo invisible, intangible y absolutamente desconocido? Esta incertidumbre que les genera a las personas el tener que renunciar a un modo de vivir al que están acostumbrados, les resulta aterradora.

Y es comprensible temer lo desconocido cuando aquello que conoces es sólido y te procura seguridad. Pero nuestra situación no sólo no nos procura seguridad alguna, sino que sabemos con certeza que estamos al borde del abismo. Ya puestos a tener miedo, temamos las cosas terribles que ya conocemos, y no las que presuponemos que nos podrían acaecer.

Cuando tememos esforzarnos por salir de unas condiciones que nos aniquilan simplemente porque el futuro nos resulta incierto, nos parecemos a los pasajeros de un barco que se está hundiendo y que, por miedo a subirse a un bote que los llevaría a la orilla, se encierran en un camarote y se niegan a salir de él; o a las ovejas que, paralizadas por el miedo al fuego, se agolpan bajo un cobertizo y no escapan de las llamas.

Nos encontramos en el umbral de una catástrofe, de la destrucción, a las puertas de unas revoluciones tan terribles que a su lado –aseguran sus artífices– los hechos del 93^{6*} nos parecerán un juego de niños; ante esto, ¿cómo podemos seguir hablando del peligro que suponen los *dahomey* y los zulúes, que viven en el otro confín del mundo y que no tienen ninguna intención de atacarnos, o unos cuantos miles de estafadores, ladrones y asesinos, idiotizados y corrompidos por nosotros, cuyo número no disminuye a pesar de todos nuestros tribunales, cárceles y ejecuciones?

Además, este miedo frente a la supresión de una protección tangible de la policía es un miedo principalmente de los habitantes de las ciudades, es decir, de personas que viven en condiciones anormales y artificiales. Porque aquellos que viven conforme a unas condiciones de vida naturales, no en ciudades sino en medio de la naturaleza, luchan contra sus adversidades sin disponer de protección alguna, y saben lo poco que les puede proteger la violencia de los peligros reales que los rodean. En este miedo hay algo de enfermizo, causado en gran medida por las condiciones anormales en las que muchos de nosotros vivimos y hemos crecido.

Un psiquiatra me contó que una vez, en verano, cuando iba a salir del manicomio, le propuso a algunos de los locos que lo estaban acompañando a la puerta de salida: «Venid conmigo a la ciudad». Los enfermos aceptaron, y un pequeño grupo siguió al doctor. Pero cuanto más avanzaban por las calles, donde la gente normal se movía con total libertad, más se acobardaban y más se apretaban contra el doctor, dificultándole el paso. Finalmente, le imploraron regresar al manicomio, a su modo de vida demente pero al menos conocido, a sus vigilantes, palizas, camisas de fuerza y celdas.

Así es como se aprietan y se aferran los hombres a su demente orden social, a sus fábricas, tribunales, cárceles, ejecuciones y guerras, hombres llamados por el cristianismo a una vida en libertad, razonable, en un tiempo futuro que está por llegar.

La gente dice: «¿Quién nos va a garantizar la seguridad cuando se suprima el orden establecido actual? ¿Cuáles van a ser y en qué van a consistir las nuevas costumbres que sustituirán a las actuales? Hasta que no sepamos cómo será nuestra vida, no avanzaremos ni nos moveremos del lugar».

Esta exigencia es lo mismo que si un explorador exigiera informes detallados

de un país desconocido que se dispone a explorar.

Si un individuo que pasa de una edad a otra conociera perfectamente la vida que le espera, no tendría motivos para seguir viviendo. Lo mismo ocurre con la vida de la humanidad: si ésta tuviera un programa detallado de lo que le espera en su nuevo estadio, sería el indicio más evidente de que no vive ni avanza, sino que permanece en un mismo lugar.

No podemos conocer las condiciones del nuevo orden de la vida, ya que somos nosotros mismos los que las tendremos que crear. En esto consiste precisamente la vida: en experimentar lo desconocido y conformar nuestras acciones a este nuevo conocimiento.

En esto consiste, pues, la vida de cada individuo, la de las sociedades y la de la humanidad.

* En ocasiones Tolstói emplea la expresión “opinión pública” en el sentido de “moral social” o “valores sociales”. (N. del T.)

** *Opríchniki*: guardia personal de Iván el Terrible, vestida de negro de pies a cabeza. (N. del T.)

*** En este sentido, esta pueril afirmación en boca de las autoridades rusas, que tienen oprimidos a otros pueblos como el polaco, el alemán de las regiones bálticas o el judío, es tan asombrosa que raya lo cómico. El Gobierno ruso, que asfixia a sus súbditos, durante siglos no se ha preocupado por los ucranianos de Polonia, ni por los letones de las regiones bálticas, ni por los campesinos rusos, a quien todo el mundo explota, y de pronto pretende convertirse en abanderado de los oprimidos ante los opresores, a los cuales también oprime. (N. del A.)

**** Lucas 6, 24. (N. del T.)

***** Que los señores asesinos comiencen dando ejemplo. (N. del A.)

6* Se refiere a 1793, año en que Luis XVI y María Antonieta fueron guillotinado por los revolucionarios. (N. del T.)

XI. EN NUESTRA SOCIEDAD YA HA SURGIDO UNA OPINIÓN PÚBLICA CRISTIANA QUE INEVITABLEMENTE PONDRÁ FIN AL ORDEN ESTABLECIDO BASADO EN LA VIOLENCIA. ¿CUÁNDO LLEGARÁ ESE DÍA?

La situación de la humanidad cristiana con sus cárceles, trabajos forzados, horcas, fábricas, acumulación de capitales, impuestos, iglesias, tabernas, prostíbulos, aumento incesante del armamento y con sus millones de hombres idiotizados, listos cual perros encadenados a abalanzarse contra quien les azuce su amo, sería terrible si fuera producto de la violencia, pero ante todo es producto de la opinión pública. Y aquello que la opinión pública ha establecido puede ser y, de hecho, está siendo destruido por la misma opinión pública.

Cientos de millones de rublos, decenas de millones de hombres disciplinados, armas con un asombroso poder de destrucción, instituciones llevadas hasta un grado máximo de perfección, ejércitos de hombres llamados a engañar e hipnotizar al pueblo –y todo esto gracias a la electricidad, que elimina las distancias–, dirigido por quienes consideran que el orden establecido no sólo es beneficioso, sino que sin él morirían inevitablemente, y por ello utilizan toda su inteligencia para mantenerlo: ¡qué fuerza tan indestructible parece representar todo esto!

Sin embargo, basta con que uno se plantee hacia dónde nos encaminamos irremediablemente para que entre las personas surja con la misma fuerza y universalidad con que surgió la opinión pública pagana, una opinión pública cristiana que sustituirá a la pagana, frente a la cual la mayoría de hombres se avergonzará de ser cómplice y emplear la violencia, como en la actualidad se avergüenza de estafar, robar, mendigar y acobardarse; con lo cual, inmediatamente, de forma espontánea y sin necesidad de lucha ni de violencia, se derrumbará este complicado y en apariencia poderosísimo orden establecido.

Para que esto ocurra no es necesario que algo nuevo penetre en la conciencia de los hombres, es suficiente con que se disipe la niebla que oculta ante sus ojos el auténtico significado de ciertas prácticas violentas; entonces, la creciente opinión pública cristiana vencerá a la caduca opinión pública pagana, que tolera y justifica estas prácticas violentas. Es necesario que a la gente le resulte tan vergonzoso llevar a cabo acciones violentas, como ser partícipe o beneficiarse de ellas, de igual modo que hoy en día es vergonzoso pasar por estafador, ladrón, cobarde o pobre. Y esto está empezando a suceder aunque no reparemos en ello, del mismo modo que las personas no perciben su propio movimiento, cuando ellas mismas y el mundo a su alrededor se está moviendo.

Es cierto que, a grandes rasgos, el mundo sigue siendo igual de violento que hace mil años, e incluso todavía más violento en algunos aspectos, como en los preparativos de guerra y en las guerras mismas; sin embargo, la incipiente opinión pública cristiana, que transformará por completo el orden pagano establecido cuando se llegue a un nivel determinado de desarrollo, ya está empezando a dar sus frutos. Un árbol seco parece tan firme como cuando estaba vivo, o incluso más aún, debido a que se ha endurecido; sin embargo, su duramen está carcomido y el árbol está a punto de caer. Lo mismo ocurre con el orden social actual basado en la violencia y con la situación exterior de las personas: aunque el mundo se sigue dividiendo entre opresores y oprimidos, la visión de unos y otros sobre el sentido y la dignidad de su situación ha cambiado.

Los opresores –es decir, los que gobiernan– y los que sacan provecho de la violencia –es decir, los ricos– no se ven ya a sí mismos, tal y como sucedía antes, como la crema de la sociedad, el ideal de prosperidad y grandeza al cual aspiraban todos los oprimidos en el pasado. Ahora, a menudo sucede que no son los oprimidos los que aspiran a alcanzar la posición de los opresores, ni los que los imitan, sino al contrario: son los opresores los que renuncian voluntariamente a las ventajas de su situación, escogen la de los oprimidos y tratan de asemejarse a ellos en la sencillez de su vida.

Y no digamos ya las profesiones que en la actualidad son manifiestamente despreciadas, como por ejemplo la de espía, agente de la policía secreta, usurero y tabernero, así como un gran número de posiciones relacionadas con el ámbito policial, cortesano, judicial, administrativo, eclesiástico, militar, rentista y bancario, todas ellas consideradas en el pasado como algo honorable, pero que ahora no sólo nadie desea, sino que merecen la reprobación de determinados círculos formados por los hombres más respetados. Hay quien renuncia voluntariamente a estas posiciones, antes consideradas intachables, y prefiere otras menos lucrativas, pero que no guarden relación alguna con la violencia.

Y no sólo los altos funcionarios renuncian a sus propiedades heredadas, también lo hacen los hombres ricos. Y no lo hacen por un sentimiento religioso como sucedía en el pasado, sino como consecuencia de una sensibilidad especial hacia la incipiente opinión pública; consideraran que sólo es lícito disponer de aquello que uno ha ganado con su trabajo.

La situación de un gobernante o de un rico ya no es considerada, como sucedía en el pasado y sucede ahora entre los pueblos no cristianos, como algo inequívocamente honorable, digno de respeto y bendecido por Dios. Las personas más sensibles y morales (y en gran medida las más cultivadas) evitan estas posiciones y escogen otras más humildes, que no dependan en absoluto de la violencia.

Los mejores jóvenes, que están en una edad en la que aún no han sido corrompidos por la vida y deben escoger una carrera, prefieren las profesiones de médico, ingeniero, maestro, artista, escritor e incluso simplemente poseer algunas tierras y vivir de su trabajo, antes que un empleo pagado por el gobierno en las esferas judicial, administrativa, eclesiástica o militar, y también antes que vivir de rentas.

La mayoría de los monumentos que hoy en día se erigen no son en honor a hombres de Estado, ni a generales, y aún menos a gente rica, sino a científicos, artistas e inventores; es decir, a gente que además de no tener nada que ver ni con los gobiernos ni con el poder, muy a menudo lucha contra éste. Y no son los hombres de Estado ni los ricos los que son cantados en poesía, retratados en pintura y venerados en solemnes aniversarios, sino más bien los hombres de ciencia, los artistas...

Los mejores hombres de nuestro tiempo ambicionan posiciones que sean respetadas, y por ello el círculo de personas del que proceden los altos funcionarios y los ricos es cada vez más reducido y más vil. En consecuencia, tanto los hombres que están a la cabeza de las administraciones como los ricos, por su inteligencia, educación y, especialmente, cualidades morales, no constituyen la crema de la sociedad como sucedía en el pasado, sino que, al contrario, están por debajo del nivel medio.

Ya sea en Rusia, Turquía, América o en Francia, por más que los gobiernos cambien a sus funcionarios, la mayoría de ellos continúan siendo gente interesada y sobornable, y están en un escalón tan bajo de la moralidad que no satisfacen siquiera los niveles mínimos de integridad exigidos por los gobiernos. Hoy en día es frecuente oír de labios de los altos funcionarios la pueril lamentación de que, por alguna extraña y casual razón, los mejores hombres se encuentran siempre en un campo hostil hacia ellos; esto es como si la gente se lamentara de que por una extraña coincidencia, aquellos que se hacen verdugos suelen ser hombres poco refinados y no demasiado bondadosos.

Del mismo modo, la mayoría de ricos de nuestro tiempo ya no está formada por las personas más refinadas y cultivadas de nuestra sociedad, tal y como sucedía antes, sino por burdos acaparadores de riquezas, preocupados exclusivamente por enriquecerse aún más, y a menudo con métodos deshonestos; o bien por los herederos de estos acaparadores, que no sólo no desempeñan ningún papel eminente en la sociedad, sino que en la mayoría de los casos se ven expuestos al desprecio general.

Pero a pesar de que el círculo de personas del que proceden los servidores del Estado y la gente rica es cada vez más reducido y más vil, ni siquiera estos hombres atribuyen a los cargos que ocupan el mismo valor que en el pasado y, a menudo, avergonzándose de ellos y en perjuicio de los asuntos por los que

deberían velar, no ejercen las obligaciones inherentes a su puesto. Los reyes y los emperadores ya apenas gobiernan, casi nunca se deciden a llevar a cabo reformas internas, ni a introducir cambios en la política exterior; en la mayoría de los casos dejan estas decisiones en manos de las instituciones gubernamentales o de la opinión pública. Toda su tarea se reduce a representar la unidad y el poder del Estado. Pero incluso esta tarea la desempeñan cada vez peor. La mayoría de ellos ya no mantiene su antigua majestuosidad inalcanzable, se van democratizando progresivamente e incluso se van vulgarizando, perdiendo el prestigio externo que les quedaba, es decir, se va destruyendo aquello que están llamados a mantener.

Lo mismo sucede con los militares. Los militares de más alto rango, en vez de estimular la brutalidad y crueldad entre sus soldados, imprescindible para sus cometidos, propugnan la educación en el ejército, propagan el humanitarismo y, a menudo, incluso comparten los ideales socialistas de las masas y rechazan la guerra. En las últimas conspiraciones contra el Gobierno ruso, muchos de los implicados eran militares. Y el número de estos conspiradores militares aumenta cada vez más. De hecho, con frecuencia se repite lo que sucedió hace unos días: los militares, que tienen el deber de reprimir a la población, se niegan a disparar contra el gentío. La bravuconería militar es reprobada por los mismos militares y es a menudo objeto de burlas.

Lo mismo sucede con los jueces y fiscales; los jueces, que tienen la obligación de juzgar y condenar a los delincuentes, llevan las audiencias de tal modo que éstos puedan quedar absueltos, por lo que el Gobierno ruso cuando quiere condenar a algún individuo, ya nunca lo entrega a un tribunal regular, sino a uno llamado militar, que no es más que una simulación de tribunal. Los fiscales a menudo rechazan las acusaciones imputadas y, en vez de culpar a los acusados, eluden la ley y los defienden. Los doctos juristas, cuyo deber es justificar la violencia de las autoridades, cada vez con mayor frecuencia rechazan el derecho al castigo, introducen en su lugar teorías, como la de la irresponsabilidad e incluso la de la incorregibilidad, y abogan, en cambio, por la curación de los supuestos delincuentes. Los carceleros y los directores de presidio a menudo se hacen defensores de aquellos a los que deberían atormentar. Los gendarmes y policías secretos continuamente salvan a quienes deberían destruir. El clero predica la indulgencia, en ocasiones incluso el rechazo a la violencia, y sus miembros más instruidos tratan en sus sermones de eludir la mentira que constituye el sentido entero de su posición y que están llamados a predicar. Los verdugos se niegan a cumplir con sus obligaciones, de modo que en Rusia las condenas a muerte a menudo no pueden ser llevadas a cabo por falta de éstos: cada vez hay menos voluntarios para convertirse en verdugos, a pesar de todos los beneficios que –que son escogidos de entre los presidiarios– les ofrecen. Con frecuencia, los gobernadores, los jefes de policía

de distrito, los comisarios de policía y los recaudadores de impuestos se apiadan del pueblo e intentan encontrar algún pretexto para eximirles del pago de tributos. Los ricos no se atreven a disfrutar solos de sus riquezas, y destinan una parte de éstas a asuntos sociales. Los terratenientes construyen en sus tierras hospitales, escuelas, y algunos de ellos incluso renuncian a ellas y las entregan a los labradores, u organizan comunas agrarias. Los propietarios de fábricas y los industriales construyen hospitales y escuelas, instituyen mutualidades, proporcionan pensiones y viviendas a los obreros; algunos de ellos organizan cooperativas en las que se convierten en un miembro más, igual al resto. Los capitalistas donan parte de su capital a instituciones sociales, educativas, artísticas y filantrópicas. Muchos de ellos, incapaces de separarse de sus riquezas en vida, las acaban legando en favor de instituciones sociales cuando mueren.

Todos estos fenómenos podrían parecer casuales si no fuera porque todos ellos se reducen a una sola causa común, como también podría parecer casual que en primavera algunos árboles empiecen a brotar si no fuera porque sabemos que esto es debido a una causa común –la primavera– y que si las ramas de algunos árboles han empezado a florecer, lo mismo ocurrirá con el resto.

Igual sucede con la valoración que la opinión pública cristiana hace del significado de la violencia y de todo aquello que se basa en la violencia. Si esta opinión pública cristiana ya está ejerciendo una influencia sobre los hombres más sensibles y está haciendo que abjuren de cualquier beneficio obtenido mediante la violencia, seguirá ejerciéndola hasta transformar todas las acciones humanas y lograr que éstas vayan de acuerdo con la conciencia cristiana, ya presente en las personas más avanzadas de la humanidad.

Si actualmente hay soberanos que no se deciden a emprender ninguna empresa por sí solos con su poder, que tratan de asemejarse no a monarcas sino a simples mortales, y que expresan su disposición a renunciar a sus prerrogativas y a convertirse en los primeros ciudadanos de su república; si ya hay militares que comprenden todo el mal y el pecado de la guerra y no desean disparar contra otros pueblos ni contra el suyo propio, jueces y fiscales que no quieren acusar ni condenar a los delincuentes, sacerdotes que abjuran de sus mentiras, recaudadores de impuestos que tratan de no llevar a cabo lo que están llamados a hacer y ricos que reniegan de sus riquezas, inevitablemente lo mismo se repetirá con otros gobiernos, con otros hombres de las esferas militar, judicial y eclesiástica, y con otros recaudadores de impuestos y hombres ricos. Y no quedará nadie dispuesto a ocupar estas posiciones, con lo que tanto éstas como la violencia acabarán desapareciendo.

Pero la opinión pública no sólo a través de este camino lleva a los hombres a destruir el orden existente y a reemplazarlo por otro. A medida que las ocupaciones relacionadas de algún modo con la violencia se tornan menos

atractivas y a medida que hay menos voluntarios para ocuparlas, más evidente resulta su inutilidad.

En el mundo cristiano tenemos a los mismos soberanos, gobiernos, ejércitos, jueces, recaudadores de impuestos, clero, ricos terratenientes, industriales y capitalistas de siempre, pero la actitud de la gente hacia ellos y la de ellos mismos hacia su propia posición han cambiado completamente.

Los mismos soberanos de siempre acuden a las audiencias; las mismas reuniones, cacerías, fiestas, bailes y uniformes; los mismos diplomáticos, con sus conversaciones sobre alianzas y guerras; los mismos Parlamentos en los que se examinan cuestiones relacionadas con el Este, con África, con alianzas y rupturas de relaciones diplomáticas, con el *Home Rule*,* y con la jornada laboral de ocho horas; la misma sucesión de ministerios, los mismos discursos e incidentes. Pero para la gente, que ve cómo un artículo de un periódico tiene más peso en el desarrollo de un asunto que decenas de audiencias de cualquier monarca o decenas de sesiones parlamentarias, se vuelve cada vez más evidente que no son estas reuniones, ni audiencias ni discusiones en los Parlamentos lo que dirige los asuntos del país, sino algo independiente a todo esto, que no está concentrado en ninguna parte.

Los mismos generales, oficiales, soldados, cañones, fortalezas, pases de revista, maniobras, pero pasa un año, pasan diez, veinte, y no estalla ninguna guerra; cada vez se puede confiar menos en que los militares repriman las revueltas y, por ello, cada vez resulta más evidente que tanto generales, oficiales como soldados no son más que miembros de una procesión solemne, un objeto de entretenimiento para los gobernantes, un cuerpo de ballet muy numeroso y demasiado costoso.

Los mismos fiscales, jueces y audiencias de siempre, pero cada vez está más claro que dado que las causas civiles se resuelven conforme a parámetros de lo más variado que nada tienen que ver con la justicia, y que las causas penales son inútiles porque las penas impuestas no logran ninguno de los objetivos pretendidos por los mismos jueces, por todo esto, cada vez es más evidente que para lo único que sirven estas instituciones es para alimentar a toda aquella gente incapaz de hacer algo de más utilidad.

Los mismos sacerdotes, obispos, Iglesias y sínodos de siempre, pero cada vez es más evidente que hace tiempo que estos hombres ya no creen en lo que predicán y, por tanto, no pueden convencer a nadie de la necesidad de creer en algo que ni ellos mismos se creen.

Los mismos recaudadores de impuestos de siempre, pero éstos cada vez se sienten menos capaces de arrebatarle a la gente sus bienes por la fuerza, y cada vez es más evidente que las personas, sin la ayuda de recaudadores de impuestos, pueden reunir todo cuanto necesitan conforme a un compromiso

voluntario.

Los mismos ricos de siempre, pero cada vez es más evidente que éstos sólo pueden ser útiles en la medida en que dejen de administrar personalmente sus riquezas y entreguen a la sociedad toda o, al menos, parte de su fortuna.

Cuando esto sea completamente evidente para todos, las personas empezarán a preguntarse de forma natural: «¿Para qué tenemos que alimentar y mantener a todos estos reyes, emperadores, presidentes, miembros de distintas cámaras y ministerios si nada resulta de todas sus audiencias y debates? ¿No sería mejor, como dijo cierto humorista, fabricar una reina de gutapercha?».

«¿Para qué necesitamos un ejército con todos sus generales, músicas, caballerías y tambores? ¿Para qué los necesitamos cuando no estamos en guerra, ni nadie quiere conquistar a nadie, o cuando aún habiendo guerra, las otras naciones no nos dejarán sacar provecho de sus ganancias, y las tropas se niegan a disparar contra su propio pueblo?»

«¿Para qué necesitamos a unos jueces y fiscales que en lo civil resuelven sin tener en cuenta la justicia, y que en lo penal saben que las condenas no sirven para nada?»

«¿Para qué necesitamos a unos recaudadores de impuestos que cumplen su deber de mala gana cuando, además, lo realmente necesario ya es recaudado sin su ayuda?»

«¿Para qué necesitamos a un clero que ya hace tiempo que no cree en lo que está obligado a predicar?»

«¿Para qué nos sirven los capitales en manos privadas cuando sólo pueden ser útiles si se convierten en patrimonio de todos?»

Y en cuanto la gente se formule estas preguntas, no podrá evitar tomar la decisión de dejar de mantener todas estas instituciones que se han vuelto inútiles.

Además de que la gente que mantiene estas instituciones acabará decidiendo suprimirlas, al mismo tiempo, o incluso ante los mismos hombres que ocupan estos puestos, se verá empujada a rechazarlos.

La opinión pública condena y rechaza cada vez más la violencia, y por ello la gente, cada vez más sometida a la opinión pública, ocupa menos deseosa los puestos que se sustentan sobre la violencia. Aquellos que ocupan estos puestos se sienten cada vez menos capaces de emplear la violencia, y al no hacer uso de la violencia pero seguir en un puesto que viene determinado por ella, se vuelven cada vez más innecesarios. Esta inutilidad, percibida tanto por los que respaldan estos puestos como por los que los ocupan, será tal que un día no quedará nadie dispuesto a seguir respaldándolos ni ocupándolos.

Una vez en Moscú presencié una discusión sobre religión que habitualmente

se realiza junto a la iglesia de Ojotni Riad durante el Domingo de Cuasimodo. Un pequeño grupo de unas veinte personas se había reunido en la acera y había iniciado una conversación muy seria sobre religión. Al mismo tiempo, en un edificio del Círculo de la Nobleza situado cerca había un concierto; un oficial de policía, al ver al grupo de gente reunido en la acera, mandó a un gendarme a caballo a dispersar a la multitud. El oficial no tenía ninguna necesidad de que aquel grupo de veinte personas se dispersara puesto que no molestaba a nadie, pero como llevaba allí la mañana entera, algo tenía que hacer. El gendarme, un mozo, blandiendo bravuconamente el sable con la mano derecha, se acercó a nosotros y nos ordenó con severidad: «¡Dispérsense! ¿qué hacen aquí reunidos?». Todos volvimos la cabeza hacia el gendarme y uno de los que estaban hablando, un hombre sencillo que vestía caftán, dijo con voz tranquila y dulce: «Estamos hablando sobre algo serio y no tenemos por qué dispersarnos. Mejor sería que tú, joven, bajas del caballo y prestaras atención a lo que hablamos, también a ti te resultaría útil». Después se volvió hacia nosotros y retomó la discusión. El gendarme hizo girar el caballo en silencio y se alejó.

Esto es lo que tendría que ocurrir en todos los asuntos relacionados con la violencia. El oficial se aburre, no tiene nada que hacer; el desdichado ocupa un puesto en el que está obligado a dar órdenes. Carece de vida, lo único que hace es mirar y dar órdenes, dar órdenes y mirar, a pesar de que sus órdenes y su vigilancia no sirven para nada. En idéntica situación se encuentra parte de todos estos infelices gobernantes, ministros, miembros de los Parlamentos, gobernadores, generales, oficiales, obispos, sacerdotes, e incluso hombres ricos, y en un tiempo próximo todos ellos se encontrarán en idéntica situación. Lo único que pueden hacer es dar órdenes, y las dan: envían a sus subordinados – como el oficial al gendarme – a molestar a la gente, y ya que la gente les interpela con el ruego de no ser molestada, se creen que son absolutamente imprescindibles.

Pero llegará un tiempo –ya está llegando– en que todo el mundo comprenderá claramente que no son necesarios para nada, que lo único que hacen es molestar a las personas, y éstas les dirán con dulzura y tranquilidad, igual que aquel hombre del caftán: «No nos molestéis, por favor». Y todos estos subordinados y superiores tendrán que seguir este gentil consejo: dejarán de meterse entre la gente importunándola, puestos en jarras, y en vez de eso, bajarán de sus caballos, se quitarán los uniformes, prestarán atención a lo que dice esta gente y, tras haberse unido a ella, emprenderán juntos un auténtico trabajo humano.

Llegará un tiempo –llegará inevitablemente– en que todas las instituciones basadas en la violencia de nuestro tiempo serán suprimidas porque será demasiado evidente para todos su inutilidad, absurdidad e incluso indecencia.

Llegará un tiempo en que a la gente de nuestra sociedad que ocupa una posición determinada gracias a la violencia le ocurrirá lo mismo que en el

cuento de Andersen *El traje nuevo del rey*, cuando un niño, al ver al rey desnudo, grita inocentemente: «¡Mirad, si va desnudo!», y todos, que ya lo habían visto pero que no habían dicho nada, ya no pueden seguir ocultando este hecho.

El cuento trata sobre un rey con gran afición a lucir trajes nuevos. Un día acuden a verle unos sastres que le prometen confeccionarle uno extraordinario. El rey les contrata y éstos se ponen manos a la obra, pero dicen que la particularidad de este traje reside en que aquel que no sirva para el puesto que ocupa, no podrá ver el traje.

Los cortesanos van a comprobar cómo marcha el trabajo de los sastres, pero no ven nada porque éstos cosen al aire. Sin embargo, al recordar la particularidad del traje, todos ellos aseguran que sí lo ven, y lo colman de elogios. Lo mismo hace el rey. Llega el día de la procesión en la que el rey llevará el nuevo traje; se desviste y se lo pone –es decir, se queda desnudo– y desnudo va por la ciudad. Pero nadie se atreve a decirle que en realidad no lleva ningún traje, hasta que un niño grita: «¡Mirad, si va desnudo!».

Lo mismo debe ocurrir con todos aquellos que por inercia ocupan una posición que lleva siendo inútil desde hace tiempo, hasta que la primera persona no interesada en ocultar la inutilidad de todas estas instituciones grite inocentemente: «¡Esta gente ya hace mucho tiempo que no sirve para nada!».

La situación de la humanidad cristiana con sus fortalezas, cañones, dinamita, fusiles, torpedos, cárceles, horcas, Iglesias, fábricas, aduanas y palacios es realmente terrible; sin embargo, ni las fortalezas ni los cañones ni los fusiles disparan contra nadie por sí solas; las cárceles no encierran a nadie, las horcas no ahorcan a nadie, las Iglesias no engañan a nadie por sí mismas, las aduanas no retienen, los palacios y las fábricas ni se construyen ni se mantienen solas: todo esto lo hace la gente. Y si la gente entiende que no hay que hacerlo, nada de esto se llevará a cabo.

Las personas están empezando a comprenderlo. Si no lo hacen todas, al menos sí lo hacen las más avanzadas, aquellas tras las cuales avanza el resto. Y lo que han comprendido las personas más avanzadas ya no tiene marcha atrás. El resto no sólo puede comprender lo que ya han entendido los más avanzados, sino que lo hará inevitablemente.

La profecía de que llegará un día en que todos los hombres estarán inspirados por Dios, no se adiestrarán más para la guerra, harán arados de sus espadas y hoces de sus lanzas** –lo que significa traducido a nuestro lenguaje que todas las cárceles, fortalezas, regimientos, cuarteles, palacios e iglesias quedarán vacíos, y que todas las horcas, fusiles y cañones dejarán de ser empleados–, no es un sueño, sino una nueva forma de vivir hacia la que se aproxima la humanidad con una velocidad cada vez más elevada.

Pero... ¿cuándo sucederá esto?

Hace mil ochocientos años, Cristo respondió a esta pregunta diciendo que el final de nuestra era –es decir, el fin del orden pagano del mundo– llegará cuando las calamidades de los hombres aumenten terriblemente y la Buena Nueva del Reino de Dios –es decir, la posibilidad de un orden nuevo de la vida, no basado en la violencia– sea predicada por toda la Tierra (Mateo 24, 3-28).

«En cuanto al día y a la hora, nadie sabe nada, solamente el Padre lo sabe,» dijo Cristo (Mateo 24, 36). Porque éste puede llegar en cualquier momento, cuando menos lo esperemos.

A la pregunta acerca de cuándo llegará esta hora, Cristo responde que no lo podemos saber, y precisamente por esto debemos estar preparados para su encuentro, del mismo modo que el amo debe vigilar la casa, o las muchachas deben recibir al novio con lámparas de aceite; y no sólo eso, también debemos trabajar con todas las fuerzas que nos han sido dadas para que llegue esta hora, del mismo modo que debían trabajar los criados según les había sido encomendado (Mateo 24, 43; 25, 1-30). A la pregunta de cuándo llegará esta hora, Cristo exhorta a los hombres a que trabajen con todas sus fuerzas para que llegue cuanto antes.

Y no puede haber otra respuesta. Los hombres no pueden saber de ningún modo cuándo llegará el día y la hora del reino de Dios, porque esto depende únicamente de ellos.

Esta respuesta es la misma que la de aquel sabio, que a la pregunta de un viajero de si quedaba mucho para llegar a la ciudad, le respondió: «Tú sigue caminando».

¿Cómo vamos a saber si estamos lejos de la meta hacia la que se aproxima la humanidad, cuando no sabemos si ésta va a seguir avanzando o no lo va a hacer? Sólo de la humanidad depende seguir, no seguir, detenerse, moderar el paso o acelerarlo.

Todo lo que podemos saber es lo que nosotros, que formamos la humanidad, debemos hacer y no debemos hacer para que venga el reino de Dios. Y esto es algo que todos sabemos. Cuando cada uno de nosotros empiece a hacer lo que debe hacer y deje de hacer lo que no debe, cuando cada uno de nosotros viva con toda la luz que hay en su interior, entonces vendrá el reino de Dios prometido que todo corazón humano anhela.

* *Home Rule*: Movimiento a favor de la autonomía de Irlanda que se originó en los años setenta del siglo XIX. (N. del T.)

** Isaías 2, 4. (N. del T.)

XII. CONCLUSIÓN: ARREPENTÍOS PORQUE EL REINO DE DIOS ESTÁ CERCA, A LAS PUERTAS

1

Estaba acabando de escribir esta obra a la que he dedicado dos años, cuando el 9 de septiembre tuve que ir en tren hacia las provincias de Tula y Riazán, en las cuales el año pasado –y éste con más intensidad aún– los campesinos padecieron severas hambrunas. En una de las estaciones, mi tren se cruzó con otro especial que, bajo las órdenes del gobernador, transportaba tropas con fusiles, cartuchos y azotes para torturar y matar a esos mismos campesinos que padecieron las hambrunas.

En los últimos tiempos, en Rusia se está recurriendo cada vez más a la tortura como medio para hacer cumplir las decisiones de las autoridades, y esto a pesar de que el castigo corporal fue abolido por ley hace ya treinta años.

En alguna ocasión había oído hablar e incluso había leído en la prensa acerca de estas terribles torturas, de las que Baránov,* el gobernador de Nizhni Nóvgorod, se jacta, y que se han llevado a cabo en Chernígov, Tambov, Sarátov, Astrakán y Oriol. Sin embargo, nunca hasta ese momento había tenido que presenciar a soldados poniéndolas en práctica.

Y he aquí que vi con mis propios ojos a hombres rusos bondadosos, llenos del espíritu cristiano, con fusiles y azotes, de camino a la tortura y al asesinato de sus propios hermanos hambrientos.

El motivo por el cual tenían que hacerlo es el siguiente:

En una de las propiedades de un rico terrateniente, los campesinos habían plantado un bosque (es decir, lo habían cuidado mientras crecía) y siempre habían disfrutado de él, por lo que lo consideraban como propio o, al menos, propiedad de todos. Pero el terrateniente se apropió de él y empezó a talarlo. Los campesinos presentaron una queja y el juez de primera instancia falló injustamente a favor del terrateniente (y digo injustamente según palabras del fiscal y el gobernador, que conocían el caso). Todas las instancias ulteriores, entre las que se contaba el Senado, a pesar de poder ver que la decisión era injusta la ratificaron, y el bosque fue adjudicado al terrateniente. Éste comenzó a talarlo y los campesinos, que no podían creer que las altas autoridades hubieran cometido una injusticia tan evidente, no acataron la resolución judicial y echaron a los trabajadores que habían sido enviados para talar el

bosque. Dijeron que éste les pertenecía y que llegarían hasta el zar si era necesario, pero que jamás permitirían que fuera talado.

El ministro, al ser informado sobre este asunto en Peters-burgo, informó a su vez al zar, que ordenó ejecutar la resolución del tribunal. El ministro dio instrucciones al gobernador, y éste recurrió al ejército. Y allí estaban los soldados –armados con fusiles, bayonetas, cartuchos y azotes que habían preparado especialmente para la ocasión y que habían sido transportados en uno de los vagones– dirigiéndose a hacer cumplir la decisión de las autoridades.

La ejecución de esta decisión se conseguiría mediante el asesinato, la tortura, o con la amenaza de cualquiera de los dos, dependiendo de si los campesinos presentaban o no resistencia.

En el primer caso, es decir, si los campesinos se resisten, en Rusia se procede del siguiente modo (como se hace en cualquier lugar donde exista una estructura estatal y el derecho a la propiedad privada): el gobernador pronuncia un discurso y exige a la muchedumbre que se someta. La gente, excitada y en gran parte engañada por sus cabecillas, no entiende ni una palabra de lo que el representante de la autoridad dice con su lenguaje burocrático y pomposo, y continúa amotinándose. Entonces el gobernador anuncia que si no se someten y no se dispersan, se verá obligado a recurrir a las armas. Si la muchedumbre no obedece, el gobernador ordena a los soldados cargar los fusiles y disparar por encima de sus cabezas. Si a pesar de esto continúan sin dispersarse, ordena que disparen indiscriminadamente contra el gentío. Los soldados disparan, empiezan a caer muertos y heridos, y entonces por lo general el gentío se dispersa. Finalmente, las tropas, siguiendo las órdenes de sus superiores, atrapan a los que consideran los principales instigadores y se los llevan arrestados.

Después recogen a los moribundos, a los heridos y a los muertos, todos ellos ensangrentados; en ocasiones se trata de mujeres y niños; entierran a los muertos, y envían a los heridos al hospital. Se llevan a la ciudad a aquellos que consideran los instigadores, que son juzgados por un tribunal militar especial. Si hubo violencia por su parte, los condenan a la horca, y varios hombres indefensos son ahorcados con cuerdas, como tantas veces se ha hecho en Rusia, tantas veces se hace, y no puede dejar de hacerse en cualquier país con una estructura social basada en la violencia. Así es como se actúa en caso de resistencia.

En el segundo caso, es decir, si los campesinos se someten, se produce algo particular, característico de Rusia: el gobernador, que se ha desplazado hasta el lugar de los hechos, pronuncia un discurso ante la muchedumbre a la que recrimina su desobediencia y, o bien distribuye a las tropas por los patios de las casas del pueblo, donde en ocasiones los soldados permanecen durante un mes y arruinan a los campesinos, o bien, dándose por satisfecho con sus amenazas,

perdona con benevolencia a la muchedumbre y se marcha; sin embargo, lo más frecuente de todo es que anuncie que los instigadores deben ser castigados y, de forma arbitraria y sin haber celebrado ningún juicio, elige a varias personas acusadas de ser las instigadoras que son torturadas en su presencia.

Para que se comprenda bien cómo se llevan a cabo estos asuntos describiré a continuación lo que sucedió en Oriol con el beneplácito de las altas autoridades. Exactamente del mismo modo que en la provincia de Tula, un terrateniente tenía la intención de privar a unos campesinos de unos bienes, y éstos se opusieron. El propietario, sin el consentimiento de los campesinos, se disponía a construir un dique en su molino, y como resultado el agua inundaba los prados de aquéllos, que se opusieron. El terrateniente presentó una queja ante el presidente del *zemstvo*,** quien de forma ilegal (como posteriormente reconoció un tribunal) resolvió en su favor y le autorizó a subir el nivel del agua. El terrateniente envió a varios trabajadores a represar el agua que corría por la zanja. Los campesinos, indignados con esta resolución, enviaron a sus mujeres a que impidieran a los trabajadores represar la zanja. Éstas se encaminaron hacia el dique, volcaron los carros de los trabajadores y los echaron. El terrateniente denunció a las mujeres por desobedecer, y el presidente del *zemstvo* dio la orden de arrestar a una mujer de cada casa que hubiera en la aldea y meterla en prisión. La orden no era fácil de ejecutar ya que había más de una mujer por casa, y al no saber a cuál de ellas arrestar, la policía no hizo nada. El presidente se quejó ante el gobernador de que sus órdenes no habían sido cumplidas, y éste, sin haber examinado el caso, ordenó con severidad al jefe de policía de distrito hacer cumplir de inmediato la resolución del presidente del *zemstvo*. El jefe de policía, acatando las órdenes de su superior, se dirigió al pueblo y, con la característica falta de respeto que en Rusia se muestra hacia las personas, ordenó a sus hombres arrestar a una mujer de cada casa. Pero a pesar de que en cada casa había más de una mujer y no podían saber a cuál de ellas arrestar, lo que provocó toda clase de disputas y forcejeos, el jefe de policía mantuvo su orden: había que arrestar a una mujer, fuera la que fuera, de cada casa y llevarla a prisión. Los *mujiks* se lanzaron a defender a sus esposas y madres, no permitieron que se las llevaran y golpearon tanto a los policías como al jefe de éstos. Habían cometido un nuevo y terrible delito: resistencia a la autoridad, y este hecho fue denunciado en la ciudad. Y he aquí que el gobernador, como hiciera también el de Tula, llegó al lugar de los hechos en un tren especial, con un batallón de soldados armados con fusiles y azotes, valiéndose de telégrafos, teléfonos y ferrocarriles, acompañado por un instruido doctor cuya misión era velar porque la fustigación se realizara en condiciones higiénicas, personificando así perfectamente al «Gengis Khan con telégrafos» augurado por Herzen.

Ante el edificio del *vólost**** estaban las tropas, un destacamento de guardias

con revólveres colgados de cordones rojos, un grupo de representantes de los campesinos y todos los acusados. Alrededor se agolpaba un gentío de mil personas o más. El gobernador llegó, descendió de su carruaje, pronunció un discurso preparado de antemano y ordenó que acercaran a los culpables y trajeran un banco. Nadie comprendía esta orden, pero un guardia al que el gobernador siempre llevaba consigo, y que se ocupaba de organizar las torturas que continuamente se llevaban a cabo en la provincia, explicó que se estaba refiriendo a un banco para azotar a los acusados. Trajeron el banco y los azotes que habían transportado hasta el lugar, e hicieron llamar a los verdugos. Éstos habían sido escogidos entre un grupo de cuatrerros del mismo pueblo, puesto que los soldados se negaban a realizar este cometido.

Cuando todo estuvo preparado, el presidente del *zemstvo* mandó salir al primero de los doce hombres, señalados por el terrateniente como los más culpables de todo lo sucedido. El primero en salir era un padre de familia, un hombre de cuarenta años muy respetado por los aldeanos por luchar con gran valentía en favor de los derechos de la comunidad. Lo condujeron al banco, lo desnudaron y le ordenaron que se estirara.

El campesino suplicó clemencia, pero al ver que era inútil, se santiguó y se estiró. Dos guardias lo agarraron, mientras el instruido doctor permanecía ahí de pie, listo para proporcionar la ayuda médica y científica oportuna. Los presidiarios, tras escupirse en las manos, blandieron los azotes y comenzaron con el tormento. Resultó que el banco era demasiado estrecho y resultaba difícil sostener a aquel hombre, que no de jaba de retorcerse. Entonces el gobernador ordenó traer otro banco y colocar un tablón. Sus hombres, llevándose la mano a la visera a la vez que decían: «A sus órdenes, su excelencia,» cumplieron apresurados y sumisos la orden. Entretanto esperaba el torturado, medio desnudo y pálido, frunciendo el ceño y mirando al suelo, con la mandíbula temblorosa y los pantalones bajados. Cuando hubieron juntado los dos bancos, lo volvieron a estirar sobre éstos y empezó a ser azotado de nuevo por los cuatrerros. Tanto la espalda, como las nalgas y muslos, e incluso las caderas, se le llenaban cada vez de más y más heridas y cardenales, y con cada nuevo golpe el hombre emitía un sonido sordo que no podía contener. De entre el gentío que había alrededor se empezaron a oír los sollozos de la mujer, de la madre, de los hijos y de los parientes del torturado, y también los de todos aquellos a quien aguardaba el mismo castigo.

El gobernador, ese hombre infeliz y borracho de poder, que consideraba que no podía actuar de otro modo, contaba los azotes engarabitando los dedos y no dejaba de fumar cigarrillos emboquillados, y cada vez que tenía que prender uno, varias personas se apresuraban servilmente a acercarle una cerilla encendida. Cuando ya le habían propinado más de cincuenta golpes, el campesino dejó de gritar y de moverse, y el doctor, instruido en un centro

estatal de medicina para servir con sus conocimientos científicos a su soberano y a su patria, se acercó al torturado, le tomó el pulso, escuchó su corazón e informó al representante de la autoridad que el reo había perdido la conciencia y que, según sus conocimientos científicos, proseguir con el castigo podría poner en peligro su vida. Pero el desgraciado gobernador, totalmente embriagado ya ante la visión de la sangre, ordenó continuar y el tormento se prolongó hasta los setenta latigazos, cifra a la que, por alguna razón, consideraba que había que llegar.

Cuando le dieron el latigazo número setenta, el gobernador exclamó: «¡Ya es suficiente! ¡El siguiente!». Y levantaron a aquel hombre lisiado, con la espalda hinchada, inconsciente, se lo llevaron y trajeron a otro. Los sollozos y quejidos del gentío eran cada vez mayores. Sin embargo, el representante de la autoridad estatal continuó con el suplicio.

Procedieron del mismo modo con el segundo, tercero, cuarto, quinto, sexto, séptimo, octavo, noveno, décimo, undécimo y duodécimo hombre: a cada uno de ellos le propinaron setenta latigazos. Todos ellos imploraron clemencia, gimieron y gritaron. El sollozo y los quejidos de las mujeres eran cada vez más fuertes y desgarrados, y los rostros de los hombres se tornaban cada vez más y más sombríos. Pero a su alrededor permanecían las tropas, y la tortura no cesó hasta que no fue llevada hasta el punto que, por algún extraño motivo, le parecía necesario al capricho de ese infeliz, medio embriagado y extraviado, llamado gobernador.

Los funcionarios, oficiales y soldados no sólo fueron testigos de todo esto, sino que con su presencia se convirtieron en cómplices, vigilando que la muchedumbre no alterara el cumplimiento de aquel acto estatal.

Al preguntar a uno de los gobernadores por qué llevaban a cabo estos castigos cuando la gente ya se había sometido y las tropas ya habían tomado la aldea, me respondió, con el aire importante de un hombre que conoce todas las sutilezas de la sabiduría estatal, que se hacía porque la experiencia había demostrado que si los campesinos no eran castigados, empezaban de nuevo a oponer resistencia ante las órdenes de las autoridades. Que el sometimiento al castigo consolidaba para siempre en algunos el acatamiento de las decisiones de las autoridades.

Y he aquí que el gobernador de Tula se estaba dirigiendo junto con otros funcionarios, oficiales y soldados a llevar a cabo la misma acción. Exactamente del mismo modo, es decir, mediante el asesinato o la tortura debía hacer cumplir la decisión de las autoridades, que consistía en que un joven terrateniente, con unos ingresos anuales de cien mil rublos, pudiera obtener tres mil más por un bosque arrebatado fraudulentamente a una comunidad entera de campesinos que padecían hambre y frío, para así poder derrochar ese dinero

en dos o tres semanas en las tabernas de Moscú, Petersburgo o París. Y con ese fin iban los hombres con los que me crucé.

El destino, como adrede, tras dos años de dirigir mis esfuerzos y pensamientos hacia una misma dirección, me hizo tropezar por primera vez en mi vida con un acontecimiento que me mostraba con total claridad en la práctica lo que para mí ya hacía tiempo que era evidente a nivel teórico, esto es, que nuestra organización social no se basa en unos principios jurídicos, tal y como le gusta pensar a la gente que se beneficia de la posición ventajosa que les proporciona el actual estado de las cosas, sino en la más simple y burda violencia, en el asesinato y en la tortura.

Las personas que poseen gran cantidad de tierras y capitales, y que perciben grandes salarios obtenidos a costa de una clase trabajadora que no tiene ni para subsistir, así como comerciantes, doctores, artistas, dependientes, científicos, cocheros, cocineros, escritores, lacayos y abogados, que viven en torno a estas personas ricas, quieren creer que los privilegios de los que disfrutan no son producto de la violencia, sino de un intercambio de servicios absolutamente libre y justo; además, estos privilegios no sólo no son fruto de las palizas y asesinatos de algunos, como los que se produjeron en Oriol, como los que se han producido en muchos lugares de Rusia este verano y como los que se producen constantemente en toda Europa y América, sino que no tienen ni la más mínima relación con esta violencia. Les gusta creer que los privilegios de los que disfrutan existen por sí mismos, que son fruto de un acuerdo voluntario de todos los hombres, y que la violencia que se ejerce sobre éstos también existe por sí misma y se produce según unas leyes –generales y supremas– jurídicas, estatales y económicas. Esta gente se esfuerza en no ver que si están disfrutando de estos privilegios es siempre y únicamente gracias a lo mismo, por lo que unos campesinos que han cuidado un bosque del que dependen en extremo son obligados a entregarlo a un rico terrateniente que no ha contribuido en absoluto a su cuidado y que no lo necesita para nada, es decir, gracias al hecho de que si alguien se opone a entregar un bosque, será golpeado y asesinado.

Por tanto, si es tan evidente que el molino situado en Orlov proporciona grandes ingresos a un terrateniente y que el bosque cuidado por unos campesinos es entregado a otro terrateniente únicamente como resultado de palizas y asesinatos o la amenaza de llevarlos a cabo, tendría que ser igualmente evidente que todos los derechos exclusivos de los ricos, que privan a los pobres de lo imprescindible para subsistir, se basan en lo mismo. Si los campesinos, que necesitan la tierra para alimentar a sus familias, no pueden labrar los campos que rodean sus casas, y estas tierras que podrían dar de comer a mil familias son utilizadas por un solo hombre –ya sea ruso, inglés o austriaco: cualquier gran terrateniente que no trabaje la tierra–, y si un comerciante compra todo el trigo a un agricultor que está en la miseria, lo guarda con total seguridad en sus

graneros entre gente hambrienta y se lo vende a estos mismos labradores tres veces más caro de lo que se lo compró, es evidente que también se produce por las mismas razones. Y si un hombre no puede comprar a otro una mercancía a un precio barato porque debido a cierto límite convenido denominado frontera, debe pagar unos derechos arancelarios a ciertos hombres que no han participado en modo alguno en la producción de dicha mercancía; y si la gente no puede evitar tener que entregar su última vaca para pagar unos tributos que el gobierno reparte entre sus funcionarios y que utiliza para el mantenimiento de unas tropas destinadas a matar a estos mismos contribuyentes, parecería evidente que no es de ningún modo resultado de unos derechos abstractos, sino de lo mismo que se produjo en Oriol, que se puede producir ahora en la provincia de Tula y que se produce periódicamente de alguna u otra forma en todo lugar donde existe una estructura de Estado y donde hay ricos y pobres.

Debido a que la tortura y el asesinato no son empleados en todas las situaciones en que se reprime a la gente, aquellos que disfrutan de los privilegios exclusivos de las clases dirigentes se aseguran a sí mismos y a los demás que estos privilegios no son fruto de la tortura ni del asesinato, sino de otros factores misteriosos, de derechos abstractos, etcétera. Entretanto, parece evidente que aquellos que consideran injusto este sistema (como hoy en día lo consideran todos los trabajadores) entregan gran parte de su trabajo a un capitalista o a un terrateniente y pagan tributos a sabiendas de que se les va a dar un mal uso, lo hacen principalmente no porque sean conscientes de unos derechos abstractos de los que nunca han oído hablar, sino únicamente porque saben que si no lo hacen serán golpeados y asesinados.

Si no es preciso encarcelar, golpear ni matar cada vez que un terrateniente recauda sus rentas por las tierras, cada vez que quien necesita pan para su subsistencia tiene que pagar el triple de lo que debería a un comerciante que lo ha engañado, cada vez que un obrero se conforma con una paga dos veces menor en proporción al beneficio que ha obtenido su patrón, y cada vez que un pobre entrega su último rublo para el pago de aranceles y tributos, esto es porque se ha golpeado y asesinado a tanta gente que ha intentado no hacer lo que se le exigía, que todo el mundo recuerda bien este hecho. Del mismo modo que un tigre amaestrado y encerrado en una jaula no se come la carne que le ponen bajo el hocico y, en vez de permanecer tranquilamente estirado, salta por encima de una vara cuando se lo ordenan no lo hace porque quiera sino porque recuerda la barra de hierro candente o el hambre al que le han sometido cada vez que ha desobedecido, las personas, que se someten a cosas que les perjudican e incluso les destruyen y que consideran injustas, lo hacen porque recuerdan bien lo que ha sucedido cada vez que se han rebelado.

Aquellos que disfrutan de unos privilegios obtenidos gracias a una violencia empleada en un remoto pasado a menudo olvidan –y les gusta olvidar– de qué

modo estos privilegios fueron obtenidos. Basta con recordar la historia –no la historia de las hazañas de las distintas dinastías de soberanos, sino la verdadera historia, la de la opresión de una minoría sobre la mayoría– para ver que todos los privilegios de los ricos sobre los pobres no son sino fruto de los azotes, de las cárceles, de los trabajos forzados y de los asesinatos.

Basta con pensar en el incesante y obstinado afán de todas las personas en acrecentar su bienestar económico, que es lo que mueve a los hombres de nuestro tiempo, para convencerse de que los privilegios de los ricos sobre los pobres no pueden ni han podido ser mantenidos de otro modo.

Puede haber casos en los que la opresión, las palizas, las cárceles y las ejecuciones no tengan como objetivo velar por los privilegios de las clases acaudaladas (aunque esto se da muy raramente), pero se puede afirmar valientemente que en nuestra sociedad, donde por cada hombre con una vida acomodada y privilegiada hay diez trabajadores extenuados, envidiosos, ávidos, y que a menudo sufren junto con sus familias, todos los privilegios de los ricos, todos sus lujos, todos los excesos de los que disfrutan en detrimento del trabajador medio han sido adquiridos y mantenidos únicamente mediante la tortura, el encarcelamiento y las ejecuciones.

El tren con el que me crucé el 9 de septiembre, que transportaba a soldados con fusiles, cartuchos y azotes para reprimir a unos campesinos hambrientos y así respaldar a un rico terrateniente que había arrebatado a los campesinos un pequeño bosque que no necesitaba en absoluto, pero que éstos sí necesitaban desesperadamente, me demostró con una asombrosa claridad hasta qué punto los hombres han desarrollado la capacidad de cometer los actos más contrarios a sus convicciones y conciencias sin ni siquiera reparar en ello.

Aquel tren especial se componía de un vagón de primera clase para el gobernador, los funcionarios y los oficiales, y de varios vagones de mercancías repletos de soldados.

Los jóvenes y gallardos soldados, enfundados en nuevos y limpios uniformes, se agolpaban algunos de pie y otros sentados ante las puertas de los vagones de mercancías abiertas de par en par, con los pies colgando. Unos fumaban; otros se empujaban, bromeaban y reían mostrando los dientes; otros comían pipas y las escupían con presunción. Algunos de ellos corrían por el andén hacia una tina de agua para saciar la sed y, al cruzarse con algún oficial, moderaban el paso, hacían un estúpido gesto de llevarse una mano a la frente y, con expresión seria, como si hicieran algo no sólo razonable sino de gran importancia, pasaban por su lado siguiéndole con la mirada. Después se ponían a trotar aún con más júbilo, haciendo sonar los tacones por las tablas del andén, riendo y charlotteando, como es propio de unos muchachos jóvenes y sanos que viajan en alegre pandilla de un lugar a otro.

Se encaminaban hacia el asesinato de sus hambrientos padres y abuelos como si en realidad fueran a hacer algo divertido o, por lo menos, de lo más habitual.

Exactamente la misma impresión causaban los elegantes funcionarios y oficiales, dispersados por el andén y la sala de espera de primera clase. Sentado en una mesa cubierta por entero de botellas, el gobernador, jefe de toda aquella expedición, con su uniforme medio militar, comía algo y charlaba tranquilamente sobre el tiempo con un conocido con el que se había encontrado, como si el cometido hacia el que se dirigía fuera tan sencillo y normal que no podía perturbar su tranquilidad, ni su interés por el tiempo variable.

No lejos de la mesa, sin comer nada, estaba sentado el general de los gendarmes con aire impenetrable pero abatido, como si le pesara la fastidiosa formalidad. Por todas partes iban y venían oficiales armando alboroto, con sus

bonitos uniformes engalanados de oro: uno, sentado en una mesa, estaba acabándose una botella de cerveza; otro, de pie en la cantina masticando un pastelillo y sacudiéndose las migas del uniforme, arrojó una moneda con gesto engreído; otro, con paso chulesco, se paseaba delante de los vagones de nuestro tren mientras clavaba la mirada en los rostros de las mujeres.

Todos estos hombres, que se encaminaban hacia el asesinato o tortura de aquellas mismas personas hambrientas e indefensas que los mantenían, tenían el aspecto de alguien que sabe firmemente lo que hace y lo que hay que hacer, e incluso se enorgullece y fanfarronea de ello al hacerlo.

Pero ¿qué significa esto?

Todos estos hombres se encontraban a media hora de camino del lugar donde, con el fin de asegurarle a un joven terrateniente tres mil rublos que no necesitaba en absoluto y que había arrebatado a una comunidad entera de campesinos hambrientos, podrían verse forzados a cometer los actos más terribles que uno se pueda imaginar, a matar o torturar a gente inocente, a sus propios hermanos, tal y como había sucedido en Oriol; no obstante, se acercaban con suma tranquilidad al lugar y momento en que todo esto se podía desencadenar.

No se puede decir que toda esta gente, funcionarios, oficiales y soldados, no supiera lo que les esperaba y a lo que iba, porque se había preparado para ello. El gobernador había tenido que dar instrucciones sobre los azotes, los funcionarios habían tenido que ir a comprar varas de abedul, regatear e incluir la partida en el listado de gastos. Los militares habían dado, recibido y cumplido las órdenes sobre los cartuchos. Todos sabían que iban a torturar, y quizás también a matar, a sus hermanos atormentados por el hambre, y que posiblemente empezarían a hacerlo al cabo de una hora.

Sería injusto afirmar, como ellos mismos suelen afirmar y repetir, que actúan así por la convicción de que es necesario apoyar el orden estatal; en primer lugar, porque probablemente toda esta gente nunca se ha llegado siquiera a plantear algo relacionado con el orden estatal y la necesidad de mantenerlo; en segundo lugar, porque no pueden estar en absoluto convencidos de que el acto en el que toman parte sirva para mantener y no para destruir el Estado; y en tercer lugar, porque en realidad la mayoría de estos hombres –si no todos– no sólo no van a sacrificar nunca su bienestar y felicidad por el mantenimiento del Estado, sino que no dejarán escapar ni una ocasión para aprovechar todo aquello que les procure bienestar y felicidad en perjuicio del Estado. Así pues, no es por un principio abstracto del Estado por lo que actúan de este modo.

Pero ¿qué significa esto?

Conozco bien a estos hombres. Si no los conozco personalmente a todos, sí que conozco bastante bien su carácter, su pasado y su manera de pensar. Todos

ellos tienen madre, y algunos de ellos, mujer e hijos. La mayoría tiene buen corazón, todos son dóciles, a menudo sensibles, odian cualquier tipo de crueldad, y qué decir del asesinato, y muchos de ellos no son capaces de atormentar ni de matar a animales; además, todos ellos son cristianos y consideran que la violencia contra gente indefensa constituye un acto ruin y vergonzoso. Ni uno solo de estos hombres podría hacer en su vida corriente y en propio beneficio una centésima parte de lo que hizo el gobernador de Orlov con aquellos campesinos, pero todos ellos se ofenderán si alguien dice sobre ellos que no serían capaces de cometer un acto semejante en su vida privada.

No obstante, estaban a media hora de camino del lugar donde podían verse forzados inevitablemente a la necesidad de perpetrar aquel acto.

Pero ¿qué significa esto?

Sin embargo, no se trataba sólo de estos hombres que viajaban en aquel tren para matar y torturar. ¿Cómo pudieron aquellos que iniciaron todo el asunto –el terrateniente, el administrador y el juez– y aquellos que desde Petersburgo habían dado las órdenes y habían tomado parte en él –el ministro y el zar, hombres también bondadosos que profesan el cristianismo– emprender y ordenar algo así aun sabiendo sus consecuencias? ¿Cómo puede alguien que es testigo de este asunto –aunque sea ajeno a él–, que se indigna ante cualquier acto de violencia, incluso ante el maltrato de un caballo, permitir que se cometa semejante atrocidad? ¿Cómo puede no indignarse, no cruzarse en su camino y gritarles: «¡No, no permitiremos que matéis y azotéis a personas hambrientas por no entregar lo último que les queda y que les ha sido arrebatado fraudulentamente!»? Sin embargo, no sólo no hay nadie que haga nada de esto, sino que la mayoría de personas, incluso las responsables de todo este asunto –el administrador, el terrateniente y el juez–, y aquellas que han tomado parte en él y han dado las órdenes oportunas –el gobernador, el ministro y el zar–, están absolutamente tranquilas y no tienen ningún remordimiento de conciencia. Y por lo visto, también aquellos hombres que se disponían a perpetrar ese crimen estaban absolutamente tranquilos.

Los testigos, que no deberían tener ningún interés personal en el asunto, miraban más con simpatía que con desaprobación a aquellos hombres listos para cometer ese acto tan miserable. Viajaba en mi vagón un comerciante de madera, un hombre procedente del campesinado, que expresó abiertamente y en alta voz su simpatía por el castigo al que los campesinos iban a ser sometidos: «No se puede desobedecer a la autoridad,” dijo. «Para eso está la autoridad. Esperen y verán cómo les quitan las tonterías de encima. Ya dejarán de amotinarse, ya. Se lo tienen merecido.»

Pero ¿qué significa esto?

Tampoco se puede afirmar de ningún modo que todos los que han promovido,

participado y actuado en este asunto que es contrario a sus convicciones sean tan canallas que lo hayan hecho, unos, por el sueldo y por sacar algún provecho y, otros, por el miedo a ser castigados. Ni uno solo de estos funcionarios robará un monedero, leerá una carta ajena, ni soportará una ofensa sin exigir una satisfacción. Ni uno solo de estos oficiales aceptará hacer trampas jugando a las cartas, no pagar una deuda de juego, traicionar a un compañero, huir del campo de batalla o arrojar la bandera. Ni uno solo de estos soldados se atreverá a escupir la hostia sagrada o incluso a comer carne de vaca en Viernes Santo. Todos estos hombres están dispuestos a sufrir todo tipo de privaciones, sufrimientos y peligros antes que aceptar realizar cualquier acto que consideren ruin. Por consiguiente, existe en ellos una fuerza de resistencia a aquello que es contrario a sus convicciones.

Afirmar que estos hombres no son más que fieras, que es propio de ellos actuar así y que esto no les causa dolor, es aún menos posible. Basta con hablar con ellos para ver que todos –tanto el terrateniente, como el juez, el ministro, el zar, el gobernador, los oficiales y los soldados– no sólo desaprueban en el fondo de su alma semejantes actos, sino que sufren por la conciencia de haber tomado parte en ellos cuando se les recuerda su significado. Y tratan de no pensar en ello.

Basta con hablar con todos los que han participado en este asunto, desde el terrateniente hasta el último guardia y soldado, para ver que en el fondo de sus almas todos ellos saben que se trata de una acción horrible, que lo mejor habría sido no haber tomado parte en ella, y esto les hace sufrir.

En nuestro tren viajaba una dama de ideas liberales. Al ver al gobernador y a los oficiales en la sala de primera clase, y al conocer el objetivo de su viaje, empezó, expresamente y en voz alta para que todos la oyeran, a maldecir el orden existente y a reprobar a quienes participaban en semejante empresa. Todo el mundo se sintió incómodo, nadie sabía hacia dónde mirar, pero nadie replicó: todos hicieron ver como si no mereciera la pena replicar unas palabras tan vacías. Pero era visible por sus rostros y sus nerviosas miradas que se sentían avergonzados. Lo mismo observé en los soldados. Sabían que el acto que iban a cometer era miserable, pero trataban de no pensar en lo que tenían por delante.

Cuando el comerciante de madera –según mi parecer, no de forma sincera sino tan sólo para mostrar que era un hombre instruido– empezó a decir que aquellas medidas eran absolutamente imprescindibles, los soldados le fueron volviendo la espalda, haciendo como si no lo oyeran y frunciendo el ceño.

Todas estas personas, tanto las que habían contribuido a que se llevara a cabo aquel acto –el terrateniente, el administrador, el ministro y el zar–, así como aquellas que viajaban en el tren, e incluso las que no tenían nada que ver con el asunto pero que lo observaban desde la distancia, sabían que se trataba de algo

ruin, se avergonzaban de participar en ello, incluso de contemplarlo.

Entonces, ¿por qué lo hacían, lo hacen y lo toleran?

Preguntádselo a quien, como el terrateniente, inició el pleito; a quien, como el juez, dictó una sentencia que, aunque legal desde el punto de vista formal, era claramente injusta; a quien ordenó que se ejecutara la sentencia; a quien, como los soldados, los guardias y los campesinos, debían golpear y matar con sus propias manos a sus hermanos. Y todos ellos, tanto los instigadores, como los cómplices, ejecutores y los que hacen la vista gorda ante esos crímenes, os responderán esencialmente lo mismo.

Las autoridades, aquellos que han instigado, cooperado y dado instrucciones en relación con este caso, dirán que hacen lo que hacen porque es imprescindible para mantener el orden establecido, y que el mantenimiento del orden establecido es necesario para el bien de la patria y la humanidad, de cara a hacer posible la vida en sociedad y el avance hacia el progreso.

Aquellos que pertenecen a las capas sociales bajas –campesinos y soldados–, que deberán ejecutar la violencia con sus propias manos, dirán que hacen lo que hacen porque cumplen órdenes de las más altas autoridades, y que éstas saben lo que hacen. Para ellos es una verdad incontestable que el poder está compuesto precisamente por aquellos hombres que deben componerlo, y que éstos saben bien lo que hacen. Si admiten la posibilidad de error o extravío por parte del poder es sólo por parte de funcionarios de rango bajo, porque las altas autoridades, de las cuales todo surge, les parecen absolutamente infalibles.

Aunque expliquen de modo distinto las razones de su manera de proceder, tanto unos como otros –autoridades y su-bordinados– coinciden en que hacen lo que hacen porque el orden existente es imprescindible, debe existir en el presente, y constituye un deber sagrado de todo hombre apoyarlo.

Aquellos que participan en la violencia estatal utilizan este reconocimiento de la necesidad e irrevocabilidad del orden existente para justificar su argumento acerca de que ya que el orden existente es irrevocable, el hecho de que un individuo se niegue a cumplir las obligaciones que le han sido encomendadas no cambiará las cosas, y lo único que logrará es que pongan en su lugar a otro hombre que desempeñe sus funciones peor que él, es decir, con más crueldad, perjudicando aún más a las personas sobre las que se ejerce la violencia.

Es esta certeza de que el orden existente es imprescindible y, por tanto, irrevocable, y de que apoyarlo constituye un deber sagrado para toda persona, lo que facilita que gente que en su vida privada es buena y moral participe con la conciencia más o menos tranquila en crímenes como el que se perpetró en Oriol y como el que estaban preparando los hombres que viajaban en el tren de Tula.

Pero ¿en qué se basa esta certeza?

Se entiende que al terrateniente le resulte conveniente creer que el orden existente es necesario e irrevocable, porque este orden le asegura los ingresos que le proporcionan sus cientos o miles de *desiatinas*,^{***} gracias a los cuales puede seguir llevando su vida ociosa y lujosa de siempre.

Se entiende también que el juez crea gustosamente en la necesidad de este orden que le procura un sueldo cincuenta veces mayor que el del peón más diligente del mundo. También se entiende que lo haga un alto juez, que percibe seis mil rublos o más de sueldo, así como los altos funcionarios. Sólo bajo un orden como éste, tanto él como el gobernador, el fiscal, el senador o los miembros de los distintos consejos pueden percibir sus sueldos de varios miles de rublos, sin los cuales perecerían al acto junto con sus familias, ya que si no fuera por el puesto que ocupan, con sus aptitudes, diligencia y conocimientos no podrían llegar a percibir ni el 1% de lo que perciben. En la misma situación se encuentran el ministro, el zar y cualquier alto poder, con la única diferencia de que cuanto más alta y exclusiva es la posición que ocupan, más necesitan creer que el orden existente es el único posible, ya que fuera de este orden no sólo no tendrían la misma posición, sino que caerían más abajo que el resto. Un hombre que entra a trabajar como guardia por un sueldo de diez rublos, que conseguiría fácilmente en cualquier otro lugar, tiene poca necesidad de que se conserve el orden existente, y por tanto puede no creer en que éste sea irrevocable. Pero un rey o un emperador que percibe millones y que sabe que a su alrededor hay miles de personas que desean hacerlo caer y ocupar su lugar; que sabe que en ningún otro sitio va a percibir tantos ingresos y honores; que sabe incluso que en la mayoría de los casos, bajo un mandato más o menos despótico, si es derrocado será juzgado por lo que ha hecho aprovechándose de su poder, no puede no creer en la irrevocabilidad y sacralidad del orden existente. Cuanto más alta es la posición que ocupa un hombre, cuanto más lucrativa es (y por tanto más inestable) y más temible y peligroso resulta caer de ella, tanto más cree esta persona en la irrevocabilidad del orden existente, y por ello puede cometer, con la conciencia sumamente tranquila, actos ruines y crueles, como si en realidad no lo hiciera por su propio interés sino para salvaguardar este orden.

Esto es así para todos aquellos que están en el poder, aquellos que ocupan unas posiciones mucho más ventajosas de las que ocuparían de no existir el orden actual, comenzando por los bajos funcionarios policiales y acabando por las altas autoridades. Todas estas personas creen más o menos en la irrevocabilidad del orden existente porque, principalmente, les resulta provechoso.

Pero ¿qué es lo que hace que los campesinos y los soldados, que ocupan el peldaño más bajo de la escalera, que no obtienen ningún beneficio del orden existente, que se encuentran en una posición de total sumisión y humillación, crean que este orden –responsable de su situación desfavorable y humillante–

debe existir, y por ello hay que apoyarlo, llegando incluso a cometer actos ruines y contrarios a sus conciencias?

¿Qué lleva a esta gente al falso razonamiento de que el orden existente es irrevocable, y por ello hay que apoyarlo, cuando es evidente que, al contrario, si es irrevocable es precisamente porque ellos lo apoyan?

¿Qué hace a campesinos, ayer separados de sus arados y vestidos con un horrible e indecente uniforme de cuello azul cielo y botones dorados, encaminarse con fusiles y sables al asesinato de sus padres y hermanos hambrientos? La posición que ocupan no les procura ninguna ventaja y no pueden temer perderla, pues ésta es peor que aquella de la que fueron sacados.

Las personas de las clases superiores que ostentan el poder –terratenientes, mercaderes, jueces, senadores, gobernadores, ministros, zares y oficiales– participan en semejantes actos para perpetuar el orden existente, puesto que éste les resulta provechoso. Además, ellos, a menudo hombres bondadosos y de buen corazón, se ven capaces de hacerlo porque su participación se limita a promover, decidir y ordenar. Todas estas personas no ejecutan lo que promueven, deciden y ordenan ejecutar. La mayoría de ellos ni siquiera ve cómo se ejecutan los actos que ellos mismos han promovido y dispuesto.

Pero los infelices de las clases inferiores, que no sólo no obtienen ninguna ventaja del orden existente, sino que debido a éste son profundamente despreciados y que para apoyar este poder que tanto les perjudica tienen que arrancar con sus propias manos a personas del seno de su familia, atarlos, encerrarlos en cárceles y presidios, vigilarlos y dispararles, ¿por qué lo hacen?

¿Qué es lo que hace pensar a estas personas que el orden existente es irrevocable y que deben apoyarlo?

Cualquier acto de violencia necesita de estos hombres, que con sus propias manos golpean, atan, encierran y matan. Si no fuera por estos soldados y policías armados, preparados para violentar y asesinar a quienes les ordenen, ni una de estas personas que firman las sentencias de muerte, las cadenas perpetuas y los trabajos forzados se atrevería nunca a ahorcar, encerrar y atormentar personalmente ni a una milésima parte de aquellos a los que ahora, plácidamente sentados en sus despachos, ordenan ahorcar y torturar sólo porque no ven ni llevan a cabo de forma personal lo que disponen, sino que lo hacen dóciles subordinados en algún lugar lejano.

Todas las injusticias y crueldades que han pasado a ser habituales en nuestra vida, lo son porque hay gente dispuesta a apoyar estas injusticias y crueldades. Si no fuera por esta gente, no sólo no habría quien violentara esta enorme masa de personas oprimidas, sino que las autoridades nunca se atreverían siquiera a soñar con ordenar lo que ahora ordenan con tanta seguridad. Si no hubiera estos hombres que, sometiéndose a las autoridades, estuvieran dispuestos a

torturar y matar a quienes les ordenaran, nunca nadie se atrevería a afirmar lo que osadamente afirman todos los ociosos terratenientes: que las tierras que rodean a los campesinos –quienes mueren por carecer de ellas– son propiedad de una persona que no las trabaja, y que las reservas de pan recaudadas fraudulentamente deben conservarse intactas en medio de una población que se muere de hambre sólo porque un comerciante debe obtener ganancias, etcétera. Si no hubiera quien, a voluntad de las autoridades, torturara y matara a cualquiera que se le ordenara, a ningún terrateniente se le pasaría por la cabeza arrebatarse a unos campesinos un bosque plantado y cuidado por ellos mismos, ni los funcionarios considerarían legítimo percibir un sueldo recaudado del pueblo hambriento por su labor de tenerlo oprimido, y mucho menos nadie ejecutaría, encerraría o desterraría a nadie por el hecho de refutar la mentira y predicar la verdad. Todo esto es realizado tan sólo porque las autoridades están absolutamente convencidas de que siempre tendrán a mano a hombres dóciles que llevarán a cabo cualquiera de sus exigencias mediante la tortura y el asesinato.

Los crímenes de todos los tiranos, desde Napoleón hasta el último jefe de compañía que dispara contra el gentío, se cometen porque éstos se hallan embriagados por el poder de disponer de hombres obedientes dispuestos a ejecutar todas sus órdenes. Así pues, toda la fuerza reside en los hombres que ejecutan con sus manos estos actos violentos, en hombres que sirven en la policía o el ejército, pero especialmente en el ejército, puesto que la policía sólo entra en acción cuando tiene a los soldados tras de sí.

¿Qué es, pues, lo que ha llevado a estos hombres buenos de quienes todo esto depende, que no obtienen beneficio alguno de ello, que son obligados a perpetrar tan terribles actos con sus manos, a la extraña y falsa idea de que este orden desfavorable, nefasto y terrible para ellos es el que debe existir?

¿Quién les ha imbuido esta extraña y falsa idea? Porque ellos no se han podido persuadir a sí mismos de que deben perpetrar actos terribles, desfavorables, nefastos para ellos y para su estamento –que constituye el 90% de la población– y contrarios a sus conciencias.

Muchas veces he preguntado a distintos soldados cómo pueden matar a otros hombres cuando la ley de Dios dice «no matarás,» y esto, que les ha obligado a pensar en aquello que preferirían olvidar, los ha incomodado y llenado de turbación. Saben que existe una ley divina que dice «no matarás,» y saben que existe el servicio militar obligatorio, pero nunca han pensado que en esto pueda haber ninguna contradicción. El sentido de las tímidas respuestas que he obtenido ante esta pregunta siempre ha consistido en que la prohibición general de matar no incluye ni las guerras ni las ejecuciones de delincuentes dadas por el gobierno. Pero cuando les digo que esta limitación no aparece en la ley de Dios y les recuerdo que la doctrina cristiana, de obligado cumplimiento para

todos los creyentes, de la fraternidad, del perdón a las ofensas y el amor es absolutamente inconciliable con el asesinato, la gente del pueblo suele estar de acuerdo conmigo, pero me lanza la siguiente pregunta: ¿Cómo es posible que un gobierno que –según ellos consideran– no puede equivocarse ordene a las tropas ir a una guerra y ejecutar a delincuentes? Cuando respondo que un gobierno que ordena tales cosas está actuando erróneamente, mi interlocutor, o bien se queda aún más turbado, o bien corta la conversación, o bien se enoja conmigo.

«Será que han encontrado una ley para ello. Supongo que los obispos saben mucho más que nosotros,» me replicó una vez ante esto un soldado ruso. Y tras decirlo, se quedó visiblemente más tranquilo, completamente seguro de que sus dirigentes habían encontrado una ley conforme a la cual sirvieron sus antepasados, han servido los zares y sus descendientes, y sirven él y millones de hombres, y pensó que lo que yo le había dicho no era más que una ingeniosidad o una sutileza, una especie de juego de palabras.

Todos los hombres del mundo cristiano saben sin ninguna duda, bien por tradición, bien por revelación, o bien por la voz incuestionable de su conciencia, que el asesinato es uno de los crímenes más terribles que pueda cometer un ser humano, tal y como dice el Evangelio, y que este pecado no se limita a determinadas personas, es decir, que matar sea pecado para unos pero no para otros. Todos saben que matar es pecado y siempre lo será independientemente de sobre quién se cometa, como ocurre con el pecado del adulterio, el robo o con cualquier otro; sin embargo, todos saben desde su infancia y ven desde su juventud que el asesinato no sólo es admitido, sino también bendecido por aquellos a los que se han acostumbrado a considerar sus guías espirituales dispuestos por Dios, ven que sus dirigentes seculares instituyen con suma tranquilidad el asesinato, llevan encima armas asesinas de las cuales se enorgullecen, y exigen a todo el mundo que, en nombre de la ley civil e incluso de la ley divina, sean cómplices del asesinato. Los hombres perciben que esto encierra una contradicción, pero incapaces de desentramarla, asumen que ésta es sólo fruto de su propia ignorancia. Y la rudeza y claridad de esta contradicción los mantiene en esta convicción. No se pueden imaginar que las personas más ilustradas e instruidas de la sociedad puedan propugnar con tanta firmeza dos principios que parecen tan contradictorios: por un lado, la sujeción de los hombres a la ley cristiana, y, por el otro, el asesinato. Un niño puro e inocente, más tarde un joven, no se puede llegar a imaginar que aquellos sobre quienes se ha formado una opinión tan elevada, a los que considera o santos u hombres de ciencia, puedan engañarlo tan desvergonzadamente, no importa con qué fin. Y esto es precisamente lo que ha ocurrido y ocurre sin cesar. Ocurre, en primer lugar, que se inculca mediante el ejemplo y el sermón desde la infancia hasta la vejez entre las clases trabajadoras, que no disponen de tiempo para dilucidar cuestiones morales ni religiosas, que la tortura y el asesinato son

compatibles con el cristianismo, y que para determinados fines estatales no sólo son admisibles, sino que deben ser empleados; en segundo lugar, a unos cuantos de ellos, reclutados por el servicio militar obligatorio o por contrato, se les inculca que la tortura y el asesinato que deben perpetrar con sus propias manos es un deber sagrado, es incluso un acto heroico digno de elogio y recompensa.

Esta mentira general, extendida entre todos los hombres, consiste en que en todos los catecismos, o los libros que han sustituido a éstos, empleados en la enseñanza obligatoria de los niños, se dice que la violencia –es decir, la tortura, el presidio y las ejecuciones, así como el asesinato en las guerras internas o externas para apoyar y defender el orden estatal existente (independientemente de cuál sea: absolutista, monárquico, la convención, el consulado, el imperio de uno u otro Napoleón o Boulanger, la monarquía constitucional, la comuna o la república)– es absolutamente legítima y no contraviene ni la moral ni el cristianismo.

Esto es lo que se afirma en todos los catecismos y otros libros empleados en las escuelas. Y las personas están tan persuadidas de ello que crecen, viven y mueren con esta convicción, sin dudar ni una sola vez de ella.

Ésta es una de las mentiras, la general, que se emplea sobre todos los hombres; pero hay otra mentira, la particular, la que se emplea sobre los hombres que han sido reclutados de uno u otro modo para servir como soldados o policías, que ejecutan las torturas y los asesinatos necesarios para el mantenimiento y la defensa del orden existente.

En todos los reglamentos militares se viene a decir con unas u otras palabras lo mismo que se afirma en el reglamento militar ruso, donde leemos: «Art. 87: Cumplir exactamente y al pie de la letra las órdenes de los superiores significa cumplirlas de un modo exacto, sin razonar si son correctas o no, ni si su cumplimiento es posible o no. El superior es el único responsable de las consecuencias que conlleven las órdenes que ha dado. Art. 88: El subordinado no deberá cumplir las órdenes de sus superiores sólo en caso de que vea claramente que si lo hiciera...». Y aquí uno se imagina que la frase continuará del siguiente modo: «[...] infringiría la ley de Dios». Pero no es así en absoluto, pues continúa: «[...] *infringiría el juramento militar, la fidelidad y el servicio al zar*».

En este reglamento se dice que un soldado puede y debe cumplir sin excepción *todas* las órdenes de sus superiores, que para él consistirán principalmente en tener que matar, lo que conlleva que deberá infringir todas las leyes divinas y humanas, pero nunca su fidelidad y servicio a cierto individuo que en un momento dado se encuentra casualmente en el poder.

Esto es lo que se dice en el reglamento militar ruso y también, aunque con otras palabras, en todos los reglamentos militares, y no podría ser de otro modo

puesto que este engaño que consiste en librar a los hombres del sometimiento a Dios o a su conciencia para reemplazarlo por otro sometimiento a un determinado individuo que casualmente se encuentra en el poder, constituye la base de la fuerza del ejército y el Estado.

En esto se basa la asombrosa convicción de las clases sociales bajas acerca de que el orden existente, pernicioso para ellos, es el que debe existir, y por ello deben apoyarlo mediante la tortura y el asesinato. Y esta convicción se cimienta en un engaño consciente al que han sido sometidos por parte de las clases sociales altas.

No podría ser de otro modo. Para obligar a las clases bajas, las más numerosas, a oprimirse y torturarse a sí mismas cometiendo para ello actos contrarios a su conciencia, era imprescindible mantenerlas engañadas. Y así es como se ha hecho.

Hace unos días presencié cómo se llevaba a la práctica abiertamente este engaño descarado, y me volví a asombrar de que se produjera sin obstáculo alguno y de un modo tan desvergonzado.

A principios de noviembre, viajando por Tula, vi ante las puertas del Consejo del *zemstvo*, como otras veces, algo que me resultaba familiar: una muchedumbre de campesinos entre la que se podían distinguir voces de hombres embriagados y aullidos lastimosos de madres y mujeres. Se trataba de un reclutamiento.

Nunca puedo pasar de largo y dejar de presenciar semejante espectáculo, que me atrae hacia sí con una especie de efecto embrujador. Como en ocasiones anteriores me mezclé entre el gentío, observé, pregunté, y me asombré de cómo se puede cometer sin trabas este espantoso crimen, a plena luz del día y en medio de una gran ciudad.

Como todos los años, en todas las aldeas y pueblos de la Rusia de cien millones de habitantes, a primeros de noviembre los *stárosti****** habían reunido a todos los muchachos cuyos nombres aparecieran en una lista –a menudo se trataba de sus propios hijos– y los habían llevado a la ciudad.

Por el camino los reclutas habían bebido con desenfreno; los superiores no se lo habían impedido porque comprendían que partir hacia algo tan demente como a lo que se dirigían, abandonando a mujeres y madres, abjurando de todo lo sagrado sólo para convertirse en armas asesinas y sin sentido, es demasiado atroz si uno no va bebido.

Viajaron emborrachándose, soltando palabrotas, cantando, peleándose, bestializándose. Pasaron la noche en una posada. Por la mañana se quitaron la resaca volviendo a beber y se reunieron ante el Consejo del *zemstvo*.

Y ahí están, algunos de ellos con zamarras nuevas, bufandas de punto al

cuello, con ojos húmedos y ebrios, jaleándose unos a otros a gritos, o callados y abatidos; se abarrotan cerca de las puertas del Consejo entre sus madres y esposas llorosas, esperando su turno (lo que presencié fue el día de admisión, es decir, cuando realizaban el examen médico a quienes figuraban en la lista); entretanto, otros se agolpan en el vestíbulo de la sala de reconocimiento.

El ajetreo es incesante. Se abre una puerta y un guardia llama a un tal Piotr Sidorov. Piotr Sidorov se estremece, se santigua y entra en una pequeña habitación con una puerta de cristal. En esta habitación se desnudan los que han sido llamados a filas. Un recluta al que acaban de declarar apto para el servicio, compañero de Piotr Sidorov, sale desnudo de la sala con la mandíbula temblando, y se viste apresuradamente. Piotr Sidorov le quiere preguntar algo, pero le apremian y le mandan desvestirse rápido. Se quita la zamarra, las botas, el chaleco, se saca la camisa por encima de la cabeza y, con sus costillas prominentes, desnudo, con el cuerpo temblando y exhalando olor a alcohol, tabaco y sudor, entra descalzo a la sala de reconocimiento sin saber cómo poner sus brazos fibrosos y desnudos.

En la sala, en un lugar destacado, hay colgado un retrato del zar en uniforme engalanado en un gran marco dorado, y en un rincón pende un pequeño retrato de Cristo en camisa, con una corona de espinas. En medio de la habitación se alza una mesa cubierta con un paño verde, sobre la que descansan varios papeles extendidos y un pequeño objeto triangular con un águila llamado *zertsalo*.^{6*} Alrededor de la mesa están sentados los funcionarios, con aspecto tranquilo. Uno fuma y otro hojea unos papeles. En cuanto entra Sidorov un guardia se le aproxima, lo sitúa bajo un medidor, le sube la barbilla y le endereza las piernas. Se acerca un hombre con un cigarrillo emboquillado –es el doctor– que no mira al recluta a la cara sino al vacío, le toca el cuerpo con repugnancia, lo mide, lo palpa, manda al guardia que le abra la boca, y le ordena que respire y que diga algo. Alguien toma anotaciones. Finalmente, sin haberle mirado ni una sola vez a los ojos, el doctor exclama: «¡Apto! ¡El siguiente!» y se sienta de nuevo en la mesa con aspecto cansino. Los soldados vuelven a empujar al joven y a apremiarle. Éste se pone la camisa como puede, apresuradamente, pero no encuentra el agujero de las mangas, se pone los pantalones, los peales, se calza las botas, busca la bufanda, el gorro, sostiene la zamarra bajo un brazo y le hacen salir a una habitación donde lo mantienen separado del resto con un banco, tras el que esperan quienes han sido declarados aptos para el servicio. Un soldado, un muchacho de pueblo igual que él pero de una provincia lejana le vigila con un fusil con una afilada bayoneta, dispuesto a atravesarle con ella si se le ocurriera escapar.

Entretanto, una multitud empujada por los guardias y formada por padres, madres y esposas se agolpa ante las puertas tratando de averiguar quién ha sido admitido y quién no. Uno de los que ha sido declarado inútil para el servicio

sale al exterior y anuncia que Petruj ha sido admitido, y se oye el chillido de su joven esposa, para la que la palabra “admitido” significa una separación de cuatro o cinco años y la vida de mujer de soldado, que suele acabar como criada o depravándose.

De pronto pasa un carruaje ligero en el que viaja un hombre de pelo largo con un atavío característico que le diferencia de todos; se baja del vehículo y se acerca al edificio del Consejo del *zemstvo*. Los guardias le abren paso entre el gentío. Se trata de un “padre” que ha venido a tomar el juramento militar. Y este “padre,” al cual han hecho creer que es un servidor de Dios especial y exclusivo, que con frecuencia no percibe el engaño en el que vive, entra en la habitación donde esperan los reclutas, se pone una casulla brocada y libera su largo cabello de debajo. Abre el Evangelio –el mismo que prohíbe jurar–, coge una cruz –la misma en la que Cristo fue crucificado por no hacer precisamente lo que ordena este supuesto servidor suyo– y los coloca sobre un atril; todos los infelices, indefensos y engañados muchachos repiten la mentira que tan valiente y rutinariamente él pronuncia. Él lee y ellos repiten: «Prometo y juro por Dios Todopoderoso ante el Santo Evangelio... etcétera... defender... (es decir, matar a quien me ordenen, hacer todo cuanto me manden unos hombres a los que no conozco y a los que únicamente soy necesario para cometer unos crímenes gracias a los cuales se mantienen en su posición y oprimen a mis hermanos)». Todos los reclutas repiten estúpidamente estas palabras salvajes, y el así llamado “padre” se marcha con la conciencia de haber cumplido su deber con corrección y diligencia, y los muchachos engañados consideran que estas palabras absurdas que no comprenden y que acaban de pronunciar, los han liberado para todo el tiempo que sirvan en el ejército de sus obligaciones como hombres y les han ligado a otras obligaciones nuevas y más importantes como soldados.

Esto se realiza públicamente, y nadie salta y grita a los que engañan ni a los engañados: «¡Reflexionad y marcharos, porque estáis ante una mentira repugnante y pérfida que destruirá no sólo vuestros cuerpos, sino también vuestras almas!».

Nadie hace esto; al contrario, como si se tratara de una burla hacia ellos, cuando ya han sido admitidos, un jefe militar entra con presunción y majestuosidad en la habitación donde los muchachos, engañados y borrachos, están encerrados, y les grita audazmente a la manera soldadesca: «¡Saludos, soldados! Os felicito por estar *al servicio del zar*». Y los pobres (alguien ya les ha enseñado) barbotan con su voz medio embriagada algo insólito que viene a significar que están contentos por ello.

Entretanto, la multitud de padres, madres y esposas espera a la entrada. Las mujeres tienen la mirada llorosa, clavada en la puerta. Ésta se abre y, entre tambaleos y vaivenes, salen los reclutas admitidos, Petruja, Vaniuja^{7*} y Makar,

tratando de no mirar a los suyos, de no verlos. Resuena el aullido de madres y esposas. Algunos se abrazan a ellas y lloran, otros se hacen los duros, y otros las consuelan. Las madres y las esposas, conscientes de que ahora se han quedado huérfanas durante tres o cuatro años sin el sustentador de la familia, aúllan y se lamentan a gritos. Los padres apenas dicen nada, se limitan a chasquear la lengua y suspirar, conscientes de que nunca más van a volver a ver a sus ayudantes, a quienes han criado y enseñado, porque cuando éstos regresen ya no serán los labradores tranquilos y laboriosos que eran, sino unos soldados petimetres, en su mayor parte disolutos y deshabituados de la vida sencilla.

La muchedumbre se va montando en los trineos y parte calle abajo hacia posadas y tabernas; se oye, aún más fuerte que antes, una mezcla de canciones, sollozos, gritos ebrios, lamentaciones de madres y esposas, música de acordeón y palabrotas. Todo el mundo se dirige a tascas y tabernas, cuyos ingresos van destinados al gobierno, y empieza una borrachera que aplaca en ellos la conciencia de sentir la injusticia que les han hecho.

Los reclutas pasan dos o tres semanas en casa, la mayoría del tiempo saliendo de juerga, es decir, emborrachándose.

El día fijado los reúnen, los juntan en un lugar como si fueran ganado y empieza su adiestramiento como soldados. Sus instructores son iguales que ellos, sólo que fueron engañados y brutalizados dos o tres años antes. Los métodos de instrucción son el engaño, el atontamiento, los puntapiés y el vodka. Y no ha pasado ni un año, y estos muchachos de espíritu sano, inteligentes y buenos se convierten en seres tan salvajes como sus instructores.

–Si tu padre estuviera detenido y tratara de escapar, ¿qué harías? –le pregunté en una ocasión a un joven soldado.

–Lo atravesaría con mi bayoneta –me respondió de ese modo particular y absurdo propio de los soldados–. Y si se alejara, *debería* dispararle –añadió, visiblemente orgulloso de saber lo que tendría que hacer si su padre tratara de escapar.

Y cuando él, un muchacho bondadoso, ha sido rebajado a un nivel más bajo que el de las bestias, se convierte justo en lo que necesitan quienes lo utilizan como un instrumento de violencia. Ya está preparado: se ha destruido a la persona y ha nacido un nuevo instrumento de violencia.

Y todo esto se produce cada año, cada otoño en todos los rincones de Rusia, a plena luz del día, en medio de la gran ciudad, a la vista de todo el mundo. Sin embargo, el engaño es tan hábil, tan ingenioso, que todos lo ven y todos sienten en el fondo de su alma su infamia y sus terribles consecuencias, pero no pueden librarse de él.

Cuando abres los ojos ante este terrible engaño al que es sometida la gente, te asombra el hecho de que los predicadores de la religión cristiana, de la moral, los educadores de la juventud, o simplemente los padres buenos y sensatos que siempre hay en toda sociedad puedan propugnar una doctrina moral –sea la que sea– en una sociedad cuyas Iglesias y gobiernos reconocen abiertamente que la tortura y el asesinato constituyen una condición indispensable en la vida de los hombres, y que entre nosotros siempre tendrá que haber personas dispuestas a matar a sus hermanos, y que todos nosotros podemos ser una de estas personas.

¿Cómo se puede enseñar a niños y a jóvenes, ilustrar a la gente, y educar en el espíritu cristiano, en definitiva, tratar de enseñar a la gente algún tipo de moralidad –sea la que sea– cuando ésta va ligada a una doctrina según la cual el asesinato es imprescindible para el bienestar común –y por consiguiente para nuestro bienestar–, que es legítimo, y que hay personas entre las que nos podemos contar nosotros que están obligadas a torturar y matar a sus semejantes y a cometer toda clase de crímenes a voluntad de quienes tengan el poder en sus manos? Si se puede y se debe torturar, asesinar y cometer toda clase de crímenes según la voluntad de quienes están en el poder, entonces no puede haber ninguna enseñanza moral, sino simplemente el derecho del más fuerte. Y así es como sucede. Porque esta doctrina, que para algunos teóricamente queda justificada con la teoría de la lucha por la supervivencia, es en esencia la que impera en nuestra sociedad.

Y realmente, ¿qué clase de enseñanza moral es aquella que admite el asesinato, sea cual sea su fin? Eso es tan inviable como cualquier teoría matemática que admita que 2 es igual a 3.

Si se admite que 2 es igual a 3, podemos estar ante algo semejante a las matemáticas, pero no ante un auténtico saber matemático. Y si se admite el asesinato en forma de ejecuciones, guerras o autodefensa, nos encontramos ante algo semejante a la moral, pero no ante una auténtica moral. El reconocimiento por parte de todo hombre de que la vida es sagrada es el primer y único fundamento de toda moralidad.

La doctrina del «ojo por ojo, diente por diente y vida por vida» fue abolida por el cristianismo precisamente porque no era más que una justificación de la inmoralidad, algo que intentaba asemejarse a la justicia, pero que carecía de todo sentido. La vida es una magnitud que no tiene ni peso ni medida, que no puede ser equiparada a ninguna otra, y por ello la destrucción de una vida por otra no tiene ningún sentido. Además, cualquier ley social tiene como objeto

mejorar la vida de los hombres. ¿De qué modo puede la destrucción de la vida de unos mejorar la vida de los otros? La destrucción de una vida no es un acto que mejore nuestras vidas, sino un acto de suicidio.

Destruir una vida ajena en pro de la justicia es como lo que haría una persona que para enmendar la desgracia de haber perdido una mano, se cortara la otra en un acto de justicia.

Incluso sin hablar del pecado que constituye el engaño de presentar ante los hombres el crimen más perverso como un deber de todos; incluso sin hablar del terrible pecado de utilizar el nombre y la autoridad de Cristo para legitimar lo que éste más intensamente rechazó, como se hace con los juramentos militares; incluso sin hablar de la tentación mediante la que se destruye no sólo el cuerpo «de los más pequeños» sino también su alma; incluso sin hablar de todo esto, ¿cómo pueden las personas, incluso desde el punto de vista de su seguridad personal, permitir que se constituya entre ellos –gente que aprecia su forma de vida, el progreso– esta terrible, absurda, despiadada y destructora fuerza que representa cualquier gobierno organizado que se apoya en el ejército? Ni la banda de malhechores más despiadada y aterradora es tan terrible como una organización estatal así. El poder de cualquier jefe de una banda está limitado por el hecho de que los hombres que la forman conservan un mínimo de libertad que les permite oponerse a realizar actos contrarios a su conciencia. Pero en el caso de las personas que forman parte de un gobierno bien organizado, que cuenta con un ejército cuya disciplina ha sido llevada hasta los límites actuales, no existe ningún tipo de obstáculo. No hay ningún crimen, por más espantoso que sea, que no puedan cometer aquellos que forman parte de un gobierno y de un ejército a voluntad de quien se halle casualmente en el poder (Boulanger, Pugachov, Napoleón).

A menudo, cuando ves no sólo los reclutamientos, la instrucción militar y las maniobras, sino también a los guardias con sus revólveres cargados, a los centinelas con sus fusiles con bayoneta; cuando oyes (como oigo yo en Jamóvniki,^{8*} que es donde vivo) durante días enteros el silbido y el sonido de las balas que dan en el blanco; cuando ves en medio de una ciudad que cualquier intento de insubordinación y de violencia es prohibido, que no se permite la venta de pólvora ni de medicinas, ni conducir velozmente, ni curar si no se posee un diploma, etcétera, y ves en la misma ciudad a miles de hombres disciplinados, adiestrados para matar y sometidos a un solo individuo, te preguntas: ¿cómo es posible que estas personas que tanto valoran su seguridad puedan tolerar y aguantar todo esto con tanta tranquilidad? Porque, incluso sin hablar de lo dañino e inmoral que resulta, nada puede ser más peligroso que esto. ¿En qué piensa toda esta gente –y no hablo ya de los cristianos, los pastores de la Iglesia, los filántropos, ni de los moralistas– que tanto valora su vida, su seguridad y bienestar? ¡Esta organización estatal va a funcionar de

idéntico modo esté en las manos que esté! Hoy puede estar, supongamos, en manos de un gobernante soportable, pero mañana lo puede tomar un Biron,^{9*} una Isabel I de Rusia, una Catalina II, un Pugachov, un Napoleón I o un Napoleón III. Además, un individuo en el poder que hoy es soportable, mañana se puede convertir en una bestia, o su lugar puede ser ocupado por un sucesor loco o medio loco, como ocurrió con el rey de Baviera o con Pablo.^{10*}

Pero no sólo se trata de los altos gobernantes: todos estos pequeños sátrapas que encontramos en todas partes, como los distintos Baránov, comisarios de policía –incluso de la policía rural– y jefes de compañía pueden cometer terribles crímenes antes de haber sido sustituidos, tal y como sucede continuamente.

Uno se pregunta sin querer: ¿cómo tolera todo esto la gente, no ya por razones gubernamentales, sino por su propia seguridad?

La respuesta a esta pregunta es que no todo el mundo lo tolera (la mayoría de la gente, engañada y sometida, no tiene más remedio que hacerlo); en realidad, lo toleran aquellas personas que sólo bajo una organización como ésta pueden ocupar la ventajosa posición que ocupan en la sociedad; lo toleran porque para estas personas el riesgo de verse perjudicadas porque quien esté a la cabeza del gobierno o el ejército sea un demente o un despiadado es siempre menor que las desventajas que le comportaría que dicha organización fuera suprimida.

Un juez, un policía, un gobernador o un oficial ocuparán su puesto sin importarles si es bajo Boulanger, la república, Pugachov o Catalina. Perderían su posición, ciertamente, si se desmoronara el orden existente, el cual les asegura una posición ventajosa. Por este motivo, todas estas personas no temen quién va a estar a la cabeza de esta organización de la violencia: se contentan con quien sea; lo único que temen es que se suprima tal organización, por lo que siempre, a menudo incluso inconscientemente, la apoyan.

¡Con frecuencia uno se asombra de que hombres libres, la llamada crema de la sociedad, sin verse forzados a ello, ingresen en el ejército de Rusia, Inglaterra, Alemania, Austria e incluso Francia y busquen la oportunidad de convertirse en asesinos! ¿Por qué los padres, personas morales, mandan a sus hijos a escuelas militares? ¿Por qué las madres compran a sus hijos, como juguetes preferidos, chacós, fusiles y sables? (Los hijos de los campesinos nunca juegan a soldados.) ¿Por qué hombres buenos e incluso algunas mujeres se entusiasman ante las hazañas de hombres como Skóbelev^{11*} y otros, y los colman de elogios? ¿Por qué hombres como los mariscales de la nobleza, sin estar obligados a ello y sin recibir ninguna retribución a cambio, consagran meses enteros de asiduo trabajo a algo tan pesado físicamente y penoso moralmente como son los reclutamientos? ¿Por qué todos los emperadores y reyes visten de uniforme militar, organizan maniobras, desfiles, condecoran a militares, erigen

monumentos en honor a generales y conquistadores? ¿Por qué hombres libres y ricos consideran un honor servir como lacayos a individuos coronados, se humillan, los adulan y fingen creer en su particular grandeza? ¿Por qué personas que hace mucho que no creen en las supersticiones medievales de la Iglesia y que no pueden creer en ellas fingen ser unos convencidos y firmes creyentes, respaldando con ello las indecentes y sacrílegas instituciones religiosas? ¿Por qué tratan con tanto celo de mantener al pueblo en la ignorancia no sólo los gobiernos, sino personas libres de la alta sociedad? ¿Por qué atacan con tanta furia cualquier intento de destruir las supersticiones religiosas y la verdadera instrucción del pueblo? ¿Por qué hay personas – historiadores, novelistas, poetas– que, aun a pesar de que ya no pueden recibir nada por sus adulaciones, pintan como héroes a emperadores, reyes o jefes militares muertos hace tiempo? ¿Por qué hombres que se hacen llamar científicos dedican vidas enteras a formular teorías según las cuales la violencia que las autoridades emplean contra el pueblo no es violencia, sino un derecho especial?

A menudo te asombras de que una mujer de la alta sociedad o un pintor, que parecerían no tener interés en cuestiones sociales ni militares, censuren las huelgas de los obreros, propugnen la guerra y ataquen siempre y con tanta determinación a una parte y defiendan a la otra.

Sin embargo, todo esto te causa asombro sólo hasta que comprendes que es así únicamente porque las clases dirigentes han sentido siempre de un modo instintivo qué es lo que mantiene y qué es lo que destruye esta organización que les permite disponer de sus privilegios. De otro modo, una dama de la alta sociedad no razonaría que si no hubiera capitalistas ni un ejército que los protegiera, su marido no tendría dinero y ella no podría disfrutar de su salón ni de sus atavíos; tampoco un pintor razonaría que necesita a los capitalistas y a un ejército que los defienda para que haya quien le compre sus cuadros. Pero el instinto, que en este caso sustituye al razonamiento, los dirige indefectiblemente. Y este mismo instinto dirige, con raras excepciones, a todas las personas que respaldan estas instituciones políticas, religiosas y económicas, cuya existencia les resulta ventajosa.

Pero ¿acaso las clases altas pueden respaldar este orden de las cosas únicamente porque les resulta ventajoso? Es imposible que no vean que este orden de las cosas es en sí mismo una locura, que ya no se corresponde con el nivel de conciencia de la gente, ni con el de la opinión pública, y que está lleno de peligros. Es imposible que las clases dirigentes –las personas honradas, buenas e inteligentes que hay entre ellos– no sufran por estas contradicciones internas y no perciban los peligros de este orden. ¿Y acaso las clases bajas, todos estos millones de hombres, pueden cometer con el espíritu tranquilo estos actos manifiestamente malvados de la tortura y el asesinato que son obligados a

ejecutar sólo por el temor a ser castigados? Realmente todo esto no sería posible, y ni unos ni otros podrían dejar de ver la insensatez de todos estos actos, si la particularidad del sistema estatal no consistiera en que oculta a los ojos de los hombres cuán antinaturales e insensatas son las acciones que cometen.

Esta insensatez se oculta gracias a que cada una de estas acciones cuenta con tantos instigadores, cómplices y gente que se muestra indiferente, que ni uno de los que ha tomado parte en ellas se siente moralmente responsable.

Cuando se comete un asesinato, el asesino obliga a todos los presentes a asestar un golpe a la víctima que yace sin vida para que la responsabilidad recaiga en la mayor cantidad posible de personas. Esto mismo, establecido en determinadas formas, es lo que ha instituido el orden gubernamental cuando se cometen todos los crímenes sin cuya perpetración continuada sería inconcebible su existencia. Los dirigentes estatales tratan siempre de implicar a la mayor cantidad posible de ciudadanos en todos sus crímenes, los cuales les resultan imprescindibles.

Últimamente esto se ha reflejado de un modo muy evidente en el llamamiento de los ciudadanos a participar en los tribunales en calidad de jurado, en el ejército en calidad de soldados y en los gobiernos locales y asambleas legislativas en calidad de electores y representantes.

Bajo un orden gubernamental –que, como ocurre con un cesto de mimbre, tiene los extremos tan escondidos que es imposible encontrarlos–, la responsabilidad de los crímenes cometidos se oculta tanto a las personas que éstas, al perpetrar los actos más espantosos, no ven su responsabilidad en ellos.

En la Antigüedad se culpaba a los tiranos de los crímenes, pero en nuestro tiempo se cometen crímenes horribles, impensables en tiempos de cualquier Nerón, y no hay a quién culpar.

Unos exigen, otros deciden, los terceros ratifican, los cuartos proponen, los quintos informan, los sextos ordenan y los séptimos ejecutan. No existen nunca culpables, por más que se mate, ahorque, azote a mujeres y a ancianos inocentes, como sucedió recientemente en Rusia en la fábrica Yuzovski,^{12*} como se hace en Europa y América en la lucha contra los anarquistas y contra cualquiera que altere el orden existente (fusilamientos, asesinatos, ahorcamiento de cientos y miles de personas), como se hace en las guerras (matanzas, aniquilamiento de millones de personas), o como se hace continuamente (destrucción del alma en celdas incomunicadas y depravación en el ejército).

En el peldaño más bajo de la escala social, los soldados armados con fusiles, pistolas y sables torturan y matan, y con ello obligan a los hombres a ingresar en el ejército, y están absolutamente convencidos de que quedan liberados de la

responsabilidad de estos actos por parte de los superiores que les ordenan cometerlos.

En el peldaño más alto, los zares, presidentes, ministros y cámaras ordenan estas torturas, asesinatos y reclutamiento de soldados, y están absolutamente convencidos de que, ya sea porque fueron designados por Dios para ocupar su puesto, ya sea porque la sociedad que dirigen les exige que hagan lo que hacen, no pueden ser culpables.

En el peldaño intermedio, entre unos y otros, se encuentran aquellos que dirigen las torturas, asesinatos y reclutamientos de soldados, y están absolutamente convencidos de que quedan liberados de su responsabilidad en parte porque cumplen órdenes de arriba, y en parte porque estas órdenes les son exigidas por los mismos que ocupan el peldaño más bajo.

El poder que ordena y el poder que ejecuta las órdenes se sitúan en los dos extremos del orden estatal, y convergen en un círculo: uno condiciona y mantiene al otro, y a todos los eslabones de la cadena.

Sin la convicción de que hay uno o varios individuos que cargan con toda la responsabilidad de sus actos, ni un solo soldado podría levantar la mano para torturar o matar. Sin la convicción de que así lo exige el pueblo entero, ni un solo emperador, rey, presidente o asamblea podría nunca ordenar estas torturas y asesinatos. Sin la convicción de que hay individuos por encima de él que cargan con la responsabilidad de sus actos, y gente por debajo que exige, para su propio bienestar, que dirija tales actos, ni uno solo de los hombres que se encuentran en el escalón intermedio entre los gobernantes y los soldados podría dirigir los actos que dirige.

El orden estatal se caracteriza por lo siguiente: independientemente del peldaño de la escala social que ocupe una persona, su nivel de falta de responsabilidad es el mismo; cuanto más alto sea el peldaño que ocupe, más sujeto estará a la influencia de las exigencias de abajo, y menos sujeto estará a las órdenes de arriba.

Sin embargo, además de que todas las personas que están unidas bajo el orden estatal se pasan unos a otros la responsabilidad por los actos que cometen—el campesino reclutado como soldado al noble o comerciante que ha ingresado en el ejército como oficial; el oficial al noble que ocupa el puesto de gobernador; el gobernador al hijo de un funcionario o noble que ocupa el puesto de ministro; el ministro al miembro de la casa real que ocupa el puesto de zar; el zar, a su vez, a todos estos funcionarios, nobles, comerciantes y campesinos—; además de que las personas se libran por este medio de la conciencia de su responsabilidad por los actos que cometen, pierden también la conciencia moral de su responsabilidad porque al formar parte de este orden estatal, se han persuadido durante tanto tiempo, tan incesantemente y con tanta

intensidad a sí mismos y a los demás de que los hombres no somos iguales, sino tan diferentes «como lo es una estrella de otra,” que acaban creyéndolo sinceramente. Así, a unos los persuaden de que no son simples personas, iguales al resto, sino personas especiales, por lo que deben ser especialmente ensalzados; a otros los persuaden de que son inferiores a otros hombres y por ello deben obedecer resignadamente lo que les ordenen quienes están por encima de ellos.

En esta desigualdad, en este ensalzamiento de unos y denigración de otros se fundamenta principalmente la capacidad de las personas de no ver la insensatez del orden establecido, su brutalidad y criminalidad, el engaño que unos orquestan y al que otros se someten.

Unos –a quienes se ha inculcado que están investidos de una importancia y grandeza especiales y sobrenaturales– se embriagan hasta tal punto con esta grandeza imaginaria que dejan de ver su responsabilidad en los actos que realizan; otros –a quienes, por el contrario, se ha inculcado que son seres insignificantes y que deben someterse en todo a los que están por encima de ellos–, a causa de este estado de humillación permanente, caen en un extraño estado de embriaguez servil, bajo el cual no ven el significado de sus acciones y pierden la conciencia de su responsabilidad. Los que se encuentran en un peldaño intermedio, en parte sometidos a los que están por encima y en parte considerándose a sí mismos seres superiores, caen en un estado de embriaguez de poder y servilismo al mismo tiempo, con lo que también pierden la conciencia de su responsabilidad.

Basta con echar un vistazo a la grandeza embriagadora de un gran jefe de cualquier nación seguido por su comitiva, en caballos magníficos y acicalados, con sus uniformes suntuosos e insignias, cuando éste, al son de una música armoniosa y solemne de trompeta pasa ante una formación de soldados servilmente petrificados presentando armas, para comprender que en esos momentos, tanto el gran jefe como los soldados y aquellos que ocupan el escalón intermedio, se encuentran en un estado de embriaguez tan grande que son capaces de cometer acciones que nunca habrían pensado cometer en otras circunstancias.

La embriaguez que experimenta la gente ante los desfiles, las apariciones de los soberanos, las ceremonias eclesiásticas o coronaciones, constituye un estado transitorio muy intenso; pero existe otro estado crónico y permanente de embriaguez que experimentan de modo idéntico quienes disponen de cualquier tipo de poder –desde un zar hasta un policía de la calle– y quienes se someten a este poder y se encuentran en un estado de embriaguez servil. Estos últimos justifican su servilismo atribuyendo una importancia y dignidad especiales a quienes se someten, como han mostrado y muestran todos los esclavos.

La capacidad de las personas unidas bajo el orden estatal de no sentir remordimientos al cometer acciones contrarias a sus conciencias se basa principalmente en este engaño, según el cual los hombres no somos iguales, y en la embriaguez de poder y servilismo que resulta de este hecho.

Bajo el efecto embriagador del poder y el servilismo, las personas no se perciben a sí mismas como son en realidad –simples personas–, sino como seres especiales, con un estatus convenido: nobles, comerciantes, gobernadores, oficiales, zares, ministros y soldados, sujetos no ya a sus obligaciones como seres humanos, sino ante todo y preferentemente a las de su condición de nobles, comerciantes, gobernadores, oficiales, zares, ministros y soldados.

Así, el terrateniente que pleiteó por el bosque obró de este modo porque se veía a sí mismo no como una simple persona que tiene el mismo derecho a la vida que los campesinos que viven a su alrededor, sino como un gran propietario miembro de la nobleza y, por consiguiente, como resultado del efecto embriagador del poder, se sintió injuriado por las pretensiones de los campesinos. Únicamente por este motivo, sin tener en cuenta las consecuencias que sus exigencias comportarían, presentó una demanda para que su supuesto derecho fuera restituido.

Del mismo modo, los jueces, que adjudicaron equivocadamente el bosque al terrateniente, obraron así porque se veían a sí mismos no como simples hombres iguales al resto y, por ello, obligados a guiarse en todo únicamente por la verdad, sino, bajo el efecto embriagador del poder, como unos guardianes de la justicia incapaces de equivocarse, y, por otro lado, bajo el efecto embriagador del servilismo, como hombres obligados a cumplir con unas palabras, llamadas leyes, escritas en determinados libros. Exactamente del mismo modo, debido al efecto embriagador del poder y el servilismo, se perciben a sí mismos y a los demás todos aquellos que colaboraron en semejante acto: desde el zar que suscribió el informe del ministro, el mariscal de la nobleza que organizó el reclutamiento de los soldados, el sacerdote que los engañó a todos ellos, hasta el último soldado, dispuesto a disparar contra sus hermanos. Todos ellos obran así sólo porque se ven a sí mismos y a los demás no como son en realidad – personas ante quien se plantea la siguiente cuestión: participar o no en un pérfido acto que su conciencia reprueba–, sino como individuos con un estatus convenido: uno se ve como un zar ungido, un ser especial llamado a velar por el bienestar de cien millones de súbditos; otro se ve como un representante de la nobleza; otro como un sacerdote que ha obtenido una gracia especial de Dios al ordenarse, y otro como un soldado obligado por un juramento militar a cumplir sin pensar todo cuanto le ordenen.

Sólo bajo el efecto embriagador del poder, del sometimiento y de su condición imaginaria, todos estos hombres han podido y pueden hacer lo que hacen.

Si estos hombres no estuvieran firmemente convencidos de que su condición de zar, ministro, gobernador, juez, noble, terrateniente, mariscal de la nobleza, oficial o soldado es algo que realmente existe y que tiene una importancia extrema, ni uno de ellos se plantearía sin horror o repulsión participar en los crímenes en los que actualmente participa.

Estas posiciones convenidas, establecidas hace cientos de años, reconocidas ahora y desde hace siglos por todo el mundo, distinguidas mediante títulos y atavíos especiales, y confirmadas con toda clase de solemnidades que sugestionan los sentidos, son imbuidas en las personas hasta tal punto que éstas olvidan las condiciones normales de vida comunes a todos, y empiezan a percibirse a sí mismas y a los demás a través de este único punto de vista convenido, que es el que les guía al valorar sus actos y los de los demás.

Así, un hombre de espíritu completamente sano, ya mayor, sólo por lucir algún oropel o ridículo uniforme, unas llaves en el trasero o una cinta azul cielo, propia de una niña presumida, que además ha sido persuadido de que es general, chambelán, caballero de la orden de San Andrés o alguna tontería por el estilo, adquiere de pronto seguridad en sí mismo, se torna orgulloso e incluso se siente feliz; por el contrario, si es privado o no obtiene los oropeles y titulitos que esperaba, se entristece y aflige, e incluso llega a enfermar. O, lo que es aún más asombroso, un hombre joven, en lo demás completamente sano de espíritu, libre y acomodado, sólo por el hecho de que lo hayan nombrado juez instructor o presidente del *zemstvo*, arranca a una pobre viuda del lado de sus hijos, la encierra en prisión dejando a los niños sin madre sólo porque la infeliz ha vendido alcohol a escondidas y con ello le ha privado de un ingreso de veinticinco rublos, y no siente ni el más mínimo remordimiento. O, todavía más asombroso, un hombre en lo demás razonable y tranquilo, sólo porque lleva una placa o un uniforme y le han dicho que es un vigilante o un soldado de aduanas, empieza a disparar contra la gente, y no sólo no se considera a sí mismo ni le considera nadie culpable por actuar de este modo, sino que lo considerarían culpable si no disparara. Y qué decir de los jueces o los miembros de un jurado, que dictan sentencias de muerte, o los militares, que matan a miles de personas sin el más mínimo atisbo de arrepentimiento sólo porque les han imbuido que no son simples hombres, sino miembros de un jurado, jueces, generales o soldados.

Esta condición antinatural y extraña de los hombres del orden estatal es a menudo expresada con las siguientes palabras: «Como hombre, siento compasión por él, pero como vigilante, juez, general, gobernador, zar o soldado debo matarlo y torturarlo», como si existieran situaciones que nos pudieran eximir de nuestras obligaciones como seres humanos.

Así, por ejemplo, en el caso anterior los hombres se encaminaban hacia el asesinato y tortura de gente que moría de hambre, y a pesar de reconocer que en la disputa entre los campesinos y el terrateniente eran éstos los que tenían

razón (así me lo confesaron todos los que estaban al mando), y a pesar de saber que los campesinos son desdichados, pobres y pasan hambre, y que el terrateniente es rico y no les inspiraba simpatía, aun así, todos ellos se encaminaban hacia el asesinato de los campesinos para asegurarle al terrateniente tres mil rublos sólo porque en ese preciso instante no se veían como personas, sino, uno como gobernador, otro como funcionario, general de gendarmes, oficial o soldado; en consecuencia, consideraban como un deber para ellos no las exigencias eternas de la conciencia, sino las exigencias casuales y pasajeras de su condición de oficiales o soldados.

Por extraño que resulte lo que voy a decir, la única explicación a este sorprendente fenómeno es que la gente se encuentra en el mismo estado que las personas que han sido hipnotizadas: les ordenan imaginarse y sentirse de determinadas maneras y actuar como lo haría el ser al que están representando; es como cuando, por ejemplo, hipnotizan a una persona y la persuaden de que es coja y, efectivamente, empieza a cojear; o la persuaden de que es ciega y deja de ver, o de que es una fiera y empieza a morder. En este estado es en el que se encontraban no sólo los hombres que iban en el tren, sino también todos aquellos que cumplían sus deberes gubernamentales y estatales en perjuicio de sus deberes como seres humanos.

La esencia de este estado consiste en que las personas, bajo la sugestión de una idea que les han inculcado, pierden la capacidad de analizar sus actos, y por ello hacen sin pensar todo lo que les ordenan de acuerdo con esta idea inculcada, hacia la que son dirigidos mediante el ejemplo, el consejo o la insinuación.

La diferencia entre aquellos que han sido sometidos a una hipnosis real y aquellos que se encuentran bajo la sugestión estatal está en que, mientras que en la hipnosis real el sujeto es súbitamente persuadido de su situación imaginaria por un solo hipnotizador en un brevísimo lapso de tiempo, y que por ello esta sugestión se nos presenta en una forma brusca y sorprendente, a los sujetos que actúan bajo la sugestión estatal se les persuade de su situación imaginaria de un modo gradual, poco a poco e imperceptiblemente desde la niñez, durante años y en ocasiones incluso durante generaciones enteras, y, además, no por parte de un solo individuo, sino por parte de todos cuantos los rodean.

A esto me objetarán: «Siempre, en todas las sociedades, la mayoría de sus miembros –los niños, las mujeres absorbidas por la tarea de llevar en el vientre, dar a luz y alimentar a sus hijos, la gran masa del pueblo trabajador que se ve en la necesidad de realizar un trabajo físico intenso e incansable, todos los hombres de espíritu débil por naturaleza, toda la gente enfermiza con una actividad espiritual debilitada a causa de la nicotina, el alcohol y el opio o por otras razones– se hallan en una situación en la que, al no poder pensar por sí

solos, se someten o bien a aquellos que se encuentran en un nivel mayor de conciencia, o bien a las tradiciones familiares y estatales –aquello que denominamos “opinión pública”–, y no hay nada de antinatural ni de contradictorio en este sometimiento».

Y, en efecto, no hay en esto nada de antinatural, y la tendencia de la gente que razona poco a someterse a las instrucciones de aquellos que se encuentran en un nivel mayor de conciencia es un rasgo continuo gracias al cual las personas, sometiéndose a unos mismos principios razonables, pueden vivir en sociedades: unos –la minoría– se someten conscientemente a estos principios comunes porque éstos están en concordancia con las exigencias de su intelecto, y otros –una mayoría– se someten de manera inconsciente a estos principios comunes sólo porque éstos han pasado a formar parte de la opinión pública. Este sometimiento a la opinión pública por parte de la gente que razona poco no representa nada antinatural mientras esta opinión pública no se bifurque.

Pero hay tiempos en que, tras haber sido revelado a algunas personas un nivel superior de conciencia de la Verdad, ésta se va transmitiendo de unas a otras y acaba atrapando a tal cantidad de individuos que la antigua opinión pública fundamentada en un nivel inferior de conciencia empieza a tambalearse y cede su lugar a una nueva opinión pública lista para instaurarse. Hay tiempos, semejantes a la primavera, en que la antigua opinión pública aún no se ha resquebrajado y la nueva tampoco se ha instaurado, en que la gente empieza a juzgar sus actos y los ajenos conforme a una nueva conciencia, pero entretanto continúa por inercia y por tradición sometiéndose a los principios que antes representaban el nivel supremo de conciencia razonable, pero que ahora están en manifiesta contradicción con ésta. Entonces la gente, sin tiendo por un lado la necesidad de someterse a una nueva opinión pública y, por otro, no atreviéndose a apartarse de la antigua, se encuentra en una situación antinatural y vacilante. Y es en esta situación con respecto a las verdades cristianas en la que se encontraban no sólo los hombres que viajaban en aquel tren, sino también en la que está la mayoría de gente de nuestro tiempo.

En esta situación se encuentran tanto las personas de las clases altas, que disfrutan de una posición extraordinariamente privilegiada, como las de las clases bajas, que se someten sin discutir a todo cuanto se les ordena.

Unos, los de las clases dirigentes, que ya no disponen de una explicación razonable a las posiciones privilegiadas que ocupan, para mantenerlas se ven obligados a reprimir su capacidad suprema de amar y persuadirse de lo necesarias que son las posiciones que ocupan; otros, los de las clases bajas, aplastados por el trabajo y que han sido idiotizados intencionadamente, se encuentran en un estado hipnótico permanente al cual son sometidos de modo continuo por parte de las clases altas.

Sólo así se pueden explicar estos sorprendentes fenómenos que llenan nuestra vida y que se me presentaron a modo de asombroso ejemplo cuando me encontré el 9 de septiembre con aquellos hombres cercanos a mí, buenos y pacíficos, que con espíritu tranquilo se dirigían a la perpetración del crimen más atroz, absurdo e infame. Si estos hombres no tuvieran la conciencia adormecida de algún modo, ni uno solo de ellos podría hacer ni una centésima parte de lo que se disponía a hacer y que, muy probablemente, acabaría haciendo.

No es que carezcan de una conciencia que les prohíbe perpetrar tales actos – como le sucedía a la gente hace cuatrocientos, trescientos, doscientos o cien años, que quemaba a personas en hogueras, torturaba y mataba a latigazos–. Esta conciencia, aunque está presente en todos estos hombres, está adormecida: en unos –en los que mandan, aquellos que ocupan unas posiciones extremadamente privilegiadas– debido a la autosugestión, como lo llaman los psiquiatras, y en otros –en los que ejecutan las órdenes, los soldados– debido a una sugestión directa y deliberada, a una hipnotización a la cual son sometidos por parte de las clases altas.

Estas personas tienen la conciencia adormecida, pero la tienen, y, a pesar de la autosugestión y de la hipnotización que les dominan, esta conciencia está empezando a hablar y puede despertar de un momento a otro.

Toda esta gente se encuentra en la misma posición en la que se encontraría alguien que hubiera sido hipnotizado y al que se persuadiera de que hiciera algo contrario a todo aquello que considera razonable y de bien: matar a su madre o a un niño. Esta persona se siente atrapada por esta sugestión, le parece que no puede detenerse, pero entretanto, cuanto más se acerca al momento y al lugar donde va a perpetrar tal acto, con más fuerza se eleva la voz de su conciencia que permanecía acallada, más empieza a resistirse, a retorcerse y a querer despertarse. No se puede afirmar de antemano si cometerá o no el acto que le ha sido inculcado, ni tampoco quién vencerá: si la conciencia razonable, o si la sugestión irrazonable. Todo dependerá de la fuerza relativa de la una y de la otra.

Esto es exactamente lo que se producía en los hombres que viajaban en aquel tren y en toda la gente que actualmente participa en la violencia estatal o se beneficia de ella.

Hubo un tiempo en que los hombres partían con el fin de torturar y matar para sentar ejemplo, y no regresaban nunca sin haber perpetrado su cometido. No les atormentaban ni los remordimientos ni las dudas; tras azotar a personas hasta causarles la muerte regresaban tranquilamente junto a sus familias, acariciaban a sus hijos, bromeaban, reían y se entregaban a los agradables placeres familiares. En aquel entonces, ni a las personas que se beneficiaban de esta violencia, ni a los terratenientes ni a los ricos se les pasaba por la cabeza

que las ventajas de las que disfrutaban tuvieran una relación directa con estas atrocidades. Pero ahora ya no es así: la gente sabe –o está próxima a saber– qué hace y para qué lo hace. Pueden cerrar los ojos, hacer que sus conciencias permanezcan calladas, pero en cuanto sus ojos no están cerrados y sus conciencias no están acalladas, tanto los que ejecutan como los que se benefician de ello no pueden dejar de ver el significado de tales actos. En ocasiones, la gente comprende el significado de sus actos sólo tras haberlos realizado, y en ocasiones lo comprende justo antes de realizarlos. Así, las personas que dispusieron las torturas que se produjeron en Nizhni-Nóvgorod, Sarátov, Oriol y en la fábrica Yuzovski comprendieron lo que habían hecho sólo después de cometer tales actos, y actualmente su vergüenza ante la opinión pública y ante su propia conciencia los atormenta. Y se atormentan tanto los que ordenaron semejantes acciones como los que las ejecutaron. He hablado con algunos de los soldados que perpetraron tales acciones y siempre han tratado afanosamente de esquivar el tema, pero cuando por fin han hablado, lo han hecho con perplejidad y horror. En otras ocasiones, la gente vuelve en sí justo antes de cometer tales actos. En este sentido conozco el caso de un sargento que durante la sofocación de una revuelta fue golpeado por dos *mujiks* y dio parte de ello; pero al día siguiente, cuando vio las torturas a las que otros campesinos eran sometidos, consiguió que el jefe de compañía rompiera el parte y dejara en libertad a los *mujiks* que le habían golpeado. Conozco el caso de soldados a los que se había ordenado llevar a cabo un fusilamiento y que se negaron a obedecer, y conozco muchos casos de superiores que se han negado a dar la orden de torturar o matar. Así pues, tanto la gente que ordena ejercer la violencia como la que la ejecuta, a veces vuelve en sí mucho antes de perpetrarla, a veces justo en el momento de hacerlo, y a veces después.

Los hombres que viajan en el tren han partido para torturar y matar a sus hermanos, pero nadie sabe con certeza si cumplirán o no con su cometido. Por muy escondida que en cada uno de ellos esté su responsabilidad, por muy sugestionados que estén de que no son personas sino gobernadores, jefes de policía de distrito, oficiales, soldados, y de que como tales pueden transgredir sus obligaciones de seres humanos, cuanto más se aproximan al lugar de destino, con más intensidad se alza en su interior la duda sobre si deben cometer el crimen hacia el que se dirigen, y esta duda aumenta hasta su nivel máximo cuando se acercan al momento preciso de la ejecución.

A pesar del ambiente narcotizante que le rodea, el gobernador no puede evitar pensar en el momento en que tendrá que dar la última y decisiva orden de matar o torturar. Sabe que el caso del gobernador de Orlov causó indignación entre los mejores hombres de la sociedad, y él mismo, influido por la opinión pública de los círculos que frecuenta, ha reprobado en más de una ocasión el comportamiento de aquél. Sabe que el fiscal, que debería haberlos

acompañado, se ha negado en rotundo a participar en ese asunto porque lo considera vergonzoso. Sabe que en el gobierno hoy o mañana se pueden producir cambios que provoquen que lo que ayer procuraba méritos, mañana sea motivo de disfavor. Sabe que está la prensa, si no rusa sí extranjera, que puede describir estos hechos y cubrirle de oprobio para siempre. Ya percibe la nueva opinión pública, que condena lo que la anterior exigía. Además, no puede estar completamente seguro de que en el último momento los soldados le vayan a obedecer. Vacila, y no se puede prever lo que finalmente hará.

Lo mismo sienten, en mayor o menor medida, todos los funcionarios y oficiales que van con él. Todos sienten en el fondo de su alma que ese asunto es vergonzoso, que su participación en él los desacredita y mancha ante los ojos de alguna gente cuya opinión estiman. Saben que regresar y coquetear con tu novia o tu mujer tras haber matado o torturado a gente indefensa es vergonzoso. Además, igual que el gobernador, dudan de si los soldados les obedecerán. Y por mucho que esto diste del aspecto seguro con el que todos estos hombres se mueven por la estación y el andén, en el fondo de su alma no sólo sufren, sino que también vacilan. Incluso con ese fin se dan ese aire de suficiencia: para ocultar su vacilación interna. Y este sentimiento va creciendo en ellos a medida que se aproximan al lugar de la acción.

Y, por imperceptible que sea y por extraño que resulte, en esta misma situación se encuentra también toda la masa de muchachos, los soldados, que tan obedientes parecen.

Ninguno de ellos es ya como los soldados de antaño, hombres que renunciaron a una vida natural de trabajo y que la consagraron únicamente al desenfreno, pillaje y asesinato, como cualquier legionario romano o combatiente de la Guerra de los Treinta años, o incluso como los soldados que servían durante veinticinco años. Ahora son, en su mayoría, muchachos separados recientemente de sus familias, todavía llenos de recuerdos de aquella vida buena, natural y sensata de la que fueron arrancados.

Todos estos muchachos, en su mayor parte campesinos, saben hacia lo que se dirigen, saben que los terratenientes siempre perjudican a sus hermanos, también campesinos, y que en esta ocasión no debe de ser distinto. Además, más de la mitad de ellos ya lee libros, y no sólo libros que ensalzan el arte militar, sino también algunos que demuestran su inmoralidad. Entre ellos sirven compañeros de pensamiento liberal, alistados voluntariamente, oficiales liberales tan jóvenes como ellos, y ya se ha sembrado la semilla de la duda acerca de la legitimidad y heroísmo de su tarea. Es cierto, todos ellos han pasado por ese terrible y hábil adiestramiento elaborado durante siglos, que mata cualquier espíritu de iniciativa en el hombre, y están tan habituados a la obediencia mecánica, que a la voz de mando: «¡Fila... fuegooo!», ya se les alzan automáticamente los fusiles y realizan los movimientos acostumbrados. Pero es

que ahora «¡Fuego!» ya no significará entretenerse disparando a un blanco, sino matar a sus padres y hermanos, martirizados y humillados, que se agolpan en la calle ante ellos junto a sus mujeres y niños, gritando y gesticulando. Y ahí los tienen: uno, de barba rala, que viste una casaca remedada y calza *laptí*,^{13*} igual que el padre que dejaron atrás en la provincia de Kazán o Riazán; otro, de barba gris, con la espalda encorvada, que se apoya en un gran bastón, igual que sus abuelos; otro, un mozo que calza botas y lleva una camisa roja, justo como eran ellos hace un año, los soldados que ahora deben dispararle; otra, una mujer que calza *laptí* y viste una falda de lana, igual que la madre que dejaron en casa...

¿Es posible que deban dispararles?

Sólo Dios sabe qué hará cada uno de estos soldados en este último instante. La más pequeña indicación de que esto no se puede hacer, y, por encima de todo, de que es posible no hacerlo, una palabra o una insinuación en este sentido, bastaría para detenerlos.

Todos estos hombres que van en el tren, cuando deban culminar el acto hacia el que se dirigen se encontrarán en la misma situación en la que se encontraría un individuo hipnotizado al que persuadieran para que cortara un tronco y que, al acercarse a lo que le habían asegurado que era un tronco y alzar el hacha, viera o le dijeran que en realidad no se trata de un tronco, sino de su propio hermano. Este individuo puede cumplir lo que le han ordenado o puede despertar antes de hacerlo. Del mismo modo pueden todos estos hombres despertar o no despertar. Si no despiertan y cometen este terrible crimen, como sucedió en Oriol, se intensificará en otras personas la autosugestión y el hipnotismo bajo cuyo efecto actúan; pero si despiertan, no sólo se evitará este crimen, sino que muchos de los que tengan noticia del giro que ha dado el asunto se liberarán del estado hipnótico en el que se encontraban o, al menos, se aproximarán a esta liberación.

Pero para que esto suceda no es necesario que despierten y se abstengan de participar en este asunto todas las personas que viajan en el tren; si despiertan y se abstienen aunque sean sólo unas cuantas de ellas y manifiestan con valentía a los demás la criminalidad que supone ese acto, la influencia de estos pocos puede hacer que los demás despierten del estado hipnótico en el que se encuentran, y el crimen será evitado.

Y no sólo eso: incluso si algunas personas que, aunque no han participado directamente en este asunto sí han presenciado su preparación, o han tenido noticia de casos similares, no permanecen indiferentes a ello y manifiestan abiertamente y con valentía su repugnancia hacia los que colaboran en semejantes acciones, y les señalan toda su irracionalidad, crueldad y criminalidad, esto también tendrá sus efectos.

Y así es como ocurrió en el caso que nos ocupa. Bastó con que algunas

personas –implicadas y no implicadas en el asunto–, que se habían librado ya de su estado hipnótico cuando la acción todavía se estaba preparando, manifestaran con valentía su indignación por las torturas que se habían llevado a cabo en otros lugares, y la repugnancia y el desprecio hacia quienes habían participado en ellas; bastó con que en el asunto de Tula algunos individuos expresaran su falta de deseo de participar en él; bastó con que una dama y otras personas manifestaran en la estación a los hombres que viajaban en el tren su indignación por lo que se disponían a hacer; bastó con que uno de los jefes de regimiento al que reclamaban una parte de su tropa para reprimir la revuelta expresara su opinión acerca de que los militares no pueden ser verdugos, para que gracias a esta y a otras influencias personales que parecían carecer de importancia, el asunto tomara un cariz totalmente distinto: las tropas, al llegar al lugar de los hechos, en vez de torturar a los campesinos se limitaron a talar el bosque y a entregarle la madera al terrateniente.

Si no hubiese habido gente con una clara conciencia de que lo que hace está mal, y por tanto no se hubiese producido una influencia de unas personas a otras en este sentido, habría ocurrido lo mismo que sucedió en Oriol. Si esta conciencia hubiese sido aún más fuerte, y por ello se hubiera producido una influencia aún mayor, es muy posible que ni el gobernador ni las tropas se hubieran atrevido a talar el bosque y a entregárselo al terrateniente. Y si esta conciencia hubiera sido aún mucho más fuerte y su influencia mucho mayor, es muy posible que ni el ministro se hubiera atrevido a adoptar tal resolución, ni el zar a ratificarla.

Todo depende, por consiguiente, de la fuerza que tenga en cada individuo la conciencia de la verdad cristiana.

Por ello parece que la tarea de los hombres de nuestro tiempo que afirman desear contribuir al bien de la humanidad debería ir encaminada a reforzar en sí mismos y en los demás la evidencia de las exigencias de la verdad cristiana.

Pero sorprende que justamente aquellas personas que en la actualidad más dicen preocuparse por mejorar la vida de los hombres, y que se consideran dirigentes de la opinión pública, afirman que no es necesario hacer nada de lo anterior, ya que existen otros métodos más efectivos para mejorar la situación de la gente. Afirman que estas mejoras no se producirán como resultado de los esfuerzos internos de cada individuo por ser conscientes de la Verdad, por comprenderla y profesarla, sino como consecuencia de una transformación progresiva de las condiciones externas de vida, y que, por tanto, los esfuerzos de cada individuo deben ir encaminados no a ser consciente, comprender y profesar la Verdad, sino a cambiar de modo progresivo, en una dirección útil para la humanidad, las condiciones externas de vida; cualquier propugnación de un individuo de una verdad contraria al orden existente no sólo es inútil, sino que es perjudicial porque provoca por parte de las autoridades una oposición que impide que el individuo continúe con su útil labor al servicio de la sociedad. Según esta teoría, todos los cambios en la vida de los hombres se producen conforme a las mismas leyes que en la vida de los animales.

Así pues, según esta teoría todos los fundadores de las religiones, como Moisés, y los profetas, como Confucio, Lao-Tsé, el Buda, Cristo y otros, predicaron sus doctrinas y sus discípulos las aceptaron no porque amaran la Verdad, la comprendieran y la profesaran, sino porque las condiciones de vida políticas, sociales y, sobre todo, económicas de aquellos pueblos entre los que surgieron y se difundieron estas doctrinas eran propicias para este surgimiento y difusión.

Por tanto, según esta teoría, la tarea principal de todo hombre que desee servir a la sociedad y mejorar la situación de la humanidad debe estar dirigida no a elucidar y profesar la Verdad, sino a mejorar las condiciones externas – políticas, sociales y, sobre todo, económicas–. La transformación de estas condiciones políticas, sociales y económicas se efectúa, en parte, sirviendo a un gobierno e introduciendo en él unos principios liberales y progresistas y, en parte, contribuyendo al desarrollo de la industria, a la difusión de las ideas socialistas y, especialmente, a la difusión de una educación científica.

Según esta teoría, lo importante no es profesar en tu vida la Verdad que te ha sido revelada y, en consecuencia, verte inevitablemente obligado a aplicarla en tu vida, o por lo menos no cometer actos contrarios a esta Verdad que profesas (es decir, no servir al gobierno ni reforzar su poder si consideras que este poder es perjudicial; no servirte del sistema capitalista si consideras que este sistema

es un error; no mani festar tu respeto hacia los ritos si consideras que éstos constituyen una superstición dañina; no participar en los procesos judiciales si consideras que su organización es errónea; no servir como soldado; no prestar juramento; no mentir, y no comportarse vilmente), sino que lo importante es, sin alterar las formas actuales de vida y sometiéndote a éstas aun en contra de tus convicciones, introducir el liberalismo en las instituciones que ya existen: contribuir a la industrialización, a la propaganda del socialismo, a los logros de lo que llaman ciencia y a la difusión de la educación. Según esta teoría, un hombre puede, sin dejar de ser terrateniente, comerciante, fabricante, juez, un funcionario que percibe un sueldo del gobierno, un soldado u oficial, ser al mismo tiempo una persona humanitaria e incluso ser socialista o revolucionario.

La hipocresía, que antes tenía una base únicamente religiosa en la doctrina del pecado original, en la expiación y en la Iglesia, en nuestro tiempo, ha incorporado gracias a esta teoría una nueva base científica, que ha atrapado en sus redes a toda la gente cuyo nivel de desarrollo no le permite apoyarse en la hipocresía religiosa. Así pues, si antes sólo quien profesaba una doctrina religiosa eclesiástica podía, considerándose libre de todo pecado, participar en todos los crímenes perpetrados por el Estado y sacar provecho de ellos siempre que cumpliera con las exigencias externas de la fe, ahora todos los que no creen en el cristianismo eclesiástico tienen la misma sólida base laica y científica para considerarse gente pura e incluso altamente moral, a pesar de participar en los crímenes estatales y sacar provecho de ellos.

Un rico terrateniente no sólo de Rusia sino de cualquier país –Francia, Inglaterra, Alemania, América–, por el derecho que le han otorgado las personas que viven en sus tierras de vivir de éstas, les arrebató a todas ellas, que en su mayoría se mueren de hambre, todo cuanto puede arrebatarles. El derecho a la propiedad de la tierra de este hombre se basa en que ante cualquier intento de la gente oprimida de utilizar esta tierra que él considera suya sin su consentimiento, acuden las tropas y son sometidos a la tortura y al asesinato. Parecería evidente que una persona que vive así es un ser malvado y egoísta, y que de ningún modo se puede considerar a sí mismo cristiano o liberal. Parecería evidente que lo primero que tendría que hacer este hombre si quiere aproximarse mínimamente al cristianismo o al liberalismo es dejar de saquear y destruir a esta gente mediante el asesinato y la tortura, perpetrados por el gobierno para salvaguardar su derecho a la posesión de la tierra. Y así sería de no existir la hipocresía metafísica, que afirma que desde un punto de vista religioso, la posesión o no posesión de la tierra es indiferente para la salvación, y que desde un punto de vista científico, la renuncia a la posesión de tierras es un esfuerzo personal inútil: la contribución al bienestar de la humanidad no se produce por este camino, sino mediante una transformación progresiva de las formas externas. Y este hombre, sin turbarse en absoluto y sin dudar de que la

gente le creará, organiza exposiciones agrarias, sociedades de abstemios, envía a través de su mujer e hijos alguna camisa y un poco de caldo a tres viejecitas, y ya se pone a predicar atrevidamente ante su familia, o en salones, comités y prensa el amor evangélico y humanitario hacia el semejante en general, y hacia al pueblo trabajador campesino en particular, un pueblo al que hace sufrir y al que oprime sin cesar. Y la gente que está en su misma situación le cree, le alaba y discute solemnemente junto a él la cuestión de cómo mejorar la situación de un pueblo trabajador cuya explotación sustenta su vida, inventando para ello todos los sistemas posibles, pero no el único sin el cual es imposible mejorar la situación del pueblo, esto es, dejar de arrebatárle la tierra que éste necesita para subsistir.

Uno de los ejemplos más escandalosamente asombrosos de esta hipocresía han sido los cuidados de los terratenientes rusos durante el último año para combatir unas hambrunas que ellos mismos han generado y de las que se han aprovechado vendiendo no sólo el pan al precio más alto posible, sino también las hojas de patata –que los campesinos congelados de frío emplean como combustible– a cinco rublos la *desiatina*.

O tenemos al comerciante, cuyo comercio, como cualquier otro, está basado en una sucesión de estafas, que se aprovecha de la ignorancia y la necesidad de los campesinos, les compra artículos por debajo de su valor y, aprovechándose de nuevo de su ignorancia, necesidad y ansia, se los revende a un precio mucho mayor. Parecería evidente que un hombre cuya actividad se basa en algo que, si se produce en otras condiciones, en su jerga es calificado como “timo,” debería avergonzarse de su situación, y no podría continuar ejerciendo de comerciante y dándose las al mismo tiempo de cristiano o liberal. Pero la metafísica de la hipocresía le dice que puede pasar por ser un hombre virtuoso aunque continúe con su perniciosa labor: al hombre religioso le basta con creer, y al liberal, con contribuir a la transformación de las condiciones externas, al progreso de la industria. Y este comerciante (que con frecuencia, además de cometer una sucesión de estafas vendiendo lo malo por bueno y engañando al pesar y medir la mercancía, vende exclusivamente productos que destruyen al pueblo, como son el alcohol y el opio) se considera atrevidamente a sí mismo y al resto –si es que no está engañando directamente a sus compañeros de robo, es decir, a sus hermanos mercaderes– un ejemplo de honestidad y de buena fe. Y si se gasta en cualquier institución social –un hospital, un museo, un centro de enseñanza– una milé sima parte del dinero que ha robado es considerado, además, un bienhechor del mismo pueblo con cuyo engaño y corrupción se ha enriquecido; y si sacrifica para la Iglesia y los pobres una parte del dinero que ha robado, es considerado un cristiano ejemplar.

O tenemos al fabricante, cuyos ingresos proceden del salario que escamotea a los obreros: toda su actividad se basa en el trabajo forzado y antinatural que

destruye a generaciones enteras de hombres. Parecería evidente que si esta persona profesa cualquier tipo de principios religiosos o liberales, debería dejar de destruir vidas humanas para obtener ganancias. Pero conforme a la teoría existente, está contribuyendo a la industrialización y no tiene que dejar de desarrollar su actividad porque esto sería incluso perjudicial para la gente y para la sociedad. Este hombre cruel, que esclaviza a miles de personas, que construye para sus lisiados obreros casitas con jardincitos de dos *arshinas*,^{14*} mutualidades, hospicios y hospitales, está seguro de que con esto ha pagado de sobra por todas las vidas humanas que ha destruido y que destruye física y moralmente, y continúa tranquilamente con su actividad y se enorgullece de ella.

O tenemos a un gobernante o a cualquier servidor civil, eclesiástico o militar del Estado, que sirve para satisfacer su ambición o su sed de poder, o, lo que es más frecuente, únicamente para percibir un sueldo obtenido del trabajo de un pueblo agotado y exhausto (los impuestos, vengan de donde vengan, siempre proceden del trabajo, es decir, del pueblo trabajador); si él –cosa extrañísima– todavía no roba directamente dinero al Estado por medios no convencionales, se ve a sí mismo y a otros iguales que él como a los miembros más útiles y virtuosos de la sociedad.

Tenemos a jueces, fiscales y gobernantes que saben que por culpa de sus condenas o sentencias, cientos, miles de desgraciados son arrancados de sus familias y se encuentran en cárceles aisladas o cumpliendo trabajos forzados, volviéndose locos y matándose con un pedazo de cristal o dejando de comer; saben que no sólo están estos miles de hombres, también están las miles de madres, esposas e hijos que sufren por la separación, que no pueden visitarlos, que son deshonrados implorando en vano su perdón o al menos una rebaja de la condena de sus padres, hijos, maridos y hermanos. Y este juez está tan anquilosado en la hipocresía que tanto él como sus semejantes, sus mujeres y sus familiares están absolutamente convencidos de que nada de esto le impide poder ser considerado un hombre muy bueno y sensible: según la metafísica de la hipocresía resulta que está haciendo una obra social de gran utilidad. Y este hombre, que en su creencia del bien y de Dios ha destruido a centenares, miles de personas que lo maldicen y que por su culpa se encuentran en una situación desesperada, acude a misa con su sonrisa bondadosa y terso rostro, escucha el Evangelio, pronuncia discursos liberales, acaricia a sus hijos, les predica la moral y se conmueve ante sufrimientos imaginarios.

Tanto estos hombres como la gente que vive en torno a ellos –esposas, profesores, hijos, cocineros, actores, jockeys, etcétera– se alimentan de la sangre que, de uno u otro modo y valiéndose de tal o cual sanguijuela, es chupada al pueblo trabajador; para satisfacer sus placeres diarios necesitan devorar cientos y miles de jornadas laborales de unos obreros martirizados, que son forzados a

trabajar bajo amenaza de muerte; ven las privaciones y los sufrimientos de estos obreros, el de sus hijos, ancianos, esposas y enfermos, saben que quienes osan infringir este saqueo organizado se exponen a ser ejecutados, y no sólo no moderan ni disimulan sus vidas llenas de lujo, sino que las exhiben con desvergüenza ante unos obreros oprimidos que los odian en su mayor parte, y parece que se mofen adrede de ellos con sus parques, palacios, teatros, cacerías y carreras; al mismo tiempo, no dejan de asegurarse unos a otros que están muy preocupados por el bienestar del mismo pueblo al que pisotean sin cesar, y los domingos acuden en sus suntuosos carruajes y vestimentas a unas iglesias construidas para escarnio del cristianismo, y allí escuchan a unos hombres que visten o no casulla y corbata blanca, que parecen haber sido especialmente adiestrados para ese engaño y que predicán el amor al prójimo, un amor que no dejan de contravenir con su vida entera. Y al hacer esto, toda esta gente se mete tanto en su papel que acaba creyendo seriamente que realmente es aquello que finge ser.

La hipocresía generalizada ha penetrado hasta tal punto en la carne y en la sangre de todos los estamentos de nuestro tiempo que nada de esto escandaliza ya a nadie. No en vano la palabra hipocresía significa “actuar,” y fingir significa “representar un papel,” cualquier papel. Hechos como el que representantes de Cristo bendigan a una hilera de asesinos empuñando fusiles cargados para matar a sus hermanos; o que los sacerdotes y pastores de cualquier confesión cristiana participen siempre, de modo tan invariable como los verdugos, en las ejecuciones, reconociendo con su presencia que el asesinato es compatible con el cristianismo (en América un pastor asistió a un ensayo de ejecución con silla eléctrica): nada de esto sorprende ya a nadie.

Hace poco se organizó en Petersburgo una exposición internacional penitenciaria, donde se exponían instrumentos de tortura como grilletes o distintos modelos de celdas incomunicadas, es decir, instrumentos de tortura peores que los látigos y las varas, y los sensibles caballeros y damas acudieron a divertirse contemplándolos.

A nadie sorprende tampoco, como demuestra la ciencia liberal, que junto a la igualdad, hermandad y libertad de los hombres se reconozca la necesidad de los ejércitos, las ejecuciones, las aduanas, la censura, la regulación de la prostitución, la expulsión de mano de obra barata extranjera, la prohibición de la emigración, la necesidad y legitimidad de la colonización basada en el envenenamiento, saqueo y destrucción de razas enteras de hombres llamados salvajes, etcétera.

Se habla de lo que ocurrirá cuando todo el mundo profese lo que llaman cristianismo (es decir, distintas confesiones hostiles entre sí), cuando todo el mundo tenga comida y ropa, cuando los telégrafos y teléfonos nos unan de una punta a otra del planeta, cuando viajemos en globo, cuando todos lo obreros

asimilen las doctrinas sociales y las organizaciones sindicales tengan millones de afiliados y de rublos, cuando todo el mundo reciba una educación, lea periódicos y conozca todas las ciencias.

Pero ¿qué utilidad y qué bien pueden aportar todos estos avances si los hombres no dicen ni hacen lo que consideran que es la verdad?

Las desgracias de los hombres proceden de su desunión. La desunión, a su vez, proviene del hecho que los hombres no profesan la verdad, que es única, sino la mentira, que es múltiple. El único modo de que los hombres se unan, es uniéndose a la verdad. Por ello, cuanto más sinceramente ambicionen la verdad, más cercanos estarán a esta unión.

Pero ¿cómo pueden las personas unirse a la verdad o, por lo menos, aproximarse a ella cuando no sólo no expresan esta verdad que conocen, sino que consideran que no es necesario hacerlo y fingen considerar como verdad aquello que en realidad no reconocen como tal?

Por tanto, no es posible ninguna mejora en la situación de los hombres mientras éstos sigan fingiendo, es decir, ocultándose la verdad a sí mismos, mientras no reconozcan que su unión –y por ello su bienestar– sólo es posible en la verdad, y no pongan por encima de todas las cosas la aceptación y profesión de la verdad que les ha sido revelada.

Ya pueden producirse todos los avances externos con los que sueñan hombres religiosos y de ciencia; ya puede todo el mundo abrazar el cristianismo y producirse todas las mejoras que desean los distintos Bellamy^{15*} y Richet,^{16*} con todos sus añadidos y correcciones, pero si la hipocresía que impera actualmente se mantiene, si la gente no profesa la verdad que conoce y continúa fingiendo que cree en lo que no cree y que respeta lo que no respeta, su situación no cambiará e incluso empeorará cada vez más. Cuanto más saciados estén los hombres, cuantos más telégrafos, teléfonos, libros, periódicos y revistas haya, más medios habrá para difundir las mentiras contradictorias entre sí y más desunidos estarán los hombres –y por ello más desgraciados serán–, como sucede actualmente.

Ya se pueden producir todos estos cambios externos, pero la situación de la humanidad no mejorará. Pero bastaría con que todo hombre profesara ahora mismo en su vida con todas sus fuerzas la verdad que conoce, o por lo menos no defendiera la mentira que realiza haciéndola pasar por verdad, e inmediatamente, en el año 1893 presente, se producirían tales cambios en la liberación de los hombres y en el establecimiento de la verdad sobre la Tierra, con los que no nos atreveríamos a soñar ni en cien años.

No en vano las únicas palabras ásperas, acusatorias e incompasivas que Jesucristo pronunció las dirigió contra los hipócritas y contra la hipocresía. Lo que corrompe, embrutece, brutaliza y, por ello, desune a los hombres no es el

robo, el saqueo, el asesinato, la lujuria ni el fraude, sino la mentira, esa mentira especial de la hipocresía que destruye en la conciencia de los hombres la distinción entre el bien y el mal, que les priva de la posibilidad de evitar el mal y de buscar el bien, que les priva de lo que constituye la esencia de la verdad en la vida de la humanidad, una verdad que se encuentra en el camino de cualquier perfeccionamiento del hombre.

Aquellos que ignoran la verdad y hacen el mal generan compasión hacia sus víctimas y repulsa hacia sus actos, con lo que provocan el mal únicamente sobre quienes lo infringen; pero aquellos que a pesar de conocer la verdad hacen un mal que enmascaran con la hipocresía, provocan el mal sobre sí mismos, sobre quienes lo infringen, y además sobre miles y miles de hombres seducidos por la mentira con la que tratan de enmascarar el mal que generan.

Los ladrones, saqueadores, asesinos y embusteros que cometen actos que tanto ellos mismos como el resto reconocen que son malos, sirven como ejemplo de lo que no hay que hacer, lo que provoca que la gente repudie ese mal. Pero aquellos que cometen esos mismos actos de robo, saqueo, tortura y asesinato, pero los enmascaran con justificaciones religiosas y científico-liberales, como hacen los terratenientes, comerciantes, fabricantes y cualquier servidor gubernamental de nuestro tiempo, incitan al resto a imitar sus actos, y provocan el mal no sólo sobre quienes lo infringen, sino también sobre miles y millones de hombres a los que corrompen, porque destruyen ante sus ojos toda distinción entre lo que es el bien y lo que es el mal.

Una fortuna adquirida mediante el comercio de artículos que son imprescindibles para el pueblo o que lo corrompen, o mediante operaciones bursátiles, adquisición de tierras baratas que después se encarecen según la necesidad del pueblo, construcción de fábricas que destruyen la salud y la vida de la gente, servicio civil o militar al Estado, o cualquier asunto que induzca a la gente a la tentación, una fortuna adquirida mediante cualquiera de estas formas, no sólo con el permiso sino con el beneplácito de los dirigentes de la sociedad y enmascarado de filantropía, corrompe incomparablemente muchísimo más a los hombres que millones de robos, estafas y saqueos cometidos al margen de las formas admitidas por la ley y perseguidos penalmente.

Una ejecución perpetrada por hombres acomodados e instruidos, con el beneplácito y la colaboración de pastores cristianos, y que es presentada como algo necesario e incluso justo, corrompe y embrutece mucho más que cientos y miles de asesinatos cometidos en un momento de arrebato por trabajadores analfabetos. Una ejecución como la que proponía Zhukovski, que provocaría en los hombres una conmoción religiosa, constituiría el acto más corruptor que uno se pueda imaginar (véase el volumen VI de las Obras Completas de Zhukovski).

Cualquier guerra, por muy breve que sea, con todas sus consecuentes pérdidas, destrucción de sembrados, pillaje, libertinaje consentido, saqueos, asesinatos, con la invención de motivos que justifican su necesidad y legitimidad, con su ensalzamiento y exaltación de las hazañas militares, con el amor a la bandera y a la patria, y con su fingida preocupación por los heridos, etcétera, corrompe más en un año a los hombres que millones de saqueos, incendios provocados y asesinatos cometidos durante cientos de años por individuos aislados en un momento de arrebatos.

Una vida colmada de lujos, llevada rigurosamente dentro de los límites del decoro, de una familia decente considerada virtuosa, pero que para mantenerse engulle el producto de tantos días de trabajo que bastarían para alimentar a miles de personas que viven en la miseria cerca de ellos, corrompe más a la gente que miles de orgías desenfundadas de comerciantes ordinarios, oficiales y trabajadores entregados a la bebida y al vicio, que por diversión destruyen espejos, vajillas, etcétera.

Una procesión solemne, un oficio o sermón, en los que ni los mismos predicadores creen, desde el ambón o el púlpito de la mentira, genera un mal inconmensurablemente mayor que miles de fraudes, adulteraciones de la comida, etcétera.

Se suele hablar de la hipocresía de los fariseos. Pero la hipocresía de la gente de hoy en día supera con creces la de aquéllos, que comparada con ésta era del todo inocente. Los fariseos al menos tenían una ley religiosa exterior cuyo cumplimiento les impedía ver sus deberes hacia el prójimo; además, estos deberes aún no habían sido definidos con claridad. Sin embargo, en la actualidad no tenemos ninguna ley religiosa que libere a los hombres de sus deberes hacia el prójimo, hacia todos sin distinción (no estoy hablando de la gente tosca y estúpida que todavía hoy piensa que los sacramentos o las absoluciones papales pueden limpiar los pecados). Al contrario, la ley evangélica que todos profesamos bajo una u otra forma nos indica claramente cuáles son estos deberes; además, estos deberes que en el pasado fueron expresados vagamente por sólo algunos de los profetas, en nuestros días han sido formulados tan claramente que se han convertido en verdades de tal obviedad que hasta las repiten los escolares y los articulistas satíricos. Por tanto, parece evidente que la gente de nuestro tiempo ya no puede fingir que desconoce estos deberes.

La gente de la sociedad actual, que se aprovecha de un orden de las cosas mantenido gracias a la violencia y que asegura amar al prójimo enormemente, no se da cuenta de que con la vida que lleva está causando un mal absoluto a sus semejantes; esto es como si un bandido que siempre ha robado al prójimo, al ser por fin sorprendido con un cuchillo alzado sobre una víctima que grita desesperadamente pidiendo auxilio, asegurara que no sabía que lo que hacía era

desagradable para su víctima, a la que además se disponía a matar. Del mismo modo que este bandido y asesino no puede negar lo que está a la vista de todos, tampoco puede ya la gente de hoy en día, que vive a expensas del sufrimiento del pueblo oprimido, persuadirse a sí misma y a los demás de que desea el bien de aquellas personas a las que explota sin cesar, y argumentar que no sabía de qué modo era obtenido todo aquello de lo que disfrutaba.

No nos podemos persuadir de que no sabemos nada sobre las cien mil personas que sólo en Rusia permanecen recluidas en cárceles y presidios para asegurar nuestras propiedades y nuestra tranquilidad, ni de los tribunales en los que participamos personalmente y los que, a petición nuestra, condenan a quienes atentan contra nuestras propiedades o seguridad a penas de cárcel, deportación y trabajos forzados, en los cuales estas personas, que no son en absoluto peores que quienes los han juzgado, perecen o se corrompen; tampoco podemos persuadirnos de que no sabíamos que todo lo que poseemos es obtenido y defendido para nosotros únicamente con el asesinato y la tortura. No podemos fingir que no vemos al guardia que se pasea ante nuestras ventanas con un revólver cargado y que nos protege mientras degustamos nuestra deliciosa comida o miramos una nueva obra de teatro, o a los soldados preparados para salir con fusiles y cartuchos en cuanto una propiedad nuestra haya sido perturbada.

Sabemos perfectamente que si podemos acabar de comer, de ver una nueva obra de teatro o de divertirnos en un baile, en la fiesta de Navidad, paseando, en las carreras o en una cacería es únicamente gracias a la bala del revólver del guardia y a la del fusil del soldado, que atravesará el vientre hambriento de un pobre desdichado que desde una esquina, relamiéndose los labios, observa nuestras diversiones, y que las perturbará en cuanto el guardia se marche con su revólver o el soldado no esté en el cuartel, listo para acudir a nuestra primera llamada.

Por tanto, del mismo modo que un bandido que ha sido sorprendido robando a plena luz del día no puede convencer a nadie de que si alzaba el cuchillo no era para arrancarle la cartera a su víctima ni para amenazarla de muerte, tampoco podemos tratar de convencernos a nosotros mismos ni al resto de que los soldados y guardias permanecen cerca de nosotros con sus revólveres no para protegernos, sino sólo para defendernos del enemigo exterior, para mantener el orden, como algo que sirve de adorno, de entretenimiento o para los desfiles, ni pretender que no sabíamos que a la gente no le gusta tener que morir de hambre porque le privamos del derecho a alimentarse de los frutos que da la tierra en la que vive; que no le gusta tener que trabajar bajo tierra, en el agua o en verdaderos infiernos de diez a catorce horas diarias, por las noches, en fábricas y factorías que elaboran objetos para satisfacer nuestros placeres. Parecería imposible negar lo que resulta tan obvio, pero es exactamente lo que

se hace.

Y aunque por fortuna encuentro cada vez con más frecuencia entre los ricos, especialmente entre los jóvenes y entre las mujeres, a personas que al recordarles cómo y a qué precio han sido obtenidos sus placeres no intentan ocultar la verdad, se llevan las manos a la cabeza y exclaman: «¡Ah!, no me hable de esto. Si realmente es como usted dice, así no puede uno vivir;» aunque hay gente sincera que, a pesar de no poder librarse de su pecado lo percibe, la inmensa mayoría de los hombres de nuestro tiempo se ha metido tanto en su papel de la hipocresía, que niegan osadamente lo que salta a la vista para cualquiera que pueda ver.

«Esto que dice es injusto», suelen decir. «Nadie obliga al pueblo a que trabaje para los terratenientes o en las fábricas. Es una cuestión de libre acuerdo. Los grandes latifundios y los capitales son imprescindibles porque organizan el trabajo y se lo proporcionan a la clase trabajadora. El trabajo en fábricas y factorías no es tan terrible como usted lo presenta. Y si se produce algún abuso de poder en las fábricas, tanto el gobierno como la sociedad toma las medidas oportunas para ponerle fin y hacer el trabajo de los obreros aún más llevadero y agradable incluso. El pueblo obrero está acostumbrado al trabajo físico y, de momento, no es capaz de hacer otra cosa. La pobreza del pueblo no está causada en absoluto por los grandes latifundios, ni por la explotación de los capitalistas, sino por otras razones muy distintas: es fruto de la falta de educación, de la ordinariez y el alcoholismo del pueblo. Y nosotros, los gobernantes, combatimos la pobreza con una sabia gestión; y nosotros, los capitalistas, la combatimos con la divulgación de útiles inventos; y nosotros, el clero, con una educación religiosa; y nosotros, los liberales, con la organización de uniones sindicales, con el aumento y la difusión de la educación. De este modo, sin cambiar nuestra buena posición contribuimos al bienestar del pueblo. Esto de que se tortura y mata a la gente a fin de obligarla a trabajar para los ricos es un sofisma; el ejército es enviado contra el pueblo sólo cuando éste no comprende las ventajas de que disfruta y se rebela alterando el orden, imprescindible para el bienestar general. Igual de imprescindible es reprimir a los malhechores, para los que se construyen cárceles, horcas y presidios. Nosotros mismos deseamos suprimirlos, y trabajamos en esta dirección.»

La hipocresía en nuestro tiempo, sostenida por la pseudorreligión y por la pseudociencia, ha llegado hasta tal límite que si no viviéramos inmersos en ella, uno no podría creer que la gente haya llegado a este nivel de autoengaño. La gente de nuestro tiempo ha llegado a una situación tan asombrosa y su corazón se ha endurecido tanto que mira y no ve, escucha y no oye ni comprende.

Hace tiempo que los hombres viven una vida contraria a su conciencia, y si no existiera la hipocresía, no podrían seguir viviendo de este modo. Este orden establecido contrario a sus conciencias se mantiene únicamente porque la

hipocresía lo camufla.

Y cuanto mayor se hace la distancia entre la realidad y la conciencia de los hombres, más se extiende la hipocresía. Pero la hipocresía tiene sus límites, y, según mi opinión, actualmente hemos llegado al límite.

Todo hombre de nuestro tiempo, que ha asimilado involuntariamente una conciencia cristiana, se encuentra en una situación semejante a la de alguien que al dormir sueña que hace algo que no debería hacer. Lo sabe en lo más profundo de su conciencia, y aun así, como si no pudiera cambiar esta situación, no puede detenerse y dejar de hacer lo que sabe que no debería hacer. Y, como sucede en los sueños, su situación, que se torna cada vez más dolorosa, llega hasta tal nivel de tensión que empieza a dudar de que lo que está viendo sea real, y hace un esfuerzo consciente para romper la pesadilla que le tiene paralizado.

En esta situación es en la que se encuentra el hombre medio de nuestra sociedad cristiana. Siente que todo lo que hace y lo que se hace a su alrededor es absurdo, ruin, intolerable y contrario a su conciencia; siente que esta situación se torna cada vez más dolorosa y que ha llegado hasta un límite máximo de tensión.

Esto no puede ser. No puede ser que nosotros, la gente del mundo actual, que hemos asimilado con el cuerpo y el alma la conciencia cristiana sobre la dignidad humana, la igualdad de los hombres, que con nuestra necesidad de vivir en paz y unidos a otras naciones, vivamos realmente de tal modo que cualquier alegría o comodidad nuestra se tenga que pagar con el sufrimiento y la vida de nuestros hermanos, y que además, cual fieras salvajes, estemos en todo momento a un suspiro de lanzarnos unos contra otros, nación contra nación, destruyendo despiadadamente el trabajo y las vidas de nuestros semejantes sólo porque un diplomático extraviado o un gobernante ha dicho o escrito una estupidez a otro diplomático extraviado o gobernante.

Esto no puede ser. Y entretanto, todo hombre de nuestro tiempo ve que esto es justo lo que se hace y lo que le aguarda. Y su situación se vuelve cada vez más dolorosa.

Del mismo modo que una persona que está soñando no cree que aquello que se le presenta como real se corresponda con la realidad y quiere despertar a la auténtica realidad, el hombre medio de nuestro tiempo tampoco puede creer en el fondo de su alma que la terrible situación en la que se encuentra y que no deja de empeorar, se corresponda con la realidad, y desea despertar en la auténtica realidad, a una realidad que ya habita en su conciencia.

Y del mismo modo que basta con que un hombre que está soñando haga un esfuerzo consciente y se pregunte si no estará soñando, para que inmediatamente se desvanezca esta situación que parecía no tener salida y para

que despierte en una realidad tranquila y alegre, también al hombre moderno le basta con hacer un esfuerzo consciente, cuestionar la realidad que le presenta su propia hipocresía y la hipocresía que le rodea y preguntarse si no se tratará todo de un engaño, para que inmediatamente sienta, al igual que alguien que acaba de despertar, que está pasando de un mundo imaginario y terrible a una realidad verdadera, tranquila y alegre.

Y para que esto se produzca no es necesario realizar ninguna hazaña ni proeza: basta con realizar un esfuerzo moral interior.

Pero ¿puede una persona realizar este esfuerzo?

Según la teoría actual, imprescindible para mantener la hipocresía, el hombre ni es libre, ni puede cambiar su vida.

«El hombre no puede cambiar su vida porque no es libre, y no es libre porque todos sus actos están condicionados por causas anteriores a él. Así pues, haga lo que haga, siempre existirán y han existido unas u otras causas en relación a las cuales el hombre realiza tales o cuales actos, y por consiguiente el hombre no puede ni ser libre, ni cambiar su vida por sí mismo,» afirman los defensores de la metafísica de la hipocresía. Y tendrían toda la razón si el hombre fuera un ser inconsciente e incapaz de avanzar hacia la Verdad, es decir, que una vez la hubiera experimentado, permaneciera inmóvil para siempre en un mismo nivel de conocimiento. Pero el hombre es un ser consciente y capaz de experimentar un nivel cada vez mayor de Verdad; por tanto, si el hombre no fuera libre de realizar estos o aquellos actos porque cada acto viene determinado por una causa previa, las causas mismas de estos actos –que en un hombre consciente consistirían en reconocer tal o cual verdad como una causa suficiente de un acto– estarían bajo su control.

Así que el hombre, que no es libre de realizar estos o aquellos actos, sí que es libre de determinar en qué basa la realización de sus actos. Es lo mismo que un maquinista de locomotora que, a pesar de no ser libre de cambiar el movimiento que la locomotora ya ha realizado o que está realizando, sí lo es de controlar su movimiento futuro.

Haga lo que haga, un hombre consciente actúa de un modo y no de otro sólo porque o bien reconoce que la Verdad reside en actuar como está haciendo, o bien porque ha sentido esta Verdad alguna vez en el pasado, pero por inercia y por costumbre actúa como antes consideraba necesario.

En cualquier caso, la causa de su modo de actuar no está en un fenómeno previo determinado, sino en reconocer una determinada situación como una verdad; en consecuencia, este reconocimiento de uno u otro fenómeno es un motivo suficiente para originar un modo de actuar.

Un hombre que es consciente, si come o ayuna, trabaja o descansa, evita los peligros o se expone a ellos, actúa así porque en ese momento considera necesario y sensato hacerlo: considera –o en un lejano pasado consideró– que la verdad consiste en actuar tal como él hace, y no de otro modo.

El reconocimiento o no reconocimiento de una determinada verdad no

depende de causas externas, sino de causas de otra índole que encontramos dentro de la persona misma. Así pues, a veces ante unas condiciones externas que parecerían favorables para que una persona reconociera una verdad, no las reconoce; en cambio, otra persona ante las condiciones más desfavorables para reconocerla, la reconoce sin ninguna causa aparente. Leemos en el Evangelio: «Nadie podrá venir a mí si el Padre, el que me ha enviado, no lo trae» (Juan 6, 44); es decir, el reconocimiento de la verdad, que constituye la causa de todos los fenómenos de la vida de la humanidad, no depende de fenómenos externos, sino de ciertas facultades interiores de la persona, que escapan a nuestra observación.

Por tanto, una persona, aunque no sea libre en sus actos, siempre se siente libre en lo que constituye la causa de éstos: en el reconocimiento o no reconocimiento de la verdad. Y se siente libre no sólo con independencia de acontecimientos externos a él, sino también con independencia de sus propios actos.

De esta manera, un hombre que bajo la influencia de la pasión ha realizado un acto contrario a la verdad que reconoce, sigue siendo libre de reconocer o no reconocer esta verdad; es decir, puede, en caso de no reconocer la verdad, considerar su acto como algo necesario y justificable; o puede, en caso de reconocer la verdad, considerar su acto como algo malvado, y reprobarse a sí mismo por haberlo realizado.

Así, un jugador o un borracho que no ha podido resistir la tentación y que se ha entregado a su pasión, sigue siendo libre de reconocer el juego o la bebida como algo dañino, o como un pasatiempo inofensivo. En el primer caso, incluso si no ha logrado liberarse de inmediato de su pasión, cuanto más lo vaya haciendo, más sinceramente reconocerá la verdad; en el segundo caso, tan sólo reforzará su pasión y se privará de cualquier posibilidad de liberación.

Del mismo modo, un hombre que al no soportar el intenso calor de las llamas ha salido corriendo de una casa ardiendo, sin salvar a un compañero que permanecía dentro, puede reconocer su acción como algo ruin (si reconoce como una verdad que las personas deben salvar a sus semejantes aun poniendo en peligro su propia vida); o puede reconocer su acción como algo natural, necesario y justificable (si no reconoce esta verdad). En el primer caso –cuando reconoce la verdad a pesar de haberse apartado de ella– está preparando para sí mismo toda una serie de acciones abnegadas que en el futuro emanarán inevitablemente de este reconocimiento de la verdad; en el segundo caso está preparando para sí mismo toda una serie de actos egoístas, opuestos al primer caso.

No es que el hombre siempre sea libre de reconocer o no reconocer toda verdad. Hay verdades que ha reconocido hace tiempo, o que le han sido

transmitidas mediante la educación o la tradición y que ha aceptado como axiomas, y cuyo cumplimiento ha devenido una costumbre, una segunda naturaleza; y hay verdades que se le presentan confusas, desde lo lejos. El hombre no es libre de reconocer ni las primeras ni las segundas. Sin embargo, hay una tercera categoría de verdades que aún no se ha convertido en un motivo inconsciente de actuación en el hombre, pero que ya se le ha revelado con tanta claridad que no la puede obviar, debe posicionarse inevitablemente con respecto a ella: debe reconocerla o rechazarla. Y es con respecto a estas verdades donde se pone de manifiesto la libertad de los hombres.

Con respecto a la verdad, todo hombre se encuentra en su vida en la situación de un viajero que camina en la oscuridad con la luz vacilante de su linterna: no ve lo que la linterna no ilumina, tampoco ve el camino que ya ha recorrido y que ha quedado cubierto por la oscuridad, y no puede cambiar su relación con respecto a esto; pero lo que sí ve, sea cual sea el lugar donde se encuentre, es lo que su linterna ilumina, y siempre podrá escoger uno u otro lado por el que avanzar.

Para todo hombre hay siempre verdades invisibles, aún no reveladas a su intelecto; hay otras verdades ya experimentadas, olvidadas y asimiladas por él; y hay determinadas verdades que se han alzado a la luz de su raciocinio, y que le exigen ser reconocidas. Y es en el reconocimiento o rechazo de estas verdades donde se pone de manifiesto lo que llamamos libertad.

Toda la dificultad y aparente insolubilidad de la cuestión de la libertad de los hombres proviene de que la gente, al resolver esta cuestión, se imagina que el hombre es inmóvil con respecto a la verdad.

Sin duda, el hombre no es libre si nos lo imaginamos inmóvil, si olvidamos que la vida de la persona y de la humanidad no es otra cosa que un movimiento incesante de la oscuridad a la luz, desde un nivel inferior de verdad hacia otro superior, de una verdad más embrollada con errores a otra verdad más libre de éstos.

El hombre no sería libre si no conociera ninguna verdad, y del mismo modo tampoco lo sería ni tendría siquiera una noción de lo que es la libertad si toda la verdad que debe guiarle en la vida le fuera revelada de golpe, con toda su pureza y sin estar embrollada con errores.

Pero el hombre no es inmóvil con respecto a la verdad, y constantemente, a medida que va avanzando por la vida, cada individuo por separado, así como la humanidad entera, experimentan un nivel de verdad cada vez mayor y se van librando cada vez más de los errores. Y por eso las personas siempre se encuentran en una triple relación con respecto a la verdad: unas verdades han sido asimiladas hasta tal punto por los hombres que se han convertido en la causa inconsciente de sus actos, otras verdades justo empiezan a serles

reveladas, y una tercera categoría de verdades, a pesar de no haberlas asimilado aún, se les han revelado con tanta claridad que deben posicionarse inevitablemente con respecto a ellas: deben reconocerlas o rechazarlas. Y el hombre es libre de reconocer o rechazar estas verdades.

La libertad de una persona no reside en que pueda actuar libremente, con independencia del transcurso de la vida y las causas que ya existen y que le influyen, sino en que, al reconocer la verdad que le ha sido revelada y profesarla, pueda o bien convertirse en partícipe libre y dichoso de la obra eterna e infinita de Dios, o bien no reconocer esta verdad y convertirse en un esclavo, arrastrado a la fuerza y de un modo terrible hacia un lugar al cual no quiere ir.

La verdad no sólo señala el camino por el que la vida de la humanidad debe avanzar, sino que descubre el único camino por el que lo puede hacer. Por ello, todos los hombres avanzarán inevitablemente, quieran o no, por el camino de la verdad: unos cumpliendo la tarea que se habían fijado en la vida, y otros sometiéndose sin querer a la ley de la vida. La libertad de los hombres reside en esta elección.

Esta verdad, con unos límites tan reducidos, parece tan insignificante que la gente no repara en ella. Unos, los deterministas, consideran que esta porción de libertad es tan pequeña que no se puede reconocer; otros, los defensores del libre albedrío, teniendo presente su libertad imaginaria, desprecian este nivel de libertad que les parece insignificante. Una verdad constreñida entre los límites del desconocimiento de la verdad y el reconocimiento de un cierto nivel de verdad, a la gente le parece que no es libertad, especialmente porque quiera o no quiera, una persona que reconoce una verdad que le ha sido revelada se verá inevitablemente forzada a aplicarla en su vida.

Un caballo que va enganchado junto a otros a un carro no es libre de dejar de avanzar: si no tira del carro, éste le golpeará en las patas, y por ello va hacia donde va el carro y tira de él sin querer. Pero a pesar de esta libertad tan limitada, el caballo es libre de tirar o dejarse arrastrar por el carro. Lo mismo sucede con el hombre.

Sea grande esta libertad o no lo sea comparada con la libertad ideal que desearíamos tener, lo cierto es que es la única que existe, y al fin y al cabo es libertad, y en ella se halla toda la dicha a la que el hombre puede acceder.

Y además de que esta libertad proporciona la dicha a los hombres, constituye el único medio para que la obra de la vida del universo sea realizada.

Según la doctrina de Cristo, un hombre que percibe el sentido de la vida en una esfera en la que ésta no es libre, en la esfera de los efectos –es decir, de los actos–, no posee una auténtica vida. Una auténtica vida, según la doctrina cristiana, la tiene sólo aquel que ha trasladado su vida a una esfera libre, a la

esfera de las causas –es decir, el conocimiento, la aceptación y la profesión de una verdad que ha sido revelada, y que será inevitablemente realizada, como ocurre con el caballo que tira del carro.

Un hombre que consagra su vida a asuntos terrenales realiza actos que siempre dependen de causas espaciales y temporales externas a él. Él mismo no hace nada, tan sólo se lo parece, pero en realidad todos los actos que él cree que realiza tienen su origen en una fuerza superior a él, y él no es artífice de su propia vida, sino su esclavo. En cambio, un hombre que consagra su vida a la aceptación y profesión de una verdad que le ha sido revelada, se une a la fuente de la vida universal, y no realiza actos personales ni individuales que dependan del tiempo ni del espacio, sino actos que carecen de causas porque ellos mismos constituyen la causa de todo lo demás y tienen un significado infinito e ilimitado.

Al desdeñar la esencia de la auténtica vida, que consiste en aceptar y profesar la verdad, y al concentrar sus esfuerzos en mejorar su vida mediante acciones externas, los hombres con una concepción pagana de la vida se asemejan a una persona en un barco de vapor que, con el fin de llegar a su destino, apaga la caldera porque ésta le molesta para distribuir a un grupo de remeros, y que en medio de una tempestad intenta avanzar no mediante el vapor y las hélices ya listas para funcionar, sino remando con unos remos que no llegan al agua.

El reino de Dios se alcanza mediante el esfuerzo, y sólo quienes realicen este esfuerzo llegarán a él. Y este esfuerzo de renuncia a los cambios de las condiciones externas para aceptar y profesar la verdad es el esfuerzo con el que se alcanza el reino de Dios, un esfuerzo que debe y puede ser realizado en nuestro tiempo.

Los hombres deben comprender lo siguiente: en cuanto dejen de preocuparse por asuntos externos y triviales en los cuales no son libres y dediquen tan sólo una centésima parte de la energía que emplean en los asuntos externos a la aceptación y profesión de la verdad que tienen ante sí, a su propia liberación y a la de los demás de la mentira y de la hipocresía que ocultan la verdad, inmediatamente, sin esfuerzos ni luchas, se desmoronará el erróneo orden existente que tanto atormenta a los hombres y que los amenaza con calamidades aún mayores, y llegará el reino de Dios o al menos su primera etapa, para el que la gente, conforme a su conciencia, ya está preparada.

Del mismo modo que basta con sacudir un recipiente para que un líquido saturado de sal se transforme instantáneamente en cristales, es posible que en la actualidad baste con un pequeñísimo esfuerzo para que la verdad ya revelada a los hombres atrape a centenares, miles, millones de ellos; entonces se establecerá una opinión pública en concordancia con esta nueva conciencia, y a consecuencia de ello cambiará toda la estructura del orden existente. Y de

nosotros depende realizar este esfuerzo.

Sólo con que cada uno de nosotros tratara de comprender y reconocer la verdad cristiana que, bajo las más variadas formas, nos rodea por todos lados y ruega entrar en nuestra alma; sólo con que dejáramos de mentir y fingir que no vemos esta verdad, o que deseamos cumplir con ella, pero no con aquello que más nos exige; sólo con que reconociéramos esta verdad y la profesáramos con valentía, veríamos de inmediato que cientos, miles y millones de hombres se encuentran en nuestra misma situación, y que, como nosotros, ven esta verdad y están esperando a que los demás la reconozcan también.

Sólo con que la gente dejara de ser hipócrita, vería de inmediato que el despiadado orden existente que los mantiene atados, y que se les presenta como algo sólido, imprescindible, sagrado y establecido por Dios, se está empezando a tambalear y tan sólo se aguanta por la mentira de la hipocresía con la que nosotros y otros como nosotros lo sustentamos.

Pero si esto es así, si es cierto que de nosotros depende abolir el orden existente, ¿tenemos derecho a hacerlo si no sabemos con claridad qué pondremos en su lugar? ¿Qué sucederá con el mundo si se suprime el orden existente de las cosas?

«¿Qué habrá tras los muros del mundo que dejamos atrás?

Nos inunda el miedo: vacío, espacio, libertad... ¡Cómo avanzar sin saber hacia dónde, cómo soportar la pérdida sin haber visto los logros que podemos alcanzar...!

Si Colón hubiera razonado de este modo, nunca habría levado anclas. Es una locura atravesar un océano que nunca nadie ha surcado antes, navegar hacia un país cuya existencia es una incógnita. Gracias a esta locura Colón descubrió el Nuevo Mundo. Es evidente que si las naciones se mudaran del cómodo Hotel Garni a otro aún mejor todo sería más fácil, pero por desgracia no hay quien pueda preparar nuestros nuevos aposentos. El futuro es peor que el océano –donde nada hay–, pero éste será el resultado de lo que las circunstancias y las personas hagan de él.

Si estáis satisfechos con el viejo mundo intentad conservadlo: está muy enfermo y no va a durar mucho; pero si os resulta insoportable vivir en continua discordia entre vuestras convicciones y vuestra vida, en pensar una cosa y hacer otra, salid de debajo de las bóvedas medievales y enfrentaros a vuestro miedo. Sé muy bien que esto no es fácil. No es fácil separarse de todo aquello a lo que el hombre se ha acostumbrado desde que nació, con lo que se ha criado y ha crecido. La gente está dispuesta a realizar terribles sacrificios, pero no aquellos que la nueva vida le exige. ¿Están dispuestos a sacrificar la civilización moderna, su modo de vida, la religión y la moralidad convenida? ¿Están dispuestos a privarse de todos los frutos obtenidos con tanto esfuerzo, unos frutos de los que nos llevamos vanagloriando tres siglos; privarse de todas las comodidades y atractivos de nuestra existencia, preferir una juventud salvaje a una decrepitud instruida, tirar abajo el viejo castillo heredado por el único placer de participar en la fundación de una nueva

morada que, indudablemente, acabará de ser construida mucho después de nuestra muerte?»

Herzen (tomo V, página 55)

Esto es lo que escribía hace casi medio siglo este escritor ruso, que con su aguda inteligencia ya entonces vislumbró lo que ahora percibe cualquier persona de nuestro tiempo, hasta la menos reflexiva: que es imposible continuar con esta vida sobre sus antiguos fundamentos, y que es necesario establecer unas nuevas formas de vida.

Incluso desde el punto de vista más simple, banal y mundano resulta una obviedad que es una locura permanecer bajo una bóveda que no aguanta el peso de un edificio y hay que salir de debajo. Y es muy difícil imaginarse una situación más trágica que aquella en la que se encuentra el mundo cristiano actual, con sus naciones armadas unas contra otras, con sus impuestos aumentando inconteniblemente para sustentar el crecimiento imparable del armamento, con todo el odio enardecido de la clase obrera hacia los ricos, con la espada de Damocles de la guerra que se cierne sobre nuestras cabezas, que amenaza con caer sobre nosotros en cualquier momento, y que tarde o temprano lo hará sin poderse evitar.

Difícilmente una revolución podría ser más trágica para la gran masa del pueblo que este orden existente –o mejor dicho, este desorden de nuestra vida–, con sus sacrificios cotidianos del trabajo antinatural, la pobreza, el alcoholismo y la depravación, y con todos los horrores de una guerra inminente, que en un año engullirá más víctimas que todas las revoluciones de este siglo juntas.

¿qué ocurrirá con nosotros y con toda la humanidad si cada uno de nosotros cumple lo que Dios nos demanda a través de la conciencia que nos ha imbuido? ¿No me alcanzará la desgracia si encontrándome bajo el poder de un amo y hallándome en una morada erigida y dirigida por él, cumplo lo que me manda a pesar de que me resulte extraño, porque no conozco cuáles son sus objetivos finales?

Pero no es ni siquiera la pregunta «¿Qué ocurrirá?» lo que alarma a los hombres cuando retardan el cumplimiento de la voluntad de su amo, sino la cuestión de cómo vivir sin las condiciones de vida a las que estamos acostumbrados, a las que llamamos ciencia, civilización y cultura. Sentimos todo el peso de la vida actual, vemos que si el orden existente se mantiene acabará inevitablemente por destruirnos, pero al mismo tiempo queremos que cuando transformemos nuestra vida, las condiciones surgidas de ésta –nuestra ciencia, arte, civilización y cultura– permanezcan intactas. Esto es como si una persona que viviera en una casa vieja en la que padeciera frío e incomodidades y que supiera que se va derrumbar, conviniera en reconstruirla sólo para no tener que salir de ella: «Y cuando salga de casa, ¿me verá privado durante algún

tiempo de todas las comodidades? Y si es que se llega a construir la nueva casa, ¿será distinta de la anterior y no dispondrá de todo aquello a lo que estoy acostumbrado?».

Pero dado que hay materiales y constructores, lo más probable es que la nueva casa sea mejor que la antigua; además, no es sólo probable sino incuestionable que la antigua casa acabará por derrumbarse y sepultará a quienes permanezcan en su interior. Independientemente de que se mantengan o no las anteriores y acostumbradas condiciones de vida, de que desaparezcan o de que surjan otras completamente nuevas y mejores, es imprescindible desprenderse de las viejas condiciones de vida que se han vuelto imposibles y mortíferas, y avanzar hacia el encuentro con el futuro.

«¡Desaparecerán las ciencias, las artes, las civilizaciones, las culturas!»

Pero es que todo esto no son más que manifestaciones diversas de la verdad; el cambio que está por llegar se efectúa únicamente en aras del acercamiento hacia la verdad y de su realización. Así que ¿cómo van a desaparecer las manifestaciones de la verdad como resultado de su realización? Éstas serán distintas, mejores y más elevadas, pero en ningún caso perecerán. Sólo perecerá lo que en ellas hubiera de falso; lo que contuvieran de verdadero brotará y se fortalecerá.

Reflexionad, hombres, creed en el Evangelio y en la doctrina del bien. Si no reflexionáis, pereceréis como los hombres a los que Pilatos dio muerte, o como los que murieron sepultados bajo la torre de Siloé,^{17*} o como han perecido millones y millones de asesinos y asesinados, ejecutores y ejecutados, torturadores y torturados, y como estúpidamente pereció el hombre que tras llenar los graneros y prepararse para una larga vida, murió la misma noche en la que había decidido empezar a vivir. «Reflexionad, hombres, y creed en el Evangelio,» nos dijo Cristo hace mil ochocientos años, y nos dice ahora con más fuerza mediante la desgracia y la locura que llenan nuestras vidas y que Él mismo profetizó, que han acabado cumpliéndose y que han llegado hasta unos límites extremos.

Ahora, después de tantos siglos de vanos esfuerzos por asegurar nuestra vida mediante el orden pagano de la violencia, parece que debería ser evidente a cualquier persona que todos los esfuerzos dirigidos en esta dirección entrañan únicamente nuevos peligros para la vida personal y social, y que en ningún caso la vuelven más segura.

Porque independientemente de cómo nos hagamos llamar, de los atavíos que vistamos, de con qué nos unjamos ante un sacerdote, de los millones que tengamos, de cuántos guardias resguarden nuestro camino, de cuántos policías protejan nuestras riquezas, de cuántos de los llamados revolucionarios-malhechores y anarquistas ejecutemos, de las hazañas que realicemos, de los Estados que sean fundados, y de las fortalezas y torres –desde la de Babilonia hasta la Eiffel– que sean erigidas, ante nosotros siempre se alzarán dos condiciones de la vida ineludibles, que destruyen todo su sentido: 1) la muerte, que nos puede alcanzar en cualquier momento, y 2) el carácter efímero de nuestra obra, que desaparece con gran rapidez sin dejar rastro alguno.

Hagamos lo que hagamos –fundar Estados, construir palacios y monumentos, componer poemas y canciones–, todo pasará sin dejar huella. Por tanto, por mucho que nos ocultemos a nosotros mismos este hecho, no podemos dejar de ver que el sentido de nuestra vida no puede residir, ni en nuestra existencia carnal, sujeta a los padecimientos fatales y a la muerte inevitable, ni en ninguna institución u orden terrenal.

Seas como seas, tú, lector de estas líneas, piensa en tu condición y en tus deberes; pero no en tu condición de terrateniente, comerciante, juez, emperador, presidente, ministro, sacerdote o soldado que los hombres te han atribuido temporalmente, ni en los deberes imaginarios que te impone esta

condición, sino en tu auténtica y eterna condición de criatura que, por la voluntad de Alguien, tras toda una eternidad de inexistencia, saliste de la inconsciencia, y que en cualquier momento, por la misma voluntad, puedes volver al lugar del que saliste. Piensa en tus deberes, pero no en los deberes imaginarios de un terrateniente hacia su propiedad, de un comerciante hacia el capital, o de un emperador, ministro o funcionario hacia un Estado, sino en tus auténticos deberes que emanan de tu auténtica condición de criatura llamada a la vida, dotada de inteligencia y amor. ¿Haces lo que te demanda Aquel que te envió al mundo y junto al cual muy pronto regresarás? ¿Haces lo que te pide que hagas? Como terrateniente y fabricante, ¿arrebatas el fruto de su trabajo a los pobres y construyes tu vida sobre este pillaje? Como gobernante o juez, ¿ejerces la violencia y condenas a tus semejantes a ser ejecutados? Como militar, ¿te preparas para las guerras? ¿Combates, saqueas y asesinatos?

Dices que así está organizado el mundo, que es inevitable, que tú no haces todo esto por voluntad sino por obligación. Pero ¿acaso es posible que te fuera implantada con tanta fuerza la aversión hacia el sufrimiento de los hombres, hacia su tortura y asesinato, esa necesidad de amarlos y una necesidad aún mayor de ser amado por ellos; que veas claramente que sólo reconociendo la igualdad entre los hombres y el servicio mutuo es posible la consecución de la dicha más grande que los hombres puedan alcanzar; que lo mismo te diga tu corazón, tu razón, la fe que profesas; que lo mismo diga la ciencia, y que, a pesar de ello, te veas forzado debido a una lógica de lo más confusa y complicada a hacer justo lo contrario; que tú, como terrateniente o capitalista debas construir toda tu vida sobre la opresión del pueblo, que como emperador o presidente debas dirigir un ejército, es decir, ser el jefe y dirigente de unos asesinos, que como funcionario gubernamental debas arrebatarse a la fuerza a los pobres un dinero vital para ellos con el fin de emplearlo y repartirlo entre los ricos, que como juez o jurado debas condenar a la tortura o la muerte a hombres descarriados que no han conocido la Verdad; o, lo más importante y en lo que se basa todo el mal del mundo, que todo hombre joven deba servir en el ejército y, renegando de su voluntad y de todos los sentimientos humanos, deba prometer matar a capricho de otros a todo aquel que le ordenen?

Esto no puede ser.

Si te dicen que todo esto es necesario para mantener el orden existente de las cosas, y que este orden con su pobreza, hambre, cárceles, ejecuciones, tropas y guerras es necesario para la sociedad, y que si se suprimiera llegarían las peores calamidades, te lo dicen sólo aquellos a los que este orden de la vida les resulta provechoso, porque quienes sufren por su causa, que son diez veces más numerosos, piensan y dicen justo lo contrario. Y tú mismo, en el fondo de tu alma, sabes que no es cierto, que el orden existente ya ha vivido su tiempo y que debe ser inevitablemente reconstruido sobre unos nuevos principios, y por

ello no hay ninguna necesidad de seguir manteniéndolo a costa de sacrificar los sentimientos humanos.

Lo principal es que, aun admitiendo que el orden existente fuera necesario, ¿por qué te sientes obligado a apoyarlo a costa de pisotear tus mejores sentimientos humanos? ¿Quién te ha designado como la niñera que debe cuidar este orden que se desmorona? Ni la sociedad ni el Estado ni nadie te ha pedido nunca que apoyes este orden, ocupando la posición de terrateniente, comerciante, emperador, sacerdote o soldado que ocupas. Sabes muy bien que has ocupado y aceptado tu posición no por un sentimiento altruista de apoyo al orden de la vida imprescindible para el bien de los hombres, sino sólo por ti mismo: por tu propio interés, por tu amor propio, ambición, pereza y cobardía. Si no desearas esta posición, no harías todo lo que hay que realizar continuamente para mantenerla. Intenta sólo por un momento dejar de cometer los actos crueles, pérfidos e infames que cometes sin cesar para mantenerte en tu posición, y al momento la perderás. Siendo gobernante o funcionario, intenta dejar de mentir, de cometer vilezas, de participar en actos de violencia y en ejecuciones; siendo sacerdote, intenta dejar de engañar; siendo militar, dejar de matar; siendo terrateniente o fabricante, dejar de defender la propiedad recurriendo a tribunales y a la violencia, y al momento perderás la posición que dices que te fue impuesta y que tanto parece pesarte.

Es imposible que un hombre ocupe en contra de su voluntad una posición contraria a su conciencia.

Si ocupas esta posición, no es porque ello sea necesario para alguien, sino únicamente porque así lo quieres tú. Por tanto, sabiendo que esta posición es directamente contraria a tu corazón, a tu razón, a tu fe, e incluso a la ciencia en la que crees, no puedes dejar de plantearte si realmente estás haciendo lo que debes, si vas a continuar ocupando la misma posición, y, lo más importante, si tratas de justificarla.

Podrías arriesgarte a equivocarte si tuvieras tiempo de ver tu error y de enmendarlo, y si aquello en cuyo nombre tanto arriesgas tuviera alguna importancia. Pero cuando sabes de un modo certero que puedes desaparecer en cualquier segundo, sin la menor posibilidad de enmendar el error hacia el que te has arrastrado a ti y también a los otros, y sabes además que hagas lo que hagas en la organización externa del mundo, ello desaparecerá tan pronto y tan inevitablemente como tú mismo sin dejar huella alguna, resulta evidente que no tiene sentido que te arriesgues a cometer tan terrible error.

Esto sería de lo más simple y claro si la hipocresía no hubiera ofuscado la Verdad que nos fue revelada.

«Comparte lo que poseas con los demás, no acumules riquezas, no seas vanidoso, no robes, no generes sufrimientos, no mates, no hagas a nadie lo que

no querías para ti,» nos fue dicho no ya mil ochocientos, sino cinco mil años atrás, y no podría haber ninguna duda sobre esta Verdad si no fuera porque existe la hipocresía; si no se cumplieran estas normas, nadie podría negar que es necesario cumplirlas, y que aquel que no lo hace está obrando mal.

Sin embargo, afirmas que existe un bien general por el cual se puede y se debe renunciar a estas normas: por el bien común se puede matar, torturar y robar. Dices, como Caifás, que es preferible que muera una persona a que lo haga una nación entera, y firmas la sentencia de muerte de una, de otra y de otra persona, cargas tu fusil para disparar contra un semejante que debe morir por el bien común, lo encierras en una prisión y le arrebatas sus bienes. Dices que cometes estos actos despiadados porque te sientes un miembro de la sociedad y el Estado, obligado a servirlo y a cumplir sus leyes en calidad de terrateniente, juez, emperador o militar. Pero es que a parte de pertenecer a un determinado Estado con los deberes que ello conlleva, perteneces además a la vida eterna del mundo y a Dios, con los deberes que ello conlleva.

Y así como los deberes que conllevan tu pertenencia a tu familia están siempre supeditados a los deberes supremos ligados a tu pertenencia al Estado, los deberes que conllevan tu pertenencia al Estado deben estar necesariamente supeditados a los deberes que conllevan tu pertenencia a la vida en el universo y a Dios.

Y del mismo modo que sería una insensatez cortar unos postes telegráficos para proporcionar combustible a una familia y aumentar así su bienestar, porque ello atenta contra unas leyes que velan por el bien del Estado, es también una insensatez que por el bien del Estado y para aumentar su bienestar se torture, ejecute y mate a gente, porque ello atenta contra las leyes indudables que velan por el bien de la humanidad.

Tus deberes como miembro de un Estado deben estar necesariamente subordinados al deber supremo y eterno que emana de la vida infinita del universo y de Dios, y no pueden ser contrarios a éste, tal y como dijeron hace mil ochocientos años los discípulos de Cristo: «Juzgad si es justo delante de Dios obedeceros a vosotros más que a Dios» (Hechos de los Apóstoles 4, 19); «Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hechos de los Apóstoles 5, 29).

Te aseguran que para que no se perturbe este orden –un orden que está en perpetuo cambio y que fue establecido ayer por unos cuantos hombres en algún rincón del mundo– debes torturar, causar sufrimiento y asesinar a tus semejantes, pero esto destruye el orden del universo, eterno e inmutable, establecido por Dios y por la razón. ¿Acaso esto es posible?

Por ello, no puedes dejar de reflexionar sobre tu posición como terrateniente, comerciante, sacerdote o soldado, que va ligada a la opresión, a la violencia,

engaño, tortura y asesinato, y no puedes dejar de reconocer su ilegitimidad.

No digo que si eres un terrateniente entregues inmediatamente tus tierras a los pobres; si eres un capitalista entregues tu dinero y tu fábrica a los obreros; si eres zar, ministro, funcionario juez o general renuncies en el acto a tu posición privilegiada; si eres soldado (es decir, si ocupas la posición sobre la que se sustenta toda la violencia) renuncies en el acto a tu posición insubordinándote, a sabiendas de todos los peligros que correrías haciéndolo. Si lo hicieras, obrarías del mejor modo posible, pero puede ocurrir –de hecho es lo más probable– que no te veas con fuerzas suficientes para hacerlo: tienes relaciones, una familia, subordinados, jefes, y estás tan sometido a la influencia de la tentación que no te ves capaz de ello. Pero lo que sí puedes hacer siempre es reconocer la Verdad y no mentir. Puedes dejar de afirmar que continúas siendo terrateniente, fabricante, comerciante, artista o escritor sólo porque esto es útil para la sociedad; o que ejerces de gobernador, fiscal o zar no porque te agrada y porque te hayas acostumbrado a ello, sino por el bien de la gente; que sigues siendo soldado no porque temas ser castigado, sino porque consideras que el ejército es necesario para proteger la vida de la gente. Puedes dejar de mentirte a ti mismo y a los demás, y no sólo puedes sino que debes dejar de hacerlo, porque la única dicha de tu vida reside únicamente en esto: en liberarte de la mentira y en profesar la Verdad.

Y basta con que hagas esto para que tu situación se transforme inevitablemente por sí sola.

Hay una cosa, una única cosa en la vida en la que eres totalmente libre y todopoderoso –nada de lo demás está en tu poder–: conocer la Verdad y profesarla.

Sin embargo, debido a que otros hombres como tú, lastimosos y descarriados, te han persuadido de que eres soldado, emperador, terrateniente, rico, sacerdote o general, empiezas a ejercer un mal manifiesta y claramente contrario a tu razón y a tu corazón, empiezas a torturar, robar, matar, construir tu vida sobre el sufrimiento ajeno, y, lo más importante, en vez de cumplir con el único fin de tu vida –reconocer y profesar una verdad que conoces– finges afanosamente no conocerla, te la ocultas a ti mismo y a los demás, y con ello haces justamente lo contrario al único fin para el que fuiste llamado a la vida.

¿Y en qué condiciones lo haces? Tú, que puedes morir en cualquier momento, firmas sentencias de muerte, declaras la guerra, juzgas, causas sufrimientos, desvalijas a los obreros, vives a lo grande en medio de los pobres y enseñas a los débiles y a aquellos que creen en ti que todo debe ser así, que ello constituye un deber para todo hombre. Pero te arriesgas a que justo en el momento en que estás obrando de este modo te alcance una bacteria o una bala, agonices, mueras, y pierdas para siempre la oportunidad de reparar y cambiar todo el mal

que has hecho a tus semejantes y, en especial, a ti mismo. Así pues, habrás arruinado en vano la única vida que te va a ser dada en toda la eternidad, sin haber realizado lo único que estabas indudablemente llamado a realizar.

Por muy simple y trillado que suene, por mucho que nos atonemos con la hipocresía y con la autosugestión que resulta de ésta, nada puede destruir la certeza de esta verdad simple y diáfana: ningún esfuerzo externo podrá asegurar nuestra vida, fatalmente unida al sufrimiento y a la muerte inevitable, una muerte que nos puede llegar en cualquier momento. Por consiguiente, nuestra vida no puede tener ningún otro sentido que no sea el de cumplir en todo momento con aquello que la Fuerza quiere de nosotros, una Fuerza que nos ha enviado a la vida y que nos ha otorgado un único e indudable guía: una conciencia racional.

Por tanto, esta Fuerza no puede querer de nosotros aquello que es irrazonable e imposible: que construyamos una vida temporal y terrenal, la vida de una sociedad o de un Estado. Esta Fuerza nos exige sólo aquello que es indudable, razonable y posible: que sirvamos al reino de Dios, es decir, que contribuyamos a conseguir la unión entre los seres vivos, algo posible únicamente en la Verdad; que reconozcamos y profesemos esta Verdad revelada, algo que está siempre en nuestro poder.

«Antes que nada buscad el reino de Dios y todo lo justo y bueno que hay en él, y Dios os dará, además, todas estas cosas.»^{18*} El único sentido de la vida del hombre reside en servir al mundo contribuyendo a que el reino de Dios sea establecido. Y ello se producirá únicamente cuando cada individuo reconozca y profese la Verdad.

«El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí o helo allí; porque el reino de Dios está en vosotros.»^{19*}

* Durante las hambrunas de 1891-1892 y las epidemias de cólera, el gobernador Nikolai Mijáilovich Baránov se hizo famoso por la extrema dureza y arbitrariedad con la que reprimió al campesinado. (N. del T.)

** *Zemstvo*: asamblea local de gobierno autónomo formada por representantes de los terratenientes, ciudadanos y campesinos. Fue instaurado durante las reformas del zar Alejandro II y abolido por las autoridades soviéticas en 1918. (N. del T.)

*** *Vólost*: órgano de gobernación local de los campesinos, propio de la Rusia de la segunda mitad del s. XIX y principios del s. XX. (N. del T.)

**** *Desiatina*: medida rusa de superficie que equivale a 1,09 ha. (N. del T.)

***** *Stárosta* (en plural *stárosti*): responsable elegido por un consejo rural, con poderes administrativos y policiales, propio de la Rusia prerrevolucionaria. (N. del T.)

6* Zertsalo: emblema que en la Rusia zarista simbolizaba la ley y que se colocaba sobre la mesa en las instituciones judiciales o estatales. (N. del T.)

7* Diminutivos de Piotr e Iván. (N. del T.)

8* Distrito de Moscú a orillas del río Moskvá. En 1882 Tolstói compró una casa en él, donde pasaba los inviernos. Actualmente es un museo dedicado al escritor. (N. del T.)

9* Ernst Johann von Biron: regente de Rusia durante tres meses tras la muerte de Ana I de Rusia, de quien había sido amante. (N. del T.)

10* Luis II de Baviera y Pablo I de Rusia. (N. del T.)

11* Mijaíl Dmítrevich Skóbelev (1843-1882): destacado general ruso, admirado por su valentía y actos heroicos. Lo llamaban “el general blanco” por batallar de uniforme blanco sobre un caballo también blanco. (N. del T.)

12* Fábrica metalúrgica fundada en 1869 en la actual Donetsk por un empresario inglés llamado John James Hughes. Fue uno de los centros industriales más importantes de la Rusia Imperial. (N. del T.)

13* *Laptí*: calzado trenzado, de tilo o de corteza de abedul, que llevaban los campesinos. (N. del T.)

14* *Arshina*: medida antigua rusa equivalente a 0,71 m. (N. del T.)

15* Edward Bellamy: escritor norteamericano conocido por su novela utópica *Looking backward*, en la que un hombre del año 1887 despierta en el 2000 y se encuentra en una utopía socialista. (N. del T.)

16* Charles Richet: fisiólogo y psicólogo francés al que Tolstói conocía personalmente. (N. del T.)

17* Lucas 13, 4. (N. del T.)

18* Mateo 6, 33. (N. del T.)

19* Lucas 17, 20-21. (N. del T.)

APÉNDICE.

CORRESPONDENCIA

ENTRE TOLSTÓI Y GANDHI

*Hotel Westminster Palace
4, Victoria Street,
LONDRES, W.C.
10-11-1901*

Estimado señor:

Le agradezco mucho su carta certificada relativa a «Carta a un hindú,» y a las cuestiones que le referí en mi misiva.

He sabido que está débil de salud y para evitarle las molestias no le he enviado nota alguna de acuse de recibo, sabiendo que una expresión escrita de mi agradecimiento sería una formalidad superflua, pero el señor Aylmer Maude, a quien por fin he podido conocer, me aseguró que gozaba usted de muy buena salud y que cada mañana se ocupaba regularmente y sin falta de su correspondencia. Me llena de júbilo saberlo y me anima a escribirle para hablarle de cuestiones que son, lo sé, de la mayor importancia, de acuerdo con su enseñanza.

Me permito enviarle con ésta un ejemplar de un libro escrito por un amigo, un inglés, que actualmente se encuentra en Sudáfrica, y que tiene relación con mi vida, en la medida en que trata sobre la lucha que llevo a cabo y a la que dedico mi vida. Como me gustaría contar con su interés y simpatía he pensado que no consideraría impropio por mi parte enviarle dicho libro.

En mi opinión, esta lucha de los indios en el Transvaal es la más importante de los tiempos modernos, por cuanto ha sido idealizada tanto en su objetivo como en los métodos para alcanzar dicho objetivo. No sé de ninguna otra lucha en la que los participantes no obtengan ventaja personal alguna a su conclusión, y en la que el 50% de las personas afectadas hayan sufrido tantos sufrimientos y privaciones en nombre de un principio. No me ha sido posible difundir la lucha tanto como me hubiera gustado. Es posible que en la actualidad cuente usted con una mayor atención del público general. Si le satisfacen los hechos que hallará expuestos en el libro del señor Doke, y si considera que las conclusiones a las que he llegado están justificadas por los hechos, ¿podría pedirle que utilizase su influencia en la manera que le pareciese más adecuada para popularizar el movimiento? De tener éxito, no sólo sería un triunfo de la religión, el amor y la verdad sobre la irreligión, el odio y la falsedad, sino que muy probablemente sirviera como ejemplo para los millones de seres que viven en la India, o para gentes en otras partes del mundo que pudieran estar oprimidas, y que ciertamente significaría un avance de cara a acabar con la violencia, al menos en la India. Si aguantamos hasta el final, como creo que seremos capaces de hacer, tengo pocas dudas acerca del éxito final. Y su apoyo en la manera en que usted tenga a bien sugerir no haría sino reforzar nuestra resolución.

Las negociaciones [sic] que llevamos a cabo para alcanzar un acuerdo sobre la cuestión podríamos decir que han fracasado, y junto con mi colega regreso a Sudáfrica esta semana, arriesgándome a ser

encarcelado. Debería añadir que, felizmente, mi hijo se ha unido a mí en esta lucha, y que ahora ha sido condenado a seis meses de trabajos forzados. Es su cuarta condena en el curso de la lucha.

Si tuviese a bien contestar esta carta, le ruego lo haga a mi nombre, Apartado de Correos 6522, Johannesburgo, S.A.

Esperando que cuando le llegue esta carta goce de buena salud, se despide su seguro servidor.

M.K. Gandhi

A Gandhi:

Acabo de recibir su interesante carta, que me ha resultado muy agradable. ¡Que Dios ayude a nuestros queridos hermanos y colegas del Transvaal! También entre nosotros se deja sentir intensamente esa lucha entre gentileza y brutalidad, entre humildad y amor, orgullo y violencia, sobre todo en el choque entre deber religioso y las leyes del Estado, expresado en la negación a prestar el servicio militar. Esas negaciones se producen cada vez con mayor asiduidad.

Escribí la «Carta a un hindú» y me complace enormemente que haya sido traducida. La gente de Moscú le hará saber el título del libro sobre Krishna. En cuanto al “renacimiento”, yo, por mi parte, no debería omitir nada, pues creo que la fe en un renacimiento nunca constreñirá a la humanidad tanto como la fe en la inmortalidad del alma y en la verdad y el amor divinos. Pero dejo que sea usted quien lo omita, si así lo desea. Estaré encantado de ayudarle en la edición. La traducción y difusión de mis escritos sobre la dialéctica índica no puede sino reportarme un gran placer.

La cuestión del pago monetario me parece que no debería surgir en relación con un empeño religioso.

Le saludo fraternalmente, y me alegra haber establecido esta relación con usted.

Lev TOLSTÓI

Al conde Lev Tolstói, Yásnaia Poliana, Rusia
JOHANNESBURGO, 4 de abril de 1910

Estimado señor:

Recordará que he mantenido correspondencia con usted mientras estuve temporalmente en Londres. Como uno de sus humildes seguidores, le envío con la presente un opúsculo que he escrito. Se trata de mi propia traducción de un escrito en gujarati. Es de señalar que el original fue confiscado por el Gobierno de la India. Por ello he acelerado la publicación de dicha traducción.

Espero no molestarle con ello y pedirle, si su salud se lo permitiese y pudiera hallar tiempo, que repasase dicho opúsculo. No hace falta que le diga que valoraría enormemente su opinión sobre el escrito.

También le envío algunas copias de su «Carta a un hindú,» que me ha autorizado a publicar. También ha sido traducida a una de las lenguas indias.

Su humilde servidor.

M.K. Gandhi

A Mahatma Gandhi

YÁSNAIA POLIANA, 8 de mayo de 1910.

Querido amigo:

Acabo de recibir su carta y su libro, «Indian Home Rule».

He leído el libro con enorme interés porque creo que el tema que trata usted en él –la resistencia pasiva– es una cuestión de gran importancia, no sólo para la India sino para toda la humanidad.

No he podido encontrar sus anteriores cartas, pero he hallado su biografía escrita por J. Doss, que me interesó mucho y me ofreció la posibilidad de conocer y comprender su carta.

Ahora no me encuentro muy bien y, por ello, me abstendré de escribirle todo lo que me gustaría poder decir acerca de su libro y de toda su obra, que aprecio enormemente, pero lo haré sin tardanza, en cuanto me sienta mejor.

Su amigo y hermano,

Lev Tolstói

A Gandhi, Johannesburg, Transvaal, Sudáfrica KOCHETY, 7 de septiembre de 1910

He recibido su diario, «Indian Opinion», y me alegra ver lo que tiene que decir de quienes renuncian de toda resistencia por la fuerza, sintiendo de inmediato un deseo de darle a conocer qué pensamientos ha provocado en mí.

Cuanto más vivo –sobre todo ahora, cuando siento con claridad la cercanía de la muerte–, más me siento inclinado a expresar lo que siento con más fuerza que nada, lo que en mi opinión es de inmensa importancia. Es decir, lo que denominamos la renuncia a toda oposición mediante la fuerza, simplemente implica la doctrina de la ley del amor no pervertida por sofismas. El amor o, en otras palabras, el esfuerzo de las almas de los seres humanos hacia la unidad y el comportamiento dócil entre sí que resulta de ello, representa la más elevada y, en realidad, la única ley de la vida, como todo ser humano sabe y siente en lo más profundo de su corazón (como comprobamos claramente en los niños), y que conoce hasta que se ve atrapado en la red de los pensamientos mundanales. Esta ley fue enunciada por todas las filosofías, tanto india como china, así como judía, griega y romana. Creo que el que la enunció con mayor claridad fue Cristo, que dijo explícitamente que de ella derivaba toda la Ley y los Profetas. Y además, previendo la distorsión que ha impedido su reconocimiento y que siempre lo entorpecerá, indicó en especial el peligro de la tergiversación que se presenta ante los seres humanos que viven movidos por los intereses mundanos: es decir, que pudieran afirmar el derecho a defender sus intereses por la fuerza o, tal y como él lo expresó, a devolver golpe por golpe y a recuperar las propiedades robadas mediante la fuerza, etcétera. Supo, como deberían saber todas las personas razonables, que el empleo de la fuerza es incompatible con el amor, siendo ésta la ley más elevada de la vida, y que tan pronto como se considera permisible el uso de la fuerza, aunque sea en un único caso, entonces la propia ley se negativiza de inmediato. Toda la civilización cristiana, que externamente parece tan espléndida, surge de esta extraña y flagrante contradicción y malentendido, en parte intencional pero sobre todo inconsciente. No obstante, en el fondo la ley del amor deja de ser válida si se defiende por la fuerza. Y una vez que la ley del amor queda invalidada, deja de existir dicha ley, para dar paso al derecho de la fuerza. La Cristiandad ha vivido en ese estado durante mil novecientos años. Es cierto que los seres humanos siempre se han dejado guiar por la fuerza, convirtiéndola en el principal principio de su orden social. La diferencia entre las naciones cristianas y las demás sólo es ésta: en el cristianismo, la ley del amor ha sido definida con más claridad que en cualquier otra religión, algo que reconocen solemnemente sus seguidores. No obstante, a pesar de ello consideran permisible el uso de la fuerza, y basan sus vidas en la violencia, de manera que la vida de las naciones cristianas presenta una contradicción mayor entre lo que creen y el principio según el que crean sus vidas: una contradicción entre el amor, que debería prescribir la ley de conducta, y el uso de la fuerza, que puede reconocerse bajo diversas formas, como gobiernos, tribunales y ejércitos, que se aceptan como necesarios y apreciados. Esta contradicción aumentó con el desarrollo de la vida espiritual del cristianismo, alcanzando el grado máximo de tensión en los últimos años.

Ahora la cuestión radica en que debemos elegir una de las dos cosas: admitir que no reconocemos

ningún tipo de ética religiosa, y permitir que nuestro comportamiento en la vida se decida a través del derecho al uso de la fuerza, o bien requerir que cese toda aplicación obligatoria de impuestos, así como la abolición de todas las instituciones legales y de la policía y, por encima de todo, de las instituciones militares.

Esta primavera, en un examen de Religión en una escuela de chicas de Moscú, su profesor primero y luego un arzobispo, que se hallaba presente, preguntó a las muchachas acerca de los diez mandamientos, incidiendo en el sexto. Una vez recitados correctamente los mandamientos, el arzobispo hacía a veces una pregunta, que solía ser: «¿Prohíbe la ley de Dios matar siempre y en todos los casos?». Y las desgraciadas muchachas, llevadas a error por su instructor, tenían que contestar y contestaron: «No siempre, pues se permite en caso de guerra y en las ejecuciones». No obstante, cuando se hizo esta pregunta adicional –acerca de si matar es siempre pecado– a una de esas infortunadas criaturas (y le aseguro que no se trata de un cuento, sino de algo que sucedió en realidad y que me fue relatado por un testigo ocular), la muchacha se puso encarnada y contestó decidida y emocionada: «¡Siempre!». Y a pesar de las argucias del arzobispo, la muchacha se mantuvo firme asegurando que matar, bajo cualquier circunstancia, está prohibido incluso en el Antiguo Testamento, y que Cristo no sólo nos prohibió matar, sino en general causar cualquier daño a nuestro prójimo. El arzobispo, a pesar de toda su majestad y pericia verbal, guardó silencio y la victoria fue de la muchacha.

Sí, podemos escribir en los periódicos acerca de nuestros avances en el control del aire, de complicadas relaciones diplomáticas, de diversos clubs, de descubrimientos, de todo tipo de alianzas, y de supuestas obras de arte, y no obstante tratar de ignorar lo que dijo esa muchacha. Pero no podemos silenciarla por completo, pues todo cristiano siente lo mismo, por muy vaga que sea la sensación. Socialismo, comunismo, los Ejércitos de Salvación del anarquismo, el aumento de la delincuencia, la libertad respecto a los trabajos agotadores, el cada vez más ridículo lujo de los ricos y la mayor miseria de los pobres, el terrible aumento del número de suicidios... son todos indicadores de esa contradicción interna que debemos resolver y que ha de ser resuelta. Y, desde luego, resuelta de tal manera que la ley del amor sea reconocida, y abandonada toda dependencia del uso de la fuerza. Usted trabaja en el Transvaal, que para nosotros es como si estuviese al otro extremo del mundo, no obstante, esa labor que realiza ocupa el centro de nuestro interés y nos proporciona la prueba práctica más crítica, que el mundo puede ahora compartir, y de la que pueden participar no sólo los cristianos, sino todos los pueblos de la Tierra.

Creo que le complacerá saber que aquí en Rusia también existe un movimiento parecido que está atrayendo rápidamente la atención, así como un aumento anual de los rechazos a cumplir el servicio militar. Aunque sea todavía pequeño el número de quienes le acompañan y renuncian a toda resistencia por la fuerza, y de quienes entre nosotros renuncian al servicio militar, tanto unos como otros pueden decir: Dios está con nosotros, y Dios es más poderoso que el ser humano.

Entre la confesión del cristianismo –incluso de un cristianismo deformado como es el que se enseña entre nosotros– y una simultánea creencia en la necesidad de ejércitos y preparativos para ocasionar carnicerías cada vez más grandes, existe una obvia contradicción que clama al cielo, y que tarde o

temprano, pero probablemente más pronto que tarde, se revelará a la luz del día en su total desnudez. Sin embargo, eso puede bien aniquilar la religión cristiana, indispensable para el mantenimiento del Estado, o barrer a los militares y el uso de la fuerza que llevan aparejado, algo igualmente necesario para el Estado. Todos los gobiernos son conscientes de esta contradicción, sus británicos tanto como nuestros rusos, y por tanto, su reconocimiento será activamente impedido por todos los gobiernos, con más intensidad que cualquier otra actividad hostil al Estado, como hemos experimentado ya aquí en Rusia, y como demuestran los artículos de su revista. Los gobiernos saben de dónde procede la mayor de sus amenazas, y permanecen en guardia y ojo avizor, no sólo para preservar sus intereses, sino también para proteger su propia existencia.

Le saluda atentamente

Lev TOLSTÓI

«*El reino de Dios está en vosotros* me abrumó. Me marcó para siempre.» Con estas palabras definió Gandhi esta obra tan polémica, por la cual se reconocerá a Tolstói no sólo como a un genio de la literatura, sino también como a un pensador que influyó en los movimientos pacifistas de todo el mundo.

En este texto, el autor de *Guerra y Paz* somete a un implacable examen a la Iglesia y al Estado, dos instituciones en su opinión anticristianas que han desvirtuado el auténtico mensaje de Jesús e, históricamente, se han fundamentado en el uso de la violencia. Y es que, para el escritor ruso, el mal que impera en el mundo acabará cuando vivamos de acuerdo con las enseñanzas de Jesús y su doctrina de la no resistencia al mal con la violencia.

La obra fue censurada en Rusia, aunque corrió de mano en mano de manera clandestina y fue muy discutida por la crítica rusa. Rápidamente se tradujo y publicó en el extranjero. En la presente edición castellana, cuidadosamente traducida del ruso y por vez primera en su versión íntegra, incluimos la breve pero interesante correspondencia que mantuvieron Tolstói y Gandhi.

Lev Nikoláyevich Tolstói (1828- 1910) es uno de los más grandes escritores rusos y un profundo pensador social, moral y religioso. Entre sus obras destacan *Guerra y paz*, *Anna Karénina*, *Resurrección*, *La muerte de Iván Ílich* y *Hadzhí-Murat*, con las que ha alcanzado la cima de la literatura universal. A partir de los años 1880, tras una terrible crisis espiritual, concentra sus esfuerzos en la prosa religiosa, y de su pluma aparecen títulos como *Confesión*, *¿En qué consiste mi fe?*, *Crítica a la teología dogmática* y *El reino de Dios está en vosotros*.

Imagen cubierta: Apic/Getty Images

Clásicos

Índice

Portada	2
Créditos	3
Sumario	4
Prefacio del traductor	5
El reino de dios	10
I. Desde que se fundó el cristianismo sólo una minoría de personas ha profesado y profesa la doctrina de la no resistencia al mal con la violencia	12
II. Consideraciones de creyentes y ateos sobre la cuestión de la no resistencia al mal con la violencia	32
III. La comprensión errónea del cristianismo por parte de los creyentes	45
IV. La comprensión errónea del cristianismo por parte de los hombres de ciencia	70
V. La contradicción entre nuestra vida y nuestra conciencia cristiana	87
VI. La actitud de la gente de nuestro tiempo hacia la guerra	103
VII. El sentido del servicio militar obligatorio	124
VIII. La gente de nuestro tiempo debe aceptar inevitablemente la doctrina cristiana de la no resistencia al mal	138
IX. La aceptación de la concepción cristiana de la vida libera a los hombres de las desgracias de nuestra vida pagana	155
X. La inutilidad de la violencia estatal como instrumento para suprimir el mal. El avance moral de la humanidad se logra no sólo mediante el conocimiento de la Verdad, sino también mediante el surgimiento de una opinión pública	172
XI. En nuestra sociedad ya ha surgido una opinión pública cristiana que inevitablemente pondrá fin al orden establecido basado en la violencia. ¿Cuándo llegará ese día?	191
XII. Conclusión: Arrepentíos porque el reino de Dios está cerca, a las puertas	201

